



Eva M. Soler - Doña Ana

maldita
SARAH

EC EDICIONES
CORAL
ROMÁNTICA

1ª Edición: diciembre 2015

©2015 by Eva.M.Soler

©2015 by Idoia Amo

©2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica(Group Edition World)

Dirección: www.edicionescoral.com/ww

Diseño de cubierta:© by Maiki Niky Desing (Rosa Ceballos)

Fotografías de cubierta:©shutterstock

Conversion a epub:Ediciones Coral

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un

sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL). Diríjase a CEDRO(Centro Español De Derechos Reprográficos)

**MALDITA
SARAH**

**EVA . M. SOLER
IDOIA AMO**



EDICIONES
ORAL
ROMÁNTICA

Sinopsis

Cosas que haces cuando tu novia te deja :

- 1) Odiar a su nuevo novio, como corresponde.
- 2) Evitar coincidir con ella.
- 3) Refugiarte en tu familia y tus amigos.
- 4) Pensar que de buena te has librado.
- 5) Plantearte si quieres seguir trabajando para su padre.
- 6) Tragarte la bilis cuando se dedica a

restregarte a ese puñetero musculitos.

7) Buscar a una chica que te deba un favor y hacerla pasar por tu pareja, aunque tengas que refinarla antes.

8) Espera... borra eso...

En los planes de Liam no entra que su novia actual, Sarah, le abandone tras enamorarse de otro durante sus vacaciones en Australia. Tampoco que peligre su posible ascenso en el bufete donde trabaja, que su hermana se ponga

a salir con un guaperas que a todas luces le partirá el corazón, y mucho menos que su atractiva, aunque plebeya vecina, Summer, le destroce el coche durante un accidente en el aparcamiento.

Harto de que Sarah se dedique a amargarle la vida paseando a su nuevo ligue ante sus ojos, este abogado estirado decide seguir un consejo poco sensato : convencer a Summer de que se haga pasar por su novia ante ciertos eventos del bufete. Para que todo salga bien solo necesita refinarla un poco, pero lo que en principio parecía algo

sencillo acaba derivando en un giro inesperado...





1

—Te dejo.

—¿Qué?

—He conocido a otro durante mi viaje a Australia.

—¿Has conocido a...?

Si alguien hubiera agitado a Liam en aquel momento, no habría podido sacarlo de su asombro. Ese comportamiento en Sarah era tan inaudito que necesitó unos momentos para procesar la información, y aun así

no estaba seguro de haber comprendido bien, ¿se trataría de una broma? No, imposible, Sarah había nacido sin sentido del humor. Y ahora que lo pensaba, él llevaba mucho tiempo sin utilizar el suyo... sacudió la cabeza para olvidarse de aquel pensamiento tonto y miró a su ahora ex novia con sus ojos azules abiertos de par en par. ¿A qué venía aquello a esas alturas de su relación? Cuatro años juntos, toda la vida planeada, y de pronto ella lo echaba a perder por un ligue de vacaciones. Tenía que ser una broma de

mal gusto.

—No es una broma de mal gusto.

¡Qué rabia le daba cuando ella adivinaba lo que estaba pensando! Ahora recordaba que un par de sus amigos y su hermana habían arqueado la ceja de forma inquisitiva cuando les había comentado que Sarah se marchaba a pasar el verano a Australia. Bueno, no por el hecho de irse por ahí a disfrutar del sol y de un nuevo y excitante lugar, sino por hacerlo sola. Pero a él le parecía bien: así no lo mareaba día sí y día también con caprichos y excursiones

tontas; Liam quería dedicarse de lleno al trabajo, que era lo que había hecho mientras ella se revolcaba con otro tío. ¿Por qué? ¡Si hacía meses que no se revolcaba con él! Ya ni se acordaba de qué era sexo del bueno, porque del aburrido ya había tenido demasiadas dosis. El tema tampoco le había preocupado especialmente, suponía que eso era lo que sucedía en todas las parejas una vez pasados los primeros meses... con Sarah había sido menos tiempo, pero bueno, lo aceptaba, le compensaba en otras cosas. Ahora no

era capaz de recordar en cuáles, pero seguro que las había. Y él tampoco es que fuera perfecto... le dedicaba tantas horas al trabajo, que de no ser porque los dos trabajaban en el mismo bufete, apenas la habría visto. Pero ya tenía treinta años y seguía siendo pasante, necesitaba ser socio lo antes posible... pensaba que se lo merecía, trabajaba como un maldito.

Al acordarse del bufete tuvo un mal presentimiento. El padre de Sarah era el dueño, era quien le había contratado. Siempre le había tratado como a un hijo,

pero desde esta nueva perspectiva no sabía qué iba a suceder. Mierda, mierda y más mierda.

—¿No dices nada?

—¿Y qué quieres que diga? ¿Te doy la enhorabuena? —trató de controlar el sarcasmo en su voz, era muy dado a utilizar la ironía pero la mayor parte de las veces con Sarah era absurdo, ya que la chica no lo captaba—. ¿Has pensado bien lo que estás haciendo?

—Mira, no lo tenía planeado, Liam.

—Qué detalle por tu parte—. Se cruzó de brazos, dispuesto a escuchar su

explicación, aunque ya imaginaba que esta no le dejaría satisfecho.

—Tú sabes que nuestra relación estaba estancada.

—Pues antes de irte te parecía bien. Que te recuerdo que lo último que hiciste fue enseñarme muestras de invitaciones de boda—. Liam se frotó la frente, tratando de controlar las ganas de pegarle cuatro gritos.

—Ya, pero sabes, es que yo no era consciente. Y al llegar allí y conocer a Cody... me di cuenta de que él me ofrecía cosas diferentes, cosas que

nosotros ya no tenemos—. Sarah apoyó los codos sobre la mesa y se aproximó a él con aspecto confidencial, como si en realidad fuera su mejor amiga y no el tío al que estaba dejando—. Ya sabes, diversión, risas, sexo.

—Muchas gracias, ¿eh? Claro, que no tengamos ninguna de esas cosas ahora resulta que es culpa mía.

—Bueno, si te hubieras molestado en mimarme un poco más...

—Sarah, si te hubiera mimado un poco más ahora mismo viviría debajo de un puente.

—Tampoco hace falta que te pongas así
—Ella se echó hacia atrás, haciéndose
la digna—. Con lo maduro que eres
siempre, pensé que lo aceptarías mejor.
Además, no habrá cambios en nada:
podrás seguir trabajando con nosotros.

—Qué suerte tengo, sí. Desde luego,
contigo aún de prácticas tu padre no está
para desperdiciar abogados.

—Ah, ya empiezas a ponerte cruel...
será mejor que me vaya.

—Sí, será lo mejor.

—Nos veremos el lunes en el bufete.
Pero escucha—. Sarah ya se había

incorporado y le observó—. Me lo he traído conmigo.

—¿Qué? —Liam de nuevo se quedó perplejo.

—Sí, claro, no podía dejarlo allí. Recuerda que es mi nuevo chico—.Ella meneó la cabeza—. Así que ya sabes, es posible que te lo encuentres de vez en cuando, ¿querrás no montar ningún numerito de ex novio celoso?

Liam aún andaba asimilando que se había traído al australiano a Pittsburgh. Madre, estaba seguro de que llevaba las de perder, seguro que era un tipo enorme

lleno de músculos... él era más de esos que no llamaban la atención en exceso, tenía su atractivo pero tampoco como para exportar. Pues qué genial, las miradas de lástima y comparación el lunes en el trabajo serían épicas.

Sarah esperaba algún tipo de reacción, alguna frase que la tranquilizara. Ni que fuera de los que se ponían a gritar en público, parecía que no le conocía... decidió dejarla con la duda y se levantó, echando un par de billetes sobre la mesa para pagar los cafés. Hacía menos de media hora había entrado en aquella

cafetería teniendo una novia, y ahora se marchaba soltero y con los planes que había hecho para los próximos diez años rotos por culpa de un capricho veraniego de la mujer que tenía delante. Cogió su coche tras aquello, y el trayecto hasta su casa lo pasó pensando en el tema. Su relación con Sarah nunca había sido fácil; ella era de clase alta, y su padre, Lester Prescott, le había dado todos los caprichos que cualquiera podía imaginar. Ella estaba acostumbrada a esa vida lujosa. Él no es que fuera pobre precisamente, su familia

también tenía dinero, pero estaba muy lejos de los Prescott en ese aspecto. Sarah no parecía notarlo, así que un par de años después de empezar a salir, Liam se había dado cuenta de que no hacía más que trabajar y trabajar para tratar de ponerse a su altura. A veces, su hermana Natasha le decía que estar con Sarah le había cambiado, y suponía que no andaba desencaminada.

Y ahora que recordaba a Natasha, sacó el móvil y marcó su teléfono. Esperaba que no lo pillara la policía, por norma general observaba las normas de forma

escrupulosa, pero aquello era una excepción.

—¿Liam?

—He tenido un día de mierda.

—¿Qué ha pasado? ¿No era hoy cuando volvía Sarah?

—Sí, y es por ella que he tenido un día de mierda. Me hace ir a esa cafetería pija que sabe que detesto, y se tira media hora hablando de sus vacaciones, como si a mí me interesara... yo todo el verano trabajando como un cabrón y ella de turismo por Australia. Pero eso no es lo peor, ¿estás sentada?

—Estoy apoyada en el horno, que tengo una bandeja de cupcakes cocinándose. Y tú hablando por el móvil mientras conduces, ¿no?

—Exacto.

—Cuéntame qué ha hecho Sarah —la voz de Natasha sonaba preocupada.

—Ha roto conmigo.

—¿Qué?

—Que ha roto conmigo, joder. Se suponía que eran solo unas vacaciones, pero al parecer allí conoció a un australiano y se ha enamorado de él. Se ha sentado con un puto capuchino y su

peor cara de condescendencia para decirme que lo sentía mucho, pero que nuestra relación estaba estancada.

—¿Y no tiene razón? Si hace siglos que no os comportáis como una pareja.

Vale, al parecer aquel detalle era obvio para todos menos para él. Liam frunció el ceño, mirando por el retrovisor.

—Mira, no me salgas con frases hechas como que se veía venir. No sé si Sarah consideraba que estábamos estancados, desde luego no había comentado nada al respecto; se ve que lo notó mientras se follaba al otro tío. Y no te he dicho lo

mejor, se lo ha traído con ella.

—¿Que se lo ha traído? ¿Como si fuera un *souvenir*?

—No sé si llevará tatuado *Made in Australia* en alguno de sus musculitos, pero sí, algo así.

—¿Quieres que vaya a verte? Puedo dejar a Leo a cargo de esto.

—¿Para qué? ¿Para que me frotes el brazo y me digas que estoy mejor sin ella? Me siento como un imbécil, y lo peor de todo es que no puedo desaparecer del mapa porque tengo que ir a esa maldita fiesta benéfica que

organiza su padre dentro de un mes —.Liam giró el volante con una sola mano para poder seguir sujetando el móvil con la otra.

—¿Lamentas haberla perdido porque la querías o solo estás herido en tu orgullo?

—Perdona, ¿hola? Mi novia acaba de confesarme que se ha tirado a otro mientras estaba de vacaciones, ¿por qué coño no estás de mi parte?

—No digas tantos tacos, si mamá te oyera te daría un pescozón. Ya sabes que no le gusta que hables así.

—Dame un segundo, que voy a entrar al aparcamiento.

Apartó el móvil durante unos instantes, mientras veía como la puerta empezaba su perezosa y lenta apertura; no se dio cuenta de lo aturdido que estaba hasta que notó un fuerte impacto que sacudió su coche de arriba abajo. El *airbag* saltó, dejándole sin aliento y aturdido.

—¡Joder! —exclamó, pegando un golpe al volante. Sacudió los brazos empujando la bolsa blanca, que comenzaba a deshincharse—. ¡Mierda!

—¿Qué pasa, Liam? ¿Estás bien? —

preguntó Natasha con tono angustiado.

—Acaban de darme un golpe por detrás —.explicó, tras conseguir librarse del airbag. Tiró de las llaves de contacto con mal humor y se soltó el cinturón—. Mira, en serio, esto es justo lo que necesitaba para rematar el día.

Y empezó a soltar juramentos sabiendo que su hermana habría alejado el teléfono de su cara para no tener que oírle.

—Llámame en cuanto estés en casa —la escuchó decir antes de colgar.

Se bajó de su coche furioso; ya no solo

era porque efectivamente aquello remataba su día, sino porque tenía un gran cariño a su automóvil, que era grande, bonito, de alta gama, siempre iba impoluto y nunca le fallaría como su ex novia.

Su cabreo de macho alfa se diluyó un poco cuando se dio cuenta que la autora del golpe era una chica, que permanecía fuera mirando su coche con expresión horrorizada.

—¿Qué pasa, es que no se me ve? —le dijo, intentando controlar su tono con esfuerzo.

—Sí, sí, lo siento, se me ha ido... —se excusó ella, visiblemente nerviosa al ver su enfado.

—¿Que se te ha ido, esa es tu excusa?

—Liam se pasó las manos por la cara y después se quedó mirándola—. Un momento. ¿No nos conocemos de algo?

Ella asintió, sin dejar de observar los daños que había causado con el golpe.

—Somos vecinos. Estoy debajo de ti —respondió, y se corrigió a toda velocidad—. Quiero decir, que vivo en el tercero.

—Sí, sí, ya me acuerdo. Tú y la chiflada

de tu compañera de piso... música muy alta, gente entrando y saliendo, portazos y juergas los sábados por la noche. Y a veces, tíos durmiendo en vuestra puerta. Liam frunció el ceño por segunda vez. Recordaba más a sus vecinas por las cosas que le parecía que hacían mal que por su aspecto; de hecho, de la compañera de piso ni sabría decir cómo era su cara, y la rubia que tenía delante casi que tampoco, excepto que siempre le daba los buenos días con una sonrisa, incluso aunque él no se dignara a responder.

De cualquier modo nunca se hubiera fijado en aquella bohemia de no ser porque...

—Mira esto —lanzó un suspiro al ver los desperfectos y después se giró hacia ella—. ¿A qué estamos esperando? Si sacas los papeles del seguro podremos solucionar esto e irnos a casa de una maldita vez.

—Vale—. La rubia volvió a parecer nerviosa—. Oh, joder. Joder...

—¿Ahora qué?

—No tengo seguro.

—¿Qué? Dios, esto no me puede estar

pasando a mí—. Liam se quedó pensando unos segundos, pero realmente no había mucho que pudiera hacer—. Mira, tú, lamento mucho que...

—Summer. No «tú» —le recriminó ella.

—Vale, te llames como te llames, esto solo tiene una solución y es que alguien que no sea yo pague la reparación de mi coche. ¿Lo entiendes?

La vio poner cara de angustia y eso le irritó. ¿Por qué a las tías se les daba tan bien hacer el papel de damiselas en apuros? ¿Es que se creía que no se daba cuenta de que trataba de distraerlo con

su escote? Ni que fuera tan memorable... ni él tan fácil de distraer.

—Es que me pillas en un mal mes —oyó que decía con voz vacilante.

—Por qué será que no me sorprende —.Él se cruzó de brazos—. ¿Cómo lo arreglamos?

—No parece tan grave...

—¿Pero tú estás viendo el foco? Y tienen que cambiar el airbag, no es tan sencillo.

—Tienes pinta de poder pagar la reparación, ¿no?

—Qué bien. De forma que tú me sacudes

un golpe por detrás, vas sin seguro y yo tengo que hacerme cargo de tu irresponsabilidad—. Esperó hasta que ella afirmó—. Pues no. Hay que ser consecuentes con nuestros actos, no se puede ir por ahí tan feliz, con el coche sin asegurar.

Summer le miró exasperada.

—¡Vale! ¿Me darías algo de tiempo? —
Al ver que el chico parecía dudar, refunfuñó—. Por el amor de Dios, vivo en tu edificio. No voy a escaparme durante la noche o algo así. Solo hasta el mes que viene.

Liam la mantuvo esperando un par de minutos, y terminó por resoplar.

—Sabes que me debes un favor, ¿verdad? Y una disculpa tampoco estaría mal.

Más que disculparse, Summer parecía tener ganas de darle un bofetón. Y eso que era, como siempre decía Elke en tono burlón, la abanderada del buen rollo. Pues en ese momento, todo su buen rollo estaba en el suelo hecho añicos junto al faro trasero del coche de aquel gilipollas engreído.

—Sí, vale. Lo siento —se forzó a decir,

por si acaso él cambiaba de opinión.

—Ya hablaremos —se despidió Liam, antes de regresar dentro de su vehículo para meterlo en el aparcamiento.

La chica lo observó alejarse de brazos cruzados. Ya sabía que muy simpático no era, jamás saludaba si se encontraban en el ascensor o en la entrada, pero pensaba que era porque iba concentrado en sus cosas o ausente... pues no, resulta que era porque era imbécil. Bajó la mirada con pena hacia su escote, estaba claro que a ella no le funcionaba el truco de Elke de distraer a los hombres de ese

modo... claro que su amiga tenía una delantera tan potente que entraba antes que ella en las habitaciones. Por eso siempre le quitaban las multas, conseguía colarse en todas las filas, le prestaban monedas para el parquímetro, y cosas así.

—Summer Grey —la saludó el portero cuando entró tras aparcar el coche fuera —. La rubia más guapa del edificio. Ya pensaba que te habían secuestrado.

—Hola, Zeke—.Se acercó con paso desanimado hasta su mesa.

—Pareces cansada, pequeña *hippy*.

¿Quieres oír el resumen del día? —Ella asintió—. Muy bien. La señora Grant perdió la dentadura en el ascensor y no hemos sido capaces de encontrarla, y nadie sabe qué diantres estaba haciendo para perderla ahí... Elke salió después de comer diciendo que iba a jugar al póquer con su grupo de amigos rusos, y volvió un par de horas más tarde, tan borracha que las últimas escaleras las subió a gatas. Los gemelos del quinto la siguieron durante un rato intentando verle las tetas, pero no hubo suerte —.Hizo una mueca—. Lista de objetos

perdidos hoy: una pistola de agua, una bolsita con pastillas, un camafeo y unos pantalones de pana azules de la talla treinta y seis. ¿Los quieres? —Ella negó — Ah, y el del cuarto. Ya sabes, el de la cara rara, iba hablando con su hermana por el móvil, y adivina: parece que su novia le ha dejado plantado. Con esa simpatía que desborda no me extraña —.Al fin vio aparecer una sonrisa en la cara de Summer—. Esta es mi chica.

—Pasa buena noche, Zeke. Te veré mañana.

—No si yo te veo primero —sonrió el

portero, despidiéndose con la mano.

Summer entró en su piso y cerró la puerta, pero no había dado ni tres pasos cuando Elke salió de su habitación a toda prisa.

—¿Has puesto la llave? —La rubia afirmó—. ¿Cruzada? —Volvió a afirmar—. ¿Seguro?

—Que sí. ¿Qué haces despierta? Creí que te encontraría durmiendo la resaca, Zeke me ha contado lo del póquer, los rusos y el subir a gatas borracha como una cuba.

—Bah, pero eso ha sido después de comer, para las ocho ya estaba recuperada.

Fue hacia ella con una sonrisa. Elke era lo opuesto a Summer en todos los aspectos: alta, de complexión robusta aunque con las curvas bien repartidas, ojos castaños y cabello negro, y la cara más dura que el cemento armado. Llevaban año y medio compartiendo piso y se llevaban bien, aunque Summer estaba segura de que era porque ella era pacífica y tranquila. Elke tenía más pelotas que la mayoría de personas que

había conocido en su vida, y sabía un montón de cosas útiles: abrir latas de atún con las manos, conseguir copas gratis en todos los locales, defensa personal... en fin, todo un personaje. No era el mejor día de su vida como para ponerse a hablar con ella, solo quería darse un baño y acostarse, pero Elke parecía tener un radar de estado de ánimo, porque se aproximó.

—Hey, ¿qué pasa, rubita? Tienes mala cara.

—Me han despedido.

—¿Cómo que te han despedido, si te has

dejado los cuernos en esa maldita cafetería?

—Bueno, no es que me hayan despedido exactamente, sino que Maud se ha recuperado de su lesión y ha vuelto, así que yo me quedo sin trabajo—. Entró en el salón y se dejó caer en el sofá.

—Espera—. Elke salió como un ciclón para regresar poco después con los brazos llenos de chucherías. Se las arrojó encima a su amiga y se cruzó de brazos—. ¿Mejor?

—¿Crees que un montón de chocolate va a pagar mis facturas?

—Siempre ayuda... —Se sentó a su lado—. ¿Qué vas a hacer? Ya sabes que yo puedo enchufarte en alguno de los sitios que conozco, pero tienes demasiada clase para esos antros. A mí me van bien, ya sabes, soy una aventurera.

—Tendré que seguir buscando.

—¿Por qué no llamas a tu casa? —sugirió la morena, mientras rebuscaba entre las golosinas hasta encontrar el bote de crema de cacahuete.

—No, de eso nada. Quiero apañármelas sola —dijo Summer con un tono que no

admitía réplica. Luego se recostó con un suspiro—. Ah, y eso no es todo... iba a aparcar y le he dado un golpe al del cuarto en su coche.

—¿Al estirado? —La vio afirmar—. Mierda, tía, qué mala suerte... podías haberle dado al del séptimo, que tiene unos brazos que parecen acero para los barcos. El del cuarto me da escalofríos—. Y para dejarlo claro, se estremeció de forma visible—. Se habrá puesto furioso, ¿no?

Summer se encogió de hombros.

—No ha sido para tanto, pero eso no

cambia el resultado final, y es que voy a tener que hacerme cargo de la reparación, y no tiene precisamente un coche cutre.

—¿Qué? ¿Pero por qué no hiciste lo del escote? Te lo tengo dicho, siempre que un tío te pida dinero, aunque sea en pequeñas cantidades, ¡enséñale las tetas!

—¡Ya lo intenté, pero no sirvió! — protestó Summer.

—Seguro que es gay. Todos los tíos te miran las tetas, o al menos, todos los que yo conozco. O eso, o te esforzaste poco.

—Lo siento, pero no tengo tu talla.

—Hay más cosas que se pueden hacer

—le reprochó Elke— Tocarte el pelo, morderte el labio, ¡hoy en día si a una chica le sacan pasta es porque quiere!

—La miró de forma crítica—. De todas formas no sé qué esperas, si vas tan tapada.

Summer alzó una ceja. No iba tan tapada, pero claro, a Elke cualquier cosa que no fuera un escotazo de vértigo y una falda justo por debajo del culo le parecía mucha ropa. La admiraba por estar tan segura de sí misma, un montón

de chicas con su talla se hubieran sentido acomplejadas, pero ella se paseaba como si fuera una top model.

—No sé de dónde voy a sacar el dinero —suspiró, pasando por alto el tema de la ropa.

—¿Te ha puesto fecha límite? —Ella negó— Pues tú no digas nada, a ver si se le olvida—. Al ver su cara añadió—. Bah, ese tío tiene dinero, seguro que dentro de tres días ni se acuerda del tema. Tú solo déjalo correr, trata de esquivarlo un par de semanas porque si te ve pensará automáticamente en su

coche.

—¿En serio? —Summer la miró y la joven asintió convencida—. Puedo ir por las escaleras.

—Claro. Después de ese tiempo, se habrá olvidado ya de quién eres. Además, trabajará en bolsa o algo así, y esa gente siempre anda estresada, lo del coche será una anécdota.

Summer no parecía muy convencida, pero tampoco tenía muchas más opciones: no tenía dinero, ni trabajo, y aunque era probable que pronto encontrara uno, por de pronto estaba

bajo mínimos.

—¿Mejor ya? —Elke la estudió con atención hasta que la vio sonreír—.

¡Muy bien! Porque hoy es viernes y ya sabes para qué son los viernes, ¿no?

—¿Para recuperarse de la semana?

—No tienes ni idea, niña. Es al revés—. Se levantó sacándole la lengua—

Venga. Cámbiate, ponte la sonrisa y saca un poco de pecho, porque hay una fiesta en la calle Chase y adivina quién sabe cómo entrar gratis.

Tiró de su brazo hasta que prácticamente la puso en pie.

—Pensaba darme un baño y...

—Date el baño, pero no te duermas dentro, y nada de meterte en la cama. Te voy a poner guapa y vas a venir conmigo, que desde aquel tipo de la cazadora fucsia no has vuelto a ligar con tíos—. Elke sonrió—. Y si no encuentras a nadie interesante, recuerda que tenemos un grupo de guardaespaldas rusos.

—Nadie se acercará a nosotras nunca — dictaminó Summer.

—No importa, cuatro de ellos son follables. Vamos a vestirnos y te cuento

quiénes.

Summer asintió con una sonrisa, en parte porque no tenía sentido discutir con su amiga, y en parte porque tenía razón y le hacía falta divertirse un poco. Últimamente no hacía más que encadenar un trabajo tras otro, a cada cual peor, y era un asco porque había descubierto que además de robarle la energía estaban mal pagados. Así que, en aquel momento, irse de copas con Elke le parecía un plan estupendo, y al menos tenía la absoluta certeza de que no iba a pagar ni un duro.

El sábado por la mañana, Natasha entró en el bloque de su hermano después de que Zeke le abriera la puerta. Fue hasta el pequeño mostrador donde el portero se sentaba y controlaba el edificio, y le sonrió.

—Buenos días, Zeke.

—Hola, Natasha.

—¿No hay informe del día?

—Es muy temprano aún —se excusó él—. Ya sabes que los mejores partes son por la noche.

—Me acuerdo—. Le guiñó un ojo, ya

encaminándose hacia el ascensor.

Conocía mucho a Zeke y recordaba todo; hasta hacía poco menos de un año, había vivido allí con su hermano. Le había costado independizarse, pero ahora estaba feliz de haberlo hecho. Mientras subía en el ascensor se miró en el espejo, buscándose pequeñas arrugas o cualquier síntoma de sus recién estrenados veintisiete años; satisfecha de no encontrar nada, aguardó hasta llegar al cuarto y allí fue directa a tocar a la puerta. Liam le abrió poco después, y se apartó para dejarla entrar con una

mueca.

—¿Te has caído de la cama o qué?

—Quería ver qué tal estabas.

Se parecían; ambos compartían facciones, ojos azules y pelo oscuro. Los dos se vestían bien, Natasha siempre había sabido sacarse partido y poseía un don natural para combinar prendas y hacer que lucieran como si costaran el doble. Le gustaba la moda y el maquillaje, pero en las proporciones correctas, sin que el tema la obsesionara. Sin embargo, ahí terminaban los parecidos: en lo

referente al carácter, nada tenían que ver el uno con el otro: Liam era demasiado serio, y ella nada. Le gustaba vivir el presente, mientras que su hermano solo parecía pensar en el futuro; se interesaba por su trabajo sin exagerar, no vivía en la pastelería como Liam parecía hacer en su despacho. Resumiendo, Natasha se divertía dentro de sus posibilidades, y no le parecía que su hermano se hubiera divertido ni un poco en los últimos... cuatro años.

Nunca le había gustado Sarah. Ya le parecía tremendo que continuara

haciendo la carrera de derecho a los treinta mientras chupaba despacho en el bufete de su padre disfrazándolo de prácticas, pero, sobre todo, no le gustaba porque había ido transformando poco a poco a Liam y no estaba contenta con el cambio.

Lo cual le hizo recordar la conversación del día anterior. Ciertamente, quizá había sido un poco dura con él... pero es que Sarah nunca le había caído bien y hacía tiempo que veía que no pegaban como pareja. O como conocidos, porque era así como se trataban en público. No recordaba

haberles visto darse ni un mísero beso; un día incluso lo dejó caer, y Sarah la miró como si estuviera loca. Primero, porque le parecía ordinario las muestras de afecto en público, y segundo, porque se le estropearía el pintalabios.

Sin embargo, como no podía admitir abiertamente que se alegraba de que al fin estuviera libre de aquella rémora, puso cara de pena y alzó una bolsa en el aire.

—Te traigo unos muffins —ofreció de forma animada—. Los ha hecho el propio Leo. Te los manda con todo su

amor.

—Debe de estar desesperado, nunca he sido su tipo...

—Leo no tiene tipo. Le va todo —sonrió Natasha, mientras iba a la cocina a prepararse una taza de café—. Bueno, ¿cómo lo llevas? ¿Has consultado con la almohada y has llegado a la conclusión de que lo de ayer es lo mejor que podía pasarte?

Liam fue tras ella y afirmó cuando la morena señaló la cafetera.

—No sé. La verdad es que estoy desorientado.

—Mira—.Le tendió una taza— No te voy a engañar diciendo que lo siento mucho, sabes que nunca he terminado de tragar a Sarah... pero tienes que ver esto como una oportunidad.

—¿Una oportunidad de qué, de ser el tío al que le han puesto los cuernos?

—No, una oportunidad de empezar de cero.

—Eso es justo lo que no quería hacer — empezó a protestar él—. ¿No te das cuenta? Antes de los treinta y uno se supone que tengo que ser socio. Y se suponía que a los treinta y dos ya estaría

casado.

Natasha se sopló el flequillo para apartarlo de la frente y arrugó el morro.

—Bueno, en la vida suceden imprevistos.

—Pues vaya frase. Las he leído mejores en las galletas chinas esas de la suerte.

—Deja el sarcasmo —le advirtió, apuntándole con el dedo—. Mira, solo tienes que volver al mercado. Si quieres puedes salir alguna noche conmigo y con Leo.

—No, gracias. Si quisiera tomarme una copa en un ambiente deprimente me iría

con Lars y Aidan—. Natasha le encajó un golpe en el estómago al pasar por su lado de camino al salón—. Estaba bromeando. Pero no, gracias. Lo último que necesito es presentarme el lunes con cara de resaca y que Sarah se piense que es por ella.

Natasha tuvo que reconocer que en eso tenía razón.

—Está bien. Pues me quedaré contigo hasta mañana, a menos que no quieras.

—¿En serio?

—¡Pues claro! Eres mi hermano — sonrió. Segundos después, puso cara

inocente—. Además así aprovecho, que Zeke siempre encuentra cantidad de objetos perdidos y antes me dejaba escoger cuál llevarme.

Liam fue hasta el sofá y se sentó a su lado.

—No te hagas ilusiones, estoy seguro de que se lo hace a todas las chicas del edificio—. Ella le dio una palmadita en la pierna—. Joder, lo peor de todo esto es que voy a quedar como un gilipollas. Todos pensarán que esto venía de hace tiempo, seguro.

Natasha dejó caer los zapatos al suelo y

empezó a buscar el mando de la televisión.

—Bah, pronto tendrán otro tema del que cotillear—. Notó como el móvil de Liam vibraba, de manera que lo cogió de la mesa y se lo acercó para que lo mirara—. ¿Quién es?

—Aidan. Al parecer la noticia ya ha saltado... dice que se vienen esta noche a cenar conmigo «para animarme».

—¡Genial! —Natasha pegó un salto—. Pues si hay cena con los chicos me ofrezco a cocinar, pero como estoy cien por cien convencida de que tu nevera

estará vacía, tienes que llevarme al super.

Liam pensó en poner alguna pega, pero supo que era una batalla perdida antes de empezar, así que asintió.

—Me visto y cogemos el coche. Y así puedes ver cómo lo ha dejado la inútil del tercero.

—¿Quién? ¿La morena tetona, o la rubia guapa?

—Te lo cuento por el camino —dijo Liam, antes de cerrar la puerta de su dormitorio para vestirse.

Natasha empezó a cambiar de canal ya

pensando en qué prepararía para la cena. Siempre se había sentido muy cómoda entre chicos, y los amigos de Liam eran unos frikis de los que podía burlarse sin piedad, así que esperaba que al menos hubiera risas y para garantizarlo anotó mentalmente comprar algo de alcohol. Seguro que el lunes todo se veía mucho mejor para su hermano, y por extensión, para ella misma.



2

Natasha terminó de colocar unos cuantos cupcakes de chocolate y nata en el mostrador. La hora punta ya había pasado y el local estaba vacío, pero si se guiaban por la experiencia de los últimos días, a la gente le entraba hambre a las horas más insospechadas, así que ella y su socio, Leo, estaban preparando unas cuantas bandejas más para tener en stock. Ambos se habían

conocido en la escuela de hostelería, durante el curso de especialización en pastelería. El primer día les tocó compartir mesa y horno, y enseguida congeniaron, a pesar de las extravagancias del chico. Pronto descubrieron que compartían el mismo sueño de tener su propio negocio, así que comenzaron a ahorrar para poder montar una pastelería juntos. Habían abierto el local apenas un par de semanas antes, pero ya el boca a boca comenzaba a funcionar y cada vez tenían más trabajo. Incluso les había llegado ya

un encargo para una boda, lo cual si salía bien, les conseguiría aún más clientes. No tenían dinero para publicidad, así que necesitaban que los clientes satisfechos se encargaran de hablar bien de ellos.

Se sopló el flequillo negro mirando con ojo crítico la exposición de cupcakes y pasteles, recolocando alguno que le parecía fuera de sitio hasta quedar satisfecha. Después se fue a colocar las sillas y las mesas, mientras oía la voz de su socio en la parte trasera del local, sin llegar a entender nada.

—¡Leo, no te entiendo! —replicó, alzando un poco la voz.

—¡Estoy al teléfono! —fue la contestación.

Lo cual no era nada fuera de lo común, Natasha no conocía a nadie que hablara tanto por el móvil. Terminó de dejar todo en su sitio, y regresó tras el mostrador, mirando la puerta con el ceño fruncido. ¿Qué estaría haciendo Leo? No se tardaba tanto en hornear unos cupcakes. Esperaba que no volviera a ponerse a experimentar con colores, los que había hecho fucsia y

morados se los habían tenido que acabar comiendo ellos... y por mucho que tuvieran una pastelería, el plan era ganar para vivir, no engordar veinte kilos la primera semana.

En el parque de bomberos del distrito central de Pittsburgh, junto al río, el equipo de turno de tarde esperaba que llegara su hora de salida jugando a las cartas en la sala de descanso.

De la zona de vestuarios salió un chico joven con un móvil en la mano.

—¡Eh, vaquero!

El aludido tiró una carta sobre la mesa y le miró levantando una ceja.

—¿Se quema algo?

—Sí, tu móvil, no para de sonar—. Se lo lanzó, y el chico lo cogió al vuelo—. Deberías contestar, ¿no crees?

—Estoy de servicio—. Lo dejó sobre la mesa tras mirar la pantalla sin mucho interés—. Y además, esa tía sabe de sobra que no me interesa.

—Ya—. Se dirigió a la máquina de café—. Joder, Jesse, yo no sé qué les das. Mira que yo las trato bien, pero nada, todas van a ti.

—Ya sabes, Max—. Comprobó sus fichas de colores, y colocó unas cuantas sobre el tapete—. Les va lo exótico.

Y le guiñó uno de sus ojos verde claro, que en otra persona no llamarían demasiado la atención. Pero en su piel oscura, mezcla de su madre blanca y de su padre de color, destacaban de forma especial. Si eso fallaba, siempre tenía su sonrisa de niño bueno, por no hablar del cuerpo de músculos perfectos debido a su entrenamiento como bombero. Incluso la barba de varios días, que debería darle aspecto desaliñado, causaba el

efecto contrario.

De pronto comenzó a sonar la alarma, pero cuando segundos después ya estaban todos levantados, se paró. Se miraron extrañados, y Max fue a contestar el teléfono interno. Tras escuchar lo que le decían, colgó con una sonrisa paciente y se acercó a la mesa.

—Bueno, probablemente sea una falsa alarma, un incendio en una pastelería —informó.

—¿Pero? —replicó otro.

—El que ha llamado es Leo Wallace. No hace falta que vayamos todos, ni que

llevemos el camión. ¿A suertes?

Se colocaron en círculo y llevaron una mano a la espalda. Max recitó «piedra, papel o tijera» y las sacaron al centro; Jesse chasqueó la lengua, fastidiado. Max se rio, a pesar de que también había perdido, pero la verdad era que solo por ver cómo le echaban los tejos a su amigo estaba encantado de ir.

Jesse le dio una palmada en la cabeza mientras pasaba a su lado para ir a los vestuarios. En otras circunstancias ya estarían dentro del camión y saliendo por la puerta con la sirena a todo

volumen, pero por experiencias previas, ninguno creía que el caso requiriera seguir el procedimiento habitual de emergencia. Max le siguió al interior, y se pusieron sus trajes, aunque no llegaron a atarse la chaqueta. Jesse cogió su casco, con su apodo «Vaquero» escrito en él. Le llamaban así por dos motivos: ser originario de Texas, y llamarse Jesse James... algo que sus padres debían haber encontrado gracioso cuando nació, pero que él no terminaba de encontrarle el chiste. Ni sabía las veces que, tras presentarse, le

contestaban con una risita: «ah, pues yo soy Billy el Niño». Eso, si no intentaban acortarlo a J.J., lo cual tampoco le convencía. Aunque al final, como siempre, lo utilizaba en su beneficio y de vez en cuando también le valía para ligar.

Dejaron en el asiento trasero del todoterreno los guantes y los cascos. Jesse apoyó las botas en el salpicadero, mientras Max comenzaba a maniobrar para sacarlo del recinto y se metía en una calle.

—¿No vamos en dirección contraria? —

preguntó Jesse.

—Esta vez no es su casa—. Se encogió de hombros—. Me han dado una dirección junto al río, una pastelería o algo así. «Cup & cakes».

De nuevo sonó el móvil de Jesse. Este lo miró de nuevo sin mucho interés, para acabar desconectando el sonido antes de metérselo en el bolsillo.

—Si no quieres que te llamen, ¿para qué les das tu teléfono? —preguntó Max. Antes de que Jesse pudiera contestar, su compañero detuvo el vehículo—. Es aquí.

Los dos examinaron el edificio a través del cristal delantero del todoterreno. No se veía humo ni llamas por ninguna parte. Era una calle comercial, y la gente paseaba sin prisa, como mucho alguno les miró con curiosidad, pero nada hacía indicar que hubiera ningún incendio por ninguna parte. Se bajaron del coche y se dirigieron hacia el establecimiento que tenía un cartel con el nombre de «Cup & Cakes» escrito en la parte superior, en letras de colores pastel. El escaparate estaba lleno de dulces de todos los tamaños y colores, desde minicupcakes

a una tarta de boda llena de filigranas y perlas.

—Buena pinta tienen —comentó Max.

—Sí, pero yo no veo ninguno quemado.

Abrió la puerta y entraron. El interior estaba también pintado en colores pastel. Había unas pocas mesas y sillas blancas, en aquel momento vacías, y al fondo un mostrador con más cupcakes y pequeños pasteles. Parecía nuevo; de hecho, ninguno de los dos había estado allí antes. Jesse señaló un grupo de cupcakes del mostrador, con la buttercream de los colores del arcoíris.

—Sí, definitivamente, estamos en el sitio correcto, solo Leo ha podido crear algo así —comentó.

—Hola.

Los dos levantaron la vista al oír la voz femenina. Max sonrió, pero al momento se dio cuenta de que había ocurrido lo de siempre: Jesse ya estaba desplegando sus encantos, o emitiendo algún tipo de feromona especial, porque la chica ni le miraba a él. Y era bastante guapa, pensó. Tenía el pelo muy negro y la piel pálida, lo que acentuaba sus enormes ojos azules. Que, por supuesto, no se

apartaban de su compañero.

Detrás del mostrador, Natasha apartó la vista de aquel bombero tan atractivo y movió un par de cupcakes de sitio, intentando parecer ocupada.

—¿Qué puedo hacerte? —preguntó. Al instante, enrojeció y habló aturullada—. Hacerporti.

—Hemos recibido una llamada —contestó Jesse—. ¿Se encuentra bien?

La miraba como si estuviera realmente preocupado, y Natasha afirmó con la cabeza, confusa. Ella no había avisado a emergencias, tenía que tratarse de un

error, a no ser que...

—¡Menos mal que habéis venido!

Los tres dirigieron sus miradas hacia la voz. Detrás de Natasha había un armario expositor y una puerta, que se había abierto dando paso a un chico bajito, repeinado, que se acercó a ellos agitando las manos exageradamente. Se abrazó primero a Jesse y luego a Max, demorándose unos segundos más de lo necesario con cada uno de ellos. Después suspiró con exageración, abanicándose con una mano.

—¡Qué susto me ha dado ese horno!

—¿El horno? —repitió Natasha.

—Querida, ¡casi se incendia todo el local!

—¿Cuándo? ¿De qué estás hablando, Leo?

Ella estaba tan confusa que ni siquiera se había parado a pensar que, de ser cierto, debería estar asustada.

—Venid, chicos —pidió el aludido.

Les cogió a cada uno de brazo, agarrándose sin ningún pudor a sus bíceps, y les guio hasta la parte trasera. Allí había otra habitación con una mesa, varias sillas y un pequeño horno, donde

Natasha tenía intención de dar clases, y al lado otra con los hornos más grandes y las bandejas donde se enfriaban los dulces antes de ser decorados.

Allí sí que olía un poco a quemado, y Leo fue a coger una bandeja de pasteles ennegrecidos para enseñársela.

—¿Veis esto? —Ellos afirmaron—.

Empezó a salir humo, y tuve que poner el extractor, y... y... ¡toda la bandeja desperdiciada! No tuve más remedio que llamar a emergencias, ¡creía que me ahogaría aquí dentro!

—Pero ya no hay humo —señaló

Natasha.

—Sí, bueno, es que el extractor funciona mejor de lo que yo esperaba.

—Ya. Leo, para eso lo compramos...

—Pero más vale prevenir que curar, y no pasa nada porque Jesse y Max hayan venido a comprobar que no hay peligro.

¿Jesse? ¿Max? ¿Pero de qué los conocía? Natasha los miró de reojo, ¿serían también gays? Porque menudo desperdicio, sobre todo el del pelo rapado y ojos verdes... Este se acercó al horno que Leo señalaba con un dedo tembloroso y lo abrió para inspeccionar

el interior. Mientras, su compañero sacó una linterna para alumbrar la parte trasera y comprobar las conexiones.

—Todo correcto por aquí —dijo apagando la luz.

—Lo mismo aquí. Falsa alarma.

—Menos mal, ya me siento mucho mejor

—dijo Leo cogiéndolos de nuevo por los brazos—. Pero ya que estáis aquí os podéis tomar un chocolate y un par de cupcakes, ¿no?

—Bueno, en realidad deberíamos volver a la estación... —intentó explicar Max.

—No, no, tenéis que probarlos. Natasha

hace unas cosas que vais a alucinar.

Los llevó hasta una mesa y los dos se dejaron sentar, tras mirarse entre ellos y encogerse de hombros. Estaban cerca de uno de los puentes, así que si surgía alguna emergencia de verdad, podrían llegar con rapidez a cualquier sitio.

—¿Y qué tal Luke? —preguntó Leo—. ¿Y Marshall? Oh, y Jake... Hace mucho que no lo veo, ¿cómo está?

—De viaje de novios —contestó Max divertido.

—¡No! —Se dejó caer en una silla junto a ellos, con una mano en el pecho—. Me

ha roto el corazón.

—Bueno, ya sabías que tenía novia...

—Como si eso fuera señal de nada.

—Ejem —interrumpió Natasha—. Os pongo un chocolate, ¿entonces?

—Ponles uno de esos con picante, ya veréis qué rico... Y unos cupcakes de canela—. Les guiñó un ojo—. ¿Sabíais que la canela es afrodisíaca?

Natasha puso los ojos en blanco y se fue tras el mostrador a preparar los chocolates. Jesse se quitó la chaqueta para colgarla detrás de la silla. Debajo llevaba una camiseta azul marino con el

emblema del parque de bomberos, que se le ajustaba como un guante. Dejó a Leo parloteando con Max, que le miró con odio reconcentrado por dejarle solo, y se acercó al mostrador. Se apoyó en el borde, a medio camino del interior, para observar a Natasha. Parecía poco más joven que él, y no estaba en exceso delgada, sino en el peso justo. El delantal rosa con un cupcake gigante le tapaba la visión delantera, pero la parte de atrás pasó su examen con nota.

—¿Necesita ayuda? —preguntó.

Natasha cogió un par de platitos,

evitando mirarle a los ojos. Eso, y el hecho de que hubiera enrojecido de forma leve, ya le indicó a Jesse lo que necesitaba saber: no le había resultado indiferente.

—No, gracias. Puedo yo—. Colocó un cupcake en cada plato—. ¿Y de qué... de qué conocen a Leo?

—Uy, si acabo de darme cuenta de que no me he presentado—. Extendió la mano—. Yo soy Jesse, él es mi colega Max.

—Natasha.

Dudó unos segundos, pero acabó alargando su mano también para

estrechársela. Le pareció que le acariciaba los dedos al hacerlo, pero el momento pasó y él se cruzó de brazos.

—Es un nombre muy bonito —comentó.

Natasha movió la cabeza de forma vaga, sin contestar. Él no se amilanó; de acuerdo, había sido la frase más usada del mundo, pero por algo había que empezar.

—Entonces ya podemos tutearnos, ¿no?

—añadió.

—Sí, claro—. Desplazó los cupcakes a una bandeja, y cogió un par de tazas enormes—. Así que sois amigos de Leo.

—No exactamente.

—Y eso quiere decir...

—Que hemos estado unas cuantas veces en su casa. O ayudando a bajar gatos de árboles que de pronto se encuentra por todas partes. Si estuviéramos hablando de clientes, diríamos que Leo es nuestro cliente número uno. Así que nos conoce a todos.

Natasha se quedó sin saber muy bien qué decir. Sabía que a su socio le faltaba algún que otro tornillo, pero de ahí a hacer ese tipo de cosas...

—¿Y qué pasará el día que le ocurra

algo de verdad? —preguntó.

—Estaremos ahí, por eso no te preocupes. Nos tomamos todas las llamadas en serio. Aunque las de Leo ya sabemos que por lo general son un poco exageradas.

El chocolate ya estaba caliente, así que Natasha le echó la mezcla de especias para darle un toque picante, y lo vertió sobre las tazas. Las colocó en la bandeja, pero cuando fue a cogerla Jesse se le adelantó.

—Ya lo llevo yo. ¿Te sientas con nosotros?

Natasha empezó a negar con la cabeza, pero sus pies se estaban moviendo por sí solos siguiendo a Jesse, así que se encontró sentada en la mesa con ellos. Max cogió el chocolate y el cupcake como si fueran su salvación, mientras Leo seguía hablando contando alguna historia de las suyas... de las cuales ella se creía la mitad, en general.

Jesse probó el chocolate y la miró sorprendido.

—Pero si esto está de muerte —dijo, con sinceridad. Había pensado alabarlo de todas formas, claro, pero no le hizo

falta mentir—. ¿Qué le has echado?

—Secreto profesional —replicó ella, con una sonrisa simpática.

Se oyó el crepitar de una radio; Max llevaba el *walkie* en el cinturón, y lo cogió para hablar. Al hacerlo se echó hacia atrás, con lo que la chaqueta se le abrió y la camiseta se pegó a su pecho. Leo apoyó los codos en la mesa, con la cara sobre las manos mirándolo con expresión soñadora. Natasha le dió un empujón para hacerle reaccionar, mientras Max se levantaba raudo y se alejaba de la mesa.

Jesse se tomó el chocolate casi de un trago, suponiendo que tendrían que irse, y rebuscó en sus bolsillos. Sacó una tarjeta y la dejó sobre la mesa, frente a Natasha.

—Te dejo mi número por si necesitas cualquier cosa.

Leo alargó la mano para cogerla, pero la chica se le adelantó.

—Jesse, nos vamos —dijo Max, regresando a la mesa—. Natasha, ha sido un placer conocerte. Leo, cuídate.

—Volved cuando queráis —dijo este, despidiéndose con la mano.

Jesse se levantó y se puso la chaqueta. Mientras salía por la puerta, imitó un teléfono con la mano guiñándole un ojo a Natasha, y se fueron en su todoterreno. Leo suspiró mirando con ojos soñadores la tarjeta que Natasha sostenía.

—Cariño, tienes que llamarle —dijo—. La de veces que han venido en mi rescate y nunca he conseguido ni un mísero número...

—Ya, bueno, de eso ya hablaremos. Y no tengo tiempo para estas cosas.

Pero por si acaso, se la guardó en un bolsillo del pantalón.

Dentro del vehículo, Max le pegó un manotazo a Jesse en el hombro, que le miró extrañado.

—¿Y eso a qué ha venido? —preguntó, frotándose la zona.

—¡Si es que no me dejas ni intentarlo!
¡No pasas ni una, tío!

Jesse se echó a reír, y se encogió de hombros.

—Soy más rápido, qué quieres. Pero no sé, me da que esta no me va a llamar, parece del «tipo C».

—¿«Tipo C»?

—Sí, ya sabes. Cenas, citas. Nada de

polvos rápidos, tendré que trabajármela.

—Como si eso te fuera a detener.

El *walkie* crepitó de nuevo, y habló para avisar de que ya llegaban.

Más o menos a esa misma hora, en la otra punta de la ciudad, Liam había conseguido pasar desapercibido. Después de todo el fin de semana aguantando a su hermana y amigos dándole ánimos, casi estaba deseando volver a meter la cabeza en el trabajo para poder olvidarse de todo. Para su sorpresa, la mayor parte de la gente no

lo miraba como si le tuvieran lástima, lo que le extrañó un poco, aunque lo dejó correr. En realidad no le importaba lo más mínimo, en ese momento se concentró en pensar en que su coche estaba en el taller y tendría que tirar de taxi un par de días gracias a cierta rubia, y que no parecía haber recepcionista esa mañana. Quizá al fin la señora Meyer había optado por jubilarse, falta le hacía.

Oyó un golpe en su despacho, y cuando alzó la mirada se encontró con el propio Lester Prescott apoyado en el dintel de

la puerta.

—¿Tienes un minuto, Liam?

—Sí, claro. Pasa.

Lester entró, y cerró tras él. De tres pasos se sentó en la silla que había enfrente de él, y se acarició la barbilla. Era un hombre que rondaría los sesenta, aunque bien llevados, con un rostro que enmarcaba una fuerte personalidad; Sarah había salido a su madre, no se parecía en nada a Lester, ni en el físico ni en la forma de ser.

Liam no tuvo que observarlo en exceso para notar su incomodidad.

—Quería decirte... —empezó Lester, carraspeando mientras buscaba las palabras—. En fin, yo... bueno, quiero que sepas que me ha sorprendido mucho la decisión de Sarah. No tenía ni idea.

Liam asintió despacio, con cuidado. Debía ser cauto al escoger sus palabras, incluso sus expresiones faciales, porque por mucho que ese hombre lo apreciara, ella no dejaba de ser su niña mimada.

—Ya sabes que para mí eres como un hijo, y espero que no te tomes como una ofensa el hecho de que haya tenido que invitar a ese... australiano a la fiesta

benéfica. No dejarás de ir, ¿verdad?

Lester ya debía de saber que asistir a aquello debía de apetecerle tanto como una extracción de muela en directo sin anestesia, pero aun así se lo estaba pidiendo con total claridad.

—Sí. Sí, claro, cuenta conmigo.

—En el fondo tengo la esperanza de que Sarah recapacite. Que lo piense bien y esto sea para ella un pequeño desliz.

Liam se quedó pensando en sus palabras. Ese hombre pensaba igual que él, que aquello era un capricho pasajero, pero por otro lado le parecía muy

atrevido aventurar que estaría dispuesto a volver con ella si cambiaba de opinión.

Aunque suponía que sí lo haría. Si entraba en razón, cosa que de momento no parecía haber sucedido, y ese lunes ni siquiera había ido a hacer sus eternas prácticas.

—A pesar de mi hija y sus caprichos, tú sigues siendo una parte muy importante de Lester y asociados, Liam. Espero poder seguir contando contigo de cara al futuro, ya sabes que pronto necesitaré un nuevo socio y te tengo en lista.

¿Y para qué se pensaba que trabajaba sin parar?

—Por supuesto que sí, es mi prioridad.

—Me alegra mucho oír eso—.Lester le dio unas palmaditas afectuosas y al fin se incorporó—. En fin, te dejo trabajar. Por las habladurías no te preocupes, en un par de días habrán cambiado de tema. Liam asintió de nuevo, y se quedó mirando la puerta hasta que Lester salió. Normalmente el jefe no se pasaba por los despachos, así que aquello era una concesión a tener en cuenta.

Se pasó la mano por la cara y descolgó

el teléfono.

—¿Aidan? Tráeme un café. Y todos los expedientes del caso Grant.

El susodicho apareció diez minutos después con un vaso de café de Starbucks. Fuera del trabajo era su amigo, y dentro el secretario, porque hasta en eso eran originales Lester y asociados; era un chico rubio y apocado, inteligente pero no demasiado comunicativo, que siempre trataba de ocultarse tras sus gafas y pasar desapercibido.

—Aquí tienes. Café largo con un poco

de leche—.se lo puso en la mesa.

—¿Qué pasa con la señora Meyer?

—Jubilada. Estamos a la búsqueda de una recepcionista nueva. Se supone que debería encargarse Sarah, pero ya la conoces.

—Pues podemos esperar sentados...
¿cómo tengo la agenda?

—Tienes una vista oral a la una en el juzgado de la calle Holm y un par de clientes nuevos a primera hora de la tarde.

—Vale. Mira a ver si puedes hacer que el repartidor se acerque a mi taller y

meta algo de presión para que se den prisa con el coche. Y consígueme un taxi para ir al juzgado, que esté a las doce y media en punto.

Aidan tomaba notas a toda velocidad, ya estaba acostumbrado a que Liam le diera muchas órdenes muy seguidas, según las pensaba.

—¿Comemos cuando vuelvas? — preguntó.

—Sí, pero no sabría decirte la hora. Con algunos jueces podemos morir esperando.

—No pasa nada, llama cuando salgas de

allí. Estaremos en el irlandés de la esquina.

Se fue tras hacerle un gesto de despedida con la cabeza, y Liam volvió a quedarse pensativo. Logró concentrarse en su trabajo hasta que un rato más tarde tuvo que dejarlo para irse al juzgado; se estaba abrochando la chaqueta cuando escuchó ruidos fuera, de manera que se aproximó hacia la puerta y la entreabrió. Vio a Sarah pasar corriendo hacia su despacho, así que se asomó discretamente y sí: allí estaba el otro tío. Y no andaba muy

desencaminado sobre la idea que se había hecho de él: un guaperas rubio de ojos verdes con cara de canalla y pinta de pasar muchas horas en el gimnasio... su único consuelo era que no era alto, pero aparte de eso no encontraba nada más criticable en él, ni siquiera tenía la nariz demasiado grande, o los dientes torcidos.

Le molestó que Sarah lo hubiera llevado allí tan pronto, como si no le preocupara en absoluto si le sentaba mal o no. El australiano permanecía en la entrada, con el cuerpo en una postura tensa, pero

sonriendo mientras dos pasantes le daban conversación, ambas coqueteando sin parar. Un par de minutos después, Sarah reapareció haciendo repiquetear sus tacones y con una bolsa en la mano; agarró al ladrón de novias del brazo y se marcharon.

El teléfono de su despacho empezó a sonar, así que retrocedió para descolgar.

—¿Liam? Tienes el taxi esperándote.

—Ya voy —respondió antes de cortar.

Al menos, podía descargar su mal humor en el juzgado. De cualquier forma, todo el mundo odiaba a los abogados.

Cuando llegó al irlandés era tarde; Aidan y Lars ya habían comido, pero lo esperaban de todos modos tomando café. El segundo le hizo un gesto para que se sentara, mientras avisaba a la camarera; esta llegó rauda y veloz y puso una sonrisa.

—¿Quieres algo de la carta? —preguntó a Liam, ignorando a los otros dos a los que ya había servido.

—No, con el café es suficiente.

En cuanto ella se hubo alejado, Lars giró el cuello unos ciento ochenta grados

para ver si alcanzaba a verle el culo, y después se volvió hacia su amigo meneando la cabeza.

—Mal, así vamos mal. Mira, Liam, ¿sabes cuál es la mejor forma de superar una ruptura?

—¿Tirarme a otra tía? ¿Tirarme a muchas tías?

—No seas así—. Aidan le pegó en el hombro—. Lars tiene razón.

—Solo han pasado tres días, hombre, dejad que me revuelque en el disgusto al menos una semana... —Echó azúcar y se puso a revolver el café malhumorado.

Lars meneó de nuevo su extraña cara, de rasgos difíciles. Aunque parecía un crío no lo era tanto, estaba cerca de la treintena, pero era un genio en la informática y un desastre en las relaciones sociales... por mucho que le pusiera empeño en lanzar los tejos a cualquier mujer que se le acercara, ni siquiera había conseguido perder la virginidad.

—Un clavo saca a otro clavo —estaba diciendo el informático—. No hace falta que busques a la mujer de tu vida, solo a la «chica puente», ya sabes. La que te

distrae y entretiene hasta que llegue otra que de veras te importe.

—No es mala idea —Aidan apoyó a su amigo—. Además, ¿qué pasa con la fiesta benéfica, piensas ir?

—Qué remedio. Hoy mismo ha estado Lester en mi despacho para decirme cuánto sentía lo ocurrido y recordarme que quiere verme allí—. Bebió un sorbo del café sin demasiadas ganas.

Los dos chicos se miraron entre ellos.

—Qué cabrón —masculló Lars—. ¿Crees que lo hace a propósito? —Vio que Liam lo miraba sin comprender—.

Sí, ya sabes, hacerte pasar por el trago de presentarte allí solo y sabiendo lo que ha sucedido. Porque claro, estará Sarah con su nuevo novio... es un poco humillante.

Aidan le dio un codazo por debajo de la mesa al ver la cara contrariada de Liam.

—No creo que sea tan retorcido, si Lester le adora.

—Bueno, premeditado o no, el caso es que esos son los hechos. Mira —Lars bajó la voz—, puede que si eres amable con esa camarera tan dispuesta a servirte, podrías llevarla contigo.

—¿A dónde? —preguntó Liam boquiabierto.

Los tres se callaron al ver que la susodicha se acercaba con la cafetera. Liam ni siquiera había llegado a beberse el café, pero ella se empeñó en rellenarle la taza con tanto entusiasmo que por poco lo derramó; después se alejó con otro contoneo diferente del que Lars no perdió detalle.

—A la fiesta. Y no estoy diciendo ningún disparate, ¿has pensado presentarte con alguien? —Chasqueó los dedos para sacarle del estado de estupor

en que lo había dejado—. Es la forma perfecta de no quedar como un perdedor.

—Olvídalo. No estoy de humor.

De nuevo los dos chicos intercambiaron una mirada entre ellos.

—Nunca lo estás, pero tampoco es necesario que sea real. No sé, solo busca a alguien y la llevas... así, la arpía de tu ex novia podrá dejar de pensar en ti como en ese pobrecito pringado al que he abandonado por otro más cachas y...

—No me estás ayudando demasiado, Lars.

—Ya sabes que yo soy pragmático. Para sentimental está este—.Y le pegó a Aidan en la cara con afecto.

—Y por eso ambos estáis solteros
—.Liam se levantó.

—Bueno, ahora ya puedes añadirte al grupo—.Lars le imitó con una sonrisa burlona—. Y ya tenemos treinta, a esa edad el número de chicas que se interesan por ti va disminuyendo. Solo les importa si tienes una buena nómina.
Aidan sacudió la cabeza mirando al techo.

—No le hagas caso —le dijo a Liam.

—¿Sobre qué?

—Sobre nada en general. Por algo sigue siendo virgen. Pero... —Le cogió del brazo para bajar la voz, mientras el informático abría su cartera y dejaba quince dólares sobre la mesa— lo de ir acompañado a la fiesta no me parece tan mala idea. No sé, solo piénsalo... tú sabes cómo es Sarah, si no quieres que te trate con condescendencia para siempre, y por extensión los demás, quizá debieras cortar esto de raíz.

—Deberíamos volver al trabajo — comentó Liam, tras unos segundos

analizando aquella observación. Se giró a Lars—. ¿Esa propina desproporcionada es por tirar el café sobre la mesa?

Su amigo sonrió.

—No —dijo, exultante—. Por su culo.



Natasha se bajó del autobús y cruzó la calle para dirigirse hacia su pastelería. Frunció el ceño al ver que las persianas estaban aún bajadas, y Leo se encontraba en el exterior, hablando por el móvil mientras hacía grandes aspavientos con los brazos. Cuando la vio, terminó la conversación y se guardó el teléfono en el bolsillo con una expresión de inocencia que la puso alerta al instante.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Nada, que está la cerradura atascada.

Así que he llamado a...

—... un cerrajero?

—No, mujer, a los bomberos, claro.

—Pero Leo, tienes que dejar de hacer eso. Esto no es una emergencia, seguro que tienen cosas más importantes que hacer y...

—Y nada, que así nos alegramos la vista y comenzamos el día con buen pie.

Natasha movió la cabeza, discutir con él era inútil. Rebuscó en su bolso para llamar ella y cancelarlo, pero antes de

que pudiera sacar el móvil el todoterreno de los bomberos apareció por la esquina y aparcó junto a ellos. Se dio cuenta de que estaba mirando el vehículo expectante, esperando ver a Jesse, así que se obligó a apartar la vista; ya estaba Leo para comérselos con los ojos, no quería ser igual.

—Vaya, Jesse, Max, qué casualidad — oyó que decía su socio—. ¿Otra vez de guardia?

—Ya ves. Hola, Natasha.

Ella dejó de mirar su persiana, y se dio la vuelta. Los dos bomberos se habían

bajado del todoterreno. Max estaba hablando con Leo, que le explicaba el problema con la cerradura, mientras Jesse se acercaba a ella. Ninguno se había puesto la chaqueta, estaba claro que sabían que no iban a necesitarla.

—¿Qué tal? —preguntó él, con una sonrisa devastadora.

—Bien, gracias. ¿Y vosotros?

—Sin novedad—. Se metió las manos en los bolsillos, ladeando la cabeza con curiosidad—. No me has llamado.

—Ah, ya, bueno, es que en realidad he estado muy ocupada. Y dijiste que era

solo en caso de necesidad, de todas formas.

—¿Eso dije? —Entrecerró los ojos, recordando—. No fue así exactamente, pero...

—¿Tenéis otra llave? —preguntó Max—. Creo que el problema es la copia de Leo, parece que se ha doblado algún diente.

—Sí, tengo las mías —contestó Natasha. Las sacó de su bolso y se las pasó. Max las metió en la cerradura, que se abrió sin problemas. Probó de nuevo a cerrar y abrir, con el mismo resultado. Leo

sacudió la cabeza, examinando sus llaves.

—No tengo ni idea de lo que ha podido pasar, qué cosa más extraña —comentó—. En fin, ya que estáis aquí desayunaréis, ¿no?

Ya estaba entrando en la pastelería, asumiendo que todos le seguirían. Max le dio sus llaves a Natasha, que las guardó avergonzada.

—Perdonad las molestias —se disculpó—. No me dio tiempo a cancelar la llamada, intentaré que nos os fastidie más.

—No es molestia —contestó Jesse, mirando su reloj para comprobar la hora —. ¿Nos quedamos, Max?

—¿Por qué no?

Pasó al interior. Leo ya estaba subiendo las persianas, y Jesse extendió la mano hacia Natasha.

—Déjame las llaves, te voy a enseñar un truco —dijo.

Natasha se las entregó, evitando tocarle en lo posible. Jesse cerró de nuevo, se las devolvió y le hizo gestos para que se agachara a su lado.

—¿Tienes una tarjeta de crédito? —

preguntó él.

Natasha buscó en su cartera, sacó una y se la dio. Jesse la metió entre la puerta y el marco, y tras manipular la manilla y la tarjeta durante unos segundos, la cerradura cedió con un chasquido y él abrió con una sonrisa de satisfacción. Le devolvió la tarjeta, y ella la guardó suspirando.

—Muy impresionante —dijo—. Aunque ver que es relativamente fácil entrar a robarnos, no me tranquiliza demasiado.

—Compra una con cierres en la parte superior e inferior, y no podrán abrirla.

—Gracias. ¿Te preparo un chocolate como el del otro día?

—Me encantaría, eres muy amable.

La siguió hasta el interior. Leo había sacado ya un par de cupcakes y estaba sentado junto a Max, charlando según su costumbre. Jesse acompañó a Natasha y se quedó apoyado en el mostrador igual que la vez anterior, para poder observarla mientras preparaba los chocolates.

Ella se quitó la chaqueta y se puso el delantal rosa, para después sacar las tazas y comenzar a calentar el chocolate.

—Escucha, estaba pensando una cosa...

—empezó Jesse. Ella le miró mientras removía la mezcla—. Dentro de un par de días comienza la temporada de los Penguins, ¿te gusta el *hockey*?

—¿A quién no? —Sonrió y probó el líquido. Se relamió, satisfecha—. ¿Por?

—Ah... —Parpadeó, distraído por un momento al ver su lengua quitarse el chocolate del labio superior—.

Nosotros tenemos unos cuantos pases anuales, y siempre falla alguno. ¿Te apetecería venir?

Ella pasó la bebida caliente a las tazas y

les echó las especias, mientras pensaba la respuesta. Pues claro que le apetecía ir, pero tampoco quería ponérselo en bandeja.

—La verdad es que iré con mi hermano y unos amigos, también tenemos pases anuales—. Le tendió su taza—. Pero podemos vernos allí y tomar algo en los descansos, si quieres. Sería mucha casualidad que tuviéramos los asientos cerca.

Jesse cogió la taza, con una amplia sonrisa dedicada a desarmarla, cosa que consiguió.

—Perfecto. Tienes mi teléfono, no dejes de mandarme un mensaje en cuanto estés allí.

—Hecho.

Le llevó su chocolate a Max, y les tuvo que dejar a los tres solos porque comenzó a sonar el teléfono de la pastelería.

* * *

Aidan y Lars habían pasado a buscar a Natasha, y los tres esperaban en el coche, aparcado frente al edificio de

Liam. Lars miró su móvil, y sacudió la cabeza.

—¡Hombre, no me fastidies! —exclamó—. Ahora va y me manda un mensaje diciendo que no quiere venir.

—Esperad aquí, este viene sí o sí.

Natasha salió del coche y se dirigió resuelta al portal. Sacaría a su hermano de los pelos si hacía falta, pero iba a ir al partido como que se llamaba Natasha. Nada de quedarse en casa pensando en la imbécil de su ex ni nada parecido, faltaría más.

—¿Qué, hay partido? —preguntó Zeke,

señalando su camiseta negra con un pingüino.

—Sí, vengo a buscar a mi hermano.

—Llegó de trabajar tan gruñón como siempre, no sé yo si tiene muchas ganas de deportes.

—Ya verás tú si le saco.

Y rápido, además, porque ya le había enviado un mensaje a Jesse para quedar en el bar del primer nivel antes de que empezara el juego, y no pensaba llegar tarde. Como por culpa de Liam quedara mal delante del bombero, se iba a enterar.

Subió en el ascensor y entró con su llave, sin molestarse en llamar. Liam, tumbado en el sofá, la miró sobresaltado.

—¿Pero qué...?

Natasha le ignoró. Se metió en el dormitorio, abrió el armario y rebuscó hasta encontrar su camiseta de los Penguins. Cogió unos vaqueros y le tiró las dos cosas a la cara.

—Tienes dos minutos —dijo.

—Pero es que no me apetece ir.

—Me importa entre tres y cuatro pepinos lo que te apetezca. He quedado

con un chico y no pienso llegar tarde por tu culpa, así que vístete a la de ya y vámonos.

—Eh, eh, eh, espera—. Se levantó con la ropa en la mano—. ¿Cómo que has quedado? ¿Con quién?

—Un bombero, Leo les llamó por un incendio...

—¿Un incendio? ¿En la pastelería? ¿Pero cuándo ha pasado?

—No ha pasado nada, es que Leo es un exagerado. Los detalles dan igual, parece un tío majo y hemos quedado para tomar algo.

—Vale, vale, ya voy.

—¡Ja! Tú con tal de vigilarme...

Liam frunció el ceño, pero se fue a vestir. Ciertamente que no le apetecía nada ver un partido de *hockey*, por mucho que fuera el primero de la temporada y todos estuvieran con el mono de ver a su equipo, pero ya que su hermana hubiera quedado con un desconocido... No es que quisiera vigilarla, ni se consideraba extremadamente sobreprotector, pero al fin y al cabo era su hermano mayor, y en cierto modo se sentía responsable. Así que, aunque hubiera preferido mil veces

quedarse en el sofá viendo una película, cinco minutos después se encontró en el coche de Aidan sentado en la parte trasera junto a Lars, en dirección el estadio Consol Energy Center, donde jugaban los Penguins.

Lars gruñó tras dar varias vueltas al aparcamiento sin encontrar sitio. Natasha miraba el reloj cada vez más impaciente, ya llegaba diez minutos tarde...

—¡Ahí! —gritó, sobresaltando a todos.

Lars se frotó el oído. Natasha le golpeó el hombro señalando con insistencia el

hueco vacío, así que el chico giró veloz hacia el sitio, metiendo el coche con un par de maniobras. Natasha se bajó casi corriendo, por lo que los tres tuvieron que apresurarse para alcanzarla.

—¿Y a esta qué le pasa? —preguntó Lars, sin aliento—. ¿Se quema algo?

—No me hables de quemar —replicó Liam, molesto ya con el bombero, aunque no lo conocía todavía.

Lars y Aidan se miraron sin entender nada, y alcanzaron a Natasha justo cuando ella se disponía a pasar las puertas.

—¡Que tienes tú nuestros pases! —avisó Aidan.

—Uy, es verdad.

Abrió su bolso y les dio a cada uno la suya; siguió hacia las escaleras al primer nivel, con ellos detrás revisando sus asientos.

—Yo creo que estamos yendo en dirección contraria... —intentó decir Lars, pero ella siguió andando.

—Ha quedado con un tío —explicó Liam, subiendo las escaleras.

Lars y Aidan se miraron. ¿Natasha tenía una cita? Aquello sí que tenían que

verlo. Corrieron escaleras arriba, y la alcanzaron cuando estaba llegando ya al bar.

Liam frunció el ceño cuando vio el grupo hacia el que se dirigía.

—¿Y esos quiénes son? —preguntó Lars.

—Joder, si están todos cuadrados —dijo Aidan—. Menudos armarios roperos.

—Son bomberos —contestó Liam, dando dos pasos para colocarse junto a Natasha.

Su hermana sonrió hacia el grupo sin percatarse de su presencia. Llegaba

quince minutos tarde, esperaba que Jesse no se hubiera molestado. Él la vio entonces, y se acercó con una sonrisa seductora.

—Empezaba a pensar que no venías — dijo.

—Es que nos ha costado aparcar.

—Hola, soy Liam —interrumpió el susodicho—. Su hermano mayor.

—Jesse James, encantado.

—¿Y ese acento?

—De Texas. Puedes hacer un chiste, si quieres, entre el nombre y el acento estoy acostumbrado.

—No tengo humor para chistes...

—Liam... —Natasha le pegó un codazo, y miró a Jesse—. No tiene buen día, no le hagas caso.

—No pasa nada—. Señaló tras ella con su botella de cerveza—. ¿Y esos dos son también hermanos vuestros?

Ella se giró y se echó a reír. Lars y Aidan se acercaron, mirando al bombero sin ocultar su curiosidad.

—No, son amigos.

Natasha los presentó y todos se estrecharon las manos. Una voz avisó por los altavoces de que quedaban cinco

minutos para que comenzara el partido.

—¿Nos vemos en el primer descanso?

—preguntó Jesse.

—Claro.

Le guiñó un ojo, y se marchó con su grupo. Liam cogió a su hermana del brazo, llevándola en dirección contraria para ir hacia sus asientos.

—No me gusta —sentenció.

—¡Pero si solo habéis intercambiado dos frases! Anda, no seas borde. Es muy simpático, ya verás.

—Sí, ya, a mí me da que este es de los que lanzan una miradita con esos ojos

y...

—¿Te has fijado? Los tiene muy bonitos, ¿verdad?

—No era eso lo que quería decir y lo sabes.

—Lo sé, lo sé—. Llegaron a sus asientos y se quitaron las chaquetas para ocuparlos—. Tranquilo, no es de esos.

No podía estar segura y los dos lo sabían, pero no quería pensar en ello.

Aidan repartió unas cajas de palomitas que había comprado por el camino, y Liam metió mano a la suya mirando al frente. Su vista se cruzó con el palco

propiedad del bufete. Le quedaba demasiado lejos para distinguir bien el interior, pero había gente, eso estaba claro. La luz estaba encendida, y se podían ver varias figuras moviéndose de un lado a otro.

Natasha le pegó un codazo que casi le hizo tirar las palomitas.

—Deja de mirar el puñetero palco, que empieza el himno.

Liam iba a replicar que no lo estaba haciendo, pero refunfuñó por lo bajo y se llenó la boca de palomitas. Se hizo el silencio en el estadio mientras el

invitado especial del día cogía el micrófono. Todos se pusieron en pie con las manos sobre el corazón para cantar el himno. Al finalizar, las luces empezaron a cambiar, mientras se oía la voz del animador gritando por los altavoces. Las pantallas mostraron los jugadores de uno en uno, cada uno con su nombre y número en mayúsculas. Sin darse cuenta, Liam se vio inmerso en la euforia del estadio y en un par de minutos se había olvidado de la maldita Sarah, del bufete y de su mal humor, y comenzó a animar al equipo como si no

hubiera un mañana.

Veinte minutos después llegó el descanso, y ya todos se habían terminado sus palomitas. Los cuatro se dirigieron de nuevo al bar, donde se apelotonaba la gente. Lars y Aidan se perdieron en la multitud, intentando acercarse a la barra para conseguir las bebidas, mientras Liam y Natasha esperaban.

—Me parece que para cuando lleguen, habrá que volver a nuestros asientos — comentó Liam.

—¿Queréis una?

Los dos hermanos se giraron hacia la voz. Jesse se acercó con su omnipresente sonrisa, y les tendió un botellín de cerveza a cada uno. A su pesar, Liam se vio aceptando la bebida con un gesto de agradecimiento, al menos el chico era amable... el ambiente del partido le había relajado, porque si hubiera sido un rato antes, habría pensado que le estaba haciendo la pelota para ligarse a su hermana.

—¿Max no ha venido hoy? —preguntó Natasha.

—Tenía turno. ¿Y dónde has dejado a

Leo?

—Tiene su propio grupo de chiflados, asientos en primera fila. Ya sabes, para no perder detalle. Creo que incluso van a esperar al equipo a la salida.

—Ya me lo imagino.

Lars y Aidan aparecieron con las bebidas en la mano, con aspecto de haber atravesado un huracán. Y al ver que ya estaban servidos, fue su turno de mirar con animadversión al bombero.

—Podíais haber avisado de que ya estabais servidos —protestó Lars.

—Sí, por señales de humo —replicó

Natasha—. No pasa nada, nos las llevamos al sitio para el segundo...

—Joder, mierda.

Todos miraron a Liam, que lanzaba juramentos mientras miraba a su alrededor como buscando una salida. Pero antes de que pudiera dar un paso, Sarah ya se había acercado a ellos colgada del brazo del australiano de marras.

—Vaya, chicos, qué sorpresa encontraros por aquí.

—Teniendo en cuenta que sabes que compramos pases de temporada, lo dudo

—replicó Natasha.

—A ti no te conozco —Soltó al chico para acercarse a Jesse y plantarle dos besos sin más miramientos—. Soy Sarah, ¿y tú?

—Jesse, soy...

—¿Ya conocéis a Cody?

Regresó junto al australiano, que sonrió con educación. El chico extendió la mano, y todos se quedaron quietos sin hacer ademán de estrechársela. Liam parecía que fuera a tirarle la cerveza a la cara, y Lars y Aidan miraron para otro lado, como si la cosa no fuera con

ellos. A Natasha le dio pena Cody, el chico parecía incómodo, así que se acercó y se la estrechó.

—Hola, soy Natasha —se presentó—. Ellos son Aidan, Lars, Jesse y mi hermano Liam.

—Es mi ex —aclaró Sarah, por si la situación no fuera ya incómoda de por sí—. ¿Y cómo te va, Liam? Supongo que no irás a la fiesta de mi padre, ¿no? Ahora que ya no tienes pareja, quiero decir. Porque ir con tu hermana sería un poco triste, ¿no te parece?

Jesse se atragantó con la cerveza. Con el

aspecto de dulce que tenía la chica, y menuda bruja que era en realidad. Liam apretó la suya entre los dedos, mientras Cody la miraba como si no la reconociera.

—Sarah, me parece que te has pasado un... —empezó a decir.

—Tranquilo, cariño —Le pellizcó una mejilla—. Es solo una broma, Liam no se lo ha tomado a mal, ¿verdad?

—No, para eso tendría que importarme. Sarah enrojeció furiosa, y se dio la vuelta para alejarse, arrastrando al pobre australiano del brazo. Él se dejó

llevar, no sin antes lanzar una mirada de disculpa al grupo.

Jesse silbó moviendo la cabeza.

—Menuda arpía —comentó—. No se ha tomado muy bien ese «zas, en toda la boca» que le has soltado.

—Sí, ya, mejor nos vamos a nuestros asientos, el descanso casi ha terminado.

Y echó a andar. Natasha se despidió de Jesse y siguió a su hermano, con Lars y Aidan a la zaga. Cuando llegaron a sus asientos no les dio tiempo a hablar, ya que el partido comenzó de nuevo. Natasha le tocó un brazo a su hermano,

preocupada, pero él hizo un gesto para quitar importancia a lo que había pasado y volvió su atención al juego. Tenía ganas de estrangular a alguien, pero se recompuso; no pensaba dejar que Sarah le estropeará el *hockey* también.

En el siguiente descanso salieron de nuevo, aunque esta vez no tuvieron ningún encuentro desagradable, y al terminar el partido se fueron todos con el grupo de bomberos a un pub cercano a celebrar la victoria. Allí se encontraron con Leo y sus amigos, que no tardaron en acercarse y unirse a

ellos.

Al día siguiente todos tenían que madrugar, así que después de tomar una copa Lars buscó a Aidan y Liam para marcharse. Los tres fueron a por Natasha, que estaba en una esquina de la barra hablando con Jesse. Al verles, puso cara de decepción.

—¿Ya nos vamos? —preguntó—. ¡Si es temprano!

—Mañana trabajamos, ¿no tienes tú también que abrir la pastelería pronto?

—replicó Liam.

Natasha pensó en contestarle que ya se

encargaría Leo, pero su socio estaba en aquel momento bailando encima de una de las mesas, agitando su bufanda de los Penguins en el aire, así que dedujo que, con toda probabilidad, el chico ni siquiera llegaría a la hora normal. Suspiró y dejó su vaso mirando a Jesse.

—En fin, tengo que irme —dijo.

—Si quieres quedarte un rato más, te llevo luego yo a casa —se ofreció él.

—¿No te importa?

—Claro que no.

—Entonces me quedo—. Se giró hacia su hermano—. Ya nos vemos mañana,

Liam.

Él los miró alternativamente. Jesse le sostuvo la mirada con tranquilidad, mientras que la de Natasha le decía que se fuera y no protestara. Así que al final se rindió; que su vida sentimental se hubiera ido al traste no significaba que a su hermana tuviera que pasarle lo mismo. El texano no terminaba de convencerle, pero no dijo nada. Se limitó a despedirse de él con la cabeza y darle un beso a su hermana en la mejilla. Lars y Aidan se despidieron también, y los tres se marcharon. Jesse suspiró

aliviado cuando por fin les vio salir.

—Creo que no le he caído bien a tu hermano —comentó.

—No te preocupes, es que lleva unos días muy duros.

—La arpía, imagino.

—Sí.

Se oyó un estrépito, y vieron que se había hecho un círculo en el centro del local. Un par de bomberos levantaron a un Leo que sonreía de oreja a oreja, a pesar de haberse caído al suelo tras romperse la mesa sobre la que había estado saltando. Natasha se echó a reír,

y Jesse se sorprendió mirándola embobado.

—¿Vamos a cenar algo? —preguntó.

—Sí, ¿Primanti Brothers? —Jesse la miró sorprendido—. ¿Qué? ¿No puede gustarle a una chica un sándwich de patatas fritas y ensalada de col? ¡El *hockey* me da hambre!

—Pues a Primanti Brothers iremos.

Avisó a sus amigos de que se marchaba, y fueron en el coche de Jesse hasta el local, algo alejado de allí. Estaba abierto las veinticuatro horas y siempre había gente. Jesse fue a pedir, y Natasha

ocupó una de las pocas mesas vacías para que no se quedaran sin sitio.

Mientras esperaba los sándwiches gigantes, Jesse la observó. Cuanto más la miraba, más le gustaba, y el que no fuera de las que se pedían una ensalada en la primera cita le gustó... un momento, ¿primera cita? Sonrió para sí. Bueno, si ella también lo pensaba, ya estaba a una más cerca de su objetivo.

La camarera les llevó primero las bebidas y después los sándwiches envueltos en papel encerado. El tamaño de la comida no daba opción a mucha

conversación, pero entre mordisco y mordisco hablaron de la pastelería, de cómo se habían conocido ella y Leo, y Jesse a su vez le contó un poco sobre su trabajo.

Después de un batido enorme de vainilla coronado con nata que compartieron, Natasha le dio la dirección de su casa, y él condujo sin necesidad de que ella le indicara cómo llegar. Con su trabajo, Jesse recorría muchas veces la ciudad y sus alrededores, y conocía cada calle al dedillo.

Paró el coche frente a su portal, y se

quedaron mirándose.

—¿Te apetece cenar el sábado? — preguntó él, rompiendo el silencio.

—¡Sí! —Frunció el ceño, para a continuación negar con la cabeza—.

¡No, porras!

—No me ha quedado muy claro...

—Perdona—.Suspiró—. Sí que me apetece, pero no puedo, los sábados son días de mucho trabajo. No creo que cerremos hasta las dos de la mañana.

—Bueno, pues te voy a buscar y te espero tomando uno de esos chocolates tuyos. Y luego ya cenamos en Primanti o

donde quieras.

—¿No te importa que se haga tarde?

—Tengo turno de mañana, así que dormiré toda la tarde y cuando vaya a por ti estaré recién levantado. No hay problema.

—Vale, pues... quedamos así entonces.

Se quitó el cinturón y miró hacia su portal, pero no terminaba de decidirse a bajar. Jesse ya había deducido a esas alturas que no lo invitaría a subir a «tomar café», así que se acercó hacia ella.

—Eh—.Natasha lo miró—. Buenas

noches, preciosa.

La cogió por la barbilla con suavidad para que lo mirara a los ojos, antes de inclinarse y besarla. Natasha entreabrió los labios, dejando que la besara más profundamente, sintiendo un escalofrío recorrer su cuerpo. Dios, qué bien besaba... le acarició la nuca, perdiendo la noción del tiempo, y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para regresar a la tierra y apartarse unos centímetros.

—Yo... —empezó—. Será mejor que me vaya.

—Vale.

—Escucha, te invitaría a subir, pero... prefiero que nos tomemos las cosas con calma. ¿Te importa?

—Claro que no, no hay prisa.

—Bien—. Sonrió, aliviada, y le dio un beso—. Te veo el sábado, entonces.

Se bajó del coche, y Jesse se quedó mirándola hasta que entró en el portal.



4

Habían transcurrido dos semanas, y por fin era viernes. Las semanas laborales empezaban a hacérsele muy largas a Liam, sobre todo desde que Sarah se dedicaba a pasearse arriba y abajo, sin hacer nada excepto mostrar su nuevo novio al mundo; el tipo parecía majo y aún se le veía un poco cohibido, pero esas dos cosas no eran suficientes como

para que no se le atragantara. La verdad que Sarah no tenía delicadeza alguna: en lugar de tratar de llevar su nueva relación con discreción, solo le faltaba ir con un altavoz en mano anunciando a todo el mundo lo feliz que era. No quería ni imaginarse la dichosa fiesta... ya había estado pensando en excusas para no ir, pero sabía que no colarían, que Lester se sentiría decepcionado, y no quería poner en peligro sus posibilidades de ser socio. Aunque ya no sabía si le apetecía tanto quedarse trabajando allí, dadas las circunstancias.

De cualquier forma, Natasha le acababa de llamar diciendo que le esperaba en su piso, que los chicos iban a cenar. Recogió sus cosas refunfuñando, últimamente no le dejaban solo ni en la ducha, los muy pesados. Que parecía que uno no podía convertirse en una ostra social a gusto.

Casi no quedaba gente en la oficina, y el mostrador donde debería estar la nueva recepcionista seguía vacío. Y a nadie parecía importarle, no se daban cuenta de que Aidan estaba a punto de volverse loco por tener que preocuparse de coger

el teléfono a todas horas cuando ese no era su trabajo.

Decidió dejar de pensar en temas del bufete, al menos durante el fin de semana, y en media hora estuvo en su edificio. Subió del garaje y respondió distraído al saludo del portero mientras aguardaba a que el ascensor llegara. Cuando este pasó por el tercero frunció el ceño... el tercero, el tercero, ¿qué pasaba en el tercero? Tenía la sensación de que se le olvidaba algo, pero entonces llegó a su piso y escuchó la música a todo trapo dentro, así que

desterró aquella idea antes de entrar.

Natasha aún conservaba su llave y entraba allí a su antojo, algo de lo que tendrían que hablar; tanto empeño por independizarse para luego hacer aquello no podía ser. Lars y Aidan también habían llegado, y estaban sentados en su sofá con un par de cervezas apoyadas sobre la mesilla.

—¡Hola! —saludó el primero—.

Pensábamos que no llegarías nunca, ¿has cerrado tú la oficina?

—Casi. Eh—. Liam abrió un cajón del aparador y les lanzó un par de

posavasos—. ¿Sabéis lo que son? Pues usadlos.

—Sigue gruñón —repuso Lars mirando a Aidan, que asintió.

—Lo que tú digas—. Los dejó allí para asomarse a la cocina, donde su hermana trasteaba.

Natasha llevaba un par de semanas en la que parecía estar en Babia, y suponía que le iba bien con aquel bombero. Había intentado advertirle sobre él, porque al chico solo le faltaba un cartel en la frente que dijera «Semental», pero ella no parecía querer escuchar nada,

muy dispuesta a dejarse caer en sus brazos. En fin, solo esperaba no tener que consolarla después.

—¡Hola! —saludó ella con entusiasmo al verle—. ¡Al fin viernes! Nada de trabajo hasta el lunes, y cena en casa con tu hermana y tus amigos, ¿existe algún plan mejor? No respondas—. Sonrió.

—Oye, no hace falta que os paséis el día conmigo, de verdad. Si estoy bien.

—Ya lo sé, pero quiero hacerlo. Ya sabes que me gusta cocinar, y que esos dos frikis de ahí fuera me caen bien —. Se puso canturrear mientras removía

algo en una cazuela—. Ah, y por cierto... espero que no te importe, he invitado a Jesse.

—¿Te refieres al vaquero?

—Muy gracioso—. Natasha hizo una mueca— Sí, me refiero a él. Ya sé que no te fías, que piensas que va a romperme el corazón, pero por favor, intenta conocerle antes. Dale una oportunidad.

Liam vio su cara ilusionada y no quiso estropearle la noche, de manera que asintió.

—Genial—. Siguió ella, y fue hasta él

para abrazarle—. Gracias, hermanito. Que sepas que me he aplicado y he preparado una cena maravillosa, ¿por qué no les dices a los frikis que vayan poniendo la mesa?

—Claro.

Lars y Aidan obedecieron al momento, sobre todo el primero, que pensaba que si hacía todo lo que le mandara Natasha en algún momento acabaría por acostarse con ella. Aidan no era tan iluso, pero igualmente hacía caso porque lo consideraba justo dado que ella se estaba encargando de cocinar. Unos

veinte minutos después sonó el timbre, y Liam abrió la puerta para encontrarse con Jesse, que sujetaba dos botellas de vino.

—Eh, hola —saludó el bombero, poniendo su sonrisa habitual—. ¿Llego tarde?

—No —dijo Liam, sin moverse un centímetro para dejarle entrar.

—Bien... —carraspeó Jesse, un poco incómodo al ver que a Liam no parecían importarle las normas de cortesía. Alzó las botellas, por si acaso no las había visto—. He traído esto.

—Sí, ya lo veo... ¿te las tomas de dos en dos?

Jesse arqueó la ceja, pensando si le estaría soltando alguna indirecta, y tragó saliva.

—No, claro que no. Una, siempre una.

—Muy bien—.El moreno se apartó al fin para cederle la entrada—. Adelante.

El chico pasó, alejándose a toda prisa de él por si acaso. Mientras iba a la cocina a saludar a Natasha y que esta metiera el vino en la nevera, se preguntó si sobreviviría a aquella cena... quería causar buena impresión, pero en aquel

entorno estaba en desventaja. Tampoco es que corriera peligro, él estaba cachas, pero el hermano imponía, leñe, siempre tan serio... tal vez no debiera jugar con Natasha, era buena chica.

—Gracias por traer vino —le estaba diciendo ella, mientras abría la nevera—. Somos más de cerveza, pero no hay que desperdiciar el alcohol—. Sonrió, poniéndole en las manos un montón de platos—. Anda, ayuda a los demás. Así los vas conociendo un poco mejor.

Le dio un beso en la mejilla. Jesse no tuvo otro remedio que obedecer; fue

hasta el salón con los platos y se dispuso a colocarlos mientras Lars y Aidan le daban conversación simple sin complicaciones y Liam le miraba con cara de «te estoy vigilando».

Poco después Natasha ya tenía la comida lista, y se sentaron.

—Está claro que lo tuyo es la cocina — comentó Jesse—. ¿Nunca te has planteado ser chef o algo así?

La joven soltó una risita que solo a él le pareció adorable, y que hizo que el resto alzara una ceja, de forma que Aidan decidió cambiar de conversación.

—Oye —comentó, mirando a Liam—, sé que nadie quiere que hablemos de trabajo, pero de verdad necesito que alguien, sea quien sea, consiga una recepcionista. ¿No puedes hacer algo, como hablar con el jefe?

—Aidan —le regañó Natasha—. ¡Nada de trabajo!

—Ya, pero es que me va a dar una apoplejía —se quejó él—. Con tanta llamada pierdo mucho tiempo, y llevo toda la semana saliendo dos horas tarde, que no me pongo al día ni a tiros. Y él se lleva bien con Prescott.

—Hablando del jefazo —intervino Lars—. ¿Está normal contigo? —Liam afirmó—. Qué cosas. Pensaba que igual empezaba a tratarte de forma diferente, ahora que no eres el novio de su hija.

—¡Tenías que sacar el tema! —protestó Natasha—. ¿No quedamos en que...?

—No pasa nada —dijo Lars—. No hay que silenciar las cosas como si fueran tabús, es mejor hablar de todo con libertad. Mientras que a Liam no le moleste...

—¿Ya tienes excusa para no ir a la fiesta? —quiso saber Aidan, mientras se

peleaba con un langostino.

—¿Se os ocurre alguna buena? —
preguntó Liam.

Jesse miró a Natasha, inquisitivo, y ella
negó con la cabeza.

—¿Una enfermedad contagiosa? —
sugirió Lars—. No, sería como muy
oportuno.

—Una muerte en la familia —ese fue
Aidan, segundos antes de que la cola del
langostino saliera volando por los aires
para aterrizar en el plato de Jesse—.
¡Perdón! Nunca he controlado bien estos
bichos.

Este le quitó importancia con un gesto y se giró a Liam.

—¿Tienes una fiesta importante a la que no quieres ir? Porque estará tu ex con su actual novio, claro—. Natasha le pegó un codazo discreto, pero ya era tarde, los tres chicos lo observaban—. Bueno, yo en tu situación, aunque nadie me haya preguntado y me estéis mirando como si hubiera pisado algo maloliente, lo que haría sería ir con la cabeza bien alta. Y una chica al lado.

Lars empezó a asentir con entusiasmo.

—¿Lo ves? Yo tenía razón—. Miró a

Jesse—. Nadie me hace nunca caso porque como soy feo y no ligo ni con las paredes... —entonces se dirigió a Liam—. Pero si lo dice este tío la cosa cambia y lo sabes. Sabe de qué va el rollo.

—Muy bien—. Liam se cruzó de brazos mirando a Jesse—. Habla.

—Vale —dijo él, ignorando su expresión—. Ahora tu ex novia está disfrutando de su momento, está en una nube. Pero en realidad, es como una burbuja y todas las burbujas estallan tarde o temprano... tú decides si es

antes o después. Ahora se siente especial, tiene a su nuevo novio adorándola y al antiguo amargado.

—No te pases —le advirtió Liam.

—¿Disgustado?

—Mejor.

—Pues disgustado —corrigió Jesse—.

Por norma general, cuando alguien sucumbe a un romance de verano nunca es consciente de las consecuencias. A veces nada como una bofetada en plena cara para devolvernos al mundo real.

Lars y Aidan le escuchaban con atención, como si por escucharle se les

fuera a pegar parte de su cara y cuerpo, y Natasha estuvo tentada de echarse a reír, pero se controló. No estaba segura de si le gustaba que Jesse supiera tanto de trucos y chicas, pero tampoco es que le sorprendiera demasiado.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con que debería ir acompañado? —dijo Liam.

—Del todo de acuerdo. Ella no se lo espera para nada y le sentará como un tiro... es la bofetada de la que te hablaba antes—. Jesse le dio un trago a su cerveza—. Créeme, conozco a las mujeres.

Liam parecía estar pensándolo.

—Puede que tengas razón.

—Ah, claro, cuando lo sugerí yo ni caso, pero como lo dice él... — protestaba Lars.

Jesse miró a Natasha y le guiñó un ojo, sabiendo que había conseguido allanar un poco la antipatía general que reinaba sobre él.

—Pero y a quién llevo... —estaba diciendo Liam—. Las únicas chicas con las que trataba eran las amigas de Sarah y... no, gracias.

—No, nada de caras conocidas —cortó

Jesse—. Alguien nuevo.

—Pues como no la pinte...

—Si fueras más amable seguro que habría unas cuantas dispuestas. La camarera aquella que te tiró todo el café en la mesa, por ejemplo —comentó Lars.

Todos se quedaron en silencio unos segundos mientras pensaban, aunque el tema parecía tener difícil solución. Liam nunca se había puesto a pensarlo, pero ahora se daba cuenta que Sarah había cerrado el círculo en cuanto a sus amistades femeninas... antes de empezar

a salir con ella habían existido, pero se habían ido evaporando sin que él lo notara. Maldita Sarah, se había ocupado bien de dinamitar su vida social y reconducirla a su terreno.

—¿Y la rubia del coche? —propuso de pronto Natasha, haciendo que todos la miraran.

—¿Qué rubia? —preguntó Aidan.

—La del tercero. La que te dio el golpe en el coche —explicó Natasha, y todos miraron a Liam—. ¿No dijiste que no había podido pagarte la reparación y que te debía una? ¿O te la ha pagado ya?

—No —refunfuñó él, al darse cuenta.

Ni siquiera había vuelto a pensar en el tema. A lo mejor si se hubieran cruzado podía haberlo hecho, pero ahora se daba cuenta de que desde ese día no la había visto: ni en el ascensor, ni en el portal, ni abriendo el buzón... qué raro. Recordaba que ella le había prometido no salir huyendo del bloque, pero a lo mejor eso era justo lo que había hecho.

—A ver, que alguien me ponga al día —pedía Lars—. ¿Hay una rubia? ¿Te debe un favor? Y lo más importante, ¿está buena?

—¡Es monísima! —especificó Natasha.

—Pues, ¿a qué esperas? —Lars dio un par de golpes sobre la mesa—. ¡Dile que suba! Así le echamos un vistazo.

—A ver, un momento —interrumpió Liam con voz calmada—. ¿Cómo voy a ir a decirle...? Además, con esas pintas que lleva no puedo llevarla a ninguna parte, ¿sabes?

—Bah, eso es lo de menos —Natasha le quitó importancia con un gesto—. Tú ve a hablar con ella. Sé amable e invítala a tomarse algo con nosotros, luego le planteamos el tema.

—¿Estáis hablando en serio? —preguntó él, sin terminar de creérselo.

—¿Acaso tienes alguna opción mejor?

Pues no, no la tenía. Parecía increíble, pero hacerle chantaje a su vecina del tercero para ir acompañado a una fiesta era su mejor opción. Maldita Sarah.

Liam llamó a la puerta, pensando que no le extrañaría en exceso si ella hubiera desaparecido; al fin y al cabo era viernes y había muchas posibilidades de que ninguna de las dos chicas estuviera en casa, pero entonces escuchó pasos y

el ruido de la mirilla con claridad.

—¿Quién es? —era una voz demasiado potente, así que dedujo que se trataría de la compañera.

—Soy tu vecino —respondió de forma paciente.

—¿Qué vecino?

—El que vive justo encima.

—¿Qué quieres?

—Quería hablar con...

Demonios, no recordaba su nombre. Se devanó los sesos, sabía que ella se lo había dicho, pero no le había prestado atención y ahora estaba en blanco. ¿Se

podía ser más torpe?

—¿Con Summer?

—Sí, eso es —dijo aliviado.

—Espera. ¡Summer! —vociferó la voz, tan fuerte que le taladró la cabeza incluso estando fuera.

Liam miró al techo, porque ni aun identificándose le abría la puerta. Escuchó nuevos pasos y después una conversación hasta que finalmente, la puerta se abrió un poco y apareció Summer. Bueno, no se había dado a la fuga, algo era algo. Antes de poder abrir la boca, la chiflada de su compañera se

materializó junto a ella con los brazos en jarras.

—¿Seguro que no eres un violador?

—No. Pero supongo que si lo fuera tampoco te lo diría—. Vio como la rubia sonreía, pero a la otra no pareció hacerle mucha gracia su comentario—. Solo quiero hablar un momento con ella, ¿vale?

—Tranquila, Elke. Es el tío al que le di el golpe con el coche.

—Ah, ¿el gay? —Elke abrió la puerta del todo—. Está bien, puedes entrar.

—Yo no soy gay —se apresuró a aclarar

Liam.

—¿No me dijiste que no te había mirado las tetas...?

Summer le pegó un empujón a la chica hacia la puerta de su cuarto, y después se giró hacia Liam, con cara avergonzada.

—A ver si os ponéis de acuerdo — comentó él—. Porque si os miramos las tetas somos unos perversos, y si no, somos gays... así no hay quién se aclare.

—Disculpa a Elke, es un poco descarada. ¿Qué quieres?

—Esperaba tener noticias tuyas, pero...

no sé si es casualidad o me estás esquivando.

—¿Esquivarte? —Summer se tragó las ganas de salir corriendo a esconderse en su habitación, porque él estaba en lo cierto y lo peor era que se había dado cuenta—. Vale, yo... es que...

Liam la dejó aturullarse unos momentos, sintiendo cierta diversión perversa por ello, y ya que estaba, la estudió de forma breve. La primera vez no se había fijado, solo había visto una melena rubia y un vestido *hippy* horrible, pero ahora con la perspectiva de que aceptara ser

su acompañante, la miró con más detalle. Y sí, Natasha estaba en lo cierto, era mona... bueno, a decir verdad era más que eso: tenía ojos azules, rasgos delicados y una sonrisa preciosa; hubiera ganado con algún centímetro más de altura, pero aquel era el menor de los problemas.

—¿Intentas decirme que no puedes pagar la reparación? —la interrumpió.

—Verás, es que hace poco me quedé sin trabajo... bueno, ahora tengo otro, pero no me he recuperado. Si... si me das algo más de tiempo, te prometo que...

—Está bien. Olvida el dinero—.Ella dejó de hablar de golpe—. A lo mejor hay otra cosa que puedes hacer por mí.

Se oyó una puerta abriéndose y al instante, Elke estaba junto a su amiga sujetando algo frente a su cara.

—¡Tengo un *spray* anti violadores y te aseguro que lo usaré! —dijo, agitándolo en el aire.

—Elke...

—¡Te va a pedir algo sexual, seguro! Ya sabes cómo son estos tipos estirados, van de formales y luego son unos depravados... ¡como en esa peli de

Robert Redford! La del millón de pavos. Liam la miraba como si le faltara un tornillo, pero Summer estaba más que acostumbrada a tener situaciones surrealistas con Elke, así que se limitó a calmar a su amiga.

—Tranquila. Dame eso—.Le quitó el *spray* de las manos y miró a Liam—. Oye, en serio, no sé qué tipo de favor puedes querer, pero creo que prefiero pagarte la reparación y listo.

—Está bien. Pues esta es la factura—.Menos mal que había ido preparado. Se la sacó del bolsillo trasero y se la

tendió. Ella cogió el papel con cara de pocos amigos, pero esa no fue nada comparada con la que se le quedó al leer el total que tenía que pagar; a su lado, Elke pegó un silbido.

—¿Eso por un golpe? Joder.

—Ajá. Y la sustitución del airbag. Y todo eso sin comentar nada del tema de ir por ahí circulando sin seguro... que también tiene multa, solo para tu información.

—Lo imagino —dijo Summer, apretando los dientes. Se inclinó hacia Elke bajando la voz—. ¿Cuánto puede ser?

—De doscientos a ochocientos pavos — replicó la morena sin pestañear—. Por no hablar de no tener el carnet de conducir.

Summer la miró, fulminándola con la mirada. Elke se dio cuenta de que había metido la pata hasta el fondo, pero ya era tarde; Liam se recuperó de la sorpresa al momento y puso una sonrisa.

—Así que tampoco tienes el carnet — comentó—. Vaya, qué cosas. Resulta que eso es una violación del artículo 1501 de la ley penal de Pennsylvania que acarrea una multa que puede ir de

doscientos a dos mil dólares, además de tener antecedentes penales. Aunque la ley distingue situaciones, como no haber tenido nunca la licencia, pero de cualquier forma necesitarás representación legal y dichos antecedentes penales constarán en tu expediente.

—Ostras —dijo Elke, mirándole con los ojos muy abiertos—. ¡Es un picapleitos!

—Se alejó rauda, como si tuviera alergia—. ¿Ves? ¡Te dije que no abrieras la puerta! Sabía que no podía salir nada bueno de hacerlo, pero tú nada, ¡y ahora

tenemos un abogado en casa!

—¿Eres abogado? —Summer estaba a punto de sufrir un colapso, la situación empeoraba por momentos.

—Sí, soy abogado.

Liam se calló, satisfecho, dejando que toda la información que acababa de dar hiciera su efecto sobre la chica. Sabía que se saldría con la suya, pero tampoco pasaba nada si ella creía que podía decidir sobre el asunto. Tras unos minutos de silencio, Summer comprendió al fin que no tenía salida y suspiró.

—¿Qué favor quieres?

—No te preocupes, no es nada sexual — dijo, mirando a Elke intencionadamente —. Solo tendrías que venir conmigo a una fiesta benéfica, nada más.

—¿Acompañante? —comentó Elke—. Oye, puede que debieras de dedicarte a eso, Summer—. Y se echó a reír.

Liam la miró sin entender.

—Una vez trabajé en un local de masajes, de los normales, claro, pero luego el dueño tenía otro negocio de acompañantes de lujo y siempre quería que trabajara para él —explicó ella—.

Decía que no había que hacer nada más que de florero junto a algún banquero, pero no sé, nunca terminé de creerme eso.

—¿Y no necesitan gente? —interrumpió Elke—. Porque ya sabes que yo sí que soy masajista diplomada—. Le sacó la lengua.

—Piensa más bien en venir en plan de amiga —interrumpió Liam, tratando de recuperar la atención.

—¿No tienes ninguna amiga real que pueda hacerte este favor? —le preguntó Summer, incrédula.

—No, la verdad es que no... ¿por qué no subes un momento a mi piso? — Antes de que Elke volviera a saltar sobre él, aclaró—. Está mi hermana y un par de amigos que han venido a cenar, así te cuento de qué va el tema.

Summer se quedó pensativa, pero decidió que no había ningún peligro y que siempre podía pegarle una patada en las pelotas en caso de que le pidiera algo raro, así que afirmó.

—Espera, me pondré algo —dijo, y se metió en su cuarto seguida de Elke, después de que esta mirara de forma

amenazadora a Liam.

—Summer, no subas. Seguro que hay gato encerrado—. Caminó detrás de ella por toda la habitación, suplicante.

—Venga ya, es abogado—. La rubia rebuscó hasta encontrar unos vaqueros y una sudadera.

—Vale. ¿Y qué tal te suena un rollo de cinta adhesiva y un hacha?

—¡Elke, por dios! —La miró irritada—. No me alteres más, anda. Joder, es nuestro vecino... no un psicópata.

—No sé, ya sabes que siempre me ha dado escalofríos, aunque ahora que le he

oído hablar un poco su cara ya no me parece tan rara y tiene un cierto atractivo...

Summer soltó una risita al escucharla y terminó de vestirse.

—No te preocupes. Volveré de una pieza.

—Te doy una hora y si para entonces no sé nada de ti subiré a buscarte con el bate que me prestó Yuri.

—Perfecto.

Elke la acompañó de nuevo hasta la entrada y volvió a mirar a Liam con desconfianza. Mientras esperaban a que

viniera el ascensor, Summer decidió darle conversación.

—Así que eres abogado—.Él asintió—.

¿Sabes? Una vez trabajé como recepcionista en un bufete de abogados y aquello era una locura total, ¿también pasa en tu lugar de trabajo? Casi todos estaban siempre de mal humor y se comunicaban a gritos... supongo que debe de ser un curro muy estresante.

Salón de masajes, bufete de abogados... la chica de los mil trabajos, pensó él, poniendo los ojos en blanco. Debía de ser muy poco seria

para cambiar tanto de empleo, pero recordó que la idea era ponerla de su parte y no en contra, y optó por no hacer comentarios al respecto. Llegaron al cuarto piso y ella salió detrás un poco cohibida, algo de lo que él se percató.

—¿Estás pensando en *American psycho*, verdad? —bromeó.

—No tiene gracia.

—Tranquila—. Liam abrió la puerta, sin dejar de sonreír—. Pasa.

Summer se relajó al ver que, en efecto, había más personas allí. Aunque tampoco significaba nada, podían ser

una secta o algo así, pero al momento supo que aquello eran tonterías: conocía a Natasha de cuando había vivido en el piso de su hermano, ambas habían coincidido montones de veces en la piscina, escaleras o ascensor, y ella era muchísimo más simpática que Liam. También había dos chicos de aspecto inofensivo y un mulato de ojos verdes bastante guapo. La miraron cuando entró, cortando sus conversaciones como si no creyeran que estaba allí presente, hasta que Natasha se aproximó con una sonrisa.

—¡Hola! —saludó con entusiasmo—.

No te preocupes, entra. ¿Tienes hambre?

Hay mucha comida.

—Gracias, no me apetece. Excepto si son cupcakes.

—¡Ah! ¿Te gustaron?

—Sí, fue un detalle por tu parte. Bueno, en realidad solo me dio tiempo a probar uno, porque Elke se comió el resto, pero...

Dejó de hablar al notar que Lars y Aidan la miraban con los ojos abiertos de par en par.

—Este es Jesse —se apresuró a decir

Natasha, para que los dos chicos no quedaran como imbéciles desesperados —. Es mi... bueno, hemos salido un par de veces. Es bombero —le encantaba decir aquello.

—¿Bombero? —repitió Summer—. Oh, vaya. Una vez trabajé como repartidora de pizzas y siempre nos llamaban los de la calle Strain, eran muy amables. Pobrecillos, con esos turnos interminables, ¿tú lo llevas bien?

—Te acostumbras —respondió Jesse sonriendo, aunque por dentro aún continuaba pensando en aquel «Es

mi...» de Natasha.

—Esos son Lars y Aidan —comentó Liam—. Trabajan conmigo. Bueno, también son amigos. Normalmente hablan, aunque no digan nada muy interesante.

Los dos reaccionaron al fin y la saludaron.

—¿Le has contado algo? —preguntó Natasha.

—Por encima —replicó Liam, ignorando a propósito los gestos de aprobación que le estaba haciendo Lars—. Solo que necesito que me acompañe

a una fiesta...

—O me denunciará por no tener carnet

—terminó Summer.

—Si hubieras aceptado mi primera oferta no habríamos llegado a esa parte.

—No estás en uno de tus juicios —se metió Natasha—. Y no puedes ir así por la vida, Liam. Hay que explicar las cosas bien—. Se aproximó a Summer y la miró—. Su novia le ha dejado. Lo lleva regular porque no solo tiene que verla en el bufete, sino que encima la tía le restriega a su nuevo novio por el morro. La fiesta benéfica es dentro de un

par de semanas y tiene que ir, porque, si no va, a su jefe no le hará ninguna gracia y Liam lleva años trabajando para ser socio—. Summer afirmó con la cabeza sin pestañear—. Si va acompañado de otra chica, ella dejará de sentirse tan importante, la gente parará de mirarlo con lástima y todo volverá a su lugar.

—Entiendo—. Summer miró a Liam, ya con otra cara—. Quieres darle en los morros a tu ex.

Liam se encogió de hombros. Le bastaba con que Sarah dejara de fastidiarle, pero hasta alguien como él tenía claro que si

iba con aquella rubia le haría rabiarse a base de bien.

—Tampoco es una venganza... —
empezó a decir, consciente de cómo sonaba.

—Entonces, ¿solo sería acompañarte esa noche y ya?

—Exacto.

—Aunque eso sí... —comenzó Natasha, buscando una forma delicada de decirlo —. Tendremos que buscarte un *look* más apropiado, ya sabes. Se trata de una fiesta con gente importante y... pero vamos, yo te puedo ayudar a pulir un

poco tu imagen. Te conseguiremos un vestido impresionante que, por supuesto, pagará Liam.

Summer estaba incómoda, se sentía como si fuera una vaca de concurso siendo examinada, y el hecho de que Natasha dejara claro que su imagen no servía solo ayudaba a incrementar aquella sensación, pero sacó la dignidad que le quedaba y alzó la cabeza.

—Si hago esto, ¿el tema del coche, el seguro, el carnet y el dinero quedará olvidado? —preguntó a Liam y él asintió—. Está bien. Pues cuenta

conmigo. Iré a esa fiesta.

Natasha empezó a dar palmaditas, pero al darse cuenta de que era la única se detuvo. Cogió un papel y un bolígrafo y se los pasó a Summer.

—Toma, escribe tu número. Así ya podré llamarte para quedar y comprarte algo.

—Está bien.

Escribió su número de móvil en el papelito y Natasha se lo guardó. Summer hizo un gesto de despedida. Necesitaba regresar a su piso y pensar en lo que acababa de aceptar; no le apetecía en

absoluto, como tampoco le gustaba verse atrapada en esa situación. Y todo por no haber sido capaz de aprobar el maldito carnet, tendría que tomar clases en serio. Elke había intentado enseñarle un par de veces, pero ambas habían desistido... la morena se ponía a dar demasiadas instrucciones a la vez a grito pelado, y en la última ocasión en que lo habían intentado casi habían llegado a las manos. Así que habían preferido correr un tupido velo sobre el asunto y conservar su amistad. Aunque eso significara que Summer se quedara sin

profesora gratis. Y, por extensión, sin el dichoso carnet.

Liam la acompañó hasta la puerta, y regresó al salón, donde Lars y Aidan aún no se habían recuperado de la impresión.

—Es perfecta —dijo el primero.

—Sarah va a flipar cuando la vea —añadió el segundo.

Liam no estaba muy seguro de todo aquel asunto, solo esperaba que Natasha consiguiera de verdad darle un aspecto más sofisticado. Como parecía que ya aquel iba a ser el único tema de

conversación, empezó a recoger diciendo que estaba cansado, y tras varios intentos consiguió que le ayudaran y, después de un buen rato, que le dejaran solo.

Jesse llevó a Natasha hasta su portal. La chica no paró de hablar en todo el viaje del plan de su hermano, pero él apenas si la escuchaba. Se había divertido en la cena, Liam le había caído bien al igual que sus amigos, y se había encontrado muy a gusto. Pero eso era lo que precisamente le estaba molestando. No quería involucrarse demasiado, Natasha

era una más, nada serio, o eso pensaba hasta que le había oído aquel «es mi...». ¿Su qué? ¿Su novio? ¿Su pareja? ¿Estaba ella pensando que tenían una relación más seria de lo que él pensaba? Si ni siquiera se habían acostado juntos...

—¿Estás bien? —Oyó que preguntaba Natasha.

—¿Eh? —La miró—. Sí, perdona, estaba pensando en otra cosa.

—¿Nos vemos mañana en el partido?

—Sí, claro.

Natasha se quitó el cinturón y se acercó

a él para besarle, mirándole un poco preocupada. A lo mejor había sido demasiado una cena con su hermano y sus amigos...

—¿No te lo has pasado bien? — preguntó.

—Sí, no te preocupes. ¿Hasta mañana, entonces?

Se quedó esperando a ver si captaba la indirecta en su tono, pero Natasha no pareció darse cuenta y solo le dio otro beso antes de despedirse y bajarse del coche.

Jesse se quedó mirándola, como siempre

hacía, hasta que la vio entrar en el portal. Frunció el ceño. Ella le gustaba, cada vez más, pero no quería convertirlo en nada serio. Tenía que apartarla de su mente, y solo se le ocurría una forma. Sacó su móvil y revisó sus contactos. Dudó entre un par de nombres, y seleccionó a la que más se diferenciaba de Natasha: rubia, alta, y de las que no se lo pensaban dos veces antes de acostarse con un tío en la primera cita.

—¿Lorna? Soy Jesse, ¿estás libre?

Sonrió al oír su afirmación. Colgó y condujo hacia el piso de la chica; una

vocecita interior le estaba diciendo que aquello no era correcto, pero la apartó como si fuera una mosca molesta.

Sin embargo, cuando salió del apartamento una hora después, se dio cuenta de que aquello no le había servido para nada. Hasta Lorna le había dicho que parecía ausente, como en otro lugar. Y es que aunque no quisiera pensar en ella, Natasha se metía en su mente en todo momento.



5

El sábado por la mañana, Summer andaba a la carrera entre la cafetera y el armario, mientras miraba el reloj. Ya eran más de las once; no sabía si Liam tendría planes, pero tenía claro que cuanto más tiempo esperara, más probabilidades había de que así fuera, de manera que se había levantado relativamente pronto y ya se había duchado, y casi vestido. Mientras

esperaba el café se dio cuenta de que estaba hiperactiva, pero a veces le pasaba que tenía demasiada energía y necesitaba canalizarla. Un minuto después, Elke apareció en pijama y con el pelo revuelto mirándola con cara asesina.

—Son las once. ¿Qué coño te pasa? Intento dormir, pero no hago más que oírte correr de un lado a otro de la casa.

—Nada, tranquila, me marchó en cero coma. Vuelve a la cama.

—¿Se puede saber dónde vas tan temprano? —A Elke todo lo que fuera

levantarse antes de la una le parecía madrugar.

—Voy a ver si Liam quiere salir.

Le dio un trago al café mientras Elke se frotaba los ojos y los oídos, como si la hubiera oído mal.

—Espera, ¿he oído bien? ¿Le vas a preguntar si quiere salir contigo? —La rubia afirmó—. Jo, cielo, perdona que te diga esto, pero eres la viva imagen de chica encantadora a la que le va a estallar algo en la cara.

—Tú no te preocupes, no es nada romántico. Es profesional.

—¿Profesional? ¿De qué hablas? ¿Tiene algo que ver con el favor de marras?

—Te lo cuento más tarde, ¿sales esta noche? —Elke se encogió de hombros

—. Bueno, pues cuando vuelva, si aún estás aquí, pedimos pizza y te pongo al día, ¿de acuerdo?

Elke se revolvió el pelo y puso cara de resignación, pero su amiga iba en vaqueros y con el pelo tan despeinado como siempre, así que supuso que decía la verdad sobre que no tenía nada de romántico.

—Vale, vale. Me vuelvo a la cama—.Le

tiró un beso—. Con precaución, rubita. Ya sabes lo que digo siempre: si las cosas se tuercen, una patada en las pelotas nunca falla.

—Sí, suelo tener esa frase presente.

Summer se despidió de ella y cogió el ascensor para subir al cuarto piso. Una vez dentro se dio cuenta que podía haber subido andando, pero ya era tarde, así que aprovechó para mirarse en el espejo. Desistió con su pelo; hiciera lo que hiciera, sus rizos siempre parecían revueltos, y de todas formas no le había mentado a Elke: aquello no tenía ninguna

intención que no fuera obtener información sobre el abogado.

Una vez arriba llamó al timbre sin parar hasta que Liam abrió, irritado.

—Suelo abrir a la primera, ¿sabes? Hay que dar tiempo a la gente a llegar a la puerta.

—Es que no sabía si estarías despierto
—Le mostró una sonrisa amplia para suavizar la situación—. ¿Tienes planes para hoy? Con planes me refiero a algo que implique salir de tu piso, claro, no a quedarte en el sofá viendo pelis en blanco y negro.

—¿Y tú cómo sabes que hago eso?

—No lo sé. Lo he dicho por decir.

Bueno, ¿tienes planes o no? —Por su cara se dio cuenta de que él estaba buscando una excusa que poner, pero tardó tanto que ella se cruzó de brazos —. ¿No se te ocurre nada?

Liam tuvo el detalle de parecer avergonzado.

—Perdona, no es por ti. Es que eso de reconocer abiertamente que no se tiene nada que hacer no deja de ser lamentable.

—Acaban de dejarte, es normal. ¿Por

qué no salimos?

—¿Con «salimos» te refieres a ti y a mí, juntos, los dos?

—Muy bien... no eres abogado por nada

—Summer trató de controlar la ironía sin éxito.

Él tenía cara de póquer. Aunque sonara extraño, ninguna chica le había pedido salir antes, y aunque sospechaba que no era una cita real, de igual forma le había cogido por sorpresa.

—Muy bien, antes de que te pongas a pensar cosas raras, a ver qué opinas —
continuó ella. Se apoyó en el marco, ya

que Liam estaba tan estupefacto que no se había apartado para dejarla entrar—. Anoche estuve pensando y de pronto me vino una imagen a la cabeza... nosotros, yendo a esa fiesta como si fuéramos una pareja, y que tú ni siquiera sabes cómo me llamo.

—Claro que sé cómo te llamas, Summer.

—¿Summer qué?

—Pues...

—Exacto: «pues». No sabes nada de mí, y viceversa. Cualquier pregunta comprometida en plan «¿y dónde os conocisteis?» y toda esta falsa

representación se irá al carajo... no creo que quieras quedar de esta forma delante de tu ex, ni del resto.

Liam no había caído en aquel detalle, pero estaba claro que ella tenía razón. Se merecía un tanto por haberlo pensado, y además no quería ni imaginar lo mal que iba a quedar si alguna vez el «trato» se descubría en su entorno.

—Entonces... —empezó.

—Entonces te vistes y salimos. Damos una vuelta, me cuentas cosas de ti, nos vamos poniendo de acuerdo y te invito a comer.

—Vale —Liam terminó por aceptar y se apartó para que entrara—. Pasa. Tardaré diez minutos—. La observó—. Deduzco por tu aspecto que será algo totalmente informal.

—Deduces bien. No eres abogado por nada —repitió, sin abandonar su sonrisa.

Liam frunció el ceño y se metió en su habitación cerrando de un portazo. La rubia le había engañado un poco, parecía dulce pero ahora que iba mostrando su auténtico carácter, también tenía algo de mala leche... llevaba

mejor la ironía cuando iba con ceños fruncidos, no con sonrisas. Miró en su armario, buscando algo informal que ponerse. Sacó sus únicos vaqueros y fue pasando todas las perchas con cara ausente: traje gris, traje negro, traje azul oscuro, trajes de etiqueta para ir a bodas o eventos, trajes de firma que le habían costado un dineral. Camisas blancas, grises, a rayas... ¿Es que no tenía nada normal? Porque no podía ir con la camiseta de los Penguins, eso sería excesivo, aunque no creía que Summer fuera a invitarle a nada más que a un

perrito con mostaza, vistos sus problemas económicos.

Cuando al fin salió, vestido con los vaqueros y una camiseta que había rescatado de una balda de esas donde la gente guardaba la ropa que no se ponía hacía años, Summer no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Dónde quieres ir?—preguntó él.

—A cualquier sitio al aire libre. Ya sabes, pronto será otoño y hará un frío terrible... tenemos que aprovechar que el verano está dando sus últimos coletazos—. Summer se levantó del sofá

donde se había tirado para jugar con el mando—. Me encanta la televisión por cable. Hace años yo también tenía, echo de menos todos esos canales musicales —Se levantó.

—¿Aire libre? —repitió Liam.

No salía al aire libre desde hacía... nunca. La verdad era que no recordaba haber pasado un domingo en la calle desde hacía años, entre semana todo era trabajo y los fines de semana, Sarah era más de lugares como centros comerciales, locales de moda, tiendas o restaurantes de diseño, y el resto de los

amigos de ella también; solo había excepción y esa era cuando se trataba de ir al *hockey*, que era el rato que pasaba con sus propios amigos y Natasha.

—Sí. ¡Ya sé! Vamos al parque estatal Point, ¿qué te parece? Podemos llevarnos la comida, allí hay un montón de sitios chulos donde hacer pícnicos.

—Ni siquiera piensas invitarme a un lugar donde haya mesa y sillas, ¿eh? — ironizó él.

—Recuerda, soy pobre.

—Iremos en mi coche.

—No, vamos dando una vuelta. Tienes

pinta de estar un poco oxidado, te irá bien.

Liam pensó en protestar argumentando que estaba lejos, pero lo dejó por imposible. Solo de pensar en pasarse parte del día con ella le daban ganas de pegarse un tiro... no sabía si lograría aguantar su charla incesante, sus mil comentarios para cualquier tontería sin importancia y su sarcasmo disfrazado de falsa dulzura, aparte de que le daban ganas de regalarle un cepillo. Se repitió a sí mismo que solo sería un rato, que pondría cualquier excusa para

desaparecer y que era un trago por el que tenía que pasar si no quería hacer el ridículo en la fiesta.

—Lo que tú digas —claudicó, cogiendo las llaves y las gafas de sol.

Bajaron juntos, dejando a Zeke pasmado y mirándoles como si hubiera visto un fantasma. Liam pensaba que se sentiría incómodo, pero ella iba hablando con tranquilidad, haciendo que no hubiera silencios violentos, que eran la especialidad del chico. Menos mal que ella controlaba ese aspecto, porque se estaba dando cuenta de que sus

habilidades sociales eran nefastas... cerca del centro, Summer se detuvo delante de un local llamado Sal's city deli, y ahí él confirmó que la joven no bromeaba cuando le había dicho que compraría comida para llevar.

—Tú quédate aquí —le ordenó.

Y Liam obedeció. No tenía fuerzas ni de discutir por aquello, ocupado como estaba pensando que iba a tener que enseñarle el protocolo a seguir en los restaurantes. Bueno, ya se ocuparía de eso, si no, siempre podía encasquetárselo a Natasha. Un rato

después, Summer salió con un par de bolsas y le pasó una para que la llevara.

—¿Qué pasa si no me gusta lo que has comprado? —preguntó.

—Que, como te han invitado, sería de mala educación que dijeras que no te gusta.

De nuevo Liam se quedó sin saber qué responder, así que cargó con la bolsa y reanudaron la marcha. Ella empezó a hacerle preguntas, sin prisa pero sin pausa: su edad exacta, cómo eran sus padres, cómo había sido su infancia, qué tal se llevaba con Natasha... así que

Liam le contó que sus padres vivían en Boca Ratón, porque hartos del frío de Pittsburgh se habían mudado allí al jubilarse, hecho por el cual Natasha había vivido con él hasta poder independizarse. Al principio le incomodaron sus preguntas, no estaba acostumbrado ni a hablar de sí mismo ni a responder cuestionarios personales, pero pasado un rato empezó a relajarse. El parque estatal Point era un lugar precioso para visitar los días soleados, y como bien había dicho Summer, todavía tenían buen tiempo, por lo que

había mucha gente disfrutando de la temperatura. Lo atravesaron despacio hasta que llegaron a la famosa fuente donde acababa el paseo, y aunque allí había niños jugueteando con el agua, Summer decidió que era un buen lugar para comer. A Liam los niños le ponían de los nervios, y poner el culo en la hierba todavía más, pero como en ningún momento había tenido el poder de decidir, continuó con su política de no protestar. No quería molestarla, necesitaba su ayuda, y de cualquier forma estaba más entretenido de lo que

había creído en un primer momento.

—¿Por qué abogado? —preguntó Summer, abriendo las bolsas y empezando a sacar la comida—. Es una carrera aburrida y todo el mundo odia a los abogados.

—Sí, bueno, eso es relativo. Nos odian, mientras no tengan problemas. Ni te imaginas la cantidad de gente conocida que me llama para decirme: «Oye, ¿tú qué harías si...?». Y entonces me preguntan todas las dudas que tienen... qué tipo de asesoría necesitarían para esto, para lo otro, si creo que ganarían

tal demanda, si deberían denunciar a su vecino por sacudir las alfombras fuera de horario, cuánto le costaría divorciarse de su mujer...

—¿En serio? —preguntó Summer sorprendida— Y yo que pensaba que te pasabas los días enterrado en papeleo. Carne de despacho, ya sabes.

—La mayor parte de las veces así es, pero no siempre.

—Seguro que eres un tiburón en los juicios. O al menos ese es el mensaje que lanzas con tu actitud y tu vestimenta. ¿Qué prefieres, pastrami o cubano?

Él se encogió de hombros, estaba muerto de hambre después de aquella caminata, hubiera comido piedras de ser necesario.

—¿Cuántos años llevas en ese bufete?

—Cuatro.

La comida no era mala, a pesar de la situación. O eso, o el hambre no le dejaba hacer comparaciones, pero casi mejor. Summer era una chica delgada, así que le sorprendió bastante cuando la vio comer sin ningún reparo.

—¿Cuatro años de pasante? ¿No crees que ya deberían haberte hecho socio?

Sobre todo con esa dedicación.

—No es tan sencillo.

—¿Y tus padres, te echan una mano? —
preguntó ella.

—Mis padres tienen dinero, pero no creen en la idea de regalarlo con alegría... así que llevo sin parar desde que terminé la carrera, la verdad, pero supongo que merecerá la pena el esfuerzo —Liam dejó de hablar mientras la miraba asombrado—. Comes muchísimo.

—¿En serio? —sonrió ella—.

¿Comparada con...?

—Creo que solo había visto a mi hermana comer tanto.

—Bueno, si tu otro referente es esa ex del estilo de las que se pasan la vida a dieta solo para poder meterse en la talla treinta y seis del diseñador de turno, no me extraña.

La verdad era que, aunque sonaba a cliché, no andaba alejada de la realidad. Sarah se pasaba la vida a dieta, compaginando los picoteos de pajarito con los atracones de madrugada, solo para mantenerse delgada y poder seguir usando la talla treinta y ocho.

—Pues mira, yo puedo comer todo lo que quiero y sigo usando la treinta y seis

—.Y para demostrárselo, cogió uno de los trozos de tarta que había comprado

—. Además, esto no es nada. Tendrías que ver a Elke... se come las pizzas de dos en dos, es como un tío.

—¿Cómo terminaste compartiendo piso con ella? Mejor dicho, ¿cómo acabaste viviendo en este bloque? Porque, sin dinero... —Liam se detuvo, sabiendo cómo había sonado.

Summer lo pasó por alto. Era consciente de que, para Liam, ella estaba más o

menos a la altura de una vagabunda, y era absurdo tratar de explicarle la diferencia entre eso y la clase obrera. Además, la idea era conocerlo un poco, no acabar por pegarle una bofetada, aunque a veces sintiera tentaciones.

—Nos conocimos trabajando. Camareras en el Hard Rock Café — contestó—. Elke y yo siempre estábamos en el turno de tarde y al final terminamos por hacernos amigas... había más chicas en plantilla, pero no suele caerle bien a las mujeres, supongo que porque siempre dice lo que piensa.

Bueno, y por su delantera—.Se echó a reír.

—¿Y ahí decidiste compartir vivienda?

—Sí. Ella quería dejar su piso, que ni siquiera era un piso, sino un bajo adecentado aunque sin permiso de habitabilidad. Y yo... bueno, yo acababa de irme de casa de mis padres y estaba en una habitación alquilada en la parte mala de la ciudad—.Summer sonrió—. Seguro que ni sabes dónde está eso. En fin, decidimos que preferíamos vivir juntas en una zona mejor que separadas en una peor. Y eso hicimos.

A Liam no acababan de salirle las cuentas, no era solo «una zona mejor», sabía a la perfección lo que costaba el sitio en el que vivía, pero prefirió dejarlo correr; por lo que sabía de la tal Elke, lo mismo hasta se dedicaba al tráfico de cualquier cosa. Casi prefería vivir en la ignorancia y desconociendo lo que hacían sus vecinas para subsistir. Así si algún día había una redada en su edificio podía alegar desconocimiento ante el juez y no mentir.

Aunque no dejaba de ser entretenido que una chica de clase baja le contara sus

historias. ¿Cómo haría para llegar a fin de mes? ¿Cómo sería tener que controlarse al hacer la compra, por ejemplo? Dudó sobre si preguntarlo, pero la veía muy capaz de darle un puñetazo a pesar de su aparente fragilidad, así que decidió no tentar a la suerte.

Se dio cuenta de que Summer le miraba como esperando una respuesta.

—¿Qué?

—Que cuántas novias has tenido.

—¿Por qué? ¿Tengo aspecto de haber tenido muchas, pocas...?

—Pocas —contestó ella, rápido y sin dudar.

—Sí, lo sé... será mi cara, siempre me han dicho que es un poco rara. Produce reacciones opuestas.

—No es tu cara. Es tu forma de ser.

—Eso es una manera diplomática de llamarme imbécil.

—No diría tanto como imbécil, pero tienes que admitir que precisamente amable no eres—. Summer dejó al fin de comer y depositó la bandejita de papel dentro de la bolsa—. Lo de mirar a los mortales por encima del hombro no te

hace ganar puntos, y a veces, por no decir muchas, eres un esnob. Pero con lo que me has contado sobre tus padres, no creo que lo hayas heredado de ellos... más bien se te ha debido pegar de tu ex novia y su familia. Porque Natasha también es muy simpática.

—Yo... —empezó él, pero se quedó sin saber qué decir y dándose cuenta de que ella tenía razón.

Hubo unos minutos de silencio, pero no resultaron incómodos. Hacía rato que los chillidos de los niños correteando alrededor de la fuente habían dejado de

molestar, y al menos tuvo que reconocerle ese mérito a la chica: había conseguido que se distrajera, demasiado la verdad, porque cuando miró el reloj no se explicó cómo había transcurrido tanto tiempo.

—¿Quieres un helado? —preguntó Summer, rompiendo el silencio.

—Qué dices, si acabas de comerte un...

—Es igual, dentro de poco será invierno y ya no me apetecerán. ¿Por qué no vamos a Dream Cream Ice Cream? No está lejos.

—Para ti las distancias son relativas,

¿eh? —Liam se levantó y le tendió la mano—. Vamos, pero no me hago responsable si te da una subida de azúcar.

—Tranquilo, tengo alta tolerancia al dulce.

Tiró de ella y la puso en pie sin el menor esfuerzo. Su idea inicial había sido escaparse tras la comida, pero lo cierto era que no le esperaba nada interesante en su piso y aquello tampoco era tan malo... era diferente estar con una chica que no hablara continuamente de ropa, joyas o cruceros, incluso

aunque quisiera información sobre él. De manera que sí, fue a la heladería con ella, y observó con un esbozo de sonrisa su entusiasmo infantil ante los helados y sus múltiples posibilidades. Una cosa le quedaba clara, su novio seguro que no se aburría...

—Un momento—. Frunció el ceño—. ¿No tendrás novio? Me refiero a que no aparecerá de repente un colgado a partirme la cara. Que sea rara o no, me gusta como está...

—¿Crees que de ser así hubiera aceptado tu petición?

—Y yo que sé, las chicas hacéis cosas sin sentido que nadie entiende.

—Estoy disponible. No tengo mucho tiempo para chicos, y además, no es tan fácil que me sigan el ritmo.

—No sé por qué, pero me lo creo...

—Mi último novio salió huyendo porque Elke le hacía la vida imposible—. Lejos de parecer disgustada, Summer sonrió—. Se metía con él continuamente, entre la cazadora rosa fucsia y que usaba más gomina que ella lo tenía amargado. Se porta conmigo como una hermana mayor—y al decirlo sonrió con afecto.

—Es un nombre alemán, ¿verdad?

—Sí. Se apellida Heim. A lo mejor es por eso que su carácter es tan distinto del nuestro, aunque lleva aquí muchos años porque su madre sí es americana, pero continúa igual.—Summer se detuvo y miró su reloj—. Joder, lo siento. Hora de irme, tengo que ir al trabajo—. Puso gesto de disculpa—. Es una mierda, en una gasolinera y tengo el turno de noche, ¿te lo puedes creer? Pasarse la noche en una tienda blindada. En fin, es lo que toca, hay que pagar el alquiler. Toma—. Le puso la tarrina de

helado en las manos—. No lo tires, ¿eh?

No hay que tirar la comida.

—¿Está muy lejos? Si quieres te llevo.

—No, siempre voy en el suburbano. Ya que es gratis por el centro, hay que aprovechar. Pero gracias—. Le dio una palmadita amistosa y puso una sonrisa

—. Oye, que ha estado bien. Deberíamos quedar otro día y eso. Ya sabes dónde vivo si te animas.

Liam se quedó unos segundos en blanco mientras ella se alejaba, pero reaccionó.

—Te llamará mi hermana —comentó y Summer se giró— Supongo que por algo

que tiene que ver con la fiesta.

—Muy bien, ya tiene mi número, que me mande un mensajito. Y tú, no te vayas a casa a encerrarte otra vez... llama a tus amigos los raros y tómate algo con ellos. Seguro que les hace ilusión verte más a menudo fuera del trabajo.

Liam observó cómo se marchaba a toda prisa hacia la entrada de la estación, y se quedó unos segundos con una cara que debía reflejar exactamente cómo se sentía: un poco superado por aquella situación tan surrealista. Miró la hora y se dio cuenta de que era más tarde de lo

que había pensado, así que sacó su móvil. No era necesario que llamara a los chicos, por norma general ellos mismos solían avasallarlo mediante mensajes telefónicos para que se uniera a ellos, y ahora que por fin no estaba Sarah para decirle dónde tenían que ir, decidió que era un buen momento para prestarles más atención. Cuando vio que el plan era empezar en un pub del centro y mandó un ok, al momento recibió dos emoticonos de caras estupefactas.

Últimamente su vida estaba llena de sorpresas, pensó, echando a andar.

Segundos después vio que aún tenía el helado en la mano, así que lo tiró en la primera papelera que encontró. Y entonces se dio cuenta de que había estado todo el día hablando sobre él sin parar, y que Summer apenas le había contado nada... es más, continuaba sin saber su apellido.



6

Summer terminó de vestirse y salió en silencio de su piso, para no despertar a Elke, que dormía a pierna suelta en su habitación. Eran ya las once de la mañana, pero como siempre, su amiga no tenía prisa por despertarse. Natasha le había enviado un mensaje para ver qué día tenía libre e ir juntas a comprarle ropa para la fiesta. Le

apetecía tanto como sacarse una muela, pero lo había prometido, así que no tenía más remedio que ir. Y además, tampoco es que tuviera nada adecuado que ponerse, porque la dichosa fiesta benéfica tenía pinta de ser de alto nivel. Al menos Natasha era más agradable que el rancio de su hermano; hasta al escoger profesión había sido mejor, donde hubiera un cupcake que se quitara un abogado. Cogió una chaqueta y cuando salió a la calle, tuvo que abrochársela, ya que los días empezaban a refrescar.

Buscó el coche de Natasha, y se quedó parada al ver la furgoneta que había aparcada frente al portal. Rosa, con un cupcake gigante en el lateral, y más dibujos de dulces como cayendo desde el cielo por todas partes. Natasha estaba al volante, y al verla agitó la mano por la ventanilla.

—¡Aquí!

Varias personas se giraron a mirar, y Summer se apresuró a subir al vehículo.

—¿Te gusta la furgoneta? —preguntó la morena—. Acaban de entregárnosla, Leo diseñó el exterior.

—Sí, es muy... colorida.

—Gracias—. Miró por el espejo retrovisor, y al ver que no pasaba ningún coche se incorporó al carril—. Leo quería que tuviera un cupcake gigante en el techo, que girara y echara burbujas de jabón. Pero no teníamos presupuesto para ello, así que logré convencerle de no hacerlo. A veces se dispersa un poco.

—Ya, no me imaginaba que fuera así, fíjate tú.

—Bueno, ¿qué? ¿Emocionada?

—No sé si esa es la palabra exacta...

—Bah, mira, tómatelo como un regalo

de navidad anticipado. La fiesta será un coñazo, en eso no te voy a engañar, pero al menos te sacarás un vestido y unos zapatos... —La miró de reojo—. Y una sesión de peluquería y maquillaje, sin ofender.

—No, si no me ofendo, tranquila.

—Y mi hermano se olvidará del arreglo del coche y ya no le deberás ningún favor. Créeme, mejor quitártelo de encima cuanto antes.

Summer se imaginó «teniéndolo encima» para así poder quitárselo, y sacudió la cabeza. ¿Qué le pasaba a su

imaginación, que le jugaba esas malas pasadas? Si el chico no le atraía lo más mínimo... ¿o sí? Negó con la cabeza, y Natasha la miró extrañada.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, estaba pensando una tontería. ¿Qué tal va la tienda?

—Mejor de lo que esperábamos. A este paso vamos a tener que contratar algún ayudante. Becario, por supuesto, no nos da el dinero para más, pero tenemos mucho trabajo.

—Me alegro. La verdad es que tienes muy buena mano con los dulces.

—Gracias. Bueno, ya hemos llegado.

Summer ya se imaginaba que la llevaría a aquel centro comercial, lleno de ropas de marca, pero no dijo nada. Una vez aparcaron, se bajaron de la furgoneta y Natasha le tendió un fajo de papeles.

—¿Te importa? Es para hacer un poco de publicidad.

—Claro que no.

Miró el primero de los papeles; eran folletos de propaganda de la pastelería, con varias fotos de cupcakes, tartas, donuts y batidos de frutas con nata y sirope de aspecto más que apetecible.

Los fueron repartiendo por los coches, dejándolos enganchados en los limpiaparabrisas. Cuando terminaron, Natasha le sonrió agradecida.

—A la vuelta nos podemos pasar por el local, si te apetece, y te invito a lo que quieras.

—A eso no te diré que no. Tú sí que sabes cómo ganarte a una chica.

Las dos se echaron a reír, y se dirigieron hacia las escaleras mecánicas. Mientras subían, Natasha la observó con ojo crítico. La verdad era que estaba convencida de que Summer estaría bien

con cualquier cosa que se pusiera, pero necesitaban algo espectacular que dejara a Sarah con la boca abierta. Lo cual sería complicado, teniendo en cuenta que la chica llevaría algún modelo de alta costura exclusivo que le habría costado a su padre un dineral. Pero la percha también era importante, y en eso la rubia llevaba ventaja.

Summer empezó a decir algo, pero vio que Natasha estaba concentrada mirando las tiendas y hablando para sí, sin escucharla, así que cerró la boca y se limitó a seguirla. La morena se paró

delante de un par de escaparates con vestidos de noche, examinándolos y mirándola a ella alternativamente, para acabar negando con la cabeza y continuando su camino. Tras repetir el mismo proceso en varias tiendas más, Summer comenzaba a pensar que no encontrarían nada a gusto de Natasha. Hasta que de pronto la chica emitió uno de sus famosos gritos de júbilo y señaló un maniquí.

—¡Ese! —exclamó.

Summer estaba mirando el escaparate de al lado, lleno de ropa casual colorida, y

antes de poder reaccionar y ver qué estaba señalando exactamente la joven, se vio arrastrada por el brazo al interior del local. Miró a su alrededor, mientras Natasha explicaba a la dependienta lo que quería. El lugar estaba lleno de vestidos elegantes y, por su aspecto, bastante caros. Tampoco quería que Liam se dejara el sueldo del año en ella, pero cuando intentó decírselo a Natasha, esta se limitó a negar con la cabeza y empujarla hacia el probador. Summer se quitó la ropa, esperando que la chica no hubiera escogido nada demasiado

pomposo, o ceñido, o, en general, incómodo. Unos segundos después, la cortina se movió un poco y Natasha le pasó el vestido.

Summer lo cogió y lo miró no muy convencida. Era verde claro, con un corpiño hecho como de cintas, de tirantes finos; la falda era de tul, con algunos cristales aquí y allá para darle brillo. No le convencía, pero se lo puso de todas formas. Cuando la morena viera que le quedaba mal, estaba segura de que cambiaría de idea.

Sin embargo, cuando abrió la cortina,

fuera se encontró con la chica y la dependienta al lado, y ambas sonrieron al verla. Natasha incluso dio un par de palmadas de emoción.

—Estás preciosa.

Summer bajó la vista hacia el tul de la falda, con incredulidad.

—No sé yo si...

La dependienta la hizo girar sin muchos miramientos. Terminó de subirle la cremallera, que ella solo había logrado hasta la mitad, y empezó a tocar la tela por los lados, poniendo alfileres.

Summer levantó la vista, y entonces se

vio en el espejo. Vale, se había equivocado. El tono iba bien con su piel, no resaltaba su palidez, sino que mejoraba su aspecto. No tenía tantos brillos como parecía en un principio, y el escote no era excesivo ni demasiado recatado. El corpiño se ceñía a la perfección a su cuerpo, y el efecto general era muy elegante.

Natasha se puso tras ella, y le cogió el pelo probando diferentes formas.

—¿Cómo te ves? —preguntó.

—Bien, pero...

—El color te queda genial. ¿Y, a que es

cómodo?

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Qué tal andas con tacones?

—Depende. Si me pones unos de catorce centímetros lo más seguro es que acabe por el suelo, pero...

—Vale, voy a mirar.

Y la dejó sola mientras la dependienta seguía con lo suyo. Summer se quedó inmóvil, no quería recibir un pinchazo por moverse, y poco después Natasha regresó con varios pares de zapatos, a cada cual más abierto y alto.

—Me congelaré de frío —comentó,

aunque sospechaba que iba a dar igual su opinión.

—Ni hablar, estaréis en un sitio cerrado.

No vas a ir con botas de nieve, ¿no?

Se agachó para que se pusiera un par. Le hizo andar un par de pasos, y le dio otros. Así, hasta ocho pares diferentes, para entregarle de nuevo los primeros.

Summer anduvo de nuevo unos pasos con ellos. Eran cómodos, pero un poco demasiado altos para su gusto. Acabaría con dolor de espalda si los llevaba mucho rato, estaba segura. Aunque sí que eran bonitos...

—Son solo diez centímetros —informó Natasha—. No puedes quejarte.

—Ya, pero... —Miró a la dependienta, que captó la indirecta y las dejó solas. La rubia bajó la voz—. Escucha, todo esto debe ser carísimo, y...

—Mira.

Le enseñó la caja de los zapatos con el precio: rebajados al 70 %, no costaban más de cincuenta dólares. Después tiró un poco de la etiqueta del vestido, para que ella pudiera verlo también: era modelo único por exposición, así que no llegaba a los quinientos. Summer volvió

a mirarlo, incrédula.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Natasha—, pero tengo ojo para estas cosas. Los cristales parecen de Swarovski, pero en realidad son «Swarovski Elements», que para el caso es lo mismo pero en barato. Así que si te preguntan, no mientes al decir que son de la marca—.Guiñó un ojo—. Es perfecto.

Summer tuvo que admitir que lo era. Así que Natasha llamó de nuevo a la dependienta para que le tomara las medidas para recoger el bajo del tul, y

tras pagarlo todo, dejaron el vestido para que lo arreglaran y se fueron con los zapatos en una caja: así Summer podría practicar con ellos en casa y no caerse a las primeras de cambio.

—Tengo que comprar un par de cosas...

—empezó Natasha, enrojeciendo de pronto inexplicablemente—. ¿Te importa si tardamos un poco más?

—No, no tengo prisa.

La siguió hasta una tienda de Victoria's Secret, y cuando la chica se fue hasta la zona de lencería sexy, Summer entendió.

—¿Es para tu bomberito? —preguntó.

—Sí, bueno—. Se encogió de hombros—. Quiero ponerme algo especial para... bueno, ya me entiendes.

—Ah—. Se sorprendió—. O sea, que tú y él todavía no... ¿nada?

—No, es que... yo qué sé, me gusta tomarme las cosas con calma. Llevamos un mes saliendo, y creo que es... en fin, ya le he hecho esperar demasiado. Y cualquier día me tiro encima de él, no te creas. Porque está como para comérselo. Así que estoy pensando en organizar algo especial—. Cogió una percha y miró el tejido con expresión de

disgusto—. Odio el rosa.

—¿En serio? Cualquiera lo diría, viendo tu furgoneta.

—Diseño de Leo, recuerda. De vez en cuando le tengo que dejar explayarse. Si no, haría todos los cupcakes y tartas del color del arcoiris, y tampoco es plan.

Devolvió la percha a su sitio, y siguieron recorriendo el local hasta que encontró lo que buscaba. Después, tal y como había prometido, llevó a Summer hasta la tienda y le preparó un batido de fresas frescas con nata casera, trocitos de brownie y sirope, una nueva receta en

la que estaba trabajando y a la cual Summer dio su aprobación al instante.

Antes de regresar a su casa a cocinar, Natasha dejó a la rubia delante de su bloque de pisos y le sonrió.

—Vamos hablando —dijo—. Tenemos que coger hora para arreglarte el pelo. O podemos tomarnos un café un día de estos... te aviso, ¿vale? —Y arrancó sin esperar respuesta.

Summer vio alejarse con aquella furgoneta, y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la había visto. Luego empezó a subir las escaleras de

dos en dos, pero entonces se dio cuenta de que eso era poco refinado, así que se controló y siguió su ascenso como las personas normales. No esperaba encontrar a Elke en el apartamento, pero ella estaba tirada en el sofá, con una tarrina de helado y el iPod puesto; al verla se quitó los auriculares.

—¿Ya estás de vuelta? ¿Cómo ha ido la sesión de compras pija?

—Te mueres. Me han metido en un vestido con el que parezco la botella esa de perfume con forma de corsé...— se tiró encima de ella abriendo la bolsa de

los zapatos y sacó uno—. ¡Mira! Con esto puedo matar a alguien, ¿no crees? —Y movió el tacón como si fuera un cuchillo mientras Elke se partía de risa bajo ella—. ¿Que no?

—Igual es un truco para ahuyentar a los babosos... ¿y el vestido es ajustado?— la rubia afirmó— O sea... ¿como si fueras la chica de los anuncios de Gaultier?

—Más o menos. Tiene tela por aquí, y tela por allá, y más tela...

—Será como volver al baile de graduación. Gente hortera con vestidos

aún más horteras.

—Puffff —Summer se levantó para ponerse a su lado y liberarla—. Muy princesa.

Elke se llenó la boca de helado.

—Seguro que quieren hacerte un peinado horrendo. ¡Un moño! No te dejes.

—No me estás animando mucho, ¿eh? No pienso dejar que me hagan ningún moño, soy chica de melena suelta.

—Tendrás que hacer lo que te diga tu estilista —se burló su amiga, sacándole la lengua. Se había molestado un poco

por no haber sido la elegida para acompañarla en sus compras, pero al pensarlo mejor se había dado cuenta de que ella no es que fuera la expresión del buen gusto hecha mujer, así que ya lo había olvidado.

—Y una leche. No soy una barbie a la que vestir y peinar que obedece sin replicar.

—Oh. Es como «Las mujeres de Stepford»—. Elke empezó a hacer movimientos mecánicos con los hombros—. Sí, hola, soy Nicole Kidman. Soy un robot, un robot con

bótox.

Summer empezó a reírse al verla; ojalá Elke pudiera estar con ella en la fiesta, estaba segura de que se divertiría mil veces más, o al menos seguro que se reía, porque con Liam ya veía que reírse, poco...

—Elke, no me apetece nada ir.

—Pues dile que no.

—Cómo voy a decirle que no, esto es importante para él...

—Bah y qué más da. Solo es el vecino... el borde del vecino.

—Es igual, ya no puedo volverme atrás.

—Sé lo que puede animarte—. Elke cogió el móvil y la miró—. Te invito a cenar al sitio ese de los sandwiches gigantes. Bueno, igual tienes que ayudarme a pagar, que estoy pelada. Y luego nos tomamos unos chupitos, ¿te parece?

—Es jueves...

—Jueves es el día perfecto para tomarnos unos chupitos. ¿No sabes que son los nuevos viernes? —Saltó del sofá—. ¡Venga! ¿Qué importa? Ya no estamos en el colegio, y de todos modos ninguna madrugamos, podemos pasarnos

la noche vomitando perfectamente.

Summer procesó sus palabras y se encogió de hombros.

—Buen plan. Siempre arreglas las cosas de la misma manera, pero vamos.

—Tardo un segundo.

Jesse aparcó el coche frente al portal de Natasha, y le mandó un mensaje para avisarle de que ya estaba allí. Al momento ella le contestó que subiera, lo cual le extrañó. Supuso que habría salido más tarde de lo que había esperado y no le había dado tiempo a

cambiarse para ir a cenar con él, así que se bajó del coche y llamó al timbre. Cuando sonó el zumbido de apertura, empujó la puerta y subió hasta el primer piso. Ella le esperaba en la entrada a su apartamento.

—¿He llegado demasiado pronto? — preguntó Jesse.

—No, es que he pensado que mejor cenamos aquí, ¿te apetece?

Él levantó una ceja, no muy seguro de qué interpretar de aquella invitación. Pero iba vestida de manera informal, no había nada que le indicara que aquello

no fuera a ser una cena más de las muchas que ya habían tenido, aunque en esa ocasión cenaran en su casa. Supuso que estaría cansada después de haber estado trabajando todo el día en la pastelería, y que no le apetecería salir.

—Claro —contestó—, lo que tú prefieras.

Natasha se hizo a un lado para dejarle entrar, y él se quedó parado en medio del salón, que estaba unido a la cocina por medio de una península. El apartamento era muy parecido al suyo, pequeño pero funcional. Natasha lo

había decorado con cuadros alegres y alguna foto familiar, logrando que el lugar pareciera acogedor. Junto a una ventana estaba puesta la mesa para dos personas, y Jesse se acercó para mirar. Desde allí se podía ver un parque, y detrás el río.

—¿Qué te parece? —preguntó la joven.

—Muy bonito. Desde el mío, lo más que llego a ver es un callejón.

—Siéntate, la lasaña ya está lista.

—¿Te ayudo con algo?

—Puedes abrir el vino, si quieres.

Abrió un cajón para coger un

sacacorchos y entregárselo. Jesse cogió la botella que había sobre la mesa; la abrió con destreza y sirvió vino en las dos copas. En el centro había un bol con una ensalada, y Natasha colocó junto a ella la bandeja de lasaña.

—Huele muy bien —comentó él con sinceridad.

—Gracias. Mi abuela siempre decía que a los hombres se les conquista por el estómago.

—Pues en mi caso tenía razón.

Le guiñó un ojo, mientras ella le servía la lasaña con las mejillas un poco

encendidas. Después Natasha se sentó frente a él, y mientras comían le contó la tarde de compras que había pasado con Summer. Obviando, por supuesto, lo que había escogido para sí misma.

De postre había preparado una crema ligera de limón, de la que Jesse tampoco dejó ningún resto. Menos mal que entrenaba y corría todos los días, o acabaría como un tonel en unos meses. Frunció el ceño. ¿Unos meses? De nuevo estaba pensando en Natasha a largo plazo, algo que nunca le había ocurrido.

—¿Quieres café? —preguntó ella, sacándole de sus pensamientos.

—Sí, gracias—. Natasha se levantó, y él la imitó—. Te ayudaré a recoger.

Entre los dos llevaron todo a la cocina, y después Jesse se sentó en el sofá mientras Natasha preparaba una cafetera. Le llevó una taza como a él le gustaba, con poca leche y azúcar, pero se quedó de pie.

—¿No te sientas conmigo? —preguntó él, extrañado.

—Ahora vengo, ¿vale?

Y le dejó solo sin darle más

explicaciones. Jesse se acomodó en el sofá, probando el café, y echó un vistazo a las revistas que había sobre la mesa de cristal del centro. Casi todas eran de cocina, por lo que se alegró de haber cenado ya o se le haría la boca agua con aquellas fotos.

—Jesse —oyó que ella le llamaba, al cabo de unos minutos—. ¿Jesse?

Él dejó de leer una receta de una tarta de zanahoria y se giró hacia la voz. Agarró con más fuerza la taza, ya que estuvo a punto de soltarla de la impresión.

Natasha estaba apoyada en el marco de

la puerta de su habitación. Llevaba un ligero camión corto semitransparente que dejaba entrever su ropa interior negra, con medias hasta mitad del muslo a juego. Había enrojecido ligeramente, y le miraba mientras enredaba un mechón de pelo con una mano, con gesto nervioso.

Él se incorporó con lentitud, sin poder apartar la vista de ella. Dejó el café y la revista; desde luego, aquella visión era mucho más atrayente que cualquier pastel de las fotos. Se acercó en un par de pasos, y la abrazó para besarla,

profunda y apasionadamente. Cuando por fin se separó, ambos estaban sin aliento.

—¿Vamos dentro? —preguntó ella.

Jesse solo acertó a afirmar con la cabeza. La siguió al interior del dormitorio, para descubrir que ella había colocado velas por todas partes. Natasha le miró indecisa.

—¿Es demasiado? —preguntó.

—¿Demasiado por qué?

La cogió de las manos para atraerla de nuevo hacia él. Natasha se encogió de hombros, un poco avergonzada.

—No sé, a veces me sale la vena romántica, y... a lo mejor te parece una estupidez, solo quería que nuestra primera vez fuera especial.

—Tú sí que eres especial, Tasha.

Y lo decía sinceramente. Por primera vez, se dio cuenta de que no necesitaba esforzarse en buscar las palabras que la chica quería oír para poder llevársela a la cama, sino que de verdad lo pensaba. La morena sonrió, y alargó las manos para sacarle la camiseta del pantalón. Jesse la dejó hacer, ya con la cremallera a punto de reventar de lo excitado que

estaba, pero se obligó a tranquilizarse. Natasha le recorrió el pecho y el estómago con los dedos.

—Sí que entrenáis los bomberos — comentó.

Él se rio, para después besarla mientras la hacía retroceder hacia la cama y poder tumbarla encima. Le cogió la cara entre las manos, mirándola como si fuera la primera vez que lo hacía. Dios, sí que era preciosa, le encantaba cómo le miraba con aquellos enormes ojos azules... La besó de nuevo, y bajó después a su cuello mientras con las

manos le acariciaba los lados y llegaba a la parte inferior del camisón, para poder tirar de él y sacárselo por la cabeza.

—Te comería enterita —dijo, haciéndola reír—. Hablo en serio.

Y para demostrarlo se inclinó para besarle el ombligo, y después quitarle la ropa interior con los dientes, lo que hizo que ella cambiar su risa por suspiros. Al terminar la giró para hacer lo mismo con el broche del sujetador, y la dejó solo con las medias.

Natasha le ayudó a quitarse el pantalón y

cogió uno de los paquetitos que había dejado junto a la almohada.

—Chica previsora —comentó él.

—No pensaba dejar que te me escaparas hoy.

—No, ya lo veo.

Con esas palabras entró en ella, y Natasha le abrazó suspirando. Jesse se quedó quieto unos segundos, disfrutando de la sensación. No sabía qué era, pero sentía algo diferente; la deseaba, pero tampoco quería que fuera rápido, ni que terminara nunca. Era como si Natasha fuera algo que no sabía que había estado

buscando y que por fin había encontrado. La oyó murmurar su nombre, lo que le excitó aún más y comenzó a moverse, atento a sus reacciones para hacerle disfrutar hasta sentir que se estremecía entre sus brazos. Y después siguió, sin darle tiempo a recuperarse, y cuando notó que estaba a punto de nuevo, se dejó llevar para unirse a ella. Después se echó a un lado, apoyando el codo en el colchón y la cabeza en la mano, mirándola mientras Natasha se estiraba como un gato perezoso y se giraba también hacia él. Jesse le

acarició un brazo, recorriéndolo arriba y abajo con las yemas de sus dedos.

—¿Estás cansada? —preguntó.

—Depende—. Sonrió—. ¿Es una pregunta con truco?

Jesse la besó, y ella se acercó para acurrucarse entre sus brazos.

—¿Te quedas a dormir?

Él se quedó pensando en la respuesta. En circunstancias normales, ya estaría vestido y camino de la puerta. Pero lo cierto era que no quería moverse de allí, aunque el darse cuenta le inquietó. De nuevo se descubrió sintiendo cosas para

las que no estaba seguro de estar preparado. Pero antes de que pudiera tomar una decisión, comenzó a sonar su móvil. Los dos miraron en la dirección del sonido.

—Mierda —dijo él—. Perdona, tengo que coger, puede ser de la estación. Estoy de reserva.

Lo cual quería decir que si alguien fallaba en su turno, tenía que ir a cubrir el puesto. Se levantó y rebuscó entre su ropa tirada por el suelo, hasta lograr sacar el móvil de un bolsillo. No supo si alegrarse o enfadarse porque le

estuvieran llamando de verdad de la estación de bomberos para ir a trabajar. Tenía la excusa perfecta para irse, pero seguía sin estar seguro de que eso fuera lo que quería hacer. Contestó para confirmar, y se vistió con rapidez mientras Natasha le miraba hacer, sentada en la cama, y poniéndose de nuevo el camisón.

—¿Y tendrás que hacer también tu turno de la mañana? —preguntó, preocupada.

—Sí—. Se sentó a su lado y le acarició el pelo, antes de besarla—. No te preocupes, no es la primera vez que

doblo, ya dormiré por la tarde cuando termine. Intentaré escaparme en el cambio de turno para ir a comprar unos donuts para el desayuno y te veo en la pastelería, ¿de acuerdo? —Volvió a besarla, reacio a marcharse—. Te compensaré por esto, te lo prometo.

—No pasa nada, lo entiendo.

Jesse suspiró fastidiado y se levantó. La miró desde la puerta, y tuvo que regresar a su lado para besarla de nuevo, era como si de pronto se hubiera vuelto tan adicto a ella como al chocolate. Al final Natasha le empujó riendo.

—Vete, anda, no quiero que te echen la bronca por mi culpa.

Él le lanzó una última mirada, y por fin se marchó a regañadientes. No supo cómo llegó a la estación, ya que condujo todo el camino como si estuviera en una nube, y debía de tener la cara de estar sobre una, porque cuando se encontró con Max en el vestuario, este le miró extrañado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—¿Por qué?

—No sé, pareces ido. Además, pensaba que estabas de turno mañana por la

mañana.

—Sí, estoy cubriendo a Jason—. Colgó su chaqueta, y al mirarse en el espejo que tenía dentro de la taquilla, vio que tenía una sonrisa idiota en la cara. Sacudió la cabeza, pero supuso que seguía con la misma expresión—. Vale, es que además, vengo de casa de Natasha.

—Ah, ¿por fin te la has tirado?

Jesse frunció el ceño. No le gustaba cómo había sonado eso. Se quitó su ropa, la guardó y se puso los pantalones y la camiseta del uniforme.

—Estamos saliendo, ¿vale? No lo digas como si fuera... no sé, un ligue de una noche.

Aquello sorprendió a Max.

—Bueno, perdone usted, señor serio —replicó—. Pero el que se tiró a Lorna hace un par de semanas mientras ya salía con otra fuiste tú.

Jesse cerró la puerta de la taquilla de golpe, y le miró furioso.

—Eso fue una estupidez, y como Natasha se entere te mato, ¿me has oído?

—No me mires así, como si yo tuviera la culpa cuando el que se ha metido en

un lío eres tú.

—Ella no tiene por qué saberlo. No fue nada, aún no... aún no estábamos saliendo en serio, y...

—Mira, a mí no tienes que convencerme. Pero tío, te aseguro que como se entere, no se lo tomará en plan «ah, vale, no importa, que no estábamos saliendo en serio». Si le hubieras dicho desde el principio que solo querías un rollo de una noche...

—Pero es que no es eso lo que quiero.

Max levantó una ceja, mientras Jesse se quedaba callado. Había hablado sin

pensar, pero al recapacitar, se dio cuenta de que así era. Su amigo le dio una palmada en la espalda, con un gesto de incredulidad en el rostro.

—Bueno, bueno, bueno. Esto sí que no me lo esperaba —dijo—. Nunca creí que te oiría decir esas palabras. ¿Significa eso que tendremos donuts gratis?

Jesse le dio una colleja, y se marchó del vestuario mientras Max le seguía riendo a carcajada limpia.

Tras dejar la tienda recogida y todo

preparado para el día siguiente, Natasha se marchó a su casa y preparó unos tupper con comida para llevar. Varias de las veces que habían salido Jesse había comentado que su favorita era la comida japonesa, así que hizo unas verduras al wok y unos fideos con jengibre. Lo metió todo en una bolsa y se dirigió hacia su casa.

No había estado nunca en su piso, aunque sabía dónde vivía porque una vez habían pasado por delante y él se lo había dicho. Cuando llegó al edificio, se quedó indecisa unos segundos mirando

la entrada. Eran ya las diez de la noche, por lo que suponía que ya habría pasado la tarde descansando del doble turno. Pero no le había avisado de que iba, quizá ya hubiera cenado... o ni siquiera estuviera en casa; por la mañana había ido a por el desayuno para sus compañeros de turno, tal y como había prometido, pero no habían vuelto a hablar desde entonces.

El piso de Jesse estaba en el bajo del edificio, bajo la puerta principal, así que se decidió y bajó las escaleras. Ya que estaba allí, no perdía nada por

probar. Llamó al timbre, y poco después vio que la luz de la ventana que había junto a la puerta se encendía.

Jesse abrió la puerta, con cara de acabar de despertarse. Su escasa ropa también indicaba lo mismo, porque solo llevaba un pantalón de chándal.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa — dijo frotándose los ojos.

—Lo siento, ¿te he despertado?

—No pasa nada—. Miró el reloj—. ¿Son las diez de la noche? —Movi6 la cabeza—. Menos mal que has venido, creo que había entrado en hibernación.

Ella sonrió y le mostró la bolsa.

—He traído cena.

—Eres un cielo.

La cogió de la mano para acercarla y besarla, metiéndola al interior del apartamento. Natasha miró a su alrededor. Era más pequeño que el suyo, y también lo tenía un poco más desordenado. Jesse apartó con rapidez unas cuantas cosas que había por el medio, mientras ella se acercaba a la cocina para ir vaciando las bolsas.

—No tengo mesa de comedor, tendremos que comer en el suelo... —

comentó él, sacando unos platos del armario.

—Me vale.

Él preparó la mesa baja que tenía frente a la televisión, y poco después estaban sentados sobre unos cojines disfrutando de la cena que Natasha había preparado.

—¿Te apetece hacer algo después? — preguntó ella.

Jesse sonrió, mirándola con ojos chispeantes.

—Si te estás refiriendo a un segundo postre como el de ayer, por mí encantado.

Natasha enrojeció, y Jesse se acercó para besarla.

—¿Tienes prisa? —preguntó.

—No... aunque mañana me toca abrir a mí.

—Puedes quedarte si quieres.

Se sorprendió de estar ofreciéndole que durmiera en su piso, nunca lo había hecho con ninguno de sus ligues. Pero era algo que realmente le apetecía. Todo aquello era nuevo para él, y aunque aún le asustaba un poco el hecho de pensar que quizá la cosa iba en serio, también se había dado cuenta de lo mucho que

quería estar con ella. Así que cuando Natasha contestó que se quedaría, no tardó ni dos minutos en cogerla en brazos para llevarla a su habitación.

—Voy a darme una ducha —dijo Jesse, apagando el despertador y dándole un beso en la frente a Natasha.

A su lado, ella bostezó mirando el reloj.

—¿Hago el desayuno? —preguntó.

—Eres mi invitada, eso debería hacerlo yo.

—No creo que seas capaz de hacer tortitas... ¿O me equivoco?

—No, en eso tienes razón—. Volvió a besarla, y se levantó—. Aunque no sé siquiera si tendré los ingredientes, busca por los armarios.

Le guiñó un ojo y se metió en el cuarto de baño, mientras Natasha seguía su cuerpo desnudo con mirada soñadora. Se estaba enamorando de él, lo sabía, pero no podía evitarlo. Y tampoco estaba segura de querer hacerlo. Compartía la preocupación de Liam, pero quizá se equivocaba con él... Llevaban juntos un mes y no había visto nada sospechoso. Sí, cierto, atraía a las

chicas como las abejas a la miel, pero no parecía hacerles mucho caso. Y la trataba bien, en eso no tenía ninguna queja.

Se estiró perezosamente, y apartó las mantas. Si seguía así, no se levantaría en todo el día, y tenía que ir a la pastelería. Recogió la camiseta de Jesse del suelo y se la puso, para después dirigirse a la cocina. Empezó a rebuscar en los armarios, esperando que tuviera todos los ingredientes. Encontró huevos en la nevera, azúcar en un cajón... pero la harina se le estaba resistiendo.

Empezaba a pensar que no tendría cuando localizó un paquete tras unas latas de comida precocinada. Lo sacó con expresión triunfante, y cuando lo estaba abriendo llamaron al timbre.

Se asomó al cuarto, escuchando el ruido de la ducha, así que dedujo que Jesse no lo había oído. Comprobó que la camiseta le cubría hasta las rodillas, y fue a abrir con una sonrisa amable. Al otro lado, estaba una chica rubia y alta, con un vestido ajustado y un abrigo de piel. Al ver a Natasha, la recorrió con la mirada de forma crítica, para después

entrar empujándola con suavidad a un lado.

Natasha se quedó tan sorprendida que la dejó hacer. Cerró la puerta y se dio la vuelta con el ceño fruncido. La chica permanecía en el centro del salón, y se había cruzado de brazos con gesto de superioridad.

—Bueno, ¿dónde está? —preguntó.

—¿Te refieres a Jesse?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

¿Acaso no es este su piso? ¿Eres tonta, niñata?

—Oye, sin insultar. Y perdona, pero

aquí la que ha entrado como un elefante en una cacharrería eres tú, así que si no me dices quién eres...

—Una como tú, supongo—. Se acercó y tiró de la manga de la camiseta del bombero, como comprobando el tejido. Natasha le apartó la mano—. Son cómodas, ¿verdad?

—Mira, me importa tres pepinos si eres ex novia de Jesse, o...

La rubia se echó a reír, lo que la descolocó aún más. Natasha se abrazó a sí misma, con un mal presentimiento. No quería desconfiar de él, pero que

aquella chica la mirara con cara de pena...

—El día que Jesse tenga novia se congelará el infierno, bonita —replicó la chica—. Mira, he venido porque odio que no me cojan el teléfono y para dejarle las cosas claritas. Que podemos quedar cuando quiera para un polvo, pero después no puede estar dos semanas sin contestar mis llamadas...

—¿Dos semanas?

Si eso era cierto, entonces había estado con las dos a la vez. La rubia sacudió la cabeza, y se acercó de nuevo para

pellizcarle una mejilla como si fuera una niña pequeña.

—Oh, pobrecita.

—No me toques.

Volvió a darle un manotazo y se apartó, yendo detrás del sofá, para utilizarlo como si fuera una barrera protectora. En aquel momento apareció Jesse, que al ver a las dos se quedó parado en el sitio. Solo llevaba una toalla en la cintura, y tuvo que sujetarla para que no se le cayera.

—Vaya, vaya —dijo la rubia—. Así que estás vivo.

—Lorna—. Tragó saliva, mirando de reojo a Natasha—. ¿Qué haces aquí?

—No contestas a mis llamadas, querido.

—Sí, bueno, he estado ocupado.

De nuevo miró a Natasha, que permanecía callada. Joder, esperaba que no le hubiera dicho nada, a ver cómo lo arreglaba...

—Sí, ya me imagino. En fin, creo que os he interrumpido así que mejor me voy... pero llámame, ya sabes dónde encontrarme.

Le lanzó un beso con unos dedos de manicura perfecta y se marchó tal cual

había llegado. Jesse se pasó una mano por la cabeza, buscando la forma de explicarse, pero Natasha no le dio tiempo.

—¿Has estado con ella hace dos semanas? —le preguntó directamente.

Mierda, Lorna se lo había contado. ¿Qué podía hacer, mentir o intentar arreglarlo? Porque no quería acabar así; de hecho, no quería que lo suyo con Natasha terminara.

—Escucha... —empezó. Dio un paso hacia ella, pero la chica se cruzó de brazos con gesto hosco, y se detuvo—.

La llamé, es cierto. Y quedamos, pero no significó nada, te lo juro.

—¿Por qué la llamaste?

De nuevo él se encontró en la disyuntiva de decir la verdad. Pero no quería mentirle, Natasha se merecía que fuera sincero, aunque fuera peor para él.

—Tasha...

—No me llames así.

Jesse suspiró. Mira que Max se lo había advertido, y no había hecho caso. Tendría que haber hecho algo para evitar esa situación, pero ya era demasiado tarde.

—Y por favor, no me mientas —añadió ella, sin darle tiempo a contestar.

—Está bien—.Cogió aire, decidiendo ser sincero. Solo esperaba que ella no se lo tomara demasiado mal—. Mira, tú y yo... todavía estábamos empezando, ni siquiera nos habíamos acostado juntos, y yo...

—¿Necesitabas sexo? —No pudo evitar el sarcasmo en su tono—. ¿Qué llevabas, un par de semanas de sequía? Claro, no podías aguantar tanto, supongo.

—Natasha, admito que la llamé, y fue

una estupidez. Te lo juro, me di cuenta en cuanto la vi y... no significó nada, solo podía pensar en ti. Sé que no me creerás, pero me gustas mucho, demasiado. Y no quería que fuera así, por eso pensé que si me acostaba con alguno de mis ligues habituales dejarías de estar en mi cabeza, pero...

—Espera, espera. ¿Pretendes que crea que fue, qué? ¿Una idea estúpida y retorcida para... qué, sacarme de tus pensamientos? —Movi6 la cabeza—. Esto es una tontería.

Dejó la relativa seguridad del sofá para

dirigirse hacia la habitación. Cuando pasó a su lado, Jesse la retuvo cogiéndola de un brazo.

—Espera, ¿dónde vas?

—A trabajar—. Se sacudió para librarse de él—. No tenemos nada más de lo que hablar.

—Pero te juro...

—¡Es que me da igual! —gritó, sorprendiendo a los dos. Cogió aire para tranquilizarse—. Mira, no me has prometido amor eterno ni nada parecido. Hemos salido un par de veces, nos hemos acostado y ya está. Soy una más

de tu lista. Mejor saberlo ahora que no dentro de un mes... si es que hubiéramos llegado a tanto, porque supongo que de todas formas te habrías cansado de mí en unos pocos días más. Y ahora me voy a vestir, llego tarde.

Se metió en la habitación pegando un portazo. Estaba enfadada... más que eso, furiosa. Tenía que haberlo visto venir, aunque la verdad era que Jesse no le había mentado, a no ser que hubiera quedado con aquella rubia uno de los días que le había asegurado que tenía guardia, porque entonces sí que le daban

ganas de partirle esa cara tan perfecta... Se quitó la camiseta y la lanzó al otro lado de la habitación, usando toda su fuerza de voluntad para no llorar. No lo haría, mucho menos delante de él. Ya sola y en su casa se pegaría un atracón de chocolate o lo que fuera y se desahogaría todo lo que hiciera falta, pero nunca dejaría que Jesse viera lo mucho que le había importado. Aunque dolía... se tocó el pecho, casi sentía el dolor físico de la pérdida; tenía que irse de allí cuanto antes. Se vistió lo más rápido que pudo, y salió. Maldito fuera,

allí estaba, sentado en el borde del sofá con aquella carita de niño bueno que no ha roto un plato en su vida... Al verla se incorporó, sujetando la toalla que amenazaba con caérsele, pero Natasha le esquivó y se fue hacia la puerta.

—Natasha... —empezó él, de nuevo.

—Iba a decir que no me llames más, pero supongo que tampoco ibas a hacerlo. Eso sí, bórrame de tu lista, porque no habrá repeticiones.

Y con esas palabras salió del piso, dejando a Jesse sin saber qué hacer. Si hubiera llorado, si le hubiera dejado

acercarse... podría haber intentado que le escuchara, aunque no sabía qué podría haberle dicho. ¿Que se había asustado por lo que estaba sintiendo con ella? ¿Que era un completo imbécil? Nunca le había pasado algo parecido. Sí, había tenido alguna que otra escena de celos, o de despecho, pero nunca le había importado. Sin embargo, con Natasha no tenía esa sensación. Su mente estaba bloqueada, solo quería recuperarla, pero no tenía ni idea de cómo conseguirlo.

Natasha consiguió llegar a la tienda sin perder la compostura, pero en cuanto comenzó a preparar las cosas para abrirla y vio el chocolate y las especias, ya no pudo aguantar más y empezó a llorar. Pero no pudo desahogarse a gusto, porque entonces comenzó a sonar su móvil. Al ver que era Liam, se obligó a respirar hondo para tranquilizarse antes de contestar.

—Hola, hermanito.

—Hola, ¿qué tal te fueron las compras con la rubia? ¡Que no me has llamado para contarme nada!

—Bien.

Y se echó a llorar otra vez. Liam se quedó pasmado al otro lado de la línea. A su hermana le encantaba ir de compras, ¿qué demonios habría pasado para que se pusiera así?

—Natasha, ¿qué pasa? ¿Es que Summer...?

—Que estoy bien, de verdad...

Pero de nuevo la oyó llorar. Liam fue a buscar las llaves de su coche mientras seguía hablando con ella.

—Escucha, voy a verte —dijo—. ¿Estás en la tienda?

—Sí, pero estoy bien.

—Sí, ya te oigo lo bien que estás. Voy para allá.

Natasha le seguía diciendo, o intentando decir, que estaba perfectamente, pero él ya no la escuchaba. Colgó y se fue corriendo a por su coche, dándole vueltas a la cabeza sobre qué podría haberle ocurrido a su hermana. Dejó el vehículo a un par de calles de la pastelería, y en unos minutos estaba en la tienda. Las persianas todavía no estaban subidas, ni estaba el toldo extendido. Pero al girar el pomo

comprobó que estaba abierto, y en cuanto entró se encontró a Natasha detrás del mostrador, con los ojos llorosos.

—No tenías que haber venido —dijo ella, pasándose las manos por las mejillas.

—Natasha, ¿qué ha pasado?

—Te lo cuento, pero te juro que como me digas «te lo dije» te estampo una tarta en la cara.

Entonces Liam comprendió. No era Summer, ni las compras, sino el bombero. El maldito bombero sobre el

cual ya le había dado su opinión, opinión que ella no había querido escuchar. Abrió la boca para hablar y decirle justo esas palabras, pero al mirar su rostro se ablandó, además de comprobar que tenía una tarta a mano y no quería tentar su suerte. Así que solo avanzó hacia ella y la abrazó, sin decir ni una palabra.

Natasha se dejó hacer; se dio cuenta de que su hermano estaba alejando con sutileza la tarta de nata con la que le había amenazado, pero que tampoco le decía nada, así que no se enfadó.

—Se acostó con otra hace un par de semanas —explicó al cabo de un rato.

Liam se tensó. No era violento, pero en lo que se refería a su hermana le podía el instinto de protección.

—Qué cabrón —dijo, por fin—. Me dan ganas de coger y darle un par de puñetazos.

—Liam, eres mi hermano y te quiero —.Se apartó un poco para mirarle—. Pero ni con la ayuda de Lars y Aidan podríais con él. Entrena todos los días.

—Sí, sí, ya sé, es bombero, blablá—. Le acarició el pelo y la besó en la frente—.

Ojalá no nos lo encontremos en ningún partido, porque no sé yo...

—No te preocupes, se me pasará enseguida—. Se encogió de hombros—. Solo llevábamos un mes, de todas formas. Ya sabes que a veces me pongo un poco dramática, pero de verdad, no tienes que preocuparte por mí—. Se apartó forzando una sonrisa—. Ya que estás aquí, ¿te apetece desayunar?

—Claro.

No sabía si creer que de verdad se le pasaría tan rápido como ella pretendía que pensara, pero no insistió. Y de todas

formas Natasha empezó a contarle su tarde de compras con Summer, así que el tema de Jesse quedó apartado.



Ya habían transcurrido seis días desde la excursión al parque, y aquella mañana de sábado, Liam se despertó pensando que la fiesta estaba ya a la vuelta de la esquina, y que en cuanto esta quedara atrás, al fin podría recuperar su vida normal. Pero antes de que eso sucediera, tendría que pasar la prueba, y no dudaba ni un segundo de que sería escrutado con todo lujo de detalles, y Summer más aún; aquello le recordó una cosa, y con ella en mente agarró su móvil. Le envió

un mensaje preguntando si estaba ocupada para comer. Unos diez minutos después, ella le llamó por teléfono.

—¿A dónde?

—Buenos días a ti también... a un restaurante. De los caros.

—Entiendo.

—Es para que te familiarices un poco con... es solo protocolo.

—Sí, ya lo he entendido. Vale, estaré lista sobre la una—.Y colgó sin decir más.

Liam miró el teléfono, aún sorprendido de aquella brusquedad. Pues por lo visto

también le iba a tener que enseñar modales, suponía que no le había hecho excesiva gracia la idea, pero, ¿qué iba a hacer si no? Debía asegurarse de que en la fiesta no quedara muy... muy... vale, sí, se hacía cargo de que sonaba muy pijo, pero odiaría que le dejara en mal lugar. No iba tampoco a perder el sueño por ese detalle, pero no quería que Sarah tuviera armas para meterse con él, o con ella. Mejor prevenir.

Fue a ducharse, pensando que esa vez no acabaría tirado por el suelo en vaqueros. Pero estaba tranquilo, sabía

que al menos la semana anterior había hecho el esfuerzo de aclimatarse a los gustos de Summer, así que ese día ella no iba a tener otro remedio que hacer lo mismo.

Para su desgracia, cuando bajó a llamar a la puerta le abrió la propia Summer, quien no parecía tener la menor intención de deshacerse de sus pantalones vaqueros y su cazadora informal. Le miró de forma crítica.

—Así que yo te llevo a pasar un día genial y a cambio tú me llevas a un restaurante a darme clases —murmuró.

—Eso es—.Liam alzó una ceja—. Pero la comida te gustará.

—Más te vale. Espera un minuto, que cojo el bolso.

Le dejó plantado en la puerta mientras se metía en su habitación. Elke se asomó desde la cocina, con un cuchillo en una mano y un plato con un bizcocho en la otra. Le lanzó una mirada recelosa, pero de dos pasos se acercó hasta quedar a su lado.

—¿No quieres entrar?

—No, gracias, estoy bien aquí.

La morena miró hacia la habitación de

su amiga, como para constatar que no pudiera escucharla. Después depositó el plato sobre el aparador, pero no así el cuchillo.

—Tienes buenas intenciones, ¿verdad?

—¿Perdona?

—Escúchame bien, porque esta película ya la he visto antes—. Dio dos pasos hacia él mientras Liam se apartaba con precaución, aquel cuchillo en sus manos no resultaba muy tranquilizador—. Conozco bien a Summer, hace años que somos amigas... es una monada, y tiene un gran corazón, y los tíos siempre

terminan queriendo lo obvio. Así que voy a decírtelo muy claro: ni se te ocurra tocarle un solo pelo. Si te da un calentón te pegas una ducha fría y listo, porque si un día de estos la veo entrar por esa puerta llorando por alguna cosa que le hayas hecho, subiré y te cortaré las pelotas con este mismo cuchillo. ¿Entendido?

Él se había quedado sin habla, pensando si durante todo ese tiempo habían tenido una psicópata en el bloque y no se habían percatado. Lo peor es que no tenía muy claro si le hablaba

metafóricamente... pero entonces Summer salió de su habitación y no tuvo tiempo de responder.

—Ya estoy—. Se acercó a los dos—
¿Nos vamos a ese coñazo del protocolo?
Liam asintió, sin abrir la boca.

—Que os divirtáis —dijo Elke, con una sonrisa encantadora.

—Gracias—. Summer la besó en una mejilla—. Nos vemos después—. Cerró la puerta y se volvió hacia Liam—. ¿Ves? También sabe ser amable cuando quiere.

Él la siguió, aún en silencio, y solo

recuperó parte del color cuando estuvo metido en su coche, sano y salvo.

—Estás muy callado —observó la rubia.

—Ya. ¿No tenías nada un poco más elegante que ponerte?

—No. Me dejé la ropa de Versace en la mansión de mis padres.

—Muy graciosa—. Liam hizo una mueca y arrancó el motor, deseando alejarse lo antes posible del edificio y la proximidad de una lunática alemana armada con un cuchillo de cocina.

—Pensaba que era una fiesta, no una cena.

—Es una fiesta. Pero creo que no está de más que... —carraspeó.

—Madre mía—. Summer frunció el ceño—. ¿Crees que soy de esas que se pone a comer con las manos o algo así? — Otra vez le estaban dando ganas de darle una bofetada, así que se ató el cinturón malhumorada. Ni que fuera una salvaje. Vale, era una trabajadora de clase obrera normal y corriente, pero Liam la hacía sentir como si acabara de salir de una cueva.

Estuvo todo el viaje callada y enfurruñada, y como Liam tampoco era

experto en suavizar situaciones prefirió no decir nada más, pensando que ojalá se le pasara un poco el enfado. Si seguía así no lograría sacarle ninguna información sobre ella, y la necesitaba distendida... cuando al fin detuvo el coche, se dio cuenta de que la única forma que tenía de salir de aquella situación era disculparse, pero antes de que pudiera decir nada Summer se le adelantó.

—Te diré una cosa... si tienes la más mínima esperanza de que vaya a esa fiesta y finja que me gustas, te aconsejo

que intentes gustarme también de verdad. Aunque sea un poquito. Lo justo para que no sienta deseos de abofetearte todo el tiempo.

—Entendido... —Se merecía el pescozón, de modo que lo aceptó.

—Ah, y a lo mejor no te lo crees, pero te aseguro que no necesito clases para aprender a distinguir los tenedores. Sé comportarme perfectamente, en la mesa, en la fiesta y en cualquier parte.

Ahí no las tenía todas consigo Liam, pero no era el mejor momento para comentarlo. Temía que ella empezara a

abofetearlo como acababa de señalar, así que trató de poner la cara de culpabilidad más convincente que se vio capaz.

—Está bien, está bien... lo siento —se disculpó, por fin.

—¡Dilo en serio!

—Lo estoy diciendo en serio.

—No te conozco mucho, pero sí lo suficiente como para notar que esa es tu cara de abogado... y por cara de abogado me refiero a capullo mentiroso.

—Esta es mi cara siempre, ¿sabes? —farfulló, tratando de ignorar lo de

«capullo mentiroso».

—Eso no es verdad, la semana pasada estabas relajado, ahora estás tenso y estirado.

—¡No estaba relajado! Lo que pasa es que me sacaste de mi zona de confort y estaba... desorientado —se justificó él, quitando la llave del motor y abriendo la puerta.

Summer hizo lo propio por el otro lado y se cruzó de brazos con gesto obstinado.

—¿Sí? Pues prefiero que estés desorientado, porque cuando sabes

dónde vas eres un capullo.

—No sé si eres consciente, pero ya me has insultado dos veces—. Liam vio que ella iba a añadir algo, de manera que alzó los brazos en un gesto de paz—. ¡Vale, vale! Lo siento, de verdad. Como dices que sabes comportarte y no necesitas clases de protocolo, ¿podemos simplemente comer y charlar, ya que estamos aquí? Si no, te llevo a casa y lo olvidamos. Pero por favor, deja de llamarme capullo.

La rubia le observó con desconfianza, pero poco a poco su ceño fruncido fue

disminuyendo. Rodeó el coche hasta encontrarse con él junto a su puerta.

—Más vale que de verdad la comida sea buena —le avisó.

—Prometido —contestó Liam, aliviado. Summer le siguió al interior del restaurante; en efecto, el local era bastante elegante. Liam se había acostumbrado a ese tipo de sitios gracias a su ex; con sus padres había fluctuado entre elegantes y más normales, pero Sarah no quería ni oír hablar de ir a los que ella consideraba «malos» y que incluían hasta hoteles de

cinco estrellas, así que con el tiempo se había vuelto algo natural. Ciertamente era que la gente que allí se reunía era muy esnob, y estaba seguro que muchos mirarían a Summer con desaprobación, pero era algo que había que hacer. Seguía temiendo que se comportara inadecuadamente en la fiesta.

—Buenos días—. Se acercó un hombre vestido con traje y corbata—. Ya he comprobado la reserva. ¿No viene con usted la señorita Prescott?

El *maître* era amable, pero estaba claro que muy espabilado no.

—Hoy no, Allen.

Entonces el hombre reparó en Summer; observó con cierta sorpresa su vestimenta, pero no hizo comentario alguno, pensando que a lo mejor era su hermana pequeña y seguramente descarriada. Los llevó a una mesa cerca de la ventana y después los dejó solos tras entregarles las cartas.

—Qué hombre tan estirado, ¿no? —repuso ella con una risita en cuanto se marchó—. Parece que lleva un palo metido por el... —no acabó la frase al ver su mirada de advertencia.

Liam parecía no prestar demasiada atención, pero en el fondo no se le escapaba detalle. Ella no había apoyado los codos en la mesa y había dejado caer la servilleta sobre su regazo de manera natural, lo que le llamó la atención. Una de dos, o estaba muy bien educada, o había pisado muchos lugares elegantes, lo que parecía improbable. No hizo comentarios al respecto, y minutos después se acercó el camarero para tomarles nota.

—Los especiales de hoy son ostras frescas y rodaballo salvaje —sugirió.

—Ostras para mí, por favor —contestó Liam—. ¿Summer?

—Yo una ensalada, gracias. No quiero tener un calentón y tirarme encima de ti. El camarero emitió una risita divertida, mientras Liam les miraba a ambos desconcertado.

—¿Y de segundo? —siguió preguntando el camarero.

Liam pidió también la sugerencia del chef, mientras que Summer se decantó por una carne poco hecha. Cuando el camarero se hubo alejado, el chico se inclinó hacia ella.

—Oye, no sé a qué ha venido ese comentario, pero...

—¿En serio? ¿No sabías que las ostras son afrodisíacas? —Él la miraba como si estuviera loca—. Ay, Dios, qué poco mundo tienen algunos.

Él parpadeó. ¿Afrodisíacas? ¿Pero de qué estaba hablando? Porque a él le encantaban, pero nunca se había planteado que tuvieran más utilidad que la de comida. Seguro que estaba tomándole el pelo, aunque la imagen que le había venido a la mente fuera bastante sugerente.

—Bueno —dijo ella, cambiando de tema—, háblame de Sarah. ¿Qué tengo que saber de ella?

—¿A qué te refieres?

—¿Es de esas que me mirará como si fuera un insecto, o de las que me agarrará del pelo y me escupirá?

—No tengo la menor idea —replicó él, controlando una sonrisa—. Nunca ha estado en una situación como esta.

—Muy bien... ¿a qué se dedica?

—Estudia derecho. Ahí fue donde la conocí, en la universidad.

—Pero, ¿cuántos años tiene? ¿Es mucho

más joven que tú?

—No, es de mi edad, tiene treinta. Lo que pasa que va a su ritmo...hace un par de asignaturas por año. De cualquier modo, trabaja en prácticas en el bufete de su padre, así que da lo mismo. Cuando empezó la carrera le puso un despacho allí. No es que haga mucho realmente, pero ahí sigue, y como es la hija del jefe nadie dice nada.

El camarero apareció para interrumpir de nuevo, trayéndoles las bebidas.

—Vale... entonces, resumiendo— comentó Summer—. Es una tía de treinta

tacos que no pega un palo al agua, demasiado lerda para terminar la carrera a ritmo normal, porque su padre la trata como si ya fuera una abogada experimentada, y a la que no has puesto celosa nunca antes. Normal que piense que puede hacer lo que quiera cuando quiera.

A Liam no le molestó escucharla, la definición era correcta.

—¿Y su grado de pijerío es...?

—Hombre, la definición «pija» siempre me ha parecido un poco...

—Corta el rollo.

—Mucho.

—Vale. ¿Y cómo iba vuestra relación?

—Pues... no sé, normal.

—Guau... qué manera tan emocional de definir tu relación—.Summer movió la cabeza.

—Es que era una relación normal, llevábamos varios años juntos. No sé, los planes de siempre, boda, casa, niños. Lo típico.

—Sé qué es lo típico, pero tampoco veo en tu cara pena por haber perdido todas esas cosas. ¿Realmente te molestó perderla porque la querías, o solo

porque te ha fastidiado los planes?

Apareció la comida, y Liam lo agradeció; no sabía si le gustaba aquella observación, que además era la misma que le había hecho Natasha. ¿Tan acabada estaba su historia con Sarah que era obvio hasta para una desconocida? ¿Y cómo era que él no se había enterado? O peor aún, lo sabía y lo había dejado pasar sin darle importancia, creyendo que era lo lógico. Por lo visto no lo era.

—¿Has pensado qué vas a hacer cuando Sarah quiera volver contigo?

—¿Cómo? —Aquella pregunta inaudita lo sacó de sus pensamientos.

—Esto es lo que va a pasar: cuando te vea al lado de otra, subirás de valor. ¿Sabes cómo funciona el mercado de la oferta y demanda? Pues esto es algo parecido...hasta ahora no valías demasiado porque estabas ahí, y podía manejarte a su antojo. Pero si apareces en una fiesta, no cabizbajo como ella espera, sino con otra chica del brazo, automáticamente nacerá el deseo de reivindicar lo que es suyo. No sé hasta qué punto quiere a su nuevo novio, pero

casi seguro que tendrás otro valor, uno más alto que el anterior.

Liam la miró fijamente.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque soy una chica y entiendo cómo funciona nuestro cerebro. Empezará a hacer comparaciones, y a pensar en las cosas buenas... —dudó unos segundos antes de continuar— que veía en ti, no solo en las que le hicieron dejarte. Y si la historia con el nuevo novio no es muy sólida, no tardará en hacer un acercamiento. Así que, ¿has pensado qué quieres hacer?

—La verdad es que no —comentó Liam, pasando por alto su gesto de duda ante sus posibles «cosas buenas».

—Bueno, tienes tiempo para pensar si quieres volver con ella o no.

—Primero, no estoy tan seguro de que vaya a actuar como tú dices; perdóname que dude, pero la conozco y es muy orgullosa... y segundo, me dejó. No soy ningún imbécil al que puede dejar y coger cuando le apetezca. O sea, que si quisiera volver, no necesariamente yo tendría que aceptar.

Summer puso cara de aprobación al oír

sus palabras, después de lo que había escuchado sobre la tal Sarah le parecía lo mejor que podía hacer. Aunque fuera un poco estirado no tenía por qué soportar a una manipuladora... y le molestaba un poco la posibilidad de que volviera con ella, después de cómo le había tratado. Aunque suponía que de todos modos lo haría, se notaba al kilómetro que Liam era uno de esos hombres a los que no gustaba la improvisación, ni salirse de la línea establecida. Justo al contrario que ella, que odiaba tener todo planeado.

—Dejemos ese tema —Liam la sacó de sus pensamientos mientras esperaban el café—. ¿Cómo te ha ido con Natasha?

—Bien —Summer no parecía muy convencida, por la expresión que tenía en su cara—. Supongo que lo que ha escogido será de tu gusto. Desde luego del mío no...

—Confío en ella.

—Pues con que uno de los dos lo tenga claro es suficiente—. El *maître* apareció para dejarles la cuenta de manera ceremoniosa y en cuanto se fue, Summer resopló—. Odio a estos falsos

aristócratas. Una vez trabajé en un restaurante del estilo, y el *maître* también tenías muchas ínfulas al atender a los invitados, pero cuando entraba en la cocina y se ponía a gritar te aseguro que no tenía nada de glamour...

—¿En cuántos sitios has trabajado?

—En un montón. No me gusta encasillarme, hay que ir probando hasta ver lo que te gusta, ¿no?

—Bueno, si un trabajo es cómodo y estás bien en él, ¿por qué cambiar?

—También el misionero es cómodo.

Aquella frase le dejó sin palabras. Entre

el comentario de las ostras y ese, no quería dejar volar demasiado su imaginación. Que llevaba ya tiempo de abstinencia... pero solo tuvo que recordar la amenaza de Elke para recuperar la compostura. Dejó su tarjeta de crédito sobre la mesa.

—¿Tienes que ir a trabajar? —preguntó sin mirarla.

—Ajá. Pero más tarde. Si tienes que irte no importa, regresaré por mi cuenta... creo que solo tengo que coger el tren, un autobús y otra vez el suburbano — bromeó.

—Ya te llevo. Ha sido cosa mía
—.Esperó a que le trajeran la tarjeta de
regreso. Calculó la propina y dejó
varios billetes sobre la nota—. Iremos a
tomarnos un café y después te acerco a
tu trabajo.

—No es necesario... —empezó a decir
Summer, pensando que se había puesto
un poco distante por aquel motivo.

—Ya, supongo que ir en metro a todas
partes será una especie de postura
contra el lujo, pero en serio—. Alzó la
ceja—. No me cuesta.

—Bueno, vale. Podemos ir a comer

helado.

—¿Otra vez...?— Liam se incorporó, negando con la cabeza.

Summer sonrió, como si supiera que aquella batalla la tenía ganada de antemano. Liam la siguió, pensando que en realidad no le había dado ninguna clase sobre protocolo en la mesa, aunque al menos estaba tranquilo porque ya había comprobado que no era necesario. Y de nuevo la atención se había centrado en su persona, por lo que continuaba sin saber su apellido. Ya se lo sacaría después, entre el helado y la

gasolinera...

Pero cuando la dejó en el trabajo se encontró con que no había logrado averiguar nada, y que estaba mirando cómo movía las caderas mientras avanzaba por la acera. Pues sí que le quedaban bien aquellos vaqueros ajustados... un momento, ¿qué estaba haciendo? Y entonces recordó las ostras. Estaba claro: no pensaba comer nunca más en su vida.



8

Natasha terminó de adornar unos cupcakes de vainilla y manzana caramelizada y los colocó en una bandeja para llevarlos al expositor. La pastelería estaba casi llena, y Leo se estaba encargando de atender las mesas. El local estaba teniendo mucho más éxito del que habían esperado, lo cual se traducía en más horas de trabajo para

los dos; pero a Natasha no le importaba. Así tenía su mente distraída y no pensaba tanto en Jesse... Frunció el ceño. Maldita sea, ya estaba otra vez. Cogió la bandeja y salió a la tienda para colocar los cupcakes y atender a un par de niños que estaban mirando el expositor como si quisieran comérselos todos a la vez.

Les regaló un par de cake pops con forma de oso panda con su compra, y miró el reloj. Había quedado con Summer en una hora, esperaba que la cosa se tranquilizara un poco o a Leo le

daría un ataque al quedarse solo. Menos mal que al final habían acordado coger un becario, para poder estar más desahogados. La escuela de hostelería les iba a enviar unos cuantos para entrevistar, y mañana tendrían el primero.

Natasha ayudó a Leo con las mesas, y poco a poco el local empezó a despejarse hasta que solo quedaron un par de ellas ocupadas. Estaba preparando unos cafés en la máquina cuando oyó la campanilla de la puerta, y a Leo dar palmas entusiasmado. Se giró

para mirar, y se quedó parada al ver a Jesse y a Max. Se recompuso con rapidez, fulminando a Leo con la mirada. Como les hubiera llamado él... aunque no, en ese caso hubieran llevado su uniforme, pero al mirarles de nuevo se dio cuenta de que estaban vestidos de calle.

Max se quedó hablando con Leo, o más bien, acaparado por Leo, mientras Jesse se escabullía hacia el mostrador. Se quedó de pie frente a ella, con las manos en los bolsillos, y una expresión que solo podía describirse como

arrepentida. Pero Natasha no se dejó impresionar.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Podríamos hablar?

—Si no vas a comprar nada, no tenemos nada de lo que hablar.

—Te echo de menos.

Y la miró directamente a los ojos. Por un segundo, Natasha le devolvió la mirada. Maldito fuera, sonaba tan sincero... por suerte la campanilla la salvó de dejarse hipnotizar por aquellos seductores ojos verdes, y suspiró aliviada al ver que era Summer. Se

metió en la parte trasera para dejar el delantal y coger su bolso y su chaqueta, y pasó junto a Jesse ignorándolo. Summer se había acercado a saludarle, pero antes de que pudiera decir nada, se vio arrastrada al exterior por Natasha.

Jesse regresó junto a su amigo, con los hombros hundidos.

—No ha sido buena idea —dijo—.
Vámonos.

Había esperado que tras unos días Natasha se hubiera calmado y le dejaría al menos hablar con ella, pero estaba claro que aún le guardaba rencor. Y

probablemente, lo haría durante mucho tiempo.

Leo miró a los dos bomberos de forma alternativa, sin entender nada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¡Si hacíais muy buena pareja!

—¿Natasha no te lo ha contado? —preguntó Max.

—No. Ha estado muy callada estos días.

—Este de aquí se acostó con otra.

Leo se llevó una mano a la boca, moviendo la cabeza con incredulidad.

—¡No me puedo creer que le haya hecho eso! —exclamó.

—Ya sabes, algunos no piensan con el cerebro, sino con otras partes de su cuerpo.

—¿Os importa? —replicó Jesse—. Estoy aquí.

Leo estiró el dedo índice y se lo clavó un par de veces en el hombro, con una mirada desaprobadora. Jesse se apartó, molesto.

—Espero que estés arrepentido —dijo Leo—. No sabes lo que has hecho, Natasha es una chica de lo que no hay.

—Lo sé. Y lo siento, pero no me quiere escuchar, ni perdonar, y...

—¿Estás arrepentido? —Jesse afirmó con la cabeza—. ¿Me lo juras? ¿Me prometes que no le harás más daño?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Vas a ayudarme?

—Si me miras con esos ojitos, no te puedo decir que no a nada. Y ya tengo un plan.

Jesse miró a Max, temeroso de aquel «plan», pero su amigo se limitó a encogerse de hombros, divertido. No tenía ni idea de qué habría pensado aquel chico, pero seguro que él, como espectador, se lo pasaría de miedo.

Tres calles más abajo, Summer consiguió librarse de la mano de Natasha, y la detuvo para coger aire.

—Creía que íbamos a la peluquería, no a correr un maratón —consiguió decir.

—Perdona.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Nada.

Y siguió caminando. Summer le dio alcance de nuevo, y se puso delante de ella para poder mirarla a la cara. Entonces se dio cuenta de que tenía los ojos llorosos.

—¿Pero qué ha pasado? —preguntó—. ¿No le gustó tu regalo? —intentó bromear, pero Natasha empezó a llorar—. Perdona, mal chiste, supongo.

—Sí, le gustó. Pero resultó que yo no era la única que le estaba haciendo ese tipo de regalos.

—Joder, qué cabrón. Lo siento.

—Es igual—. Se secó las lágrimas—. Ya me lo advirtió Liam, que eso pasaría, pero no le hice caso.

—Qué raro, tu hermano dando buenos consejos... —La morena la miró—. Lo siento. ¿Les pillaste juntos o algo así?

—No, una rubia se presentó en su casa, y... bueno, resultó que se habían acostado un par de semanas antes, cuando ya habíamos empezado a salir.

—Vaya.

—Es aquí.

La empujó al interior de una peluquería.

Una chica se acercó sonriendo al verlas.

—Hola, Natasha —saludó.

—Hola, Claire. Esta es Summer, la de la fiesta.

—¡Eres monísima! —exclamó.

Y de nuevo la rubia se vio arrastrada, esta vez hacia una silla giratoria. Antes

de darse cuenta, le habían quitado la chaqueta y la habían sentado sobre el asiento, colocándola frente a un espejo. Natasha se apoyó en un mueble enfrente de ella, mientras Claire se colocaba detrás y comenzaba a tocarle el pelo, moviéndolo a un lado y a otro.

—¿Y si lo corto un poco por aquí y...?

—No, nada de cortar—. Summer la miró como si fuera a matarla, y luego a Natasha—. No pienso cortarme el pelo por tu hermano, de eso ni hablar, ¿está claro?

—Tranquila—. Natasha sonrió a la

peluquera, que ya había cogido las tijeras—. Probemos algún peinado, ¿vale? Nada serio, tampoco. Ni moños ni nada parecido, algo desenfadado.

Claire suspiró resignada, pero dejó las tijeras a un lado. Summer miró a Natasha agradecida, mientras la peluquera se iba a buscar un cepillo y algunas horquillas.

—Natasha, si quieres hablar de lo que te ha pasado... —empezó—. No sé, desahogarte, o lo que sea... Puedes contar conmigo.

—Gracias—. Movi6 la cabeza, con una

sonrisa triste—. Es solo que... Bueno, como te dije me lo pienso mucho antes de salir con alguien, y no... No sé, supongo que no vi en Jesse las señales que vio Liam.

—O no quisiste verlas.

—Sí, eso también.

—Bueno, en tu defensa diré que el chaval tiene esa pinta de chico bueno que nos gusta... con el punto de ser bombero, que me imagino que tendrá un cuerpazo que tampoco deje pensar mucho.

—No, en eso tampoco te equivocas

—Sacudió la cabeza—. Ay, Summer, no me pongas imágenes en la mente, que me pongo a recordar y me pierdo.

—Vale, vale, perdona. ¿Y... te puso alguna excusa? ¿Te lo negó, o algo así? ¿O te mintió?

—Qué va, encima tuvo las narices de admitirlo. Me dijo que es que llevábamos poco, que ni siquiera nos habíamos acostado. ¡Como si no fueran cuernos, vamos! Que le entró como miedo o algo así porque yo le gustaba demasiado—. Summer se quedó pensativa unos segundos, pero Natasha

seguía moviendo la cabeza—. Ya da igual. Me voy a olvidar de él, y punto. Tengo que hablar con Leo para que no les llame más, y así no les veré.

—¿Leo? ¿Pero qué tiene que ver él?

—Tiene la manía de llamar a los bomberos cada dos por tres, hasta si se rompe una uña. Es así como conocí a Jesse, y... en fin, que no importa. ¿Tú qué tal con mi hermano?

Summer se sobresaltó por el cambio de tema de forma tan brusca, pero supuso que la morena no quería seguir hablando de un tema claramente aún doloroso, y

era lógico que le preguntara por Liam. Parecía que se contaban todo, así que el abogado le habría explicado sus salidas.

—Bien —contestó, sin extenderse.

Claire se acercó con un carrito lleno de cosas, y empezó a cepillarle el pelo. Natasha levantó las cejas.

—¿Bien? —repitió—. ¿Y eso qué significa?

—Pues que bien, yo qué sé. Tú le conoces mejor que yo, ya sabes cómo es.

—Por eso te lo pregunto. Conseguiste que se fuera a comer a la calle, cosa que

creo que hace siglos que no hacía. Y luego él te llevó a uno de esos sitios pijos, así que algo hablaríais, digo yo. Que por cierto, eres muy buena.

—¿A qué te refieres?

—A que por lo que me contó, no te sacó casi nada de información, pero tú a él sí

—.Summer tuvo la decencia de enrojecer un poco—. Así que desembucha. ¿Qué te parece mi hermano?

—Estirado.

—Ya, dime algo que no sepa.

Summer suspiró, fastidiada. La morena

no parecía que iba a darse por vencida con tan poca información, pero, ¿qué podía decirle? ¿Que ya no le parecía tan desagradable? Al menos cuando se relajaba, que era hasta mono.

—Vale, si le quitas el traje y la pose de abogado estirado, no está mal. Pero nada más. Le haré el favor, y espero que luego me deje en paz, porque todo este rollo de fiestas, vestiditos y peinados no me va nada.

—Ya. Y... ¿te dijo algo de Sarah?

—¿Algo como qué?

—¿Crees que si ella le dice que

vuelvan, lo hará?

Su tono era de preocupación, así que Summer dedujo que a Natasha la idea no le hacía tampoco ninguna gracia.

—Dice que no. Pero no sé, la mente de los hombres funciona de forma extraña.

—Dímelo a mí.

—¿Qué tal así?

La voz de Claire las interrumpió. Natasha se apartó del mueble para acercarse y mirar a Summer desde todos los ángulos, mientras esta se miraba en el espejo. Le había hecho un falso corte, recogéndole parte del pelo en la nuca,

lo que le daba un aspecto de media melena.

—No está mal —comentó la morena—.

¿Qué opinas, Summer?

—¿Ya me aguantará toda la noche?

—Es lo que más se lleva ahora —contestó Claire.

—Eso no es una respuesta.

—Prueba a dejárselo suelto —intervino Natasha—. Recógele solo un poco para que no le caiga por la cara, y ya está.

—Vale, vale—. Suspiró, empezando a quitarle las horquillas—. ¿De qué color es el vestido?

—Verde claro —contestó Natasha—. Tiene algunos cristallitos de Swarovski. Claire se alejó de nuevo para ir a buscar otro tipo de horquillas. Natasha regresó al lugar de antes.

—Así que la tal Sarah no te cae bien —comentó Summer—. ¿Cómo es? Quiero decir, ¿qué tengo que esperar encontrarme?

—Es una bruja mimada. Y tranquila, no tiene nada que hacer contra ti, se quedará flipada cuando te vea.

—No me refería a eso. Si se pone borde, no puedo pegarle con un zapato,

¿no?

—No te preocupes, no tiene muchos dedos de frente, así que en cualquier conversación, saldrás también ganando.

—Algo bueno tendrá, para que tu hermano se fijara en ella.

—Es guapa, tiene pasta, su padre es el dueño del bufete... —Se calló al ver que con esos datos, no estaba dejando muy bien a Liam—. Pero no es eso, cuando quiere es muy dulce y sabe camelar a los tíos. Y para mi hermano representaba la estabilidad que él busca para su...

Se quedó indecisa unos segundos, pero Summer terminó por ella.

—¿Su plan?

—Algo así. A Liam le gusta tener todo organizado y planificado, no le gustan las sorpresas.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Claire regresó con un par de botes de tinte, y se los mostró a través del espejo.

—¿Qué prefieres, verde a juego con el vestido o rosa para contrastar?

Natasha se aproximó veloz para quitárselos, antes de que Summer se diera la vuelta como si quisiera matarla.

—Nada de mechas —afirmó Natasha, con tono tranquilo—. Queremos un estilo natural, ¿de acuerdo?

—Está bien—. Suspiró de nuevo—. Es mucho más divertido cuando vienen Leo y sus amigos, ellos sí que quieren cosas atrevidas...

Y empezó de nuevo a cepillar a Summer, que no las tenía todas consigo. No se fiaba de que ese día le hiciera algo que le gustara, para que luego el definitivo le rapara medio lado o algo así.

—¿Vas a la fiesta con Liam? —preguntó Claire. Summer afirmó con la cabeza—.

¿Ya no está con la estirada esa? Me alegro, tú pareces mucho más simpática. Y Liam necesita alguien que le dé un poco de alegría a su vida, eso de ser abogado es un aburrimiento. Ya hasta se corta el pelo siempre igual.

—En realidad solo somos amigos.

—¿En serio? —Le guiñó un ojo—. No te preocupes, después de esa fiesta, ya no lo seréis.

—No, si... —Claire se había ido de nuevo a coger unas tenazas para rizar el pelo—. No me preocupo.

Miró a Natasha, que la observaba con

curiosidad, y se encogió de hombros.

—Qué idea más absurda, ¿verdad? En fin, espero que no venga ahora con unas extensiones o algo así.

—Absurda, sí.

Pero su tono no parecía decir lo mismo, y Summer decidió cambiar de tema de nuevo.

—¿Cuándo hay que recoger el vestido?

—preguntó.

—Mañana me paso, no te preocupes.

Estará listo para la fiesta. ¿Has ensayado con los tacones?

—Sí —mintió con descaro y sin

pestañear—. Todos los días me los pongo un rato.

En realidad había dejado la caja en su habitación y no había vuelto a mirarlos desde el día que los compraran. Ahora que lo pensaba, tampoco estaba muy segura siquiera de dónde los había guardado, tendría que localizarlos cuando volviera. Solo faltaba tener que buscarlos a última hora el día de la fiesta, como si el evento no la estresara ya lo suficiente.

Mientras Claire regresaba y comenzaba a hacerle tirabuzones largos aquí y allá,

Natasha cogió una revista de belleza, para enseñarle varios maquillajes a ver cuál le parecía mejor. Al final su amigo maquillador le haría lo que él considerara más conveniente, pero supuso que Summer se sentiría mejor si creía tener alguna opinión en el asunto.



9

—¿Seguro que estás bien?

Era la quinta vez que Summer le preguntaba por su estado, y Natasha estaba a punto de tener un ataque. Entendía que la joven se preocupaba por ella, pero al parecer no se daba cuenta de que lo que intentaba era olvidarse del tema para poder pasar página. Vale, quizá el hecho de que se le hubiera escapado alguna lágrima le quitaba

credibilidad, pero aun así quería centrarse en ella para que estuviese perfecta: era más fácil si tenía la mente ocupada.

Elke estaba tirada sobre la cama de Summer, observando el vestido que aguardaba en la percha colgado de la puerta del armario.

—Más vale que te pongas ropa interior bonita —aconsejó, mientras chupaba una piruleta—. Es uno de esos vestidos que en cuanto te mueves se te ve todo...

—Bueno —comentó Natasha girándose—. Ahí dentro tampoco es que tenga

mucho espacio... ¿en serio quieres llevar sostén?

—Sí, sí —afirmó Summer—. Tranquila, tengo alguno que no se verá. No me va eso de ir sin ropa interior.

Natasha se encogió de hombros; si la rubia no quería, pues nada. La observó con aspecto crítico; el maquillador acababa de marcharse y podía decirse que había hecho un trabajo impoluto: si ya era guapa sin maquillar, después de pasar por las manos de Tony (manos que la misma Natasha había usado en multitud de ocasiones) estaba

espectacular. Le había marcado tanto los ojos que podría competir con su propio hermano, pensó, y al momento recordó otros ojos que habían sido especiales, aunque fueran verdes... meneó de nuevo la cabeza y examinó el pelo con igual rigor. También estaba perfecto. Claire se lo había dejado suelto, con unos cuantos tirabuzones largos y con algunos mechones recogidos como si fuera una diadema. Le había colocado unas cuantas piedras para darle brillos, sin exagerar el efecto. Summer no había puesto pegas a ninguna de aquellas

cosas hasta que llegó el momento de subirse a los tacones, que empezó a protestar.

—¿Es que no te los has puesto un poco para practicar? —quiso saber Natasha, al ver su reticencia.

—No —confesó ella avergonzada—. Verás, es que chuté la caja debajo de la cama y olvidé por completo que estaban ahí. No he practicado nada.

—Estupendo. Esperemos que no pierdas el equilibrio entonces.

—Oye, ¿y no puedo llevar deportivas? Total, con el vestido no se ve...

—No digas chorradas —Elke acudió al rescate de Natasha mientras Summer la miraba resentida—. ¿Cómo vas a llevar deportivas? Eso solo se hace en las bodas y es porque las novias llevan todo el día aguantando vestidos pesados y gente aún más pesada. Solo tienes que llevarlos unas horas, hija, no seas quejica.

—Gracias—. Natasha le tendió los zapatos a la chica—. Póntelos.

Summer obedeció sin rechistar.

—¿Qué le pasa a la hermanita? —Elke bajó la voz para dirigirse a su amiga

mientras señalaba a Natasha con la cabeza.

—Se peleó con su novio, el bombero guapo.

—Estoy delante —repuso Natasha, con una mueca.

—¿Qué hizo? —volvió a preguntar Elke, sin hacerle caso.

—Por lo visto, él tenía una lista de amiguitas bastante larga, y una se presentó en su casa cuando Natasha aún estaba allí. Creo que se acostó con ella cuando estaban empezando a salir.

Natasha se cruzó de brazos ante ellas.

—¡Hola! Estoy aquí, ¿sabéis? Os escucho a la perfección.

—¿Lo he explicado mal?

—No, lo has contado de maravilla

—Miró a Elke—. Lo que hizo fue liarse con otra estando ya conmigo.

—Pero, ¿y cuánto llevábais?

—Dos semanas.

—¿Dos semanas? Mujer, no es para tanto... seguro que ni siquiera sabía el chico que estabais saliendo—. Elke se estiró en la cama—. Creo que a veces somos demasiado duras con ellos. Pensad que son muy tontos, la mitad de

las veces no se dan cuenta de nada, ¿se disculpó? —preguntó.

Natasha resopló.

—Da igual que lo hiciera, eso no cambia el resultado—. Fue a coger el vestido mientras le hacía gestos a Summer para que se levantara—. Y tú, date prisa, que es casi la hora y mi hermano es de los puntuales.

—No me digas... nunca lo hubiera imaginado —se burló Summer.

Elke se incorporó, y entre las dos la metieron dentro del vestido. Una vez cerrado, Elke se apartó para echarle un

vistazo.

—Uh, nena —dijo—. Estás increíble. Pareces... no sé, alguien importante.

A Natasha le salió una sonrisa, porque al menos su cometido había ido bien. No tenía dudas de que estaba a la altura de la fiesta, de su hermano y por encima de muchos de los invitados, incluida Sarah; había asistido a eventos con ella y era bastante clásica, siempre optando por vestidos negros y moños apretados. Suponía que trataba de conseguir un estilo tipo Audrey Hepburn, pero en realidad su look recordaba más al de

una joven señorita Rottenmeier. Esto nunca se lo había dicho a la cara, naturalmente, aunque no por falta de ganas. Ojalá pudiera estar en la fiesta solo para verle la expresión... miró orgullosa a Summer, lo bien que le quedaba el vestido, toda aquella melena rubia brillante y definida, el maquillaje, el estilo... y de pronto tuvo que echar los brazos hacia delante para sujetarla, ya que poco le faltó para caerse de morros.

—Malditos tacones... —la oyó refunfuñar.

Bueno, vale, quizá el estilo no estuviera todo lo depurado que debiera, pero tendrían que conformarse con aquello.

—Menos mal que hoy ya se acaba todo esto —comentó Elke—. Podrás recuperar tu vida y tu tiempo.

—Sí, es verdad.

—¿Y esa cara?

—¿Qué cara?

—Esa que has puesto. Así—. Y puso un mohín, imitándola.

—Qué va, yo no he puesto esa cara —protestó Summer, empujándola.

—Sí que la has puesto—. Se giró a

Natasha—. ¿A que sí?

—Es que no me he fijado, lo siento.

—Ha puesto esta cara—. Elke repitió el mohín pero mirando a Natasha—. ¿Ves?

¿Esa cara te parece de alegría?

—No he puesto ninguna cara —dijo Summer entre dientes, lanzando una mirada amenazadora a Elke—. ¿Quieres dejarlo ya?

—Ja, lo que tú digas—. La chica se levantó de la cama y se acercó con una sonrisa—. Diviértete con el estirado —. Y le dio un azote en el culo.

Salió, dejándolas solas. Natasha meneó

la cabeza, mirándola.

—Es una persona muy particular, ¿eh?

—La vio asentir y se aproximó hasta ella—. ¿Estás nerviosa?

—Un poco...

—No te preocupes. Seguro que les vas a gustar... son tan rancios que una cara nueva animará la noche y sus conversaciones. Y estás fabulosa, das el pego—. Le retocó un rizo con una sonrisa.

La verdad que a Summer no le preocupaba en exceso la opinión de un grupo de gente pija... en ese momento

tuvo claro que lo que la inquietaba era la opinión de Liam. Era él quien la ponía nerviosa, y por algún extraño motivo, deseaba conseguir su aprobación. No se podía ser más tonta, el favor lo estaba haciendo ella y sin embargo, se sentía... rara. Quizá por eso le había salido aquella mueca que le había señalado Elke al decirle que tras la fiesta se acabaría la representación. Y en realidad sabía que tendría que estar contenta, ¿qué más le daba Liam? ¡Si ni siquiera le caía bien!

—Eso sí, cuidado con los tacones —

estaba diciendo Natasha—. Trata de andar despacio y mantener el equilibrio. —Gracias—. Summer la miró con afecto—. Y oye... ya sabes, no llueve eternamente.

—Se me pasará pronto —aseguró Natasha, tratando de convencerse así misma de paso.

—Estupendo.

Oyeron golpes en la puerta, así que Summer se giró hacia el pasillo.

—Porque... —empezó Natasha, mirándola—, no debería perdonarle, ¿no?

—A ver—.Summer se quedó quieta—. Me contaste que su excusa fue que le entró miedo o algo así, ¿correcto? —La chica afirmó—. Hombre, suena a excusa cogida por los pelos, pero por otro lado... no sé, piensa que es un tío acostumbrado a tener a todas las chicas sin esfuerzos. De esas que se quitan la ropa interior en la primera cita —.Natasha volvió a asentir—.Pues estará acostumbrado a eso. Creo que el hecho de que te siguiera llamando a pesar de que contigo no hubiera sucedido de esa forma debe significar

algo.

—No sé. Puede —Natasha cogió aire e irguió la cabeza al escuchar golpes otra vez. Summer hizo ademán de darse la vuelta de nuevo—. Pero es que... —La rubia se detuvo al momento—. ¿No te parece que la excusa es absurda? ¿Acostarse con otra para olvidarse de mí?

—Verás, no le conozco, pero es lo que te digo. Muchos tíos se asustan si una chica empieza a gustarles... quizá fuera algo de eso. ¿Es retorcido? Pues sí. Pero es lo único que se me ocurre.

Natasha asentía como para sí, mientras escuchaba sus palabras.

—Quizá debieras dejar que se explicara —sugirió Summer, al ver su indecisión.

—Ni hablar—. Le recolocó un tirante que se le había resbalado y le echó un último vistazo—. Bueno, venga. Vamos —. Summer se puso en marcha otra vez cuando la morena carraspeó—. ¿Tú le darías la oportunidad de explicarse?

—No lo sé. Es una de esas situaciones que nunca sabes cómo actuarás hasta que te pase... yo siempre había pensado que si un tío me ponía los cuernos lo

perdonaría, pero una vez me pasó y no fue así. No puedo responder a eso por ti, Natasha, pero si sientes que debes perdonarle tampoco te cierres en banda a la idea.

—Tengo que pensarlo. Aún estoy dolida, la verdad.

—No me extraña, ¿sabes lo que le hice yo a mi ex novio? Cogí todas sus cosas, llamé a un camión de mudanzas y se las mandé a otro estado. Tuvo que pagar el servicio y encima traerlo de vuelta... hay más peces en el mar.

—Lo sé... pero cuando has tenido un

pez especial en tu pecera, cuesta cambiarlo por otro más corriente.

—Y a veces, es mejor un pez corriente que solo se mueva en tu pecera, que uno muy especial que salte en todas.

—Tienes razón. Bueno —Natasha sonrió—, muchas gracias por los consejos. Desde que mi mejor amiga se mudó a Maine me he sentido un poco sola en cuanto a compañía femenina... quiero a Liam, y siempre nos lo contamos todo, pero no deja de ser un hombre y no es igual.

—¿Te refieres a ese mismo que está a

punto de echar la puerta abajo?

—Sí —Natasha se echó a reír a su pesar—. Anda, vamos. No quiero que se pase la noche malhumorado—. Summer obedeció, pero antes de que saliera por la puerta, la morena la agarró por el brazo—. Oye, mantente alejada de Sarah, ¿vale? A veces puede ser... bueno, tú solo trata de cruzarte con ella lo menos posible.

—Entendido.

Cuando abrieron la puerta, Summer no notó excesivo cambio en Liam, acostumbrada a verlo siempre

impecable con su traje, pero él abrió los ojos pasmado y tuvo que mirarla dos veces para reconocerla. Ya se había percatado de su belleza antes, aunque no quisiera admitirlo, pero es que parecía otra persona... tenía clase, un aire de elegancia que solo esperaba que no fastidiara al abrir la boca. Una boca con un color de labios muy tentador, ya puestos, que le daban ganas de inclinarse para ver si sabía tan bien como parecía. Y no era solo eso. Aquel vestido se le ajustaba a todas sus curvas como si lo hubieran hecho a medida. Y

el pelo... a punto estuvo de alargar la mano y pasársela por los mechones para ver si era tan suave como se imaginaba.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Natasha, sacándolo de su estupor—. Creo que no hace falta que digas nada, tu cara habla por sí sola—. Sonrió—. «De nada, Natasha. Eres un genio, Natasha. Gracias por ser tan buena hermana.»

—Gracias —replicó él, fastidiado. Después miró a Summer—. ¿Por qué estás tan alta?

—Voy subida en los tacones de la muerte —dijo ella con una risita.

—Ah, sí. Estate atento, porque no los controla muy allá... —Natasha cogió el bolsito diminuto que había conseguido a juego del vestido y se lo tendió a la rubia—. Aquí tienes.

Summer la miró, arqueando una ceja.

—¿Insinúas que ahí dentro hay algo? Imposible.

—Rimmel, lápiz de ojos y brillo de labios, lo único que necesitas—. Natasha sonrió ampliamente—. Espero que mañana me hagas un buen resumen.

Elke se asomó desde el salón, con una bolsa de nachos en las manos.

—Uhhh, vaya pareja más guapa —dijo con tonillo burlón—. ¿Llevas móvil? —preguntó a Summer.

—¿Te crees que me cabe aquí?

—Llevo yo el mío —comentó Liam—.

¿Para qué?

—Hazle una foto a la cara de tu ex cuando lleguéis. Por favor.

Natasha movió la cabeza y empujó a su hermano hacia la salida.

—Venga, que al final llegaréis tarde —le metió prisa—. Divertíos.

—Pero no demasiado —añadió Elke, metiéndose un nacho en la boca—. ¡No

hagas lo que yo haría! —le gritó a Summer, aunque ellos ya habían desaparecido. Natasha la miró—. ¿Quieres?— preguntó, tendiéndole la bolsa—. Esto es lo mejor contra la depresión. Esto, y un montón de chupitos. ¿Quieres salir a beber? Aunque igual tienes que invitarme a una ronda, porque estoy pelada este mes... —dijo, mientras la rodeaba con el brazo de forma amistosa.

La fiesta benéfica tenía lugar en el hotel Fairmont, como todos los años. Era uno

de los mejores hoteles de la ciudad, y Lester siempre se encargaba de reservarlo entero para que no hubiera tráfico de turistas durante la fiesta, así que el personal lo acondicionaba a su gusto, desde el enorme salón hasta la terraza superior, pasando por el espacio que había al aire libre en medio del hotel. Liam había permanecido callado durante el trayecto hasta allí, pensativo, y Summer lo había dejado tranquilo; estaba segura de que seguía preocupado, y a decir verdad, ella también lo estaba, aunque solo un poco. Nada que un par

de copas de champán no solucionaran, aunque la combinación de alcohol y tacones no parecía la mejor idea del mundo.

—¿Es ese? —preguntó, al ver que el coche se paraba.

Lester les había enviado un servicio de chófer a todos los invitados, no quería que nadie condujera por si acaso bebían.

—Sí. ¿Has estado? —Liam hizo una mueca—. No me digas que has trabajado ahí también, por favor.

—No, aunque no es mala idea. Siempre mejor un hotel que una gasolinera, ¿no

crees? —bromeó ella. Tuvo un pequeño acceso de risa cuando el chófer le abrió la puerta de forma ceremonial—. Ay, madre.

Liam movió la cabeza, y abandonó el vehículo por el otro lado.

—Por favor —pidió, cuando ya estaban en la entrada—, trata de comportarte.

—Está bien, tranquilo, tranquilo. Me pondré el chip de superpija.

En la entrada había un hombre vestido con traje que sujetaba una tablilla con la lista de invitados. No tardó en localizar a Liam, y les permitió el paso después

de tacharlo. El hotel Fairmont era un hotel de corte moderno, y estaba decorado con mucho gusto, en plan minimalista; la mujer de Lester había sido una asidua colaboradora en causas benéficas, y al morir, Lester había continuado con su labor, desarrollando un lado filántropo que sorprendía mucho a la gente que lo rodeaba.

—¿Cuál es la causa benéfica? —quiso saber Summer, mientras observaba aquel despliegue de medios.

Cada detalle de la decoración costaba un dineral, y era perfecto. Había

montones de camareros repartiendo copas de champán u otras bebidas, y por todos lados había mesitas dispuestas con comida para picar. No faltaba detalle, todo cuidado al milímetro, y coronado por otro *maître* de aspecto aristocrático.

—Cada año apoya una diferente. Creo que este toca el hambre en África Occidental.

—Quizá sería del todo perfecto si donara el importe de lo que se ha gastado aquí esta noche... ¿la abuelita de quién ha elegido la música? Madre mía.

—Eso es cosa de Sarah seguro. Es un poco clásica.

—¿Un poco? Me dan ganas de llamar a un cura y darle la extremaunción a alguien... como suene *El condor pasa* me pego un tiro.

—¿Cómo demonios conoces esa canción con tu edad? —Edad que no sabía, ahora que lo pensaba, aunque deducía que era más joven que él.

—Es un clásico en mi casa. A mi me padre le encanta.

Liam iba a hacer un comentario cuando el propio Lester se aproximó, con una

sonrisa amplia, un traje que ya desde lejos se adivinaba que costaba un riñón y una copa de cava en las manos. Estaba charlando con dos invitados que lo acompañaron de manera discreta.

—¡Genial, Liam! Ya pensaba que no ibas a aparecer—. Le dio unas palmaditas—. Precisamente ahora estaba hablando con Alan y Daniel de ti, y de que el próximo año ya serás parte del bufete—. Y entonces reparó en Summer—. ¿Y esta chica tan encantadora es...?

—Ella es Summer... —dijo él.

Mierda, el apellido. Apañado iba.

—Grey —acabó ella, tendiéndole la mano con una sonrisa deslumbrante—.

El anfitrión, si no me equivoco, ¿verdad?

—En efecto, Lester Prescott. Es un placer —respondió Lester—. ¿Eres una amiga de Liam?

—Es mi novia —dijo este sin pensar.

Vio la expresión de sorpresa de Lester y que a su vez, Summer se había quedado sin palabras. Sin embargo, la rubia reaccionó deprisa y quitó su cara de póquer antes de que ninguno de los

presentes se diera cuenta.

—Vaya. A rey muerto, rey puesto, ¿eh?

—dijo el hombre, y soltó una carcajada

—. Muy bien. ¿Y cómo os conocisteis?

Oh... mierda. Liam se percató de que

acababa de meterse en un buen lío por

hablar sin pensar. Ahora se daba cuenta

que una cosa era llegar con una chica

fingiendo que podía ser su novia, y otra

muy distinta, confirmarlo en voz alta.

¿Qué leches iba a decir que sonara

creíble? Madre mía, aquello no iba a

terminar bien.

—Oh —escuchó decir a Summer, con un

tono de voz distendido—, Liam y yo vivimos en el mismo edificio, aunque nunca habíamos intercambiado palabra. Como ya debe saber usted, no es muy simpático que digamos.

Liam le lanzó una mirada furibunda, pero se mordió la lengua porque Lester se estaba riendo al escucharla.

—Todo no se puede tener en esta vida.

—Sí, eso dicen... pues una noche hace cosa de tres semanas tuvimos un pequeño accidente y le di un golpe a la parte trasera de su coche con el mío. Imagine su cara, tremendo drama —la

rubia soltó una risita y los tres hombres la acompañaron.

Liam los observaba, entre asombrado y molesto. ¿Qué les hacía tanta gracia? Seguramente nada, y solo estaban encantados de que alguien como Summer les estuviera contando cualquier cosa, porque los hombres eran así de tontos y se dejaban embaucar enseguida por un escote... el cual él no estaba mirando, así que se obligó a subir la vista a su cara. Y pensar que cuando la había conocido la chica se lo había mostrado con total libertad, y él lo había

ignorado...

—Salió del coche soltando juramentos —seguía diciendo ella—. Y bueno, entonces hubo una especie de flechazo. ¿Verdad, cariño? —Y de pronto le pegó un codazo—. ¿Por qué no les cuentas tú esa parte?

La madre que la parió. Liam sintió deseos de estrangularla, y no descartó hacerlo en cuanto tuviera la oportunidad, ¿cómo se le ocurría meterlo en semejante lío? Al ver su sonrisa burlona supo que se la estaba devolviendo.

—Pues... pues... —balbuceó, sin tener

ni idea de que decir.

—Vamos, no seas tímido. Tienen curiosidad.

—Sí, la verdad —comentó Lester—. Porque Liam nunca me ha parecido el tipo de hombre que tiene flechazos.

Él abrió la boca, sin saber qué podía salir de ella, pero tuvo suerte: un matrimonio se acercó hasta el grupo saludando a Lester.

—Oh, vaya —dijo él, con gesto de fastidio pero sin quitar la sonrisa—. Es uno de los mayores benefactores que tengo. Pero quiero charlar contigo otro

rato, Summer, espero que después me dediques un baile.

—Encantada —respondió la joven, toda sonrisas.

—Liam—.Lester le dio una palmadita amistosa—. Me alegra verte feliz y al lado de una chica preciosa y simpática. Divertíos, que luego hablaremos.

Y se marchó en dirección al matrimonio, seguido por los dos hombres que los despidieron con sendos gestos de cabeza. Al momento, Liam se giró hacia Summer, irritado.

—¡Casi me metes en un lío! —siseó.

—¿Yo a ti? Pero, ¿por qué has tenido que decir que era tu novia? ¡Verás que eso nos trae problemas!

—Y yo qué sé, llevo un mes autoconveciéndome de ello, ha salido sin pensar...

—¡No puedes decir que soy tu novia! — Summer le pegó en el hombro sin miramientos—. ¿Qué crees que va a pasar cuando la gente vea que esa supuesta novia no aparece más en tu vida? ¡Eres tonto!

—Tranquila, no pasará nada, Lester es un hombre de negocios y esta tontería se

le habrá olvidado en minutos.

Summer resopló, no estaba nada convencida, pero alzó la mirada en aquel momento y justo al otro lado del salón vio a una chica que la contemplaba fijamente. Nada más por su mirada adivinó que se trataba de la famosa ex novia, de manera que le puso una mano en el brazo a Liam para que dejara de protestar y bajó la voz.

—Vale, creo que tenemos una ex novia poco contenta a las doce en punto—. La miró mejor—. Joder, parece una puta viuda negra. Vestido negro, moño de

abuela... ¿y dos guardaespaldas megapijas?

—Ah, sí. Son sus amigas del alma.

—Me está mirando muy mal. No veo al novio por ningún lado... —Summer detuvo a un camarero que pasaba por allí y cogió dos copas de champán—. Toma, esto te relajará un poco. Mira, tus amigos.

Lars y Aidan cruzaban el salón tras haberlos localizado. Pasaron disimuladamente junto a Sarah, y después se reunieron con ellos después de agenciarse un par de copas.

—¡Pero bueno! —Lars se acercó a Summer al momento—. ¡Quién te ha visto y quién te ve! —La observó sin ningún pudor—. Estás guapísima. Liam, no te mereces una tía tan buena.

—Lo sé, pero no hables tan alto, ¿quieres?

—La fiesta era un rollo, pero ha mejorado —le dijo Aidan—. Lester le ha cantado las cuarenta a su hijita por algo referente a la decoración, y ella andaba cabreada de un lado para otro, pero ahora mismo está que arde. El australiano ni idea de dónde se ha

metido, hace rato que ha escampado... parece que tonto no es.

—Oye, cuando acabe todo esto —seguía diciendo Lars a la rubia—, ¿saldrías conmigo? No te dejes engañar por mi cara tan personal, tengo muchas cosas buenas.

—No puedo —se excusó ella con una sonrisa—. Al parecer he ascendido a categoría de novia.

Los dos la miraron sin entender, así que se volvieron hacia su amigo para recibir la explicación.

Al otro extremo del salón, Sarah

continuaba cruzada de brazos mientras sus amigas se miraban entre ellas, ambas pensando lo mismo: Sarah ya estaba de mal humor, al parecer había discutido con su padre y un poco con Cody, pero ya el ver a Liam acompañado de otra había terminado de estropearle la noche, y ellas sabían por qué: era jodido ver a tu ex con chica nueva al lado, pero aún era peor si esa nueva chica era más joven y más guapa. Habían tratado de tranquilizarla con golpecitos fraternales en el brazo, pero no habían tenido mucha suerte y su amiga parecía estar a punto

de echar humo.

—Qué poca delicadeza, venir con otra cuando solo hace un mes que hemos roto —se quejó Sarah.

—Desde luego —dijo la pelirroja, a la que el montón de maquillaje que llevaba disimulaba una cara de duende de lo más extraña—, qué poca delicadeza.

—Sarah, pero si le dejaste tú... —trató de intervenir la rubia de pelo liso.

—Eso son detalles tontos —Sarah le quitó importancia con un gesto—. Y sí, ya sé que vas a decir que empecé yo liándome con Cody, pero no es lo

mismo.

—¿Ah, no? Pues no entiendo bien la diferencia.

—Bueno, es igual, no importa. Tú nunca entiendes nada, ya sabes... ¿de dónde la habrá sacado? ¿A vosotras os suena de haberla visto en alguna parte antes? No es del círculo—.Ellas dos negaron, conscientes de que la morena no les prestaba la menor atención, atenta a la pareja.

Finalmente, Aidan y Lars decidieron dejar solo a Liam después de tomarse sus copas con él y Summer. Ella dejó la

suya sobre una de las mesas que había cerca, y decidió que ya que sonaba música, lo mejor era hacer un acercamiento con él; le rodeó el cuello con los brazos y Liam la miró alzando una ceja.

—Cógeme de la cintura. Que no te va a pasar nada, hombre.

Él obedeció, un poco reticente, recordando el momento de las ostras y los temas afrodisíacos. Pero era agradable tenerla cerca, de hecho, ni una sola vez había buscado a su ex con la mirada... realmente le importaba poco

menos que nada dónde se encontrara o qué cara tuviera, aunque esto último ya se lo imaginaba. Claro, normal que siempre estuviera tenso o medio cabreado, ahora se daba cuenta de que la compañía era fundamental. Al menos tenía que reconocer que Summer sonreía a menudo y tenía buen humor, y aunque no viniera a cuento, le gustaba su perfume y...

—Te cuento lo que voy a hacer —dijo ella, sacándole de sus pensamientos de forma brusca—. Ahora nos están mirando todos, así que habría que dar

algún golpe de efecto.

—¿Como qué?

La miró con desconfianza, esperando cualquier cosa. A lo mejor se ponía a bailar sobre una mesa, tipo Leo en sus mejores momentos...

—Pues que ya que te has inventado que somos pareja, esperarán al menos un beso. Así que me lo das, y luego me voy al lavabo a retocarme el maquillaje durante un buen rato... después me daré una vuelta, el tiempo suficiente como para que la viuda negra se acerque aquí a hablar contigo.

—¿Cómo sabes que va a hacer eso?

Peor, no veía por qué tenía que pasar por ello. Aunque lo de que Sarah se acercara no le preocupaba tanto como lo del beso; ella lo había comentado como de pasada, pero el tema estaba causando estragos en su imaginación.

—Porque se le nota en la cara. Es más, desde que nos ha visto no nos quita ojo de encima, ni siquiera ha ido a buscar a su novio... está deseando que me largue un rato para venir a marcar su terreno

—.Summer meneó la cabeza—. Menuda puta—. Liam la miró—. Lo siento.

Entonces... ¿te parece bien que lo haga? Liam se encogió de hombros. Al fin y al cabo, Summer estaba allí precisamente para eso, y desde luego ella parecía tener mucho más claro que él lo que había que hacer... así que terminó por asentir. La rubia tuvo ganas de pegarle una bofetada en lugar de un beso, pero se contuvo. Si se hubiera negado podían haberse divertido durante la fiesta, hubiera dejado claro que de verdad pasaba de la tal Sarah... Empezaba a arrepentirse de habérselo propuesto, pero notó los ojos de Sarah clavados en

su espalda y subió las manos a la nuca de Liam. Se iba a enterar la pija esa.

Así que antes de que el chico pudiera alejarse, lo acercó hacia sí y lo besó. Había pensado en apartarse al momento, pero de pronto Liam la estaba sujetando por la cintura, atrayéndola más hacia él, y se descubrió profundizando el beso. Liam le entreabrió los labios, para acariciarle con la lengua, y ella suspiró olvidando que estaba fingiendo delante de una audiencia. Quién hubiera dicho que el abogado estirado besaba tan bien... Y entonces ese mismo

pensamiento la devolvió a la realidad. Abogado. Estirado. Estaban fingiendo, aquello no era real, así que se apartó con una sonrisa forzada.

—Suerte —le susurró, antes de darle una palmadita de ánimo mientras se marchaba en dirección a los lavabos.

Liam la vio alejarse, y se aproximó a una mesa a buscar alguna bebida: lo necesitaba, y a ese paso se veía entrando al taxi con una borrachera y un calentón importante. Un camarero se detuvo al pasar a su lado con una bandeja.

—¿Ostras, señor?

—No, gracias—.Lo que le faltaba, más momentos afrodisíacos que terminaban frustrados.

Se bebió el cava de un trago, y nada más dejar la copa vacía, vio que Sarah cruzaba el salón directa hacia él. Cogió aire y otra copa bien llena, para capear lo que se le venía encima.

—Hola —saludó ella, con una sonrisa que más bien era una mueca—. Qué poca vergüenza tienes.

—¿Cómo? —preguntó boquiabierto.

—Hace un mes que rompimos, ¿y ya tienes otra novia?

El joven la observaba atónito, sin creer lo que escuchaba. ¿De verdad le estaba echando en cara aquello después de haberlo plantado por otro? Ni siquiera se veía capaz de responder sin decir alguna grosería, así que volvió a coger aire.

—No entiendo nada. Tú te echaste novio y me dejaste, ¿por qué ahora te molesta que yo salga con otra persona?

—Exacto. Te dejé yo y no al revés, se supone que deberías estar de luto durante un tiempo.

—Oye, perdona, pero no tengo ganas de

oír gilipolleces.

—Y morreándoos ahí como si fuerais dos adolescentes. Por Dios, tienes pintalabios por todas partes—. Liam se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la boca, descubriendo que Sarah no exageraba—. ¿De dónde la has sacado? ¿Qué edad tiene? Parece una cría.

—De eso nada—. Otra vez la edad, y Liam seguía sin saberlo. Se guardó el pañuelo haciendo cálculos—. Tiene... veintisiete.

—¿Y dónde...?

Sarah vio interrumpido su interrogatorio

al ver aproximarse a su padre, de modo que cerró la boca fastidiada, observando cómo su progenitor rodeaba los hombros de Liam con el brazo.

—Liam, vente un momento conmigo, anda. Hay un par de personas que quiero que conozcas—. Sonrió—. ¿Vienes, hija?

—Ella asintió con un resoplido—. Pues vamos.

Mientras, y tras un par de intentos, Summer había conseguido encontrar el lavabo. Se deshizo de los zapatos, dejándolos sobre la encimera, y se miró en el espejo. Todo su brillo de labios

había desaparecido; menos mal que se suponía que era *waterproof*, *touchproof* y todos los *proofs* que existían... pues no eran *Liam proof*, vaya por Dios. Cogió aire y se dedicó a repasar su maquillaje con calma, hasta que tuvo la raya del ojo impoluta y el brillo de labios perfecto; estaba mirando su pelo y pensando que lo tenía muy bien cuando por el espejo observó a dos chicas entrar. Las reconoció al momento, eran las ami-guardaespaldas de la viuda negra. Dejó su bolso sobre la encimera y se dio la vuelta.

—Hola —saludó la pelirroja acercándose—. Creo que no nos conocemos, ¿eres la nueva novia de Liam?

—Eso parece.

—Yo soy Kristen.

—Y yo Kirsten —añadió la rubia, poniéndose junto a su amiga.

Summer las miró frunciendo el ceño.

—¿Os llamáis Kristen y Kirsten? —Las dos afirmaron a la vez—. ¿En serio? ¿De verdad? Genial... bueno, ¿y qué? ¿Ahora es cuando me pegáis una paliza, o solo habéis venido a echarme un

vistazo de cerca?

Kristen y Kirsten se miraron.

—Lo segundo —dijo Kristen—. ¿Te molesta?

—No, mirar es gratis. Si queréis os hago un giro—. Dio un par de vueltas ante sus caras sorprendidas—. ¿Suficiente?

—Es un vestido precioso —empezó Kirsten y le subió el tirante resbaladizo, segundos antes de que Kristen le metiera un codazo para hacerla callar.

—Gracias. ¿Algo más, alguna pregunta, dato o curiosidad?

—No—. La pelirroja se puso tiesa—.

Solo decirte que no te hagas ilusiones. Todos sabemos que pronto Sarah se aburrirá del surfista australiano y regresará con Liam. Esto ha sido un desliz con fecha de caducidad, y cuando llegue ese momento, tendrás que desaparecer de escena.

A Summer le vinieron un montón de comentarios mordaces que hacer, pero en su lugar se quedó en silencio, dándose cuenta de que aquellas palabras eran ciertas. Lo más probable era que Liam volviera con Sarah, porque si se había tomado tantas molestias por

demostrarle algo, solo podía ser porque aún tenía sentimientos por ella. Y eso le fastidiaba, no solo porque se mereciera algo mejor que aquella viuda negra, sino porque los breves minutos que habían estado bailando se había dado cuenta de que se sentía atraída por él. Por no hablar del beso, que le había hecho temblar las piernas. Menuda gracia, eso no le venía nada bien. No lo entendía, era un borde, y un pijo. Y tenía pecas. Y una cara rara...

—Te has pasado un poco —estaba siseando Kirsten a Kristen, como si no

pudiera oír-la—. Ella no tiene culpa de nada.

—Da igual, nosotras somos amigas de Sarah y es nuestro deber apoyarla — Kristen no tenía dudas sobre su lealtad —. Adiós, chica sin nombre que pronto desaparecerá—. Y echó la cabeza hacia atrás con orgullo.

—Kirsten —dijo Summer, a modo de despedida.

—¡Kristen! —la corrigió ella al momento, echando chispas por los ojos. Reanudó su camino hacia la puerta. Kirsten puso cara de disculpa, pero

entonces la pelirroja retrocedió para tirar de ella y llevársela fuera del lavabo; Summer volvió a ponerse los tacones con una mueca de agonía, y salió tras ellas. Con cierta maldad perversa observó como Kristen (o Kirsten) llevaba enganchado a su tacón derecho una buena tira de papel higiénico.

—Kristen-Kirsten —llamó, pillándolas ya en el salón—. Oye, llevas en el tacón... —Pero la chica hizo como si no la escuchara y siguió caminando—. Que te den, bruja. Ojalá te pasees con ello por toda la fiesta—. Y sonrió.

Escuchó una risita a su derecha y se giró para descubrir a un chico apoyado contra la pared, justo delante de la mesa de bebidas. Era un guaperas y lo sabía: pelo rubio corto, ojos verdes y una sonrisa de impresión. No era demasiado alto, pero lo compensaba con un cuerpo que se adivinaba muy en forma. Su postura era informal, a pesar de la elegancia de su traje negro. Había observado toda la escena y en ese momento él también parecía disfrutar de la pelirroja estirada con el papel higiénico colgando de su carísimo

zapato de diseño.

—¿Una copa? —ofreció.

Summer buscó a Liam con la mirada. Y lo encontró hablando con Lester, un par de personas, y cómo no, la maldita Sarah... el anfitrión seguía rodeándole los hombros con el brazo con cariño, como si siguiera siendo su hijo político, qué mierda. Asintió, acercándose al desconocido, y este le tendió un vaso.

—¿Qué es? Ya he bebido champán, no debería mezclar.

—Bah, esta fiesta es una mierda, no creo que pueda empeorar—.Ella se rio—.

Bueno, ¿cuál es tu historia? Porque pareces la persona más normal de todo el salón.

—Vengo de acompañante de un... de mi novio. Es aquel—. Señaló a Liam con la copa.

—¿Quién, el estirado de la corbata verde? —Cody entrecerró los ojos mirando en la dirección que ella le señalaba.

—No, el otro estirado, el que está a su lado—. Los dos se rieron a la vez.

Cody articuló un «vaya» con la boca.

—Alucinante —comentó—. Es el ex de

mi chica. Qué casualidad.

—Anda, ¿tú eres el ladrón de novias?

—soltó Summer sin pensar, y al darse cuenta enrojeció un poco—. Perdón, es así como te llaman los amigos de... bueno, lo siento.

—No importa, supongo que es lo que soy. Aunque en mi defensa diré que desconocía la existencia de un novio —.Le tendió la mano—. Cody.

—Summer —respondió la rubia, estrechándosela.

—Tienes un nombre precioso.

—El tuyo parece sacado de *Los*

vigilantes de la playa.

—No estás alejada de la realidad — comentó el chico con un suspiro—. Soy un enamorado de la playa, el mar y el surf. En Australia practicaba todos los días, ni imaginas lo que lo echo de menos.

Summer puso expresión extrañada.

—Debió costarte venir aquí —observó.

—Bueno, es que Sarah me dijo que había playas. Solo que olvidó explicarme el detalle de que tendría que viajar cuatro horas para encontrarlas —.Y la cara que puso dejó bien patente

lo mal que le parecía aquello.

Summer pensó que era una zorra, pero no lo manifestó en voz alta. En su lugar, alzó el vaso y lo chocó con el de Cody, para después bebérselo de un trago. No era champán, vaya... si seguía bebiendo entraría al taxi como Elke subía las escaleras todos los fines de semana, y eso no tenía nada de glamuroso, pero por otro lado Liam la había dejado plantada, y el chico guapo que tenía al lado tampoco parecía muy contento.

—Debes de aburrirte mucho —repuso.

—Exacto. No tengo trabajo, y Sarah me

dice que para qué necesito uno, y tampoco puedo dedicarme a lo que más me gusta en el mundo, así que básicamente mi vida ahora mismo se reduce a... nada.

La rubia se quedó pensativa unos segundos.

—¿Sabes qué podrías hacer? Canalizar tu energía en otro deporte que pueda gustarte. ¿Qué tal esquí o *snowboard*? Por aquí tenemos nieve gran parte del año —sugirió—. La estación más cercana es Boyce Park, a unos veinte kilómetros. Si prefieres montaña está un

poco más alejado, pero podrías coger a Sarah y practicarlos los dos juntos.

—¿Sarah, esquiando?

—¿Por qué no? Yo he ido mucho, es divertido.

—Tienes razón, se lo propondré, a ver qué dice—. Cody le pasó otro vaso con hielos repicando en el interior—. ¿No crees que es un poco raro que ellos estén allí juntos y nosotros aquí?

¿Deberíamos preocuparnos por eso? — Ella se encogió de hombros—. Sabes, él no parece mala persona.

—No lo es. Lo siento, pero creo que no

puedo decir lo mismo de Sarah.

—Es un poco especial, sí, pero... —

Cody se detuvo, como si hubiera hablado demasiado, pero después continuó— No sé, cuando la conocí en verano era muy diferente. Quizá cuando estamos de vacaciones vayamos más relajados, pero es que al volver aquí ha cambiado mucho.

—A lo mejor aún se está aclimatando al cambio de pareja —propuso Summer, poco convencida.

Él hizo como si considerara aquella idea, y terminó por asentir.

—Es posible—.Chocaron de nuevo sus vasos y se bebieron el contenido—. Ufff, puede que debamos parar. No hay nada peor que un recién llegado a la familia borracho.

—Sí que lo hay... una borracha con tacones.

Los dos empezaron a reírse, pero en aquel momento Sarah miró en su dirección y los vio allí. La expresión de su cara fue espectacular, otra vez parecía estar a punto de echar humo por las orejas, y le dio a Liam en el brazo, por si acaso no se había dado cuenta.

Genial, ahora él también la estaba mirando con mala cara... la dejaba sola, se largaba con su ex y encima se molestaba con ella. La viuda negra abandonó el grupo, furiosa, y segundos después lo hizo Liam, aunque acompañado de Lester.

—Veo que vuestros respectivos se han conocido —iba diciendo este, sin percatarse de la cantidad de malas miradas que rondaban a su alrededor.

—Sí, eso parece —gruñó Liam.

—Bueno, bueno, bueno—.Lester sonrió ampliamente—. Jovencita, no creas que

me he olvidado de ese baile que me debes. Si estás saliendo con Liam tengo muchas cosas que saber de ti, ¿qué me dices? —Le tendió la mano.

—Que encantada —Summer aceptó—. Es muy amable. No todos pueden decir lo mismo.

Liam se dio cuenta de que el comentario iba dirigido a él. Pero, ¿a qué venía aquello? Encima de que tenía que soportar que estuviera riéndose tan tranquila con el tío que ya le había birlado una novia, ¿iba y se enfadaba? Empezaba a desesperarse, no entendía el

comportamiento de Summer, ni por qué estaba tan enfadado él también... lo peor era que entre una cosa y otra, se había quedado a solas con el australiano, con el que no tenía la menor gana de confraternizar. Hizo un gesto de disculpa con la cabeza y se marchó a buscar una copa de lo que fuera mientras esperaba a que Lester liberara a su acompañante. Esto ocurrió un rato después, porque a decir verdad, su jefe parecía que se lo estaba pasando en grande con ella, y cuando al fin regresaron, el hombre tenía una sonrisa

radiante.

—Ah, Liam. Esta chica es una joya —dijo—. Es muy divertida. Me ha contado lo del flechazo y casi me hace llorar de la risa.

—¿En serio? —murmuró él, pensando en qué le habría contado.

—Ajá. Y puede que tenga razón, trabajas demasiado. Todos lo hacemos, pero al fin y al cabo, en un bufete siempre hay mucho que hacer.

—Ya lo creo —intervino Summer—. Una vez fui recepcionista en uno. Ya sabe, una especie de reto que me

propuso mi padre... quería que tuviera un trabajo humilde, para que no se me subiera la fortuna a la cabeza —Lester asintió mientras Liam se quedaba pasmado ante su soltura mintiendo—. En fin, fue una locura. Hay tanta tensión que quizá debería organizar un fin de semana de esos para trabajadores donde se disparan bolas de pintura entre ellos.

Lester se acarició la barbilla, considerándolo.

—Nunca se me había ocurrido — admitió. Después la miró—. ¿Y dices que tienes experiencia como

repcionista? Porque, si no recuerdo mal, nosotros necesitamos una. ¿Me equivoco, Liam?

—No —musitó él, viendo la que se le venía encima.

—Seguramente no estarás interesada en trabajar, Summer, pero nos harías un gran favor si quisieras subir en nuestro barco. Aunque sea solo para sacarnos del bache temporal.

Ay, madre. Liam empezó a notar que se quedaba frío. Si metía a Summer en su bufete, la cosa podía complicarse todavía más. Rezó en silencio porque

ella lo rechazara.

—¡Claro! —escuchó decir a la rubia—.

Quiero decir... como favor, por supuesto.

—Estupendo. A Sarah no le hará mucha gracia, pero ya se le pasará. Total, haga lo que haga, siempre está de mal humor... —Lester parecía muy satisfecho y feliz—. Además, así serás de la familia y podrás pasar más tiempo con Liam, ¿verdad? No hace falta que me des las gracias —dijo, mirándolo a él.

Liam se mordió la lengua. Se suponía

que esa noche todo terminaría y podría despedirse de aquella farsa, pero ahora de pronto se encontraba con que de eso nada, que iba a tener que seguir soportándola a saber cuánto tiempo más, y encima estaba furioso y ni siquiera sabía por qué. Desconocía qué significaba esa especie de pellizco que sentía en la boca del estómago, pero no le gustaba un pelo.

—Summer, dentro de poco tendremos una comida y espero que puedas venir. También al fin de semana anual de esquí, hay varios planes de empresa y

contamos contigo —seguía ofreciendo Lester, mientras Liam batallaba contra las ganas de taponarle la boca para que dejara de hablar.

Summer se estaba dando cuenta de todo, pero no estaba inquieta en absoluto. Era consciente de que se había metido al jefazo en el bolsillo y estaba disfrutando al ver la cara de desesperación de Liam. Que se fastidiara, todo aquello había sido idea suya, así que ahora que apechugara con las consecuencias.

Lester reparó en la cara del joven, y malinterpretó su gesto.

—Huy, creo que ya la he monopolizado demasiado tiempo —explicó—. Os dejaré solos. Me ha encantado charlar contigo, Summer, y te espero el lunes en el despacho para hablar sobre tu trabajo.

—Muchas gracias, Lester. Ha sido un baile genial—. En cuanto Lester hubo regresado a su círculo, se giró hacia Liam con una mueca de reproche—. ¿Se puede saber qué puñetas te pasa? Todo va de maravilla, ¿tendrías que estar contento! Tu jefe me adora, no me he caído en toda la noche, y has puesto a tu ex celosa, ¿por qué estás enfadado?

—Porque... por... ¡no lo sé!

—Vale —Summer aspiró despacio para relajarse—, puede que hayamos bebido algo más de lo deseable. ¿Quieres que nos vayamos ya?

—Es lo más sensato que te he oído decir desde que te conozco. Espera, voy a despedirme de Lars y Aidan.

La dejó sola unos segundos, y ella contuvo el impulso de tirarle una copa de champán encima. Cómo podía pasar de gustarle a sacarla de quicio en segundos... tanto pensar en bofetadas, estaba segura de que en algún momento

terminaría dándole una. Hizo el esfuerzo de serenarse, no quería que eso sucediera aquella noche, y menos en público; había conseguido que esa reunión de gente pija la aceptara como una de ellos, y aunque al parecer Liam no pensaba agradecerse, se sentía bien.

Recorrió el lugar con la mirada, y vislumbró a Cody junto a Sarah; el chico le hizo un gesto de despedida con la mano y le dedicó un guiño de ojo un tanto seductor. Vale, sí, había bebido demasiado, estaba claro. O quizá él

hiciera aquellos gestos a todas las chicas... seguro que era eso, un chico tan guapo debía estar acostumbrado a causar sensación y coqueteaba porque podía, ni más ni menos.

Pero el hilo de sus pensamientos se perdió cuando Liam regresó y la arrastró del brazo hacia el exterior. Pero qué manía tenía la gente de arrastrarla a todas partes. Se soltó de su brazo, pero al hacerlo perdió el equilibrio y se encontró contra su pecho.

Liam la sujetó para que no se cayera, y durante unos segundos se quedaron

mirándose a los ojos. El momento se rompió cuando oyeron una voz junto a ellos.

—¿Les llevo a su casa, señores? — preguntó el chófer de la limusina.

—No vivimos juntos —replicó Summer, apartándose muy digna de Liam—. En el mismo edificio, pero casas separadas.

El chófer la miraba como si esa información le diera igual, y ella supuso que probablemente fuera así: al hombre le pagaban por conducir, no por escuchar a sus pasajeros. Al bajar el último escalón le falló de nuevo un

tacon, así que entró de cabeza en el coche, y se vio envuelta en el tul de la falda.

Liam se asomó preocupado, pero no llegó a ver nada aparte de la tela de gasa verde por todas partes.

—¿Estás bien? —se atrevió a preguntar.

—¡Sí!

Por fin la chica consiguió sentarse y se quitó los zapatos, mientras Liam se acomodaba en el otro extremo del asiento trasero y le indicaba al chófer que arrancara.

—Ten cuidado con esos tacones, le

puedes sacar un ojo a alguien —soltó Liam.

—Si por alguien te refieres a ti, sí, yo que tú no me acercaría demasiado.

—¿Y ahora qué mosca te ha picado?

—¿A mí? ¡Pero si eres tú el que hace cinco minutos estaba enfadado conmigo, y sin saber por qué!

—Mira, mejor nos quedamos callados todo el viaje y nos calmamos, está claro que hemos bebido demasiado champán.

Summer dejó los zapatos en el suelo y se cruzó de brazos, con la vista fija en la ventanilla como si nunca hubiera visto

Pittsburgh de noche. Liam la miraba de reojo, con aquella pose se le marcaba aún más el escote y... apartó la vista molesto, y frunció el ceño intentando recordar. Habían pasado varios camareros a su lado, pero no había cogido ninguna ostra, estaba seguro. Así que, ¿qué demonios le pasaba? Era el maldito beso aquel... llevaba demasiado tiempo sin sexo, eso tenía que ser.

Poco después la limusina se detuvo frente al bloque de apartamentos. Summer se bajó sin molestarse en

recoger los zapatos, así que Liam los cogió, le dio una propina al chófer y la siguió con resignación.

En la recepción, Zeke estaba cabeceando intentando no dormirse, cuando al verles entrar, se incorporó y abrió los ojos de forma desmesurada.

—Buenas noches, Zeke —dijo Summer, pasando a su lado recogién dose el tul para no pisarlo.

—Hola, Summer—. Liam la seguía, con los zapatos en la mano—. Señor Warren. Liam apenas si le hizo un gesto con la cabeza, mientras daba alcance a Summer

en la puerta del ascensor. Entraron juntos, sin ver al portero estirarse sobre la mesa para poder observarles mejor, hasta perder el equilibrio y caer al otro lado. El hombre se recompuso con rapidez, y corrió a su sitio para mirar con interés las cámaras de seguridad del ascensor.

Summer movía la cabeza, con los brazos aún cruzados.

—Deberías estarme agradecido, no cabreado —dijo.

—No sé qué demonios hacías flirteando con ese australiano.

—Solo estábamos hablando, y ese no es el tema. Ha salido todo como tú querías, deberías estar contento. Ya verás lo poco que tarda tu querida Sarah en volver a tus brazos.

El ascensor se detuvo, y se abrieron las puertas. Summer salió, pero antes de que se cerraran, Liam las detuvo con la mano y le alargó los zapatos. Ella los cogió de malas maneras. Se dio la vuelta para alejarse, pero de pronto regresó al interior del ascensor agitando los zapatos ante su cara.

—¡Cuidado con eso! —avisó Liam,

retrocediendo.

—¡Es que no te entiendo! —Bajó los zapatos, temiendo darle sin querer.

—Ni yo a ti, así que estamos en paz, y...
¿qué le pasa a tu vestido?

Summer miró hacia abajo, y de pronto lo notó. Parecía que alguien estaba tirando del tul del vestido hacia abajo, y al darse la vuelta se dio cuenta de que estaba pillado en la puerta del ascensor, mientras este seguía subiendo hacia el piso de Liam.

—¡Páralo! —Gritó, alarmada—. ¡Dale al botón de emergencia!

Pero Liam se había agachado para intentar desengancharlo; Summer se estiró todo lo que pudo para pulsar ella al botón, pero antes de lograr hacerlo oyó el ruido de la tela al desgarrarse. Miró de nuevo, viendo que el tul estaba prácticamente desprendido del corpiño. Pero el último trozo se resistía, y el corpiño le seguía tirando hacia abajo amenazando con ahogarla.

—¡Quítamelo! —Pidió, más nerviosa aún.

Liam procuró arrancar el tul sin éxito, mientras ella intentaba llegar a la

cremallera de la espalda. La presión le hizo agacharse, y el chico se lanzó encima para bajarle la cremallera todo lo rápido que pudo. La ayudó a quitarse el corpiño, y Summer respiró aliviada al verse libre de aquel vestido asesino.

Entonces las puertas se abrieron al fin. Al otro lado, Elke estaba esperando con una bolsa de basura en la mano, y al verles se quedó con la boca abierta y un chicle a medio masticar.

—Sabéis que hay cámaras en el ascensor, ¿no? —comentó.

Summer empujó a Liam para quitárselo

de encima. Recogió los restos del vestido y salió con toda la dignidad que pudo, teniendo en cuenta que se había quedado en ropa interior. Liam se incorporó frotándose la cabeza, que se había golpeado con una de las paredes, y Elke entró en el ascensor.

—No sé qué os habéis tomado en esa fiesta, pero quiero un poco —dijo, pulsando el botón de la planta baja y masticando el chicle con parsimonia.

—¿Y tú qué haces en el cuarto?

—Limpiar a tu vecino, me paga veinte pavos la hora—.Frunció el ceño,

revisando la frase que acababa de soltar —. Limpiando su piso, quiero decir. Trabaja de noche, así que aprovecho cuando no está. ¿Y tú por qué bajas otra vez al portal?

Liam la fulminó con la mirada, dándose cuenta de que el ascensor estaba bajando de nuevo. Pulsó todos los botones, hasta conseguir que se parara un par de plantas más abajo. Salió disparado, ante la mirada divertida de Elke, y se fue a las escaleras, subiendo los escalones de dos en dos. Cuando llegó al tercero, se encontró con que

Summer estaba peleándose con las llaves delante de la puerta de su casa. Se quedó parado sin poder evitar mirarla. La rubia había dejado el vestido roto y los zapatos en el suelo junto a ella, y estaba en ropa interior.

Liam notó que su garganta se secaba, pero se recompuso cuando de pronto ella le vio, y le fulminó con la mirada.

—¿Pero qué demonios haces aquí? — exclamó la chica.

—Subiendo a mi casa, ¿a ti qué te parece?

Summer no entendía nada. Ya estaba

bastante molesta por todo, encima después del paseo desde el cuarto al tercero medio desnuda... Mierda, ¡que aún lo estaba! Se agachó con rapidez y se cubrió con el maldito tul verde, que en realidad no le tapaba nada.

—¿Se puede saber qué haces ahí parado?

Liam se dio cuenta de que la estaba mirando sin parpadear, como si nunca hubiera visto a una chica en ropa interior... pero es que si ya con el vestido había insinuado más de lo que a él le hubiera gustado, verla así solo

confirmaba lo que su mente había imaginado. Y es que la chica era el tipo que a él le gustaba: no demasiado delgada, con las curvas perfectas... Si es que hasta con aquella expresión furibunda estaba guapa. Se metió las manos en los bolsillos para evitar tocarla, pero de pronto la vio agacharse de nuevo para coger los zapatos, y temió por su vida al ver aquellos tacones afilados enfocados de nuevo hacia su cara.

—¡Vale, ya me voy! —gruñó.

—¡Y ya estamos en paz!

—¡Ni lo dudes!

Se dirigió con pasos furiosos a las escaleras, mientras Summer de nuevo cogía sus llaves y se pegaba con la cerradura. Segundos después, Zeke tuvo que contestar varias llamadas de vecinos preocupados tras escuchar dos portazos que habían retumbado por todo el edificio.



10

Elke llamó con suavidad a la puerta de la habitación de Summer. No oyó nada, así que volvió a llamar, esta vez con más fuerza, hasta que escuchó un gruñido enviándola a un lugar poco agradable. Pero la morena ignoró totalmente la poco sutil amenaza y entró decidida en el cuarto. Levantó las persianas para que entrara luz, y vio como Summer se cubría la cabeza con la almohada.

—¿Es que no me has oído? —resopló la rubia.

—Sí, pero son casi las dos de la tarde. Tengo hambre, quiero comer, y ya no me quedan uñas que morder, ¡que me estoy muriendo de ganas de que me cuentes qué pasó anoche!

—Elke...

—He pedido pizzas, llegarán en cinco minutos. Es el tiempo que tienes para vestirte y venir a la cocina, te espero allí, ¿vale?

Y sin esperar respuesta, se dirigió a la puerta. Por el camino tiró de las mantas

para destaparla, y se las llevó con ella para evitar que la rubia volviera a taparse, de paso cogiéndole el bolso para sacar el dinero de la comida que había encargado.

Tal y como había dicho, cinco minutos después llegó un repartidor con un par de pizzas. No le dejó propina, pero el chico no protestó porque ya se había preparado para esa eventualidad y llevaba una camiseta de tirantes con un buen escote.

Preparó la mesa, y un par de minutos después Summer apareció con cara de

sueño.

—Menos mal —dijo Elke—, ya estaba pensando en ir a tirarte un vaso de agua.

Summer la creyó: tampoco hubiera sido la primera vez. Se sentó con un bostezo, y cogió un trozo de pizza.

—Desembucha —exigió Elke.

—¿No puedo ni comer?

—No, guapita, que Zeke me ha enseñado los videos y...

—¿Qué videos?

—¡El del ascensor! —Se echó a reír—. Creí que me daba algo de la risa, te lo juro.

—¿Pero eso no se supone que es privado? Ya lo que me faltaba, aparecer en youtube o algo así—. La morena la miró fijamente—. ¡¿Estoy en youtube?!

—No, no, bueno, creo que no... Casi que mejor luego te pasas por portería...

—carraspeó—. En fin, ¿qué tal la gala? Porque el final de fiesta ya vi que fue como para echar cohetes.

Summer suspiró, dando un mordisco a la pizza, y se encogió de hombros.

—Nada reseñable —contestó, por fin—. Una panda de ricos, y ya está. La ex novia es la típica estirada, tiene hasta

dos ami-guardaespaldas que se llaman igual.

—¡Ah! Ami-guardaespaldas —asintió Elke, entendiéndola a la primera.

—Sí, Kirsten y Kristen. El que es majo es el nuevo novio, mira tú. El pobre se pensaba que venía aquí a hacer surf y se ha encontrado con que no hay playas.

—¿No conoce los mapas o qué?

—Supongo que se fiaría de su palabra.

—Ya. Bueno, ¿y el estirado?

—Está chiflado, ¿tú te crees que soltó ahí delante de su jefe que salimos juntos? ¡Y el señor encantado de la vida!

No te digo más que me ofreció un trabajo... que no pienso presentarme, vamos, no quiero volver a verle el pelo a Liam en mi vida.

Siguió contándole atropelladamente cómo fue la fiesta, mientras Elke la escuchaba dejando que se desahogara. Pero cuando por fin se calló, Elke la miraba con el ceño fruncido. Conocía a su amiga, y había algo que se le escapaba... no estaba segura de qué, pero sí de que no se lo había contado todo.

—¿Y ya está? —preguntó.

—¿Qué más quieres? Fuimos, volvimos, se me rompió el vestido. ¡Te parecerá poco!

—No. Pero tú me estás ocultando algo, que te conozco. ¿Qué pasó?

Summer resopló, dando mordiscos a la pizza hasta lograr llenarse la boca y murmurar algo ininteligible.

—mgj..gó.

—¿Que te pegó? —Se incorporó furibunda—. ¡Lo sabía! Tanto traje y tanta leche y al final es *American Psycho* a tope, voy a ir a por el bate de béisbol, verás tú qué bien le quedan los

trajes con las piernas rotas.

Ya salía hacia la puerta, pero Summer estiró el brazo y logró detenerla antes de que saliera, tragando con dificultad para no ahogarse y conseguir vocalizar.

—Que no, mujer, que lo que digo es que me besó. Mira que eres melodramática...

Elke la miró como si le hubieran crecido antenas de colorines a ambos lados de la cabeza. Se sentó de nuevo, estudiando su rostro con atención. Summer se movió inquieta, y bebió un trago de refresco para pasar la pizza y, de paso, ganar

tiempo... pero su amiga seguía mirándola con aquellos ojos inquisidores que no se perdían una. Así que suspiró cogiendo otro trozo de pizza. Le empezó a quitar trocitos de aceitunas con precisión quirúrgica para evitar mirarla.

—Bueno, quizá fui yo la que lo besó...

—murmuró, al cabo de un par minutos, en voz baja.

—¿Perdona?

—Bueno, vamos a ver. Él ya había dicho que era su novia, de alguna manera había que hacer el paripé delante de la

gente para que se lo creyeran. Así que lo besé y lo dejé ahí para que la loca de su ex...

—Eh, eh, eh, para—.Le hizo un gesto con la mano para que se callara—.Rebobina un poco, rubita. ¿Le besaste sin más? ¿En plan beso en la mejilla, un beso de «ni se me mueve el pintalabios»? ¿O qué?

—Pues... más bien «o qué»—.Elke abrió mucho los ojos—. Yo qué sé, yo solo quería un beso ahí sin más, pero de pronto me metió la lengua hasta la campanilla y para cuando me di cuenta

mi pintalabios lo tenía él, no yo.

Se encogió de hombros, como quitándole importancia, pero Elke no se dejó engañar por ese gesto de desinterés y la señaló con el dedo:

—A ti te gustó.

—¿Qué? No.

—No, de acuerdo, no te gustó. Te encantó. Quién lo iba a decir, si es que lo digo siempre: los que parecen paraditos son los más apasionados.

—Tú no dices eso siempre, tú piensas que son todos unos psicópatas pervertidos.

—¿Y luego qué? —Ignoró su comentario

—. ¿Por eso bajaste como una loca de la limusina? ¿Hubo más rollo dentro?

—No sé para qué te cuento nada, si ya te lo imaginas tú... —Elke le pegó en un hombro—. ¡Vale! No, no pasó nada más. Ya te he contado que se puso tonto por verme hablando con Cody, eso fue todo.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—¿Hacer? Nada. Ya estamos en paz, no tengo por qué volver a verle la cara en mi vida. Si hemos vivido sin encontrarnos hasta ahora, podemos seguir así.

—Ni hablar, ¿es que no piensas ir mañana a su oficina?

—¿Tú estás loca? ¡Ni de palo!

—Tú sí que estás loca si no vas. Piénsalo, un trabajo de oficina, con horario fijo, sin tener que hacer turnos de noche. Y recomendada por el dueño, ¿qué más quieres? Mira que voy yo.

—Si tú no sabes ni encender un ordenador...

—Claro, perdona, señora ejecutiva agresiva—. Cogió un trozo de pizza y se lo comió en dos bocados—. Piénsatelo, por intentarlo, ¿qué puedes perder?

¿Su amor propio? Porque lo que quería era perder de vista a Liam, olvidarse de cómo le hacía sentir; mucho se temía que aquello iba a ir a peor... Pero Elke también tenía razón, un trabajo así no se encontraba todos los días. Porras.

Liam despertó sobresaltado al notar la luz del sol en los ojos, y el ruido de la persiana al levantarse.

—Arriba, dormilón —oyó que decía su hermana—. ¿Tú sabes qué hora es?

—¿Y tú sabes lo que es tener casa propia?

—No seas borde.

—Yo no me meto en la tuya sin avisar, así que aplícate el cuento—. Golpeó la almohada como si quisiera ablandarla—. Ya no puede uno ni dormir tranquilo, joder. No sé por qué sigues teniendo mis llaves—. Suspiró fastidiado, poniéndose la almohada sobre la cabeza, pero poco después se la quitó—. Mierda. Perdona, Natasha... —Miró a su alrededor, pero la habitación estaba vacía—. ¿Natasha? Como respuesta, oyó la puerta de la calle cerrarse. Se levantó frotándose los ojos, y al llegar a la entrada, vio que su

hermana había dejado su copia de las llaves en un mueble que había junto a la puerta. Pues sí que empezaba bien el día, pagando su mal humor con la única persona que se preocupaba por él. Se sintió más culpable aún al llegar a la cocina y ver que le había llevado un tupper de comida y un par de sus cupcakes favoritos, además de un *smoothie* de frutas recién hecho. Su estómago rugió hambriento, y al mirar el reloj se dio cuenta de que eran ya las tres de la tarde. Miró su móvil, y vio que tenía un par de llamadas perdidas de

Natasha que no había oído, seguro que para avisarle de que iba. Normal, había estado dando vueltas en la cama hasta las cinco de la mañana por lo menos; ya empezaba a pensar que las ostras le habían afectado a distancia, porque no se había podido quitar la imagen de Summer en ropa interior en toda la noche. Y cuando no, recordaba el maldito beso... incluso el incidente del ascensor; maldición, cómo le habría gustado que el ascensor se hubiera parado cuando estaba sobre ella en el suelo y... sacudió la cabeza abriendo el

tupper. Aquello no podía seguir así, menos mal que no tendría que volver a verla, porque estaba seguro que no se presentaría al día siguiente en la oficina. Con toda probabilidad, no se habría tomado la oferta de trabajo de Lester en serio. Y él necesitaba tranquilidad en su vida, una relación seria y sin sorpresas. Nada de rubias que le subían la libido con solo mirarlas.

Dio buena cuenta de toda la comida que su hermana le había llevado, y cuando terminó se sentía mucho mejor. A la luz del día y en la distancia, se convenció

de que todo lo que había pasado la noche anterior había sido producto del champán y las ostras fantasma. Ahora ya podía volver a su vida normal, y lo primero que tenía que hacer era disculparse con Natasha. Así que se dio una ducha para terminar de despejarse, se vistió y fregó el tupper, para poder devolvérselo.

Recogió la copia de las llaves y se las guardó en un bolsillo. Cuando se metió en el ascensor, pulsó el botón de los garajes y al descender, se tensó inconscientemente al pasar por el

tercero. Sin darse cuenta, respiró aliviado cuando no se detuvo y siguió su camino.

Condujo hasta Station Square pensando cómo disculparse con su hermana, esperaba que no estuviera muy enfadada. Después de aparcar, se metió en una tienda de recuerdos para comprar un llavero de los Penguins. Natasha no era mucho de flores, y no tenía sentido regalar bombones cuando ella los hacía mucho mejores que los comprados en cajas... así que esperaba que con eso aceptara sus disculpas. Colocó la copia

de sus llaves colgando del pingüino con patines y palo de *hockey*, y se metió en la pastelería. Había unas cuantas personas en las mesas, y Leo estaba detrás del mostrador. Al verle, el chico le saludó sonriente.

—Hola, Leo —contestó él—. ¿Está mi hermana?

—Ahí dentro—. Señaló la puerta trasera —. Creo que está enfadada, se ha puesto a hacer cupcakes como una loca, lleva más de una hora sin parar.

—Ya, gracias.

Cogió aire y entró en la zona de cocina

sin llamar. La mesa de trabajo se encontraba cubierta de cupcakes, algunos terminados y otros a medias. Natasha estaba con una manga pastelera llena de buttercream azul brillante, adornando una fila de cupcakes como si fueran la cabeza del monstruo de las galletas. Levantó la vista al oír que alguien entraba, pero al comprobar que era él, siguió con lo que estaba haciendo como si nada.

Liam acercó una silla y se sentó, esperando. Sabía que a Natasha no le gustaba que la interrumpieran cuando

estaba en plan creativo, así que no quería enfadarla más de lo que ya estaba. La observó mientras terminaba con la buttercream y continuaba colocando los ojos de azúcar, para después dibujar la boca y hacer la nariz con unas mini galletas de oreo. Cuando hubo terminado el último, suspiró satisfecha y le señaló uno.

—¿Quieres probarlo? —preguntó.

Liam lo cogió y dio un mordisco, notando la mezcla de sabores en su lengua, y se lo comió en dos bocados. A cambio, se sacó las llaves del bolsillo y

las deslizó por la mesa, acercándoselas.

—Lo siento —dijo cogiendo otro cupcake.

Natasha miró las llaves; sonrió a medias al ver el pingüino, pero no las cogió.

—No, tienes razón —dijo, sentándose también—. Es tu casa, ya no es la mía.

—No me hagas caso, Natasha, cógelas.

Ya he visto que me llamaste para avisar, pero no oí el teléfono. Es que no he dormido mucho anoche, ¿vale? No tenía que haberte hablado así.

La chica se lo pensó unos segundos, pero acabó cogiendo las llaves y se las

guardó en el bolsillo. Escogió uno de los cupcakes, y empezó a quitarle el papel mirando a su hermano con curiosidad.

—Bueno, ¿y qué tal fue la noche? —preguntó—. ¿Llegasteis muy tarde, entonces?

—No mucho, pero es que... Bebí demasiado champán, supongo.

—A ver si voy a tener que sacarte la información a cucharadas, hijo, qué críptico te pones a veces. Como no me cuentas nada, llamaré a Summer, y...

—¡No! —Natasha le miró, sobresaltada

—. Quiero decir, no, no hace falta. Salió todo bien. Summer gustó a todo el mundo, fíjate que Lester hasta le ofreció un trabajo.

—¿En serio? ¿Y Sarah?

—Rabiando por las esquinas. Hasta me echó en cara que la llevara, cuando ella estaba allí con el australianito.

—Aus-tra-lia-ni-to... mira que es difícil de decir... Supongo que la pondrías en su sitio, ¿no?

—Sí, bueno, parecía que iba a explotar cuando Summer me besó, y...

Se quedó callado, al darse cuenta de lo

que había dicho y cómo le miraba su hermana. Mierda, aquel dato había querido obviarlo. Quiso hablar para cambiar de tema, pero Natasha ya se había inclinado hacia él con interés.

—¿Te besó? —inquirió.

—Sí, bueno, tampoco fue para tanto. Un paripé para el resto de la gente, es que solté que era mi novia, y claro, Summer dijo que algo había que hacer para demostrarlo, y... ¿pero qué más da eso?

—Hombre, no sé. Igual no da, cuando estás así y no has dormido ni nada.

—Pero qué tendrá que ver...

—No me vengas con el cuento del champán, que no cuela—. Dio un mordisco al cupcake, saboreándolo unos segundos para comprobar que había salido como ella quería—. Así que te gusta Summer, después de todo.

Liam estaba estupefacto. ¿Pero es que su hermana no le escuchaba? ¿Cuándo había dicho él algo parecido? Negó con la cabeza, pero Natasha levantó una ceja.

—Mira, en todo caso —siguió él—, te admito que cuando la vi en ropa interior, me quedé mirándola, pero...

—¿Cómo? —Dejó el cupcake, temiendo que se le cayera de la impresión—.

¿Pero cuándo la viste en ropa interior?

—Fue un accidente. Se le enganchó el vestido en el ascensor, y tuve que ayudarla a quitárselo. Pero esa no es la cuestión, no me estás escuchando.

—Claro que te estoy escuchando, es que tú no te explicas nada bien.

—¿Qué más quieres? Fuimos, volvimos, se le rompió el vestido. ¡Te parecerá poco!

—¡Y la besaste!

—No, no, no me has oído bien: ella me

besó a mí. Vale, yo le correspondí, pero a ver, ¡no iba a apartarla! Y además, ni que yo tuviera la culpa de que llevara un pintalabios que se quitaba con la mirada.

Natasha le observaba sin dar crédito a lo que estaba oyendo. Porque ella leía entre líneas, allí había más historia de la que Liam estaba admitiendo, por mucho que intentara quitarle importancia a todo. Dudaba mucho que su hermano hubiera besado nunca así a Sarah, que siempre iba con su maquillaje impoluto. Tendría que hablar con Summer... y con

Zeke, que seguro que le enseñaría los videos de seguridad encantado. Cogió de nuevo el cupcake, repasando toda la información que Liam le había dado.

—Entonces... —empezó, y él la miró temiendo lo que fuera a decir—. Vais a trabajar juntos.

—No, no creo que se lo tomara en serio

—Sacudió la cabeza, sin estar convencido del todo—. La verdad es que no tengo ni idea. Le dije que ya estábamos en paz, así que tampoco tendríamos por qué vernos más.

—No, qué va, solo vivís en el mismo

edificio.

—No me seas sarcástica—. Cogió el tercer cupcake—. Y deja de darme estas cosas, que a este paso me como la bandeja entera.

—Sí, claro, ahora será culpa mía. ¿Pero qué harás si va mañana a tu oficina?

Liam se metió el cupcake entero en la boca, para evitar contestar, porque tampoco sabía qué haría. Mejor que no apareciera, así se acabarían sus problemas.

* * *

Lunes, y Liam había ido temprano al bufete. Su rendimiento había disminuido desde los últimos acontecimientos, y tampoco es que se concentrara demasiado en sus casos, pero no tenía otro remedio si no quería perder su reputación de implacable, así que esa mañana había tomado la decisión de ir una hora antes. Al menos, hasta que se pusiera al día. Pero, una vez allí, notó que estaba intranquilo. No había sabido nada de Summer desde el sábado, y esperaba que hubiera olvidado la oferta

de Lester para trabajar allí... como tampoco le había llamado, suponía que no se presentaría.

Qué equivocado estaba. Cerca de las once, Aidan llamó en su puerta y se asomó con un café.

—Hola —dijo, entrando y dejando la bebida sobre su mesa—. Te traigo café, lo vas a necesitar. La rubita ha llegado hace diez minutos, y Lester la ha llevado a su despacho.

—¿Qué? —Liam hizo ademán de levantarse, pero lo pensó mejor y se quedó quieto—. Mierda.

—Liam—. Su amigo cerró la puerta—. ¿Se puede saber qué está pasando? ¿Va a contratarla? Porque Sarah puede entrar en combustión espontánea y calcinarnos a todos en vivo y en directo.

—¡Qué sé yo! Estuvieron hablando en la fiesta y a Lester parece que le gustó. Por lo visto, ha trabajado antes como recepcionista, así que comentaron algo al respecto, pero yo pensé que él había bebido y que solo estaba siendo amable. Aidan se dejó caer en la silla que había frente a su mesa.

—La verdad que la fiesta fue una

bomba. Todo el mundo quería saber quién era ella, supongo que al no pertenecer al círculo despertó curiosidad. Sarah estuvo de un humor terrible el resto de la noche, así que espera a que se entere de esto.

—Ya la consolará el australiano.

—Hay que reconocer que Lars es un patético, pero tuvo una idea genial —sonrió Aidan y notó que su busca se agitaba—. Espera —pidió mientras lo consultaba—. Uh, es el jefe. Quiere que vaya a poner a Summer al día de todo —.Le guiñó un ojo—. Yo me encargo de

cuidar a tu chica.

—Espero que no haya venido vestida en su línea —refunfuñó él, molesto.

—Solo la he visto de refilón, pero no me ha parecido que a Lester le preocupase lo más mínimo su vestimenta. De cualquier modo, cuando salgas a comer puedes darle unas pautas sobre el tema —sugirió Aidan y entonces alzó la ceja—. Un momento. Ni siquiera sabías que estaba aquí. ¿Es que no habéis hablado antes?

—Ni una palabra, el sábado no nos despedimos muy amistosamente que

digamos.

—Un poco pronto para discusiones, ¿no crees?

—Si es que tiene más genio del que parece... bueno, vete ya, te están esperando y yo tengo que ponerme al día

—Liam lo echó de manera discreta.

Aidan meneó la cabeza y salió, cerrando la puerta. Quería ir corriendo a buscar a Lars para cotillear por si él tenía otra información sobre el tema, pero recordó el busca y marchó directo al despacho de Lester; este ya estaba en la puerta, hablando con una Summer que, de forma

sorprendente, iba impecablemente vestida. Suspiró aliviado, acercándose.

—Ah, mira—.Lester le hizo un gesto para que se acercara—. No sé si os conocéis de la fiesta. Por si acaso os presento. Summer, este es Aidan, nuestro secretario. Aidan, Summer se va a encargar de forma temporal de la recepción.

—Aidan —dijo ella, disimulando mientras le estrechaba la mano—. Un secretario, ¿eh? Muy inteligente. Nada de acoso sexual.

—Y es una lástima —sonrió él—. No

me importaría que me acosaran un poco de cuando en cuando.

Lester sonrió y le dio una palmadita al joven.

—La dejo en tus manos —repuso—.

Encárgate de ponerla al día en todo. He avisado también a Lars para el tema de los programas con los que trabajamos, debe de estar a punto de llegar. Suerte, Summer —y tras eso y otra enorme sonrisa, Lester regresó a su despacho.

Aidan miró hacia la puerta, aún sorprendido.

—Parece que le has causado muy buena

impresión. Lester no suele hacer estas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó ella, siguiéndole por el pasillo.

—Contratar gente en las fiestas, y después darles la bienvenida de forma personal. Puede que sea también porque a Liam le tiene mucho aprecio y quiere ser amable contigo.

En aquel momento apareció Lars, con las manos en los bolsillos y silbando.

—¿Dónde estabas? Seguro que en la máquina de chucherías.

—Ya sabes que los informáticos

tenemos muchos tiempos muertos y hay que pasarlos de alguna manera —sonrió él—. Hola, Summer. Es agradable ver por aquí una cara nueva que no esté amargada.

—Dame tiempo —murmuró ella, a lo que ambos se echaron a reír a la vez.

—Entre Lars y yo te pondremos al día —comentó Aidan—. Es todo muy fácil, además cualquier problema o duda que tengas puedes avisarme a mí. Pero tu trabajo es relativamente sencillo: contestar al teléfono, pasar llamadas, concertar citas con los clientes y llevar

la habitación donde se archivan expedientes. Vamos y te voy contando.

Summer afirmó. La verdad era que sí, había trabajado en un bufete como recepcionista, pero lo que había omitido era que solo había durado unos tres días: la dueña de la plaza se había reincorporado antes de que cogiera experiencia. Pero ese dato no interesaba a nadie, de modo que se lo guardó para ella. Aquello no parecía tampoco complicado, esperaba hacerlo bien... no quería dejar en mal lugar a Liam, aunque fuera un imbécil.

Aidan le enseñó la recepción, que no era más que un mostrador alargado con una centralita... o lo que fuera aquello, parecía la mesa de mezclas de un DJ. Estaba organizado al gusto de la anterior que había ocupado su lugar, todo muy de abuela, así que Summer pensó que lo cambiaría en cuanto pudiera; Lars le dijo algo sobre el ordenador, pero no le prestó demasiada atención. No es que fuera experta en ordenadores, de hecho ni en su casa tenía, pero no podía ser complicado manejarlos, ¿verdad? Se encendió y listo.

—A la hora de los clientes y las horas —Aidan la sacó de sus pensamientos—, debes tener siempre a mano las carteleras de citas de los abogados. Para no citar en horas que estén ya ocupados o en los juzgados... esa información se te pasa a primeros de cada mes, tienes la carpeta en el ordenador, y se consolida con este programa... —le dio a un botón de la pantalla—. Consulta siempre antes de dar una hora, los clientes se molestan mucho si les cambias el día y nos da imagen de poco serios.

—Vale.

Aidan se paró delante de una puerta. No había lugar a error, pues llevaba un cartel grande que decía «Archivos y expedientes».

—Te daré la llave. Aquí solo entrarás tú, o como mucho, si algún abogado necesita algo te pedirá que le abras... Entonces apuntas en esta lista —señaló un listado en una pared— el nombre de la persona y la fecha en que se lo lleva, y luego el día que lo devuelve. Es por llevar un control, antes todo el mundo entraba y salía y se terminaban perdiendo carpetas —explicó—. Esto es

tu responsabilidad. Una vez por semana hay que hacer limpieza y destrucción de documentos y expedientes, pero eso te indicarán cuáles hasta que lo tengas controlado.

Buscó entre su manajo de llaves hasta encontrar una, la sacó y se la tendió.

—No la pierdas —sonrió.

—Llévala al cuello —sugirió Lars.

—No creo que nadie vaya a robármela...

—Aquella es la trituradora —Aidan señaló al final del pasillo.

Summer entrecerró los ojos.

—¿En serio? Pues parece más bien una nave espacial... —murmuró mientras se acercaban.

Madre de dios, aquello tenía tantas luces y botones que estaba segura que, si pulsaba alguno, despegaría hacia una galaxia muy, muy lejana... jamás sería capaz de manejar aquello, ella era una chica de campo y helados, de compras y batidos, de bailar con amigas. No de ordenadores, teléfonos, ni máquinas destructoras de la humanidad.

Los dos chicos observaron su expresión.
—¿Hay algún problema? —preguntó

Aidan—. ¿Acaso no había trituradora de papel en el anterior bufete en que trabajaste?

—Mmm —remoloneó la rubia—. Sí que había. Pero nunca llegué a tener claro cómo funcionaba—. Al ver sus caras de pasmo, no tuvo más remedio que admitir la verdad— Si es que allí apenas estuve tres días.

Ellos se miraron a la vez, de tan coordinados que estaban ya.

—Vamos, que en realidad no tienes ninguna experiencia —Aidan se rascó la cabeza, pensativo.

—¿Sabes encender un ordenador? —
quiso saber Lars—. Porque en fin, no me
da la sensación de que pases mucho
tiempo en casa programando —ella negó
—. Vale. Deja que piense cómo tengo el
día, a ver si puedo darte un cursillo
acelerado de nociones básicas.

Aidan movía la cabeza de lado a lado,
negando.

—Uffff. Bueno, está bien. No pasa nada,
atender llamadas y pasarlas sabe
cualquiera. Del resto, nosotros dos nos
encargaremos de que aprendas todo, y
empezaremos hoy mismo si estás de

acuerdo.

—Por supuesto.

De manera que, cerca de la hora de comer, cuando Liam llamó a Aidan para ver cómo iba todo, este le informó de que estaban muy ocupados con Summer y que ni siquiera pensaban salir a comer.

—¿Que Lars renuncia a la comida? No me lo creo.

—Estamos de lo más entretenidos, aunque no te lo creas.

—Pero, ¿qué...?

No pudo seguir, porque en aquel momento oyó un portazo que provenía

de algún despacho del pasillo, y segundos después, su propia puerta se abrió con violencia para dar paso a una Sarah que tenía la cara desencajada.

—¿Qué pasa? —preguntó él, pensando en un ataque nuclear como mínimo.

Ella cerró la puerta tan fuerte que Liam pensó que, si de esa no se caía el edificio, no aguantaría otra igual.

—¿Te has traído a tu novia a trabajar aquí? —preguntó la chica.

—Ah, es eso... no ha sido cosa mía, sino de tu padre. Fue él quien le ofreció el trabajo a Summer, y ella la que

aceptó. Yo no he tenido nada que ver en esto.

—¡Sé lo que estás intentando hacer! —

Él alzó una ceja— Quieres devolverme la pelota, ¿verdad? Yo te hice cabrear y ahora me estás pagando con la misma moneda.

—No entiendo por qué piensas que todo lo que hago va dedicado a ti, la verdad. Ni que fueras el centro del universo.

Aquel comentario, lejos de calmarla, la alteró todavía más.

—Será mejor que la saques de aquí, Liam, esto me parece...

—Díselo a tu padre. Está encantado con ella. O mejor aún, dedícate a tus cosas... por ejemplo, a terminar de una vez la carrera, que buena falta te hace. A este paso, el juzgado lo vas a pisar por primera vez el día de tu boda.

Sarah quiso replicar algo mordaz e hiriente, pero ella no manejaba el sarcasmo igual de bien que Liam, así que solo emitió un gruñido y salió pegando otro portazo, lo que hizo que él sonriera. Pues sí que estaba de mal humor, sí... entonces sonó el teléfono de su despacho, y descolgó.

—¿Sí?

—Soy Aidan. Acaban de mandarme confirmación del Sakari. Ya os he apuntado a los dos.

¿De qué le estaba hablando?

—Perdona, Aidan, ¿de qué...?

—De la comida de la próxima semana. Ya sabes que el pesado de tu jefe lleva siglos queriendo ir allí y... —se calló de golpe y aguardó unos segundos—. Joder, casi me pilla. En fin, que estáis apuntados ambos.

—¿Qué ambos?

—Pues Summer y tú, tonto de los coj...

—se calló de nuevo, carraspeando, mientras Liam aguardaba—. Oye, que te dejo, anda pululando por aquí la fiera de tu ex novia.

—Aidan, pero escucha...

Su amigo le colgó el teléfono y Liam se quedó mirándolo con el ceño fruncido. Qué poco respeto le tenía, y eso que se suponía que era su secretario... pero lo peor eran las noticias que le había dado. Ahora resultaba que tenía una dichosa comida, él creyendo que por fin tendría tranquilidad y ahí aparecía Lester para complicarle la existencia. Empezó a

pensar excusas: para no ir él, para que no fuera Summer, para no ir ninguno...
¡mierda!

Pues a ver quién era el valiente que iba a preguntárselo.

Natasha aparcó la furgoneta y se bajó con rapidez. Había tenido que ir a entregar un encargo, y el tráfico le había hecho tardar más de lo que había esperado. Aquel día tenía su primera clase de decoración de cupcakes para principiantes, así que no quería llegar tarde. También había preparado

cursillos para niños, de creación de figuras con fondant, de bombones... y parecía que iban a tener éxito, porque tenían casi todas las plazas cogidas para las próximas semanas.

Cuando entró en la pastelería, Leo estaba recogiendo una mesa.

—Lo sé, lo sé —dijo ella, antes de que hablara—. He pillado un atasco—. Oyó unas cuantas risas femeninas—. ¿Ya han llegado todas?

—Sí, esto...

Leo se quedó callado. Natasha se paró y le miró, impaciente.

—Suéltalo ya, que no quiero llegar más tarde todavía.

—Recuerda que soy tu amigo, que tenemos un negocio juntos y que te quiero.

—¿Qué?

—Por si te entran deseos de matarme.

Natasha estuvo a punto de estrangularle ya por ser tan misterioso, pero no quería retrasarse más. Aunque aquella sonrisita inocente que estaba poniendo el chico no presagiaba nada bueno. Decidió que ya se ocuparía de él más tarde, y empujó la puerta que daba a la cocina.

Y entonces sintió deseos de matar a Leo, lenta y dolorosamente, sin anestesia. Porque dentro, rodeado de un grupo de unas ocho mujeres, estaba Jesse. Una de ellas le estaba atando un delantal rosa mientras otra se lo estiraba por delante. Natasha esperaba que por lo menos estuviera ridículo, pero encima le quedaba bien al muy sinvergüenza... que además parecía encantado de ser el centro de atención. Bueno, ¿qué esperaba? No iba a cambiar, estaba claro. Lo que no entendía era qué demonios hacía allí. Porque si todo era

una maniobra para intentar recuperarla, desde luego que ligando con otras delante de sus narices no lo iba a lograr. Evitó mirarle y se dirigió a la cabecera de la mesa con la mejor de sus sonrisas. —Buenos días —saludó—. Perdón por el retraso, veo que Leo ya os ha entregado los delantales. Si queréis, podéis iros sentando y nos presentamos. Se armó de paciencia mientras observaba los empujones y codazos que se daban entre ellas para poder sentarse junto a Jesse, que se había colocado en la primera silla junto a ella. Durante

unos minutos aquello pareció el juego de las sillas, hasta que por fin cesó el revuelo y todas estuvieron sentadas. Podía notar la mirada de Jesse en ella, pero se mantuvo firme con la vista al frente y la sonrisa falsa, tanto que pronto empezaron a dolerle las mejillas del esfuerzo.

—Me llamo Natasha, y hoy vamos a aprender un par de cositas básicas para que podáis hacer cupcakes en casa —comenzó—. ¿Qué tal si me decís vuestros nombres y por qué estáis aquí, o qué queréis aprender?

Y miró a la chica de su izquierda. Esta dijo su nombre, y así fueron todas presentándose hasta llegar a Jesse. A Natasha no se le escapó que mientras decían sus nombres, le miraban más a él que a ella, pero no le extrañó. Solo esperaba que la maldita hora y media pasara rápido.

Cuando llegó el turno de Jesse, no tuvo más remedio que posar sus ojos en él, y de nuevo le asaltó aquella sensación en el pecho que tenía cada vez que le miraba. Maldita sea, ¿es que siempre le iba a pasar? ¿No iba a mejorar con el

tiempo? *No*, le contestó una vocecita, no mientras la mirara con aquellos ojitos verdes arrepentidos... *Arrepentidos no*, se corrigió, culpables era la palabra. Y no debía olvidarla.

—Me llamo Jesse y soy bombero —dijo él, lo cual ocasionó varios murmullos y suspiros entre las asistentes—. Y estoy aquí... bueno, porque hay que aprender cosas nuevas, ¿no?

—Tú puedes enseñarme todo lo que quieras, morenito —dijo la que estaba sentada enfrente suyo.

Todas se echaron a reír, pero él seguía

mirando a Natasha. Ella carraspeó, y decidió comenzar. Les explicó cómo hacer la masa base, cómo preparar las mezclas más básicas de sabores y cuánta cantidad echar en las cápsulas de papel. Preparó una docena de cupcakes en una bandeja, y las metió en un horno para que se fueran haciendo.

Después les entregó un trozo de fondant de colores a cada participante, y dejó en el medio de la mesa varios moldes y herramientas para decoración. Les hizo una demostración paso a paso de cómo crear un lazo para que lo hicieran

también. Se paseó por la mesa revisando cómo lo hacían, pero no llegó hasta Jesse. Sin embargo, este levantó la mano con insistencia, así que tuvo que acercarse para no llamar la atención.

—¿Qué problema tienes? —preguntó, con más brusquedad de la que pretendía.

—Se rompe, y...

—Es como la plastilina, tampoco es tan complicado.

Cogió el trozo y lo amasó de nuevo. Lo estiró y lo cortó en tiras, e hizo un lazo.

—Fácil, ¿ves? Hazlo de nuevo.

Hizo una bola con el que había creado y

se fue a hacer caso a una de las chicas. La que estaba junto a Jesse se arrimó más a él, haciéndole varias caídas de pestañas que el bombero pasó por alto, aunque consintió la ayuda para que le dejara en paz. Aquello no le había parecido buena idea desde el principio, y ver como Natasha lo ignoraba solo confirmaba sus sospechas. Intentaría hablar con ella cuando terminaran, aunque no esperaba que estuviera nada receptiva a lo que tenía que decir.

El horno pitó, así que Natasha sacó la bandeja y colocó los cupcakes sobre una

rejilla para que se enfriaran más rápido. Los dejó a un lado, y cogió otros que ya lo estaban para enseñar al grupo cómo adornar con la buttercream. Dejó que cada una hiciera una rosa y una espiral, que en el caso de Jesse quedaron como cualquier cosa menos eso, pero no le dejó repetir, con la excusa de que no quedaba crema. Lo único que quería era acabar y que se fuera de allí.

Después terminaron de adornarlos con las figuritas que habían hecho de fondant. Cada una hizo cuatro en total, y Natasha repartió cajas para que

pudieran llevárselos. Jesse miró los suyos, para nada satisfecho. De sabor estarían buenos, eso seguro, pero de aspecto... Cerró la caja y decidió que no los enseñaría por ahí, ya tenía Max bastante cachondeo con él como para darle más material.

—Vamos a tomar un helado, ¿te vienes?

—le preguntó una de las chicas.

—No, gracias. Me encantaría, pero tengo turno, y...

—Ooohhh, qué pena. Bueno, te dejo mi móvil, llámame cuando quieras.

Y le pasó un papel con un teléfono

escrito. Según iban saliendo, todas se lo fueron dando, hasta que se quedó solo con Natasha.

Ella empezó a recoger las cosas que habían utilizado.

—¿No tienes turno? —preguntó—. A ver si vas a llegar tarde.

—No, no tengo. Escucha, Natasha, me gustaría hablar contigo de...

—No hay nada de lo que hablar.

—He cambiado, te lo juro. Si me dieras una oportunidad, yo...

—¿Has cambiado? —Señaló los papeles con los números de móvil, con

expresión incrédula—. No te he visto rechazando ninguno.

Él hizo una bola con los papeles y los tiró a una bolsa de basura, acercándose a ella. Estaba empezando a mosquearse porque ni siquiera le dejara hablar.

—Necesito que me escuches, yo...

—Vale, y yo necesito que te vayas.

Frustrado porque la vía del diálogo no funcionaba, optó por otra más directa: en dos pasos se acercó y le cogió la cara entre las manos, para besarla sin darle tiempo a reaccionar.

Natasha quiso apartarle, incluso lo

empujó sin mucha convicción, pero al notar su lengua acariciándole los labios no pudo evitar gemir y corresponder. Lo cogió de la camiseta para acercarlo más hacia sí, perdiendo por unos segundos el control que tanto le había costado mantener. Jesse la cogió de las caderas, pegándola a su cuerpo, y la acercó hacia la mesa. Y cuando Natasha sintió la madera en su espalda, reaccionó y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Jesse intentó elevarla para sentarla sobre la mesa, pero ella apartó la cara y lo empujó.

—¡Suéltame! —exclamó.

Jesse le cogió la cara de nuevo para obligarla a mirarlo, y sintió una opresión en el pecho al ver sus lágrimas.

—Natasha, por favor, escúchame—. Ella lo empujó de nuevo, pero Jesse no se movió—. ¿Por qué no me dejas intentarlo? Puedo cambiar, lo sé, quiero estar contigo y con nadie más.

—¿Cómo sé que no te asustarás otra vez y... y llamarás a alguna de tu maldita lista? No quiero que me hagas más daño.

—Ni yo hacértelo, tienes que creerme, te echo tanto de menos...

Natasha quería creer, pero ni siquiera estaba segura de que él mismo creyera lo que estaba diciendo. Así que negó con la cabeza, con un nudo en la garganta y las lágrimas cayendo por sus mejillas.

Jesse se apartó, sin saber qué hacer, porque no había mentido y lo último que quería era verla llorar, y menos si era por su culpa. Le daría tiempo, si dejaba pasar unas semanas y ella veía que no salía con nadie, quizá entonces se diera cuenta de que iba en serio. Sacó su móvil y pulsó varias teclas, antes de

mostrarle la pantalla. Natasha vio que ponía «Borrar agenda». Antes de que pudiera decir nada, Jesse pulsó al botón de confirmación. Volvió a mostrarle el teléfono, con la agenda totalmente vacía. —Cuando quieras, llámame —dijo—. Te estaré esperando.

Con esas palabras, se marchó ante su mirada de incredulidad. Natasha aún no podía creer lo que acababa de hacer. Pero necesitaba pensar; en eso se parecía a su hermano, no le gustaba correr riesgos... esperaría unos días, y cuando estuviera más calmada, seguro

que veía las cosas con más claridad.



Ya era mitad de semana, y Summer estaba sentada investigando en el ordenador, con el café que Aidan acababa de traerle de su excursión diaria a Starbucks; seguro que aquello era otro de los caprichitos de Sarah, bien que podían haber comprado una cafetera para uso común y así el chico podría evitarse los paseos, pero cualquiera lo sugería... ya bastantes miradas de odio le dedicaba la viuda

negra cuando salía para algo de su despacho como para encima comentar aquello, mejor olvidarlo.

Oyó el timbre de la puerta y le dio al botón para abrir; un minuto después, aparecía Cody. Igual de guapo que lo recordaba, aunque vestido con una cazadora de cuero y vaqueros, muy alejado del smoking con el que lo había visto por primera vez. Al verla se acercó con una sonrisa y apoyó los codos en el mostrador.

—Qué sorpresa —dijo a modo de saludo—. No sabía que tenían

repcionista, pero de todos modos me alegro de volver a verte, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú? —le respondió a la sonrisa.

—Ahí vamos. ¿Cómo fue tu final de fiesta? Porque el mío no quieras saber, tuve a Sarah enfadada hasta ayer. Y contigo aquí, imagino que hoy volverá a estarlo... —por su cara, no parecía en exceso preocupado por ese detalle.

—Bueno... mejor olvidemos esa noche, fue rara para todos —contestó Summer, diplomática.

—Y tanto. Fíjate que le comenté lo de ir

a esquiar y me mandó a la porra directamente.

—Qué dulzura, ¿no?

—Total, que ahora tengo ganas de aprender a esquiar pero no con quién ir. Tú me dijiste que sabías, ¿no? —Ella afirmó—. ¿Y no te gustaría darme unas clases o algo?

Summer se quedó unos segundos fuera de juego, sin saber si se lo estaba diciendo en serio o bromeaba. Pero Cody aguardaba su respuesta sin risitas ni muecas, por lo que dedujo que se lo estaba pidiendo de verdad. Parecía que

no se daba cuenta de las implicaciones de su pregunta, a Liam no le haría ninguna gracia, aunque a ella le daba igual lo que pensara Liam, pero Sarah... si se enteraba se la comía, sin más.

—Imposible —dijo, con cara de pena.

—¿Por qué?

—Porque eres el novio de Sarah, y yo la de... Liam, y vaya, que es inviable. No creo que a ninguno de los dos le hiciera mucha gracia.

—Entonces, ¿no podemos ser amigos?

Summer se quedó pensativa un par de segundos, y después se encogió de

hombros.

—Supongo que no.

—¿Es que te he caído mal? —Ella negó

—. ¿Entonces qué tiene de malo?

—Nada. Pero ellos se lo tomarían de esa manera. Así que mejor no ponernos en esa tesitura.

—Ya, tienes razón—. Cody hizo una mueca, y después recuperó su postura—.

O también podríamos no decir nada.

—¿Quieres que salgamos como amigos a escondidas? ¿Sabes lo que pasaría si nos pillaran?

—Pues que no nos pillen... mira, estoy

en un sitio lejos de mi hogar, y totalmente hostil. Hace un frío de mil demonios, me siento desubicado, y mi novia, que cuando la conocí era dulce como la miel, ahora parece el demonio de Tasmania. Tú eres la persona más normal que he conocido desde que estoy aquí.

Ella sonrió al escuchar aquellas palabras. Ya podía aprender Liam de esa educación...

—Gracias por el cumplido.

—Siempre he tenido muchos amigos y amigas, para mí es normal estar rodeado

de gente... pero aquí parece que soy un prisionero o algo así. Solo salimos donde Sarah dice, y con su círculo de amigos. Hasta le pone pegas a mi ropa, y no te lo vas a creer, pero aquello de no trabajar solo era una cortina de humo. Ahora pretende que busque un «empleo serio». Y yo no he tenido uno en mi vida.

Summer le escuchaba, moviendo la cabeza cuando debía. A lo mejor, eso mismo era lo que le había pasado a Liam. Hasta Natasha le había comentado que su hermano, aunque venía con la

seriedad de nacimiento, nunca lo había sido tanto, y que la compañía de Sarah lo había echado a perder.

Aquel pobre australiano parecía simpático, con su surf y su cazadora de cuero, y la pectorra de la hija del jefe tenía intención de remodelarlo y convertirlo en lo que para ella debía ser su ejemplo de pareja. Entendía que se sintiera atrapado, solo, y sintió lástima.

—¿Liam esquía? —le preguntó él.

—Pues... —Summer no tenía ni idea, aunque recordaba algo que le había contado Lester en la fiesta, sobre una

subida anual del bufete para esquiar—
... de cuando en cuando. No de forma
habitual, no tiene tiempo. Trabaja todo
el día.

—Qué rollo. Tener una novia como tú, y
tirarse el día entre expedientes. Yo no lo
haría ni loco—. Y sonrió. Oyó voces que
provenían del despacho de Sarah, de
forma que se puso recto—. Huy, mejor
me voy antes de que nos vea hablando.
Si cambias de opinión mira—. Sacó una
tarjeta de su bolsillo y se la dejó en el
mostrador—. Puedes llamarme si te
apetece charlar o lo que sea... no soy un

acosador, ¿eh?

Y se marchó hacia el despacho de su chica, antes de que esta se asomara y escupiera fuego cual dragón.

Summer cogió la tarjeta y la arrojó a la papelera que tenía al lado. Mejor no correr riesgos de ningún tipo, aunque el chico pareciera majo no quería problemas. Miró en dirección al despacho de Liam, frunciendo los labios... ¿por qué no se ponía directamente un colchón allí y se evitaba pagar su piso? Si total, apenas salía, como mucho para comer, y eso porque

lo necesitaba para seguir en pie... menudo enfermo del trabajo, no entendía qué tenía de especial aquel bufete para que tuviera tanto interés en pertenecer a él. Genial, siendo socio aún tendría que meter más horas, que vida más cachonda... Oyó de nuevo el sonido del timbre de la puerta y pulsó el botón que la abría, distraída.

—¡Summer! —una estridente voz femenina la sacó de sus pensamientos y le hizo pegar un bote.

—Hola, Natasha —dijo con rapidez al verla—. ¿De visita?

—Sí, pero he venido a verte a ti. Mira —.La morena depositó una caja de tamaño mediano con dibujitos de tartas por fuera—. Aquí te traigo algunas cosas para que personalices tu rincón. Una taza para el café, un surtido de bolígrafos que todos sabemos que siempre desaparecen... dos libretitas muy monas para que apuntes cosas y mucho chocolate.

—Tú quieres que coja kilos, ¿no? —se quejó Summer, cogiendo la caja—. Muchas gracias. Es un detalle por tu parte, quería haber traído algo yo, pero

me han estado enseñando en plan intensivo.

—¿Quieres que vayamos a tomarnos un café? La otra recepcionista tenía media hora por la mañana.

—Sí. Buena idea—.Summer no lo pensó más, se escabulló de la silla, apagó la pantalla del pc y cogió su cazadora—
Me muero de hambre, necesito glucosa.

—Si lo llego a saber te hubiera traído algo.

—Deja, deja. Alimenta a tu hermano, a ver si le mejora el humor.

Iban a salir cuando regresó Cody, con

cara de no estar demasiado contento. No habían escuchado gritos, aunque eso no quería decir nada; su expresión cambió al verlas, puso una sonrisa y se aproximó con aquel caminar ligeramente macarra que le caracterizaba.

—¿No me digas que vais a desayunar o algo similar?

—Algo similar—.Natasha miró de soslayo al despacho de su hermano, rezando porque no saliera en aquel momento y la pillara. Si ya se había tomado a mal que Summer hablara con el australiano, si la veía a ella haciendo

lo mismo pondría peor cara.

—¿Os molesta si bajo con vosotras?

Summer miró al techo, pensando que Cody no parecía captar las ideas a la primera. Pero como ninguna tuvo valor de negarse viendo aquella sonrisa, las dos afirmaron con la cabeza y el joven salió con ellas, con aspecto feliz. Aunque al principio Natasha estaba recelosa, diez minutos después tuvo que admitir que Cody era un chico encantador: sin complicaciones, buen humor, simpático y abierto. Las invitó al desayuno, y después les estuvo contando

cosas sobre Australia hasta que la morena miró su reloj.

—Debería irme ya. Leo debe de estar acordándose de mí—. Miró a Summer; en realidad había ido a verla para charlar también sobre Jesse, pero con Cody delante no había tenido más remedio que guardárselo—. Hablamos luego por teléfono, ¿vale?

—Sí, claro —replicó ella, intrigada.

Cody la despidió usando otra vez su sonrisa, y luego se volvió a sentar; hizo un gesto a la camarera para que trajera otros dos capuccinos.

—No tengo tiempo —dijo la rubia consultando el reloj—. Me quedan quince minutos.

—Necesitarás cafeína para sobrellevar ese bufete. Todo el mundo está siempre de muy mal humor ahí, se nota en el ambiente.

—Creo que es tu novia, que lo esparce. Cody meneó la cabeza, como si fuera a decir algo, pero pareció pensarlo mejor y se calló.

—Yo podría decirte lo mismo sobre Liam —repuso—. ¿Cómo alguien como tú termina saliendo con ese tipo? Y ojo,

no digo que sea mala persona, pero es que no te pega nada.

Ella alzó la mirada de su bebida y Cody carraspeó, incómodo.

—Me refiero a que... bueno, no sé, parece prepotente y amargado, y tú eres más bien alegre y divertida. Que a lo mejor después os lleváis genial, pero a simple vista pues... parece que te mereces algo mejor.

—No conoces a Liam como para afirmar eso.

Y si lo conociera, seguro que llegaba a la misma conclusión, pero no veía

necesidad de comentarlo. ¿Por qué le defendía? A ver si lo que le pasaba era que tenía el síndrome de Estocolmo... aquello era como cuando tenías un hermano desastroso, y a pesar de saberlo, lo defendías con uñas y dientes si los demás le insultaban.

—Tienes razón —Cody parecía arrepentido de sus palabras—. Me he dejado llevar por las apariencias, y quizás un poco por las palabras de Sarah.

—Lo que faltaba... le pone los cuernos, le deja, ¿y encima se permite el lujo de

criticarlo? —Summer le miró—. Explícame cómo alguien como tú termina saliendo con esa tipa. No te pega nada —usó sus mismas palabras. Cody se encogió de hombros.

—Ya te lo expliqué. Durante el verano fue genial... divertida, simpática, dulce, no sé. Era diferente a las chicas que ya conocía, más sofisticada... y soy muy enamorado, lo admito—. Summer lo escuchaba con una mueca escéptica—. Ya sé lo que estás pensando, el típico surfista rompecorazones, pero te aseguro que a mí también me lo rompen. Es lo

que tiene enamorarse a menudo.

—Me dijiste que no trabajabas en nada, ¿no?

—Negativo. Mi familia tiene dinero, nunca ha sido necesario.

Genial, otro ricachón acostumbrado a no pegar un palo al agua en su vida. ¿Qué le pasaba, que últimamente solo se rodeaba de gente así? Menos mal que seguía teniendo a Elke, que le regalaba todos los días su buena dosis de realidad.

—Vamos, que no tienes intención de trabajar en tu vida.

—Mientras pueda evitarlo, no. Aunque ya te digo que Sarah me lo ha insinuado —.Ella sonrió—. La mitad de mi ropa ya no sé dónde está, y ha sido sustituida por camisas con botones y pantalones de vestir... me da un poco de miedo. Si me viera Ryan seguro que se descojonaba de mí.

—¿Quién es Ryan?

—Mi hermano mayor, sigue en Australia. He intentado que venga a verme, pero anda bastante liado.

Summer se daba perfecta cuenta de la necesidad que tenía Cody de hablar con

alguien. Estaba claro que se sentía solo, y que Sarah no le prestaba la suficiente atención, o no la que le hacía falta... pobre, se le veía buena persona y allí no tenía amigos.

—Debería regresar al trabajo —dijo, dando un sorbo a su capuchino—. Muchas gracias por el café y la charla.

—De nada. Tienes mi tarjeta, recuerda que puedes llamarme si te aburres — Cody le sonrió.

La mueca seductora le debía venir de serie. Era un chico perfecto, su rostro, su cuerpo... tan estereotipadamente

guapo que no le inspiraba el menor impulso sexual. Supo que no habría peligro de que se sintiera atraída por él, así que, ¿por qué negarle su amistad? Liam no tenía derecho a decidir con quién podía hablar, tomar café, o esquiar. Lo que fuera, era cosa suya, no del abogado; al fin y al cabo, su relación no era real.

—Puede que te llame —dijo, poniéndose en pie—. Hace mucho que no esquío y no creas, me apetece. Pero te aviso que soy muy competitiva.

—¡Eso sería genial! —exclamó el rubio

con entusiasmo—. Lo llevaría todo mucho mejor con una... amiga.

—Pues ya hablaremos—. Summer sonrió antes de alejarse para regresar a su trabajo.

Mientras solo la viera como amiga, todo iría bien. Porque tampoco se le escapaba que era un seductor nato, y como tal, estaba acostumbrado a conseguir a todas las chicas... y ella no tenía la menor intención de tontear con él, porque por lo visto, era una idiota a la cual le gustaban más las pecas.

Cuando ya no pudo posponerlo más, Liam se armó de valor y bajó al tercero. Después de la fiesta había pensado usar las escaleras para evitar encuentros, pero al parecer Summer había tenido la misma idea, porque el primer día se cruzaron dos veces; había optado entonces por el ascensor, y volvieron a coincidir... pensó entonces en regresar a las escaleras, pero supuso que ella tendría también esa idea, así que lo intentó con el ascensor y al fin tuvo

suerte... o no. Se sentía como el espíritu de la contradicción, prefería no cruzarse y a la vez, lamentaba que no ocurriera. Seguro que la culpa la tenían las ostras otra vez. Hacía mucho que no las comía, pero parecía que los efectos duraban.

De cualquier modo, necesitaba a Summer de buen humor, que aceptara ir a la comida con él. En teoría estaban en paz, pero esperaba poder convencerla si ponía cara de arrepentido, pese a que no lo estaba en absoluto... Seguía pensando que lo de flirtear con el australiano había estado mal y nada le haría cambiar

de opinión, pero no era tonto y sabía lo que debía hacer. De manera que fue hasta el Dream Ice Cream y volvió con una tarrina de helado tan grande que sería difícil que se la comiera entera; después llamó al timbre de su apartamento, atento, hasta que escuchó pasos y cómo se detenían para correr la mirilla.

—Soy yo —dijo, poniendo los ojos en blanco—. No te voy a secuestrar, Elke, puedes abrir.

—¿Qué quieres? —Ella abrió la puerta una rendija.

—Verte a ti no, desde luego. ¿Está Summer? Tengo que hablar con ella.

—¿De qué?

—¿No es asunto tuyo?

—Tú estás ahí fuera y yo aquí dentro, si no quiero no pasarás, así que sí, es asunto mío.

Liam sintió deseos de estrangularla.

—¿Es que no tienes nada que hacer, además de cotillear en los temas de los demás?

—Sí, hoy es sábado y luego me iré de fiesta, pero eso será luego. Y hasta entonces, necesito entretenimiento

—.Silbó—. Espero.

—Vale, vale —gruñó él exasperado—.

Como está un poco enfadada... bueno, enfadada sin más, venía a disculparme.

—Ajá. ¿Por ser un capullo? —Elke no le dejó responder—. Y por eso traes helado, bien jugado... mira, hacemos una cosa—.Estiró la mano y agarró la tarrina—. Te guardo esto. Necesito cuatro cosas del super, que esta semana me tocaba a mí comprar comida y como ando sin pasta, ¿por qué no me las traes tú y yo te dejo entrar cuando vuelvas?

Liam tardó su tiempo en procesar

aquellas palabras mientras la miraba a través de la rendija, boquiabierto.

—¿En serio? —Ella asintió sin pestañear—. ¿De verdad me estás diciendo que para entrar tengo que ir a comprarte comida? —Elke repitió el gesto—. Pero, ¿dónde...?

—Abajo, a la vuelta de la esquina hay un super. A ver, necesito esto—. Le dio un papelito con unas cuantas cosas—. Anda, corre, y no seas tacaño y me traigas marcas cutres, que tú te lo puedes permitir. Patatas de las buenas.

—Sabes que puedo llamar a Summer

desde aquí, ¿verdad?

—Puedes, pero no te va a oír. Está con el iPod cantando *Harden my heart* a pleno pulmón. Date prisa—.Y le cerró la puerta en la cara.

El chico se quedó parado, sin reaccionar hasta pasados unos minutos. Finalmente, no tuvo otro remedio que bajar y salir a la calle en busca del dichoso supermercado, que por supuesto no había pisado jamás... tenía una mujer a la que no había visto en su vida que le limpiaba el piso, y le metía comida en la nevera porque no tenía tiempo para esas

tareas domésticas. Una vez encontrado, se puso a mirar la lista maldiciendo: botella de tequila, dos bolsas de patatas, un paquete de bollos, cereales, pan de molde... la madre que la parió, no había conocido nunca a nadie con tanta cara, ¿cómo la aguantaba Summer? Seguro que en el rato que estaba tardando se comía el helado. Y encima el capullo era él.

Terminó de comprar lo que había en la lista, refunfuñando, y regresó al edificio ante la atenta mirada de Zeke, que observó las bolsas del supermercado

con extrañeza; eso lo irritó aún más, no quería que el portero le perdiera el respeto, y algo le decía que eso ya había sucedido porque cada vez que lo veía trataba de disimular una sonrisa sin éxito. Fue hasta el ascensor muy erguido, y poco después volvía a llamar a la puerta.

—Chico, pensé que te habías perdido — fue el saludo de Elke.

—No sabía dónde estaban las cosas, y había más de cuatro, por cierto.

—Ohhh—.Elke abrió la puerta y cogió las dos bolsas—. Eres un encanto —

dijo, haciéndose a un lado para cederle el paso.

—Sí, claro. Como si hubiera tenido otra opción—. Elke le entregó la tarrina de helado—. ¡Pero si la has abierto!

—Tenía que probarlo... no pasa nada, Summer no se va a enfadar. Está acostumbrada a que me coma sus cosas.

—Ya me hago una idea —replicó Liam con una mueca.

—Está en su cuarto... si entras con cuidado la pillas cantando, seguro que se muere de vergüenza.

Liam movió la cabeza, dejándola atrás.

Volvía a preguntarse cómo alguien como Summer podía convivir con Elke, pero en cuanto dejó de verla se olvidó de ella; era lo mejor. Le ponía de los nervios la alemana, esperaba que pronto alguien la pusiera en su sitio.

Tocó antes de entrar; estaba claro que Elke no había mentido, pues escuchaba perfectamente a Summer cantando dentro... con cierta precaución empujó un poco la puerta, no fuera que se pegara un susto y le lanzara algo a la cabeza, la veía capaz. La rubia parecía que estaba haciendo un intento por ordenar su

habitación, porque tenía ropa, libros y un montón de cosas más repartidos entre su escritorio, estanterías y suelo. Sudadera, vaqueros y coleta despeinada, cero maquillaje... perfecto, así no había forma de que se sintiera atraído por ella.

—Summer —la llamó sin éxito—.

¡Summer!

Ella le vio, y dejó de cantar al momento. Se quitó el iPod, con expresión avergonzada.

—¿No sabes llamar?

—He llamado.

—Ya. Estoy con el cambio de ropa de

verano a invierno—. Se cruzó de brazos—. ¿Qué quieres?

—Luego mucho meterte con la música de los demás, y tú cantando eso—. Summer puso mala cara—. Vale, vale, olvida mi comentario. Vengo en son de paz, ya sabes, a disculparme.

—¿Y por qué te disculpas exactamente? Él se quedó pensativo, mientras valoraba la respuesta... ¿qué era lo que había hecho enfadar a Summer la noche de la fiesta? ¿Que le metiera la lengua en la boca sin su permiso, que la mirara sin el menor disimulo cuando estaba

medio desnuda, que la tratara como a una casi mendiga? Como era incapaz de adivinar, respondió sin entrar en detalles:

—Me disculpo por todo en general — Liam esperaba que aquello fuera suficiente, y ella no se empeñara en desglosar la disculpa, porque entonces tendría un problema.

—Y has pensado que trayéndome un litro de helado me ablandarías —replicó la rubia, y Liam afirmó—. Vale. Dámelo.

Liam se lo tendió, notando que Summer

quitaba el mal gesto y relajaba su expresión facial. La miró con atención, dándose cuenta de que le seguía pareciendo igual de guapa sin maquillar y con el pelo de aquella manera... joder con la abstinencia, cómo pesaba.

—¿Elke te lo ha requisado?

—Ajá. Nunca he conocido a nadie más caradura que ella, no me ha dejado entrar hasta que he ido al super a comprar comida—. Summer soltó una risita—. Ya veo que tú has normalizado su comportamiento y hasta te resulta divertido.

—Es una superviviente —la excusó—.

Muy bien, ¿qué quieres de mí?

—¿Es que no puedo traer helado y disculparme sin querer algo a cambio?

—preguntó Liam, contrariado.

—Bueno, eres abogado. No creo que hagas nada por nada.

—¿Esa es tu opinión sobre mí? —Liam estaba fastidiado, sobre todo porque tenía razón.

Summer se encogió de hombros, buscando en el cajón de su mesita de noche hasta encontrar una cuchara. Después abrió el recipiente del helado

mientras aguardaba a que él dijera algo.

—Hay una comida... —empezó él, reticente.

—Lo sé. Es esa famosa comida en el Sakari, donde Lester lleva tiempo queriendo ir. Déjame adivinar: Aidan nos ha apuntado como pareja y tenemos que acudir juntos, ¿no? —indagó ella.

—Si no quieres podría intentar buscar una excusa. Pero sería mejor que vinieras.

—Mejor para ti, quieres decir, y tu imagen. ¿Verdad? ¿No me dijiste que ya estábamos en paz?

—Lo estamos, pero he pensado que a lo mejor querrías hacerme ese favor—. Y puso su mejor cara de súplica.

Summer pensó en mandarlo a la porra, pero esa carita de pena funcionaba... y a quién quería engañar, verle entrar por la puerta de su cuarto no la había cabreado, sino aliviado. No le gustaba estar enfadada con la gente, menos si venían a disculparse y más con un bote de helado en las manos.

Ay, cómo le gustaban esos ojos azules, y esas pecas... se obligó a ponerse seria.

—Está bien. Iré contigo, ¿hay que vestir

elegante?

—Moderado. No hace falta más... tul verde. Puedes quedar con Natasha si quieres, y que ella te recomiende algo. Os lleváis bien, ¿no?

—Es maja, sí. Luego le mando un mensaje, a ver si le apetece quedar conmigo esta semana.

No, si al final Natasha le acabaría cayendo mejor que él.

—Otra cosa— Liam decidió arriesgarse, aún sabiendo que podía recibir un gruñido— Sobre el australiano, ¿sería mucho pedir que no te

dejaras ver con él? Ya sabes, puede dar una impresión errónea —carraspeó.

Summer le miró sin parpadear unos segundos. No era justo, pero tenía razón y ella misma se lo había explicado a Cody.

—Vale. No le veré más, ¿contento?

Él se encogió de hombros, como si realmente el tema le diera igual y solo fuera una formalidad que tuviera que cumplir; el comportamiento de un abogado, vamos, menos mal que aquello se lo tenía bien aprendido. La rubia se mantuvo callada por si quería añadir

más cosas, pero el silencio empezaba a volverse un poco incómodo, así que carraspeó.

—Entonces, ¿estamos bien, volvemos a ser amigos? —quiso saber Liam, observando para sí mismo que ella no había puesto ninguna condición sobre el contacto físico.

Summer afirmó, pensando si debería decir algo sobre besos con lengua y demás. Sin saber bien por qué, se calló. Liam también permaneció en silencio, y de pronto notó que el ambiente se cargaba, así que se incorporó de golpe.

No recordaba haber sentido esos nervios en ninguno de sus juicios, aquello no era buena señal.

—Nos vemos en el trabajo —dijo, de forma atropellada.

Summer le vio marchar, sin apenas tiempo de despedirse. Ni siquiera sabía por qué había aceptado acompañarlo a la comida, durante su primera semana de trabajo había estado de lo más tranquila sin tener casi contacto con él excepto lo básico, pero había sido incapaz de negarse. Era una blanda, Elke siempre se lo decía... justo en aquel momento, la

susodicha asomó la cabeza mientras escuchaba la puerta de la calle cerrarse.

—¿Qué tal ha ido? ¿Os habéis revolcado como en el ascensor?

—Aquello fue un accidente. Ah, y gracias por no avisarme, perra.

—Bah, así vas perdiendo la vergüenza... además, no cantas mal

—.Elke trotó hasta su cama y sacó una cuchara—. Al menos tiene buen gusto con los helados, caramelo con trocitos de avellana.

—¿Lo has mandado al supermercado?

—Sí. Necesitábamos comida y esta

semana no me han llamado para currar —.Elke hizo una mueca—. A ver si mañana me dicen algo los rusos, tienen unos amigos que están buscando una camarera. ¿Tú qué tal tu primera semana de recepcionista?

—Bien. Aidan y Lars me han enseñado un montón de cosas. Me desenvuelvo, excepto con la trituradora de papel, que no logro averiguar cómo funciona.

—¿Y con el estirado? ¿Te comportas como su novia todavía?

—Poca cosa, apenas sale del despacho, la verdad. Trabaja bastante.

—Por eso tiene esa cara de amargado. ¿Ya se te ha pasado el cabreo? — Summer se encogió de hombros—. La próxima vez, le dices que para disculparse mejor te regale una joya o algo así. Algo que podamos vender, no esto, que se queda en las caderas.

—Como si te importara... —La rubia miró su ropa desperdigada por el suelo y suspiró—. Ahora necesito algo que ponerme que sea más o menos arreglado, y mi único vestido bueno está hecho trizas. Claro que tampoco hubiera podido ir con el mismo.

—¿Para qué necesitas algo que ponerte?

—Hay una comida de trabajo y le he dicho que iría con él.

—Pero, ¿es que no aprendiste nada de la anterior experiencia? —Elke meneó la cabeza—. La primera vez que te equivocas no es culpa tuya, rubita, pero la segunda sí.

—Esa frase es mía, que te la dije cuando te tiraste a tu ex novio por segunda vez.

—Sí, para que veas que te presto atención cuando me hablas. Además, ¿sabe que has estado viendo al australiano?

—No digas «viendo al australiano» como si hubiéramos tenido una cita romántica, que solo me invitó a un capuccino —se quejó Summer, molesta por tener que dar explicaciones que no le apetecía dar—. No es más que un amigo.

Elke arqueó una ceja, curiosa.

—¿Pero lo sabe? —La vio negar—. ¿Y no piensas decírselo?

—No es asunto suyo.

—Hombre, es el tío que le robó la novia. Si por casualidad alguien os ve juntos, puede ser catastrófico. A mí no

es que me importe, que conste, esta situación me resulta de lo más entretenida —Hundió la cuchara en el helado—. Es como ver una de esas comedias de enredo en la tele donde todo el mundo sabe lo que va a pasar menos los protas.

Summer frunció el ceño al escucharla.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —sonrió Elke, con la boca llena de helado—. Y el australiano, ¿crees que intenta ligar contigo?

—No lo sé, no lo creo.

—¿Es un empotrador? —Su amiga la

miró inquisitiva—. Sí, ya sabes, uno de estos con pinta de levantarte en el aire y estamparte contra la pared en un arrebató sexual.

Summer suspiró, arrebatándole el bote de helado.

—Trae, es mi helado de disculpa.

—Está bien, está bien. Iré a preparar la cena, ahora que tenemos comida en la nevera—. Elke le guiñó un ojo, levantándose de la cama de un salto—.

Pero Summer... —Ella alzó la mirada—. Sabes que el estirado no se plantea ni por un segundo fijarse en ti, ¿verdad?

Y salió de allí sin esperar respuesta. La rubia se apoyó en el cabecero de su cama, dándose cuenta de que Elke tenía razón y debía dejarse de pájaros en la cabeza y ojos azules con pecas, no era realista y además, no pegaban nada, lo único que hacían bien juntos era discutir y pelearse...



12

—Buenas tardes, Summer —saludó Zeke, al verla salir del ascensor.

Ella se acercó a la mesa cautelosa; desde la noche del vestido mortal no había hablado con él, sino que le había evitado en la medida de lo posible para evitar que le comentara el tema.

—¿Qué tal, Zeke?

—Como siempre, ya ves. ¿Qué tal en tu trabajo nuevo? Me ha dicho Elke que

estás con el del cuarto, ¿no?

—No estoy «con» él, estoy trabajando con él, que no es lo mismo.

—Ah, ya... ¿entonces la noche de la cena esa era de empresa?

—Sí, claro, es todo una relación sumamente profesional.

—Ya decía yo—.Movi6 la cabeza—. Es que es un chico tan raro... No me pegaba contigo.

Summer iba a replicar, pero se lo pens6 mejor y no dijo nada. Ya bastante tenia con lo que el hombre veria por las camaras, sumado a lo que Elke le

contara, para encima añadir más leña al fuego.

—En fin —cambió de tema—. ¿Y alguna novedad interesante por aquí?

—Bah, poca cosa, está todo muy tranquilo. El del quinto ha vuelto a cambiar de novia, ahora se ha mudado una pelirroja. Coinció con la otra cuando se estaba llevando sus maletas, así que una acabó lanzando la ropa de la otra por el hueco de la escalera y él tuvo que recogerlo. Los gemelos le pusieron silicona a la señora Grant en la cerradura y su madre les ha castigado

una semana sin consola, así que andan más revueltos que de costumbre. Lista de objetos perdidos: una pelota, un jersey morado y una dentadura... —frunció el ceño, pensativo—. Que ahora que me doy cuenta, será la de la señora Grant, lleva tiempo buscándola. Voy a llamarla.

Cogió el teléfono y Summer se despidió de él con una sonrisa. Salió a la calle y vio que la furgoneta de Natasha ya estaba girando en la esquina; le hizo gestos con la mano para que la viera y, una vez se hubo detenido, subió

al interior.

—Qué bien huele aquí dentro siempre—
comentó, echando un vistazo a la parte trasera.

—¿Quieres algún donut? Y creo que quedan galletas de chips de chocolate.

—No, deja, deja, que me tengo que probar vestidos.

—Tranquila, como es una comida buscaremos algo menos aparatoso que el tul.

—Muy graciosa—.La miró de reojo—.
¿De eso querías hablarme el otro día en la oficina?

—Bueno, tengo la versión de Zeke y la de mi hermano, así que me falta la tuya. Pero además es que... he visto a Jesse.

—¿Cómo que lo has visto? ¿En la calle?

—No, no, en la pastelería. Vino a hacer un curso de cupcakes, me da que fue idea de Leo, y ahora se presenta todos los días a desayunar.

Giró la furgoneta y se metió en la autovía en dirección a los outlets. Summer esperó un poco a que continuara, pero Natasha parecía concentrada en la carretera.

—Y... —la animó.

—Y que no sé qué hacer. Ha borrado la agenda de su móvil, pero... —Movi6 la cabeza—. No sé si est1 haciendo alg6n parip6 o si es su orgullo porque le he dejado yo y no 6l a m6, o... No s6.

Cogi6 la salida de los outlets y llev6 la furgoneta hasta uno de los aparcamientos. Aparc6 cerca de una de las entradas y se dirigieron a las escaleras mec1nicas.

—No s6 qu6 decirte, Natasha. Al menos se lo est1 currando, ¿no? O eso parece. ¿Y est1s segura de que borr6 la agenda de su m6vil?

—Sí, lo hizo delante de mí—. Señaló una tienda—. Vamos allí, he visto online que tienen un vestido que te vendrá de maravilla. Y además pega con los zapatos que ya tienes.

—Vaya, qué bien, voy a poder amortizarlos.

—No me vengas con tonito sarcástico, que lo reconozco a la legua.

La empujó al interior de la tienda, y fue a hablar con la dependienta para explicarle lo que querían. Después llevó a Summer al vestidor para que se fuera quitando la ropa.

—¿Y tú qué? —preguntó Natasha de pronto.

Summer colgó el pantalón de una percha, maldiciendo. Ya pensaba que se le habría olvidado el tema, pero estaba claro que Natasha no iba a dejarlo pasar. Además, a saber qué le habría contado su hermano.

—Me dijo Liam que le besaste.

Mierda, así que se lo había contado. Era mucho esperar que se hubiera estado callado.

—Fue sin más —contestó, intentando mantener un tono neutro—. Como dijo

que éramos novios, pues pensé que mejor hacerlo bien, ¿no?

—Claro—.Entreabrió la cortina unos centímetros y le pasó un vestido—. Así que no te gustó.

—Yo no he... —Se interrumpió antes de meter la pata y decir algo que revelara demasiado—. Fue muy rápido, no me dio tiempo a pensar. Oye, ¿esto es de mi talla? ¿Estás segura?

—Es ceñido, tú tranquila que la tela da de sí.

Summer se lo metió por la cabeza no muy convencida, pero cuando tiró de él

hacia abajo, vio como el tejido se adaptaba a su figura. Dio un par de vueltas para mirarse en el espejo, de nuevo sorprendida de que Natasha supiera que iba a quedarle bien algo con solo verlo. Apartó la cortina para que la mirara, y la morena dio un par de palmaditas.

—¡Te está genial! —exclamó—. A ver, date la vuelta.

Summer obedeció, mirando el reflejo de la espalda en el espejo. Tenía un par de aperturas, por las que se veía el sujetador. Natasha movió la tela, pero

no consiguió taparlo.

—¿Y si vas sin nada? —sugirió.

—Ni de palo, ya te lo dije.

—Bueno, no pasa nada. Esto se puede arreglar, les diré que lo recojan por aquí y aquí —dio un par de tirones a la tela—, y ya está.

Hizo gestos a la dependienta, que se aproximó con unos cuantos alfileres y empezó a clavarlos siguiendo sus indicaciones. Cuando terminó, Summer volvió a cambiarse y Natasha pagó el vestido.

—Estará en un par de días —informó,

cuando Summer hubo salido—. Ya vendré a recogerlo y te lo llevo, ¿vale?

—Como veas.

—¿Tomamos un café? No tengo que volver todavía a la pastelería.

—Claro.

Se fueron a una cafetería cercana, y se sentaron en una de las mesas libres que había. Al final en lugar de café, pidieron unos batidos con nata a la camarera, ya que Natasha quería comparar sabores con los que ella hacía, y la morena retomó el tema.

—¿Y qué tal con él en la oficina? —

preguntó—. ¿También hacéis el «paripé»?

—Muy graciosa—. La camarera se acercó con los batidos, y esperó a que se fuera para fulminar a Natasha con la mirada—. Tu hermano se pasa la vida en ese despacho suyo, así que no, no tenemos que hacer «paripés».

—¿Y Sarah?

—La esquivo yo en la medida de lo posible. Me da pena Cody, la verdad.

—Sí, me pareció simpático—. Probó su batido, satisfecha al comprobar que los que ella hacía estaban mejor—. No sé lo

que hace con ella, no pegan nada.

—Fíjate que el pobre quiere ir a esquiar, y ella le ha dicho que no. La primera cosa que le pide el chaval, y se lo niega. Así que me ha preguntado a mí si puedo acompañarle.

—¿Y habéis quedado?

—Bueno, fijo fijo no, es que además tu hermano... —resopló, fastidiada—. Me ha prohibido expresamente que quede con él.

—¿Cómo? ¡Pero si Cody no tiene la culpa de nada! Estoy segura de que fue Sarah la que fue detrás de él y no le dijo

que ella tenía novio. Y además, vosotros solo sois amigos. Mira, yo quiero a Liam, pero no es nadie para decirte lo que puedes o no puedes hacer.

—Ya, eso explícaselo a él.

—Bah, no le hagas ni caso. Iría con vosotros, pero ando superliada con la pastelería. Pero quizá más adelante me apunte. ¿Elke también esquía?

—Lo dudo—.Hizo una mueca—. Eso implicaría ponerse demasiada ropa—.Cogió la pajita y bebió un poco, haciendo una mueca—. Los tuyos están infinitamente mejor.

—Gracias.

—Bueno, ¿y entonces, qué vas a hacer con Jesse?

—No lo sé, de verdad—. Suspiró—. De momento consigo ignorarle, supongo que tarde o temprano dejará de venir...

—... y desearás que vaya.

Natasha no la contradijo, porque era así como se sentía: al verle por las mañanas quería acercarse, besarle y decir que le perdonaba; pero luego el día avanzaba y se convencía de que tenía que olvidarle, que aquello nunca funcionaría. Y al día siguiente, comenzaba de nuevo el ciclo.

Había veces que le parecía estar
viviendo el día de la marmota.



—¿A dónde vas?

Elke observaba a su amiga mientras se vestía con ropa deportiva. Dudaba de que fuera a salir otra vez con Liam, porque aunque hacía unos días que el chico se había presentado a disculparse, Summer no había hecho comentario alguno sobre nada que tuviera que ver con él. Se cruzó de brazos, apoyándose en el marco de la puerta mientras la

rubia ponía patas arriba su cajón de bufandas.

—¿Has visto mi gorro azul? El de lana.

—No.

—¿Seguro? Que sé que te gusta cogerlo prestado.

—¿Tienes una cita con el hombre de las nieves? Ya sé que estamos en otoño y que en algunos sitios hay nieve, pero...

—Voy a esquiar.

—¿Con quién?

—Con Cody —Summer dejó de rebuscar, frustrada, y abrió otro cajón cualquiera por si acaso lo hubiera

guardado ahí. Revolvió entre su ropa interior con cara de fastidio— ¡Mierda! Bueno, me llevaré el negro. Qué más da. La morena se metió en la habitación, dejándose caer encima de la cama; aún mantenía la expresión de perplejidad que se le había quedado al escuchar la respuesta a su pregunta.

—¿Te refieres al australiano?

—No. Al otro Cody —Summer la miró burlona.

—Solo para que me quede claro... vas a salir con el chico que le robó la novia a Liam —y de pronto asintió con

satisfacción—. Ah, vale, ya veo tu jugada. Sí, retorcida, pero te puedes apuntar un tanto.

Summer dejó de buscar y se quedó contemplándola.

—¿Qué jugada?

—¿No es una especie de castigo por cómo te trata y eso? Ya sabes, para fastidiarle. Aunque le hayas «perdonado» —comentó,

entrecomillando la palabra con los dedos, y dándose cuenta que la joven no parecía captar lo que le estaba diciendo

—. ¿No?

Ella negó rápidamente.

—Nada de eso. El chico quiere aprender a esquiar, está acostumbrado a hacer ejercicio físico y aquí se siente atrapado; y como nunca ha practicado deportes de nieve y Sarah no quiere acompañarle...

—... ya estás tú para hacerlo, y de paso si molestas un poco al personal perfecto

—terminó Elke por ella.

—No soy tan retorcida. Si una persona me cae bien y tiene madera de amigo...

—... la aceptas en tu vida, aunque la tengas prohibida —volvió a terminar

Elke.

—Ya vale de acabar mis frases

—.Summer se puso en pie de un salto y sacó sus botas de debajo de la cama—.

No sé por qué, pero cuando lo dices tú suena fatal, como si hubiera mala intención en mis actos. No veo por qué no puedo hablar con Cody, te recuerdo que mi relación con Liam no es real.

—Pero la de él con Sarah sí lo es. ¿No has pensado que puedes estar metiéndote en medio?

—¡De eso nada! Cody tiene muy claro que esto solo es amistoso.

Elke no parecía muy convencida a pesar de la aparente seguridad de Summer. No era la primera vez que le sucedía, ya que la rubia era una persona extrovertida por naturaleza, y a veces no captaba las indirectas o los coqueteos de los chicos hasta que eran muy evidentes... y entonces no sabía cómo salir del atolladero. Llegados a ese punto, Elke intervenía para echarle una mano.

—Muy bien —terminó por decir—. Allá tú. Si por casualidad se pasa Liam por aquí, ¿le digo que os habéis ido juntos?

—¡No! —exclamó Summer, mirándola

mal— Ni se te ocurra, ¿estás loca?
¿Quieres que me mate o qué?

Sacó su cazadora del armario mirando el reloj, y Elke fue a toda prisa a su cuarto, para regresar dos minutos después con un gorro azul entre las manos.

—Toma—. Se lo tendió con una sonrisita inocente—. Acabo de recordar que lo tenía yo.

—Gracias—. La rubia lo cogió—. Menos mal que no te vale mi ropa... — Oyó su móvil pitar—. Huy, ya debe estar abajo. Me voy, no sé a qué hora volveré,

pero no te preocupes, estaré bien. Cody no es ningún psicópata pervertido.

La joven meneó la cabeza, sin parecer muy convencida.

—Eso dicen todos al principio —murmuró, mientras la seguía hacia la puerta—. Llévate el *spray* por si acaso —dijo rebuscándolo en el cajón de la cómoda de la entrada—. ¡Nunca se sabe!

Summer negó, pero Elke se empeñó en metérselo en el bolsillo de la cazadora.

—Algún día me lo enchufaré yo —gruñó la rubia, poniendo los ojos en blanco—.

Nos vemos luego.

Elke la despidió con un asentimiento de cabeza, y cerró la puerta con una mueca, pensando que su amiga se estaba complicando mucho la vida últimamente.

Cody ya la estaba esperando, al volante de un monovolumen de color tostado; Summer pensó si necesitaría una pértiga para subir, pero el australiano tampoco es que fuera muy alto, y si él había podido ella no iba a ser menos... así que lanzó su bolso al asiento trasero y un minuto después, estaba acomodada a

su lado.

—¿Lista? —preguntó él, arrancando con una sonrisa.

—Ajá... ¿de dónde has sacado este trasto?

—Lo he alquilado. Aquí no tengo coche, pero en Australia sí, y siempre he conducido cosas grandes —comentó, mientras conectaba el navegador para meter la dirección—. Y tranquila, que ya me he acostumbrado a conducir por la derecha.

Mientras él acababa de programar el aparato y giraba el coche para

encaminarse a la estación, Summer se dedicó a mirar por la ventanilla, pensativa. Desde la primera vez que Cody le había sugerido que fueran amigos había sabido que estaba mal, aunque la amistad en sí fuera inocente; y estaba rompiendo la promesa que le había hecho a Liam, a pesar de que la hubiera hecho solo para que se callara y no aguantarle más. Si es que la sacaba de quicio... con la paciencia que solía tener y él era único para hacer que la perdiera en tiempo record.

—No te sientas culpable —escuchó

decir a Cody, y lo miró—. No estamos haciendo nada malo. Si estuviéramos en el mismo grupo de amigos a nadie le parecería raro.

—Pero no lo estamos.

—Bueno, nadie tiene por qué enterarse de nada, así que no nos preocupemos. Y en todo caso, de sentirnos mal, que sea al final del día y no antes—. Y le guiñó un ojo, saliendo a la carretera que le indicaba el navegador.

Tenía razón, qué demonios. Otra cosa hubiera sido andar por el centro, en un restaurante, cualquier sitio donde

podrían ser vistos por alguien, pero, ¿estación de esquí? Era muy difícil ser descubiertos, como no fuera que a Elke le diera por chivarse no tenía nada de qué preocuparse, de modo que dejó de dar vueltas a la cabeza y se relajó.

Boyce Park no estaba lejos, a unos veinte kilómetros. Llegaron pronto y dejaron el coche aparcado en la entrada, antes de pasar por la zona de alquiler de equipos; después de abastecerse con todo lo necesario les preguntaron si deseaban un instructor, pero Summer dijo que no hacía falta.

—Te enseñaré un poco lo básico, pero igualmente hoy pasarás el día con el culo en la nieve—.Y se echó a reír.

Cody hizo un gesto al encargado, dejando claro que se limitaba a obedecer, y de ahí se encaminaron a la pista de esquí. Era un lugar rural y poco masificado, así que no tuvieron que esperar para subir al teleférico; Cody los miró con cierto temor, ya que resultaban bastante rústicos, y sin barra de protección.

—Tranquilo —comentó ella al notarlo—. Hay muy poca altura. Es una pista de

esquí perfecta para aprender.

—Entiendo —replicó Cody, subiendo—. Cosas de novato, ya sabes—. La miró para distraerse mientras ascendían—. ¿Has practicado mucho? Te veo con confianza.

—Desde niña.

—Entonces estoy en buenas manos —sonrió, relajándose al notar que, en efecto, aquello ascendía a una altura razonable.

Pasaron toda la mañana hasta la hora de comer con lecciones básicas, y como bien había comentado ella, Cody pasó

más tiempo tirado en la nieve que esquiando. Resultaba frustrante, pero el chico tenía buen humor y no era nada orgulloso, así que lo tomaba con deportividad. Por la zona solo había una cabaña rural de troncos y ningún sitio para comer, pero el australiano había sido previsor y llevaba un montón de chucherías en el coche, de manera que se apañaron con eso.

—Elke te adoraría —comentó Summer, mientras permanecían en el monovolumen rodeados de latas de coca cola, paquetes de patatas y bollos llenos

de grasa saturada—. Le encantan estas mierdas. Si pudiera se alimentaría solo de ellas.

—A mí también —confesó él—. Pero en casa no puedo comerlas, Sarah me lo tiene prohibido. Toda la nevera está llena de verduras y no lo entiendo, sé que lo pasa fatal todo el día a dieta.

—¿Qué quiere, estar aún más flaca? — se burló Summer—. Pues como siga así, solo le va a faltar la capa y la guadaña — escuchó risitas, y entonces se dio cuenta de que hablaba con el novio de la susodicha, pero él parecía divertido—.

Lo siento.

—No, tienes razón. Nuestra nevera es un desastre... los primeros días, todo optimista yo, me vine cargado de patatas fritas, cerveza y canapés, y lo tiró todo a la basura.

—¿Qué dices?

—Sí. Ahora solo hay lechuga, pepino, zanahoria... espinacas, que las detesta. Y hamburguesas vegetales —puso cara de resignación—. Solo pruebo la comida decente cuando salimos por ahí, el resto del tiempo es una tristeza.

—¿Y el trabajo qué? ¿Ya has mirado

algo?

—Es que no sé hacer nada —confesó el joven con cara de culpabilidad— A ella le dije que había ido a la universidad por marcarme un tanto, pero es mentira. Acabé el instituto y me dediqué a pasar el tiempo, nunca he tenido un trabajo de verdad. Sarah se cree que soy licenciado en arte y ya me ha insinuado que vaya a hablar con alguna galería.

Summer se mordió el labio para no reírse. Nadie en su sano juicio podía mirar a Cody y creer que era licenciado en arte. Pobre viuda negra, qué pena le

daba, había vuelto de Australia creyendo que traía consigo un trofeo y al final, era más bien un pedrusco. Sacudió la cabeza, sintiendo culpabilidad por pensar aquello, aunque también cierta satisfacción perversa; no podía ver a Sarah ni en pintura, entre ellas había tal animadversión que prácticamente ni se miraban en la oficina.

—Tendrás que decírselo —sugirió.

—Se pondrá hecha una fiera —él negó con la cabeza con energía—. Además, una discusión ahora estropearía su agenda... tenemos una comida

pendiente, y eso no es todo. No imaginas la cantidad de actos sociales que le interesan.

Se hacía a la idea. Pensó en recomendarle de forma amistosa que cogiera un avión de vuelta a Australia lo antes posible si no quería terminar siendo un clon de Liam, pero después lo pensó mejor y decidió mantenerse calladita; nadie le había pedido su opinión, y además, si se ponía a insultar a Sarah corría el riesgo de que a Cody le sentaran mal sus comentarios.

—¿Y no echas de menos a tu familia? —

cambió a un tema seguro, no le apetecía seguir hablando de la bruja.

—Mi familia es un poco especial. Ya te dije que tengo un hermano, ¿no?

—¿Ryan, dijiste?

—Sí. Bueno, es más serio que yo, está preparándose para ser entrenador de fútbol americano y se lo ha tomado muy en serio, quiere entrenar algún equipo grande. Anda mirando por Australia y por aquí, pero no sé, no es fácil. Y tampoco entiendo mucho por qué se toma tantas molestias porque total, no nos hace falta.

—¿En serio? ¿También andáis sobrados de pasta o qué?

—Todavía no.

—¿Cómo que todavía no? ¿Estás esperando que te toque la lotería?

—No, que se muera mi abuelo — Summer le miró sobresaltada—. Huy, cómo ha sonado eso... No quiero decir que lo vayamos a matar ni nada, ¡eh! ¡Que le queremos mucho, en serio! Lo que quiero decir es que tiene mucho dinero, pero de momento nos da una asignación mensual y hasta que no se muera, no recibiremos más. Y cuando

digo «más», me refiero a millones. Nuestro padre es su único hijo y le tocará también un buen pellizco, pero tiene de sobra para todos—. Se encogió de hombros—. Así que, ¿para qué preocuparme?

Summer le escuchó sin interrumpir, pensando si no se estaría inventando todo aquello. Al fin y al cabo, a la viuda negra le había dicho que era licenciado en arte, lo mismo era amigo de «disfrazar» sus vivencias...

—¿Y tú qué? ¿Qué me cuentas? — preguntó interesado— No he hecho más

que hablar sobre mí, ahora es tu turno.

—Mi vida no es nada interesante. Ya sabes, trabajar y... bueno, lo habitual, fiestas, tiendas, restaurantes —mintió con aplomo.

—¿Cómo conociste a míster serio? —La vio sonreír—. Vive en tu bloque o algo así, me suena que me contó Sarah, ¿verdad?

—Bueno, esa es una historia larga y que no me apetece mucho contar —Summer lo tenía claro, cuantos menos detalles del tema Liam diera, mucho mejor para ambos. Cody no necesitaba tener aquella

información, y así no la pillaría en ningún error.

—¿Os va regular?

—¿Qué?

—No sé, me da esa sensación. Porque en el bufete no sois demasiado cariñosos entre vosotros.

—Es el sitio donde trabajamos. ¿Qué quieres, que nos demos el lote en su despacho? —Le dio una palmadita en el brazo—. Será mejor que aprovechemos el tiempo, no quiero volver tarde.

Salió del coche, y Cody fue detrás, sin que se le pasara por la cabeza llevarle

la contraria. Y, sin ninguna duda, fue el mejor día que había pasado desde que había abandonado su hogar para instalarse en Pittsburgh.

Natasha estaba terminando de decorar una tarta de cumpleaños cuando Leo entró haciendo aspavientos con los brazos. Acostumbrada a sus despliegues, la chica ni se inmutó.

—¡Es horrible! —exclamó el chico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, sin que su tono de voz se elevara lo más mínimo.

—¿No has oído las sirenas?

—¿Qué sirenas? Aquí dentro no se oye nada, ya lo sabes.

—Hay un incendio en un almacén, lo han dicho por la radio. ¡Es enorme! Están todas las dotaciones de bomberos allí.

—Normal, es su trabajo. ¿Qué quieres? ¿Ir a mirarles? Porque no es como en las películas, no van a correr hacia a ti a cámara lenta sin camiseta ni nada por el estilo.

—Ja, ja, muy graciosa. También han dicho que han tenido que hospitalizar a varios.

Natasha se quedó quieta, pero al momento continuó con lo que estaba haciendo. Jesse había estado en la pastelería un par de horas antes recogiendo el desayuno tras un turno de noche, así que no estaba en la estación. Estaría durmiendo tan feliz en su casa.

—Bueno, espero que estén bien —dijo, sin saber a dónde quería llegar Leo.

—¿Bien? Natasha, he llamado a mis colegas, que han llamado a los suyos, y al final nos hemos enterado, y Jesse es uno de los que está ingresado—. Hizo una pausa dramática—. Y está grave.

Ella dejó la manga pastelera y parpadeó, sin poder creerlo. Pero por una vez en su vida, Leo estaba muy serio. Natasha negó con la cabeza.

—No —dijo—, tuvo turno anoche, vino esta mañana y...

—Y no le hiciste ni caso, como siempre. Tenía que volver a la estación para doblar turno. Normal que haya resultado herido, seguro que estaba cansado, o...
¿Estás bien?

Ella se había tambaleado, así que Leo le acercó solícito una silla y Natasha se sentó notando su corazón latir a mil por

hora. No podía ser, ¿Jesse herido? Tenía que ir a verle, tenía que saber que no era grave, y... empezó a levantarse, pero se sentó de nuevo. ¿Con qué cara iba a presentarse en el hospital? No la dejarían verlo, no era nada suyo. Y no lo eran porque ella le había seguido rechazando, hasta que él había dejado de insistir y solo se limitaba a comprar pasteles cuando tenía turno. La mayoría de las veces ni siquiera le atendía, sino que dejaba que Leo lo hiciera. Y entonces se dio cuenta de que probablemente había estado perdiendo

un tiempo precioso, porque podría haber estado con él y quizá ya era demasiado tarde. Tragó saliva y miró a Leo.

—¿Cómo de grave? —preguntó—. ¿Qué hospital, lo sabes?

—Está gravísimo, pero que muy grave, eso me han dicho—. Cogió un papel y escribió veloz en él—. Toma, ahí tienes el hospital y la dirección. Vete tranquila, yo me quedo a cargo del fuerte.

Le dio un par de palmaditas en la mano, pero Natasha apenas si se enteró. Leyó la dirección y se fue corriendo a su coche, imaginándose todo tipo de

heridas. Podía haberse quemado, o quizá se había roto algo... o las dos cosas; maldito Leo, ya podía haberle dado más datos, porque estaba a punto de morirse de la preocupación.

Dejó el coche aparcado de cualquier manera en la entrada del hospital, y corrió al interior. Se acercó a preguntar a recepción, cuando oyó una voz conocida detrás.

—¿Natasha?

Ella se giró, y sin pensar, abrazó al bombero.

—Max, menos mal que tú estás bien —

dijo—. ¿Y Jesse?

—Dentro, pero...

—¿Puedes llevarme con él?

—Claro, ¿cómo te has enterado de...?

—Leo. ¿Vamos?

Max afirmó, y la llevó hasta la zona de urgencias. Había varios bomberos esparcidos por la sala, con los uniformes manchados de hollín. Ninguno parecía herido de gravedad, y se preocupó aún más al ver que Jesse no estaba entre ellos. Max señaló una puerta.

—Está ahí dentro.

Sin pensárselo, Natasha se dirigió hacia allí y abrió la puerta. Al otro lado se encontró la zona de boxes, y pasó junto a varias cortinas hasta que de pronto, tras una de ellas, lo vio.

Jesse estaba sentado sobre una camilla; no llevaba camiseta, solo los pantalones y las botas reglamentarias, y también estaba manchado de hollín. Una enfermera entrada en años y del mismo tamaño de la camilla, le estaba tomando la tensión mientras él sostenía una mascarilla conectada a una bombona de oxígeno contra su rostro. Al verla, la

apartó y parpadeó varias veces, como si no creyera que estuviera allí.

—¿Natasha? —preguntó.

La enfermera le plantó la mascarilla de nuevo en la cara sin muchos miramientos.

—Respire y calle.

Natasha apretó los puños, dispuesta a estrangular a Leo por haberla asustado así, y se dio media vuelta para alejarse con rapidez. Pero antes de que pudiera dar más de dos pasos, Jesse se había deshecho de la enfermera y la mascarilla y la alcanzó, reteniéndola por el brazo.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Qué haces en urgencias?

—Por supuesto que estoy bien—. Se deshizo de su brazo—. Eras tú el que...

—Sacudió la cabeza, reteniendo las lágrimas—. ¡Se suponía que estabas grave!

—¿Qué? —La miró, confuso—. Solo me he intoxicado un poco con el humo, nada más. En cuanto respire un poco más de oxígeno estaré bien.

—Bueno, ¡pues yo no lo sabía! Leo me dijo que estabas grave, y yo...

Se quedó callada. Poco a poco, Jesse

empezó a sonreír, mientras que ella se cruzaba de brazos con gesto obstinado.

—Estabas preocupada por mí —terminó él.

—¿Y si fuera así, qué?

—Que entonces sientes algo, por mucho que me hayas ignorado cada vez que voy a la pastelería—. Natasha volvió a sacudir la cabeza, pero no se apartó cuando él le cogió la cara como solía hacer—. Entonces, ¿me has perdonado?

—No es eso, yo...

Él no la dejó continuar, callándola con un beso. Por desgracia, el humo en sus

pulmones interrumpió el momento, y tuvo que apartarse para toser. La enfermera apareció junto a ellos, y le dio la mascarilla con gesto hosco.

—Tiene que respirar esto un buen rato, señor, así que regrese a su camilla.

—Si espera un segundo...

—A mí esas miraditas de cachorro perdido no me impresionan, muchacho, así que vuelva a la camilla ahora.

Jesse se dejó llevar, con una mano sujetando la mascarilla y con otra sujetando a Natasha para que no se marchara. Pero ella se soltó, estaba

confusa por todo lo que había sucedido, y además, tenía que ir a matar a Leo.

—Tengo que irme a la pastelería —fue todo lo que dijo.

—Pero Natasha...

—¡He dicho que se ponga la mascarilla!

—ordenó la enfermera—. Su novia puede esperar fuera, ¿está claro?

Y le colocó la mascarilla con la goma alrededor de la cabeza, apretando sin piedad. Jesse miró a Natasha, rogándole con los ojos que se quedara, pero ella negó con la cabeza y se marchó. Pasó veloz por la sala de espera, sin

despedirse de los demás, y regresó a la pastelería.

En cuanto entró fue directa a por Leo, pero tuvo que controlarse porque había un par de clientes esperando. Cuando se hubieron ido, el chico le sonrió con inocencia.

—¿Qué tal está? —preguntó.

—¡Eres un manipulador, que lo sepas!

—Bueno, eso ya lo sé, pero no es lo que te he preguntado.

Natasha elevó las manos en el aire con desesperación. ¿Es que ese chico no se daba cuenta de lo cerca que había estado

de matarlo varias veces? Entrecerró los ojos, apuntándole con el dedo.

—Escucha, deja de meterte en mi vida, ¿vale? Lo que pase entre Jesse y yo, es entre nosotros, y...

—Y si fuera por ti el pobre chico seguiría empachándose de pasteles y chocolate todos los días solo por tener una excusa para verte. No sé qué más quieres que haga. Está arrepentido, y te adora. ¡Madre mía, si hasta ha borrado su agenda!

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Me lo contó un día, ya no sabe qué

más hacer para que le des una oportunidad. Así que bueno, cuando supe que estaba en el hospital... pensé que si no ibas a verle, significaba que de verdad no sientes nada por él—. Hizo una pausa y carraspeó—. Pero has ido.

Natasha quiso protestar, pero no pudo al darse cuenta de lo que acababa de decir. Y recordó también las palabras de Jesse. Tenía razón, por mucho que había intentado negárselo a sí misma, seguía sintiendo algo por él. ¿Significaba eso también que le había perdonado? Una vocecita le decía que sí, pero otra que

no podía fiarse. Aunque la que en aquel momento llevaba la voz cantante, era una tercera que le decía que fuera a buscarle y continuara con el beso que habían interrumpido.

Pero tuvo que dejar de lado las tres, porque empezó a entrar gente en el local, y Leo y ella tuvieron que ponerse a trabajar. Por suerte el becario llegó una hora más tarde, y pudo regresar a adornar sus tartas.

Se mantuvo ocupada el resto del día con varios encargos, y cuando llegó la hora de cerrar, lo único que tenía claro era

que quería estar con Jesse. Así que decidió que le llamaría al día siguiente, a ver qué tal estaba y si podían quedar para un café... Movi6 la cabeza, mientras sacaba ingredientes para hacer un bizcocho. ¿A qui6n quería engañar? No llegaría al café, lo más seguro era que se tirara a su cuello en cuanto le viera...

Leo se asomó a la cocina.

—Está todo recogido, y el becario ya se ha ido —informó.

—El chico tiene un nombre, ¿sabes?

—Sí, pero suena guay eso de un becario.

Como la Lewinsky, aunque no creo yo que este me haga...

—¡Leo! Como nos denuncie por acoso, te mato.

—Hija, qué violenta te pones, solo estaba bromeando—. Vio que ella no estaba muy convencida—. Vale, vale, ya me voy. No te quedes hasta muy tarde.

—No, solo quiero dejar un par de bases preparadas. Tú no te duermas mañana, que te toca abrir.

—Descuida, solo voy a tomar un par de cervecitas. Hasta mañana, sargento.

Natasha le sacó la lengua, y el chico se

fue riéndose. Ella no pudo evitar sonreír. Ciertamente, le mataría unas cuantas veces... pero el resto era un encanto y daba gusto trabajar con él.

Terminó de mezclar la masa y la vertió sobre un molde, para meterlo a continuación en el horno. Entonces oyó la puerta abrirse tras ella.

—¿Qué te has olvidado, cabeza de chorlito? —preguntó.

—Tenemos una conversación pendiente. Natasha se giró al reconocer la voz de Jesse. Él permanecía de pie en la puerta. Tenía buen aspecto (bueno, si era

sincera, hasta lleno de hollín lo había tenido), iba vestido con ropa de calle y o bien sus hormonas estaban revolucionadas, o desde donde estaba podía sentir lo bien que olía.

—¿Qué tal...? —Tragó saliva—. ¿Qué tal estás?

—Bien. La enfermera dinosaurio esa nos tuvo a todos unas cuantas horas con oxígeno y en observación, pero más por protocolo que otra cosa.

Dio un par de pasos hacia ella, hasta ponerse a su altura. Natasha retrocedió, pero se encontró con la mesa detrás, y él

la acorraló contra la misma.

—Creo que te quiero, ¿sabes? —Le soltó, de pronto. Ella se quedó sin aliento, mirándole con los ojos muy abiertos—. Digo creo, porque nunca he sentido algo así. Pero si me dejas que te lo demuestre...

—Jesse, yo... si vuelves a engañarme, te juro que te mato, y... —Él sonrió ampliamente—. No sé por qué sonrías así. Has estado en peligro, además, y...

—Porque me acabas de dar una oportunidad, y no voy a desaprovecharla

—Guiñó un ojo—. Y menos mal, no

sabes las horas de más que he tenido que pasar en el gimnasio para compensar todos los cupcakes que te compro.

Natasha sonrió. Jesse le acarició una mejilla, antes de inclinarse hacia ella y besarla con lentitud. Ella le rodeó el cuello con los brazos, suspirando contra sus labios y acercándose hasta que sus cuerpos estuvieron pegados. Jesse la cogió por la cintura, separándose para apoyar la frente en la suya.

—Espera —dijo.

—¿Qué pasa? —Le acarició la nuca, y él se estremeció—. ¿Jesse?

—Quiero hacer las cosas bien, si quieres empezar de cero, yo lo entiendo, y...

—¿A qué te refieres?

—A que si quieres que esperemos un mes, o dos, o lo que tú quieras, lo haré.

Como respuesta, Natasha se apoyó en la mesa y se subió sobre ella. Se apoyó en los brazos para no perder el equilibrio, y alargó las piernas para atraerle hacia sí. Jesse se quitó la camiseta, antes de inclinarse para besarla. Le quitó la camiseta y el sujetador, y fue bajando con sus labios por su cuello y pecho,

mientras la inclinaba sobre la mesa. Cuando la tuvo tumbada, bajó las manos para desabrocharle los vaqueros y quitarle el resto de la ropa. Trasteó en sus bolsillos hasta encontrar un paquetito, que a duras penas consiguió abrir. Se deshizo de su ropa y la cogió por las caderas para penetrarla.

Natasha ahogó un grito, sujetándose a la mesa. Jesse empezó a moverse contra ella, haciéndola gemir cada vez más fuerte, y cuando sintió que estaba a punto de estallar, la cogió por la cintura para que se sentara y poder besarla,

mientras los dos terminaban a la vez.

Jesse le acarició la cara, con una sonrisa al ver su cara de satisfacción.

—Estaba deseando hacer esto desde el día del curso —dijo.

Natasha enrojeció, mirando a su alrededor. Todo lo que había encima de la mesa había caído al suelo; la harina se había esparcido por todas partes, el bol de masa estaba volcado... aquello era un desastre, si Leo lo veía... y miró hacia la puerta por instinto, asustada. Jesse se echó a reír.

—Dios mío, ¿podría haber entrado

alguien! —exclamó ella.

—No te preocupes, cerré la de fuera cuando entré—. Natasha suspiró, aliviada—. Quería hablar contigo sin que nos molestaran. Y me ha encantado la conversación que hemos tenido, si te soy sincero.

Natasha le pegó en un hombro, para inmediatamente después cogerle la cara y mirarle a los ojos, besándole con fuerza. Cuando se apartó, siguió con su rostro entre las manos.

—¿Estás bien? —preguntó él, preocupado por la forma en que ella le

miraba.

—Yo solo... Quiero creerte, y lo hago, de verdad, pero no puedo evitar tener un poco de miedo.

—Lo sé.

Se apartó de ella y buscó en sus pantalones, hasta sacar su móvil. Abrió la tapa, y sacó la tarjeta. La dejó sobre la mesa y metió una nueva.

—He cambiado mi número —dijo—. Estaba esperando a poder hablar contigo para darte el nuevo, así tampoco podrá llamarme ninguna de mis... de las anteriores... —Resopló, sin saber cómo

decirlo sin que sonara mal—. En fin, nadie. Ni mi madre lo tiene todavía, que lo sepas—. Cogió la tarjeta vieja y se la dio—. Rómpela.

Natasha la miró, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas. Sabía que era una estupidez, ni que le hubiera regalado un collar de diamantes... pero aquel gesto tenía mucho más valor para ella. Así que la tiró al suelo y se lanzó a su cuello de nuevo.



14

Liam consultó su reloj por tercera vez, inquieto. Casi eran las ocho, y en aquel momento estaba sentado en el sofá, con la televisión encendida y un montón de expedientes esparcidos a su alrededor. Había intentado ver una película que pasaban por un canal, pero trataba sobre un rubio melenudo guaperas que iba por la calle lanzando un martillo, y al final había desistido... entonces quiso

trabajar para adelantar algo, solo que tampoco consiguió concentrarse.

Natasha había aparecido durante la hora de comer para traerle una bolsa que, según ella, contenía el vestido que debía llevar Summer a la comida en el Sakari.

—Ya veo que no pensabas salir — observó, cuando vio su ropa informal, y que no iba impecablemente peinado como siempre.

—Muy observadora. ¿Quieres un café? Ella había negado con ímpetu, para pasar a decirle que la rubia no estaba en casa, y que si no le importaba entregarle

el vestido un rato después. Liam dijo que de acuerdo, y cerró la puerta cuando su apresurada hermana salió, diciendo que había dejado solo a Leo y que no se fiaba en exceso de que no montara ningún número.

De manera que Liam agarró la bolsa y miró dentro de ella: menudo vestido. Ya intuía que estaría distraído como el día de la cena, al menos no llevaba tul por ninguna parte. Aún recordaba la sonrisa del portero cuando, al día siguiente, le había entregado unos cuantos trozos de tela, preguntándole si los había perdido.

Estúpido Zeke, no entendía qué le hacía tanta gracia... apartó la bolsa y fue a hacerse un café. Después, sin saber bien cómo, pasó un par de horas trabajando, porque últimamente parecía que se le reproducían los casos. Siempre había pensado que quería ser el mejor, pero ahora temía morir enterrado en trabajo. Sin saber cómo ni por qué, se levantó, agarró la bolsa, y bajó al tercero usando las escaleras. Cuando estaba llamando a la puerta se dio cuenta que no llevaba su ropa habitual, pero ya no tenía remedio, y tampoco pensaba subir a cambiarse,

así que insistió hasta que oyó un trote.

—¿Sí? —La puerta se abrió y apareció una Elke masticando algo, para no variar —. Ah, eres tú. Qué desarreglado te veo, picapleitos.

—Gracias —replicó Liam, enfurruñado. Temía tener que volver a aflojar la cartera para poder hablar con la rubia, así que decidió ir a lo seguro.

—Mira, Natasha me ha traído un vestido para Summer, pero ha dicho que no había nadie en casa cuando se ha pasado, así que...

—Summer no está —informó Elke,

solícita.

—Vale, pero... no sé, ¿crees que podrías dárselo? —Le tendió la bolsa, tratando de poner cara amable.

—Sí, claro—. La morena agarró la bolsa, la abrió y sacó el vestido para examinarlo—. Guau, muy sexy. Descuida, que se lo daré en cuanto entre por la puerta.

—Perfecto, Elke. Gracias—. Liam se dio la vuelta, contento por que todo hubiera salido bien, y sin tener que pagar nada por ello.

Hubo unos segundos de silencio

mientras se giraba, dispuesto a regresar a su piso, hasta que escuchó a la alemana carraspear.

—No creo que tarde mucho, por si quieres esperarla.

¿Meterse en su piso con ella? Debía estar loca. No tenía muy claro que no lo cortara en trocitos y lo escondiera en la nevera... o que le robara la cartera... o cualquier otra cosa que se le pudiera ocurrir.

Meneó la cabeza de forma negativa, e hizo otro intento de regresar a su piso.

—Se ha ido a esquiar con Cody —

informó Elke, de forma gratuita.

—¿Qué? —Liam se detuvo en el acto para regresar sobre sus pasos, mirándola sin dar crédito.

—Lo que has oído. Son amigos, ¿eso te molesta?

Estaba claro que Elke estaba disfrutando, la muy maldita. Ni siquiera tenía claro que no se lo estuviera inventando.

—Bromeas —respondió—. Me prometió que no lo vería.

—Pues te mintió—.Ella se encogió de hombros— Que pases buena noche.

Y cerró la puerta ante su cara, dejando a Liam con ganas de estrangularla. Subió a su piso, notando como un incipiente cabreo empezaba a abrirse paso, haciendo que la coherencia se volviera cada vez más diminuta. Tenía que ser una broma de Elke... tampoco era tan raro, la alemana tenía un curioso sentido del humor, y le gustaba meterse con él. Por otro lado, ¿qué ganaba contándole aquello si no era cierto? Y lo más importante de todo, ¿por qué le importaba?

Se repitió a sí mismo que daba igual,

Summer podía salir con quien quisiera. Pero joder, ¿tenía que ser con el australiano? ¿Y encima después de haberle prometido que no lo haría? ¿Por qué lo provocaba de esa manera?

No, no lo estaba provocando; de hecho, seguro que contaba con que él no se iba a enterar. Seguía sin tener claro que aquello no fuera una tomadura de pelo, pero había alguien que podía decirle si Summer había subido a algún coche, y ese era Zeke. Volvió a salir pegando un portazo, mientras notaba que su cabreo aumentaba por momentos.

No hacía falta tener demasiada imaginación para adivinar que el tal Cody pretendía seducirla, y eso no le gustaba nada. Y aquella sensación de agobio, molestia en el estómago, furia y ganas de soltar una maldición tras otra, ¿qué diantres era? No sabía por qué se sentía así, y fuera lo que fuera, era una mierda.

Según bajaba en el ascensor, se dio cuenta de que podían ser celos, pero al momento apartó esa idea de su mente. No eran celos, es que era normal sentirse así. Era lo lógico cuando

alguien rompía una promesa. ¿No? ¿NO? Zeke estaba dormitando sobre su mostrador, y se espabiló al momento al ver llegar a Liam; se puso tenso cuando percibió el enfado que traía consigo el abogado, muy patente con aquellos ojos que por norma general eran fríos, y en aquel momento echaban chispas.

—¿Pasa algo, señor Warren?

—Sí, pasa algo. A ver si me puedes ayudar—.Apoyó las manos en el mostrador, haciendo que Zeke retrocediera—. ¿Ha venido alguien a recoger a Summer esta tarde?

Zeke lo miró de hito en hito, pasmado.

—¡No me mires con esa cara de tonto!

Es una pregunta fácil.

—Sí, perdón, señor Warren. Yo... digo, sí.

—¿Sí qué? ¿Sí es una pregunta fácil, o sí ha venido alguien a recogerla?

—Las dos cosas, señor. Sí, señor Warren, ha venido un monovolumen a por ella —explicó, cohibido. Al ver que Liam esperaba alguna información más, decidió soltarlo todo por si acaso. No podía evitarlo, aquel hombre le daba miedo—. El monovolumen era de color

beige, con matrícula número...

—¿Quién conducía? —lo interrumpió Liam, con un gesto.

—Un hombre joven de pelo rubio, muy sonriente—. Al ver su cara tragó saliva

— ¿Va todo bien, señor...?

—Como no dejes de llamarme señor Warren, te...

Zeke ya estaba temiendo que aquel hombre saltara tras el mostrador y lo abofeteara, cuando vio que la puerta se abría; los dos se giraron a la vez, descubriendo que era la propia Summer, que regresaba. Tras ella, Liam vio a la

perfección el monovolumen del que el vigilante le había hablado, y también que era el maldito australiano quien lo conducía.

Abandonó al instante a Zeke, y fue directo hacia la rubia, con la misma cara que lo había acompañado desde que decidiera llamar a la puerta para entregar el vestido.

Cody detuvo el coche frente al edificio de Summer, así que ella se bajó del vehículo y se despidió con una sonrisa; no se molestó en ponerse la cazadora, y

entró en el bloque esperando que Zeke no la sometiera a uno de sus interrogatorios. Últimamente su vida era tan agitada que no le apetecía demasiado dar explicaciones... quería ponerse el pijama e iniciar una historia de amor de veinticuatro horas con el sofá mientras comía chocolate y veía alguna serie de trama fácil que no le hiciera tener que concentrarse demasiado.

Sin embargo, según se aproximaba a la recepción descubrió que Zeke no estaba solo, y es que Liam estaba apoyado en el mostrador, al parecer hablando con él.

Algo que, sin duda, debía de tener al portero anonadado. Y acojonado, por su expresión.

Se paró un momento, pensando si tendría tiempo de escurrirse hacia las escaleras, pero entonces Liam alzó la vista y la vio. No esperó a que avanzara, sino que él mismo fue a su encuentro, lo que hizo que se irguiera sin saber qué esperar... cuando llegó a su altura se dio cuenta de que nunca lo había visto con ese aspecto; sin uno de aquellos trajes que parecía que se le habían adherido a la piel de por vida, aquella cara de cabreo

y hasta con el pelo revuelto. Lo primero que le vino a la cabeza fue que estaba guapísimo de esa guisa, pero entonces se percató de que le iba a caer una bronca y se preparó para lo peor.

—¿Qué pasa? —preguntó, aunque no quería saberlo, cuando el chico llegó a su altura.

—Dime que no has salido otra vez con ese paleta australiano, por favor.

Vale, Liam no conocía la humildad ni se había cruzado con ella en su vida. ¿Cómo se habría enterado? Lo primero que pensó fue que se lo habría dicho

Elke, le pegaba tanto ponerla en situaciones embarazosas con premeditación...

—No es ningún paleta —protestó.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre contestar? ¡Me prometiste que no le verías más!

—Liam, no es lo que crees... —intentó explicar.

—¿Sabes lo que parece? Como si ese cabrón estuviera tratando de robarme una novia por segunda vez, y por cierto, deberías recomendarle que buscara chicas por propia iniciativa y no las

mías, parece que le falta un poco de personalidad.

Summer parpadeó al percibir su tono brusco y se puso a la defensiva... ya estaba el Liam engreído, al que no soportaba.

—Te estás equivocando —hizo un nuevo intento.

—Si me equivoco, ¿por qué has salido con él a escondidas?

—Pero, ¿cómo sabes...?

—Me lo ha dicho Elke.

¡La iba a matar! Despacio, muy despacio.

—Escúchame —pidió, tratando de no perder los estribos a pesar de que él le estuviera gritando en medio del portal, proporcionando además una emoción impagable a Zeke—. Solo es un amigo.

—¿Y tiene que ser precisamente ese tío? No puedes elegir otro amigo, no, tú te coges a uno que no puedo ni ver porque ya me fastidió una relación... ¿y qué pasa, que quiere tener un harén? —La miró con una mueca—. Pensaba que tenías algo más en la cabeza, que no eras de las que se dejaban engatusar por una cara bonita o unos músculos, pero...

—Creo que deberías dejar de hablar —
le cortó Summer—. Estás cabreado y a
lo mejor luego te arrepientes de tus
palabras.

—Sí, ya lo creo que estoy arrepentido,
pero no de mis palabras, sino de haber
tenido algo que ver contigo.

—¡Estás sacando todo de contexto! —le
gritó ella, sin poder contenerse—. Cody
tiene problemas, Sarah no le escucha ni
le interesa si está feliz o no, y necesita a
alguien con quien hablar.

—¡Pues que vaya al psicólogo!

—Pero, ¿por qué te molesta tanto?

Igual estaba celoso. Eso le gustaría.

—No pienso permitir que ese descerebrado me vuelva a poner en ridículo, ¿lo entiendes? ¿Te imaginas cómo voy a quedar si me hacen lo mismo, por segunda vez?

Vale, no eran celos, solo sus estúpidas apariencias.

—Vamos, que tu única inquietud es quedar mal de cara a la galería... —Le pegó un empujón para apartarlo y avanzar—. Luego me dices a mí, pero tú eres peor que yo.

—¿Qué quieres decir con eso? —Liam

la detuvo cogiéndola por el brazo.

—¡Lo único que te importa son las apariencias! No quedar mal, igual que con tu ropa, tu coche, tu trabajo o tu ex novia... ¿Sabes lo que debería darte vergüenza? ¡Haberme utilizado para tus planes!

—No te pareció tan mal cuando a cambio te perdoné la multa, ¿no?

—¡Sí, eso eras antes de conocerte y saber de primera mano lo odioso que puedes resultar a veces!

—¿Yo, odioso? Pues mira, al menos no engaño a nadie como tú, Summer Grey.

Eres igualita que tu nombre y apellido, el primero crea una falsa expectativa de dulzura y buen tiempo, y el segundo te da con la puta realidad en la cara.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, Summer le pegó una bofetada. Y no le dio más fuerte porque era una chica y no un culturista, si no, le habría roto el pómulo como mínimo... si es que se veía venir, ya eran tantas las veces que se había contenido que, al explotar al fin, había sido mucho peor.

Liam se quedó asombrado, sin poder creer que ella le hubiera pegado.

—Eres un imbécil —le soltó la rubia, por si acaso no hubiera sido suficiente con la leche que le había metido.

Y pasó a su lado como una fiera camino del ascensor, sin detenerse siquiera a hablar con Zeke, que observaba la escena con los ojos abiertos como platos mientras echaba de menos no haberse llevado un paquete de palomitas.

Liam se frotó la mejilla dolorida, pensando que le estaba bien empleado por mezclarse con una chica así. ¿Cómo se atrevía a tratarlo de aquella manera?

¿Quién se creía que era para tomarse la libertad de gritarle en público y además darle semejante bofetón? Si Summer creía que las cosas se iban a quedar así, estaba muy confundida. Miró en su dirección, justo cuando las puertas del ascensor se cerraban. Si se daba prisa subiendo las escaleras, y no caía fulminado por un infarto durante el camino, podría alcanzarla antes de que entrara en su piso y decirle las cuatro palabritas que se merecía. Así que echó a correr, dejando a Zeke todavía más asombrado y manipulando a toda prisa

las cámaras para ver si podía ver la segunda parte de aquella historia, aunque fuera sin voz...

Liam consiguió llegar al tercer piso seguro de haber batido algún récord, porque alcanzó a Summer cuando esta estaba con las llaves en la puerta.

—Si crees que esto se ha acabado... — cogió aire, sin aliento—. Estás muy equivocada.

—¡Ja! Eso habría sonado mejor si no te hubieras dejado los pulmones por el camino.

Y consiguió abrir la puerta. Pero Liam

alargó la mano hacia el pomo y la cerró de nuevo. Summer lo miró furibunda.

—No sé si sabes que Elke tiene muchas habilidades de supervivencia, y me ha enseñado cómo utilizar ciertas llaves en caso de emergencia. Apártate, o te saco un ojo.

Liam la creía muy capaz, pero estaba fuera de sí y le dio igual. La cogió de los brazos para que le mirara.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó—. ¿Tan complicado es ponerte por una vez de mi parte?

—¿Tan complicado es para ti pensar un

poco en los demás, en lugar de en ti mismo? No eres el centro del universo, ¿lo sabías?

—No, ya veo que el maldito australiano lo es, porque todas os volvéis locas por él. ¿Ya has podido comprobar sus musculitos?

Summer levantó la mano para golpearle de nuevo, pero Liam la detuvo en el acto. Se quedaron mirándose a los ojos, los dos echando chispas. La rubia abrió la boca para hablar, pero no pudo hacerlo porque de pronto él la estaba besando. La sorpresa le duró medio

segundo, lo mismo que tardó en agarrarle del pelo para corresponderle con la misma fiereza. Liam la cogió por la cintura, apoyándola contra la puerta, y la levantó para que ella lo rodeara con sus piernas. Summer se sujetó a su cuello sin dejar de besarle, pensando confusa que nunca hubiera imaginado que Liam fuera de los empotradores, como decía Elke... y maldito fuera, porque la estaba poniendo a cien. Liam bajó los labios a su cuello, y ella soltó una mano para intentar alcanzar las llaves, ya perdiendo cualquier

pensamiento coherente.

Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, él estiró la mano para ayudarla y tras varios intentos consiguieron abrir la puerta, por lo que casi cayeron al interior cuando cedió. Liam la cerró de un portazo, y llevó a la chica directamente a su habitación, sin dejar de besarse por el camino ni separarse, y así llegaron hasta la cama sin tropezar. La tumbó y le desabrochó los pantalones, metiendo la mano dentro para acariciarla. Summer se arqueó hacia él, con un gemido, y alargó las

manos para tirar de su camiseta. El chico se apartó para poder deshacerse de la prenda, mientras ella se ponía de rodillas y le bajaba la cremallera del pantalón. Le empujó para tumbarle, quitándole toda la ropa, y él la dejó hacer, mirándola con sus ojos azules oscurecidos por el deseo. Summer se inclinó para acariciar su pecho con la lengua, dejando un reguero de besos hasta quedarse entre las piernas. Liam cerró los ojos, aquello era demasiado bueno; como continuara así iba a terminar muy pronto y no quería, así que

le acarició el pelo incorporándose un poco. Ella le miró confusa, pero Liam la besó quitándole su camiseta. Entonces fue él quien la desnudó, para acomodarse inmediatamente después entre sus muslos. Le cogió las manos, mirándola a los ojos, y Summer elevó las piernas para rodearle con ellas. Ahí ya no pudo aguantar más, y la penetró de forma que los dos gimieron. Le soltó las manos para coger sus caderas, moviéndose de forma rápida. No podía ser de otra manera, porque Summer se agitaba bajo él, apasionada, instándole a

seguir. La chica le sujetó la cara para besarlo, notando que el orgasmo llegaba, y cuando la sacudió fue tan intenso que pensó que perdería el sentido, nunca había notado nada tan fuerte. Liam gimió contra su boca, y la abrazó con fuerza, quedándose quieto. Los dos estaban sin aliento, y permanecieron abrazados sin mirarse durante unos segundos.

Despacio, él se echó a un lado. Se quedaron bocarriba mirando el techo, como si fuera lo más interesante del mundo, hasta que Summer se estremeció

de frío y se levantó para buscar su ropa. Liam se sentó, apoyando los brazos en las rodillas, y no pudo evitar excitarse de nuevo al verla pasear desnuda por la habitación. Se frotó la frente, obligándose a usar la parte racional de su cuerpo, no la que en aquellos momentos se estaba llevando todo el oxígeno.

—Esto no... —empezó.

—No deberíamos haber... —dijo Summer, a la vez.

Se callaron, mirándose a los ojos. Summer apartó la vista y recogió un par

de prendas del suelo. Le pasó los pantalones, sin mirarle ni acercarse demasiado.

—Esto es tuyo —murmuró.

Le dio la espalda para vestirse, así que Liam se incorporó y recogió el resto, colocándose la ropa también.

—Supongo que... —dijo—. Te veré mañana en la oficina.

—Sí. Oye, siento la bofetada, pero es que cuando te pones así no hay quien hable contigo, y...

—¿Quieres que discutamos otra vez?

Ella lo miró, y luego a la cama,

preguntándose si era una indirecta, porque de serlo, no estaba segura de ser capaz de decir que no. Y es que estaba tan guapo con el pelo revuelto, la ropa arrugada, y... se dirigió hacia la puerta, antes de hacer alguna tontería como lanzarse encima y empotrarlo contra algún mueble. Frunció el ceño, imaginando la escena. Maldita Elke, mira que meterle esa palabra en la cabeza.

Abrió la puerta de la calle, y cuando se dio la vuelta casi se chocó con él, que la seguía con las manos en los bolsillos.

De nuevo se quedaron mirándose unos segundos, pero esta vez fue Liam quien rompió el contacto y salió, carraspeando.

—Sería mejor si... —empezó de nuevo —. No sé... ¿lo olvidamos?

—Sí, no te preocupes, que para cuando llegues a tu piso ya lo habré borrado de mi mente.

Y pegó un portazo que retumbó por todo el edificio. Se apoyó en la puerta cogiendo aire, había estado a punto de darle otra buena bofetada. ¿Olvidarlo? Como para hacerlo, si había sido uno de

los mejores polvos de toda su vida... Se estremeció solo de recordarlo. Cerró los ojos, maldiciéndose por aquel cuerpo suyo tan traidor, pero los abrió con brusquedad al oír un ruido.

Elke se asomó con cuidado desde su habitación, y al verla se quitó unos auriculares que llevaba puestos en los oídos. Tenía una tarrina de helado en las manos, y una cuchara.

—Vaya, ¿ya se ha ido? —preguntó, hundiendo la cuchara.

—Pero tú... ¡¿ESTABAS AHÍ?!

—Ey, rubita, no me grites. Yo estaba tan

tranquila y feliz comiéndome mi helado en la cocina cuando de pronto habéis entrado ahí dándole al asunto. Que conste que he intentado hacer gestos y eso, pero como que estabais un poco ocupados. Y perdona, pero para algunas cosas soy pudorosa aunque no te lo creas. Así que me he venido a mi cuarto y me he puesto los cascos a todo volumen.

—Dios mío—.Había enrojecido hasta la raíz del pelo—. Oye, esto no ha pasado.

—Ya, bueno—.Se metió una cucharada en la boca—. Lo que tú digas. Pero a mí

me da que «algo» sí que ha pasado —.Summer se acercó y le arrebató la tarrina y la cuchara, llenándola de helado—. Menos mal que no soy escrupulosa.

—Te digo que no ha pasado nada—.La amenazó con la cuchara, y suspiró—. Ay, Elke, esto es un desastre.

—Creo que tenemos para rato—.Le palmeó un brazo—. Anda, vamos al sofá y me cuentas, voy a por otra tarrina y otra cuchara, creo que con una no nos va a llegar.

Liam entró en su piso pegando otro portazo que hizo que Zeke mirara las cámaras ansioso; aparte del interés que el asunto le causaba, empezaba a temer que algún cristal resultara perjudicado en el proceso.

El abogado se empezó a pasear por su salón como un león enjaulado. Un par de veces se dirigió hacia la puerta, dispuesto a bajar y terminar aquella discusión, pero sacudía la cabeza y volvía a sus paseos. Miró la alfombra como si tuviera la culpa de todo, pensando que iba a acabar haciendo un

surco.

Acabó metiéndose en la ducha a ver si con agua fría se tranquilizaba, pero su cuerpo pensaba de otra forma porque cuando salió, seguía igual; maldita Summer, solo quería coger y estrangularla... o más bien, volver a tirarla sobre la cama o lo que primero pillara, porque se había quedado con ganas de más. Y eso que había sido increíble, no recordaba haber tenido tan buen sexo en su vida. Porque con Sarah no había estado mal, al menos al principio... ya ni recordaba la última

vez que lo habían hecho, después de unos meses parecían un matrimonio que llevaba veinte años casados y solo se acostaba una vez al mes, y porque tocaba.

Se dejó caer en el sofá, pasándose una mano por el pelo. ¿Pero qué demonios había pasado? ¡Si Summer no le gustaba! ¿O sí? Sacudió la cabeza, repitiéndose que no. Y menos cuando la chica estaba haciéndose tan amiguita del maldito australiano, que parecía no dar abasto el chaval.

En ese momento llamaron al timbre, y se

sobresaltó. Se quedó pensando si abrir o no, por si era ella... pero cuando volvieron se levantó para ir hasta la puerta.

No supo si sentirse aliviado o decepcionado al ver a su hermana al otro lado, con una caja de su pastelería, un batido de frutas en un enorme vaso de plástico y una sonrisa feliz.

—Hola, te traigo unos donuts, ¿te apetecen?

Liam gruñó como respuesta, pero le cogió el batido y se apartó para que pasara. Natasha dejó la caja y se quitó

la chaqueta, mirándolo preocupada.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Te has dado algún golpe en la cara? Tienes ese lado un poco...

—Summer me ha dado una bofetada —.Se sentó en un taburete de la cocina, dando un sorbo a la bebida, mientras ella sacaba los donuts a un plato—. Una buena.

—Ya—.Le pasó un donut—. ¿Qué le has hecho?

—¿Perdona? O sea, que no te doy pena.

—Mmmmm—.Mordió uno, y se sentó frente a él—. Conociéndote, algo le

habrás hecho, me da que llevaba tiempo queriendo dártela.

—Pues que sepas que la culpa es de ella, se está viendo con el australianito de las narices.

—Pero en plan amigos.

—¿Qué? ¡No me jodas que tú lo sabías!

—Algo me había contado—. Se encogió de hombros—. Pero bueno, ¿a ti qué más te da?

—¿Cómo que qué más me da? ¡Se supone que es mi novia! ¡No puede ir por ahí viendo tíos, y menos a ese, que ya me quitó una!

—No debe de irle muy bien con Sarah, por cierto.

—¡Pero tú me estás escuchando!

—Sí—. Dio otro mordisco—. Y lo que me gustaría saber es por qué estás tan alterado. No te pusiste así cuando Sarah cortó contigo, y tú mismo lo has dicho: Summer no es tu novia, solo lo finge. ¿Qué ha pasado después de que te pegara? —Liam se metió el donut entero en la boca—. Liam, no me digas que habéis dejado de hablaros o algo así... —Él negó con la cabeza, evitando mirarla—. Mira, si no me lo cuentas voy

a pensar mal, ¿eh? —lo había dicho bromeando, pero su hermano se atragantó con el donut, y Natasha abrió la boca asombrada—. Ay, madre. ¿Os habéis acostado?

Él hizo un gesto intentando quitarle importancia. Con gran dificultad, dio un trago al batido y consiguió pasar el condenado donut, para coger otro de chocolate después.

—Ha sido un arrebato, no sé. Algo raro.

—¿Raro? ¿Pero en qué sentido? ¿No te ha gustado?

—No pienso hablar de sexo contigo,

Natasha. Eres mi hermana pequeña.

—No me seas mojigato, y cuéntamelo.

¿No estuvo bien?

—Joder—. Movi6 la cabeza—. S6, ha estado muy bien, pero eso da igual. No entra en mis planes liarme con mi vecina del tercero, que me ha puesto la cara como un mapa, est6 ligando con el novio de mi ex y encima tambi6n me ha dicho que lo iba a borrar de su mente en cuanto yo saliera por la puerta. As6 que gracias pero no, gracias, ha sido algo casual, inexplicable y que no se repetir6. —Si t6 lo dices...

—Pues claro que lo digo—. Se terminó el donut, y cogió otro relleno de mermelada—. Qué manía tienes de cebarme a dulces.

—Sí, ya, te obligo a comerlos.

—En fin, ¿y qué haces por aquí?

—Tenía un reparto cerca, y bueno... quería contarte una cosa. Pero tienes que prometerme que no te vas a enfadar.

Menudo día que llevo, pensó él, y le hizo un gesto para que continuara. No podía ser peor que una novia falsa que se veía a escondidas con un cachas australiano...

—He vuelto con Jesse.

Vale, pues sí era peor. La miró como si no la hubiera oído bien. Natasha jugueteó con una servilleta, esquivando su mirada de censura.

—Sé que él... —continuó—, sé que no te cae bien, pero...

—¿Que no me cae bien? Menudo eufemismo. ¿El tipo que, te recuerdo, te engañó?

—Lo sé, pero ha cambiado—. Liam hizo un ruidito escéptico—. Liam, me gustaría que le dieras una oportunidad como yo he hecho.

—Es decir, que lo veré en los partidos.

—Por ejemplo. Y me gustaría invitarle a alguna cena, como aquella vez, y...

—Mira, tú verás. Pero cuando vengas llorando otra vez, «te lo dije», y será culpa tuya. Lo sabes, ¿no? Porque no me sorprenderá que te lo vuelva a hacer.

Natasha no se enfadó, ya había supuesto que Liam iba a reaccionar así. Solo esperaba que, con el tiempo, se diera cuenta de que Jesse de verdad había cambiado... tal y como ella quería creer. Pero además, en aquel momento estaba más interesada en lo que Liam le

había contado que en su reconciliación con Jesse. Aunque su hermano seguía con la boca llena y parecía que no iba a poder sacarle más, así que tendría que ir a la otra fuente de información.

—Debería ir a seguir con el reparto — comentó—. ¿Hablamos luego?

—Claro —pareció aliviado de que Natasha no volviera al tema de Summer—. Me quedo con la caja, ¿vale?

—No te los comas todos de una vez, a ver si te van a sentar mal.

Le dio un beso en la mejilla y salió del piso. Antes de ir al de Summer, bajó

hasta su furgoneta para coger otra caja de pasteles. El tema requería dulce por el medio, no podía presentarse sin nada y esperar recibir información al respecto, así que suponía que una docena de cupcakes de chocolate negro y cerveza con bacon caramelizado ayudarían... de paso cogió un par de brownies y se los dio a Zeke para que no se le ocurriera comentar a Liam que había vuelto ni a qué piso se dirigía. Dudaba que su hermano hablara mucho con él, pero mejor prevenir que curar. Subió por las escaleras ya que también

sabía que Liam no las solía utilizar, y llamó al timbre del apartamento de la rubia.

Summer pegó un bote sobre la cama, atragantándose con el helado que se acababa de meter en la boca. Elke estuvo rápida y pudo sostener la tarrina antes de que cayera al suelo.

—¿Esperas a alguien? —preguntó la rubia, esperanzada.

—No. ¿Me vuelvo a poner los cascos?

—No pienso abrir, ¿tú estás loca?

—Me lo preguntas tanto que al final voy

a pensar que sí... —El timbre sonó de nuevo—. A lo mejor no es él, voy a mirar.

Dejó la tarrina junto a la suya sobre la mesa y se levantó para ir hacia la puerta, pero no llegó: Summer la placó justo en el marco y cayeron en medio del pasillo. Elke empezó a protestar, pero la rubia le cubrió la boca con la mano con gestos insistentes para que no hablara.

—¿Summer? —oyeron una voz femenina—. ¿Elke? Os estoy oyendo.

Elke consiguió librarse de la mano de Summer.

—Creo que es Natasha —dijo.

—¡Peor me lo pones, que es su hermana!

—susurró Summer—. Y cállate, que te va a oír.

—Espera que miro.

Se levantó con dificultad y levantó la mirilla, para girarse con los ojos brillantes de emoción.

—Summer, eres mi mejor amiga y sabes que te quiero, pero lo siento mucho: tengo que dejarla entrar.

—Como no esté sola, te juro que...

Pero Elke ya estaba abriendo la puerta con una enorme sonrisa. Summer

resopló mientras se ponía en pie, y al ver a Natasha sosteniendo una caja abierta con cupcakes, comprendió: Natasha sabía que no le abrirían si no llevaba algo para sobornarlas, lo cual quería decir que ya había hablado con Liam.

—No sé qué te ha contado tu hermano, pero no ha pasado nada —dijo.

Y se giró con gesto digno para regresar al interior del salón. Elke se encogió de hombros, cogiendo la caja de cupcakes.

—No le hagas caso, estaba a punto de iniciar mi interrogatorio así que llegas a

tiempo. ¿Qué te ha contado Liam?

—Poca cosa, que ha sido algo casual.

—¡Ja! —Natasha levantó una ceja—.

Casual, dice... —Sacó un cupcake—.

Vamos allá, que yo estaba delante y tengo detalles jugosos.

—¿Que estabas delante? ¿Cómo que delante?

—Na, solo cuando entraron, y... —La empujó hacia el salón—. Venga, vamos, ¡que estas cosas hay que hablarlas en caliente!

Natasha entró en el salón, donde Summer ya se había acomodado de

nuevo en una esquina del sofá con la tarrina sobre las rodillas y la boca llena de helado, mientras Elke pasaba por la cocina para coger otra cuchara y servilletas de papel. Después se acomodó en el otro extremo del sofá.

Natasha colocó unos cojines en el suelo junto a la mesa frente a ellas, cogió las servilletas y les entregó un cupcake a cada una antes de sentarse.

Summer aceptó el suyo con cara de resignación. Empezó a quitarle el papel con lentitud y concentrada como si estuviera haciendo encaje de bolillos,

hasta que Elke se lo arrancó de las manos, se deshizo del papel y se lo devolvió.

—Empieza a contar pero ya, o me como también el tuyo —amenazó.

—Si es que no sé ni cómo explicarlo, de verdad.

—¿Qué tal por el principio? —sugirió Natasha—. Liam me ha dicho que estuviste con Cody, ¿fuisteis a esquiar?

—Sí—.Fulminó a Elke con la mirada—. Y «alguien» se lo contó.

—Se habría enterado igualmente —replicó la alemana, haciendo un gesto

con la cuchara para quitar importancia al tema—. Pero al grano, porque lo que yo vi fue cómo entrabas en casa enganchada al abogado cual koala mientras os comíais la boca como si se acabara el mundo. Que por cierto... — miró a Natasha—. No me imaginaba yo a tu hermano del tipo empotrador, pero mira tú, la vida está llena de sorpresas.

—¿Empotrador?

—Sí, de los que te empotran contra un mueble —La chica enrojeció—. Ah, veo que el bombero era de esos. Pero qué suerte tenéis, cabronas, y yo aquí llevo

una temporada de sequía que... —
Natasha carraspeó, señalando a Summer con la cabeza—. Sí, perdón, que me disperso. A ver, a lo que íbamos. Te fuiste a esquiar con Cody y...

Le hizo un gesto para que continuara hablando. Summer suspiró, dándole un mordisco al cupcake.

—Pues nada, le enseñé a esquiar, estuvimos hablando y eso... es un chico muy majo, la verdad, y no anda muy bien con Sarah, lo cual tampoco me extraña. En fin, que cuando me dejó en la puerta dio la casualidad de que Liam estaba

hablando con Zeke...

—¡Eso sí que es raro! —exclamó Elke
—. Perdón, sigue.

—Empezamos a discutir. Y bueno, le di un bofetón porque es que se puso imbécil y...

—¿Que le diste un bofetón?—Elke no se lo podía creer—. ¿Tú?

—Eso lo puedo certificar yo —intervino Natasha—. Cuando le he visto tenía la cara marcada y todo.

—Sí, vale, quizá le di un poco fuerte...
—la rubia enrojeció—. ¡Pero es que luego me siguió hasta aquí y cuando iba

a darle otra vez...!

Se llenó la boca de helado y cupcake mientras las otras dos chicas se inclinaban hacia ella, expectantes. Summer siguió con el helado hasta que Elke le quitó la tarrina sin miramientos, impaciente.

—¡Se acabó! Nada de helado hasta que lo sueltes.

—Pues que de pronto me besó, y os juro que le iba a apartar, pero no sé cómo le cogí del cuello y... y sin darme cuenta le abracé y para cuando reaccioné estábamos en mi habitación, con la ropa

por ahí tirada.

—Sí, ya, «accidentalmente» os la quitasteis y caísteis sobre la cama, claro, y «por casualidad» vuestros cuerpos desnudos se juntaron.

—Más o menos.

Recuperó su tarrina con gesto enfadado. Natasha sacudió la cabeza para no imaginar a su hermano en aquella situación.

—¿Y qué pasó después? —preguntó.

—Silencio sepulcral. Luego nos vestimos, y quedamos en olvidarlo... ah, y le cerré la puerta en la cara.

Elke y Natasha se miraron, mientras la rubia volvía al helado.

—Pues menos mal que no te gustaba mi hermano —dijo Natasha, al rato.

—Si es que no me gusta... —contestó ella—. O sí, no lo sé. Aunque tiene un algo que... cuando no está tan serio es... y esos ojitos que pone...y las pecas...

Elke abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Joder, Summer, que tú te has enamorado!

—¿Qué? ¿Tú estás loca?

—Y venga con la preguntita de marras.

—Summer, yo creo que Elke... —

empezó Natasha.

—No, ni hablar, estáis chifladas. No pienso enamorarme de un abogado estirado que sigue colgado de su ex.

—No creo yo que Liam vaya a volver con Sarah.

—Tú solo le defiendes porque es tu hermano.

—Bueno, dentro de poco tenéis una comida, ¿no? Y trabajáis juntos. Quiero decir, que podrás comprobarlo por ti misma.

—A mí el chico tampoco es que me cayera muy bien —añadió Elke—, pero

después de esto... oye, que nunca se sabe, no imaginábamos que era un empotrador y fíjate.

—¡Pero quieres dejar de decir eso!

De pronto sonó un pitido, y las tres dieron un bote. Natasha sacó su móvil al darse cuenta de que era el suyo para apagarlo, pero al leer el mensaje sonrió de una forma que hizo que las otras dos la miraran inquisitivas, olvidando el tema que las ocupaba por un momento.

—¿Y esa cara de atontada? —preguntó Elke.

—Ah, sí, bueno—.Guardó el móvil tras

teclear un mensaje con rapidez—. Que os iba a contar también, es que me he reconciliado con Jesse.

—¿Y lo de la otra? —Summer le pegó un codazo—. ¿Qué? Es por tener todos los datos.

—Bueno, Jesse me ha pedido perdón. Borró su agenda, y hasta ha cambiado su número. A Liam no le ha hecho mucha gracia, pero espero que con el tiempo se acostumbre. Dentro de poco es su cumpleaños, así que aprovecharé para hacerle una cena con nuestros amigos y lo invitaré también.

—Ja, qué guay, ¿en plan fiesta sorpresa? Porque menudo regalito... —Summer volvió a darle otro codazo—. Y venga con el maltrato.

—¿Te apuntas, Summer? Vendrán Lars y Aidan.

Esta la miró anonadada, sin saber qué contestar. Porque los chicos le caían bien, pero teniendo en cuenta la situación con Liam, no estaba segura de que fuera lo más oportuno.

—¡Pues claro que nos apuntamos! —contestó Elke—. ¿Cuándo es?

—Os avisaré cuando esté organizado,

¿vale? —Su móvil volvió a pitar, y resopló al ver el mensaje—. Tengo que irme, Leo está solo en la tienda. Avisadme si pasa algo más, ¿eh?

—Tranquila, mientras haya provisiones de por medio, ya me encargo yo de tenerte al tanto si veo algo —contestó Elke, guiñándole un ojo.

—Nos vemos, entonces.

Se despidió con la mano y se marchó del apartamento. Summer vio que Elke tenía intención de seguir hablando del tema, así que se incorporó antes de que pudiera hablar.

—Me voy a la ducha.

Y corrió a encerrarse antes de que la morena pudiera impedirlo.



Liam detuvo el coche delante del Sakari, y Summer se alegró de poder bajarse al fin del vehículo. En su vida había pasado unos veinte minutos como aquellos, con tanta tensión que hubiera podido cortarse con un cuchillo... tonta ella, que en su ingenuidad había creído que lo sucedido podía olvidarse. No había sido así, y no porque no lo hubiera intentado, que había puesto todo de su parte ya desde el momento en que se

había metido en la ducha... «no pienses en nada sexual, Summer». Y fue repitiendo la frase cada pocos minutos, convencida de que si lo hacía las veces suficientes daría resultado.

Luego tuvo claro que aquel pensamiento era una gilipollez: si ese tipo de mantras funcionaran, a todo el mundo le saldrían bien sus planes. Si es que había entrado al coche, y hasta la música de la radio parecía haberse ralentizado; había murmurado un saludo que bien podía haber sido un gruñido, y Liam le había respondido con otro similar.

Minutos después se había dado cuenta de que le sobraba la calefacción, la chaqueta, el cinturón de seguridad y hasta la ropa interior, pero al menos él parecía concentrado en conducir y no le prestaba atención alguna. Eso la aliviaba, no le apetecía ser demasiado evidente, que con lo que era Liam lo mismo se le subía a la cabeza. Bien sabía que no necesitaba motivos para sentirse más arrogante. Suspiró cuando al fin vio que llegaban a lo alto de la colina y Liam detenía el coche bajo un par de columnas. Al menos durante la

comida estaría distraída, aunque lo tuviera al lado seguro que no le asaltaban recuerdos de índole sexual. Y era lo mejor, cuanto antes lo olvidara, antes podría centrarse en su vida.

Nada de fantasti-polvos, ni de ideas relacionadas con arrancarle esa corbata, que al final tanto vivir con Elke se le estaba pegando su furor uterino. Estaba pensando si decir algo para romper la tensión cuando el aparcacoches apareció ante ellos de golpe, como un mal número de magia.

—¡Joder! —masculló, pegando un bote.

—Es el aparcacoches.

—No me digas. Menos mal que estabas tú aquí para aclararlo, si no, no hubiera caído.

—¿Ya empezamos?

Summer se bajó del coche sin mirarle, decidida a mantener una actitud distante mientras Liam arqueaba una ceja, pensando que estaba como un cencerro.

Quitó las llaves del coche, dando tiempo a que se alejara unos pasos. De esa forma evitaría mirarla más de lo estrictamente necesario, no quería volver a pasar por algo parecido al día

del ascensor... aunque costaba, sobre todo ahora que conocía de primera mano lo que había escondido bajo aquella ropa de corte sofisticado que le había elegido su hermana. Qué manía tenía de buscarle modelitos imposibles de ignorar, solo esperaba que la comida no se alargara y pudiera irse pronto a casa, el único sitio donde encontraba paz, porque ya ni en el despacho se concentraba. Saber que tenía a Summer andando por allí le ponía tenso, y a ese paso algún cliente le iba a arrear un puñetazo por poco profesional.

Vale, era momento de contar hasta diez y olvidarse de cualquier cosa que le recordara al sexo. Por suerte, saber que estaría en el mismo lugar que su jefe, su ex novia y el australiano de las narices ayudaba a calmar su temperatura, así que salió del coche y cerró de un portazo, mientras entregaba las llaves y una buena propina al aparcacoches. Este aceptó el billete con cara de aprobación y se llevó el vehículo con cariño, mientras Liam se reunía con Summer en la entrada. No habían intercambiado palabra durante el viaje, quitando el

saludo incómodo al arrancar, y así siguieron una vez en el interior. Pues más valía que cambiaran el chip, si no todo el mundo pensaría que estaban enfadados.

—¿No se supone que las propinas se dan al final? —preguntó ella.

—Así me aseguro de que me lo cuida.

Summer pensó que aquello era tirar el dinero, pero no añadió nada más. Liam se acercó a la chica que estaba tras un pequeño mostrador comprobando las reservas para darle sus nombres, y ella le sonrió tras confirmar que estaban en

la lista. Le señaló unas puertas metálicas, y Liam llevó a Summer hacia allí.

—¿Y este ascensor? —preguntó la rubia con recelo cuando llegaron.

—Es para subir al comedor —él comentó lo evidente mientras pulsaba el botón.

—Deberíamos usar las escaleras. Los ascensores no son lo nuestro.

—Las escaleras tampoco son lo nuestro. Relaja, no haré nada inapropiado.

Se metió dentro mientras ella le seguía, llamándole imbécil en silencio. El

ascensor subía directo hasta el restaurante, y se concentró en mirar la puerta metálica, a pesar de que el ascensor era transparente y se podía ver cómo ascendían. Pronto estuvieron en el restaurante, que era el más caro y moderno de Pittsburgh en aquellos momentos; Summer no imaginaba a Lester disfrutando de comida japonesa moderna, pero cosas más raras se habían visto, así que siguió a Liam al interior, observando a través de la cristalera la preciosa vista de la ciudad.

Lars se aproximó acompañado de

Aidan, los dos sujetando dos bebidas en sus manos; el hecho de que solo hubiera personal del bufete campando a sus anchas mientras bebían y hablaban indicaba que Lester había cerrado el local solo para ellos, a pesar del dineral que eso le habría supuesto.

—Hola, pareja —dijo el primero con una sonrisa—. ¿Qué tal, lo habéis encontrado a la primera?

—¿Bromeas? —replicó Liam—. Por algo tengo navegador.

Aidan miró a la rubia, que se estaba haciendo la tonta de forma tan descarada

que al momento ambos sospecharon que allí pasaba algo raro. Se miraron entre ellos, y luego bebieron de sus copas al mismo tiempo.

—Lester está eufórico —comentó Lars—. Dice que últimamente todo sale bien. Lo mismo hoy es tu día de suerte, Liam.

—¿Sobre qué? —preguntó él, despistado.

—¿Cómo que sobre qué? —Aidan le pegó en el brazo con tanto ímpetu que casi le tiró el vaso encima—. ¡Sobre ser socio!

—Ah, eso. Sí, sí, estoy impaciente. No

veo el momento de seguir metido en mi despacho por siempre jamás.

Lars y Aidan volvieron a mirarse, extrañados, pues Liam jamás hablaba en aquel tono de su trabajo; el primero pareció querer hacer algún comentario, pero en ese momento apareció un japonés vestido de forma tan elegante que debía de ser el encargado, y señaló el comedor, para que se encaminaran hacia allí.

—¿Por qué estás tan seria? —le susurró Liam a Summer en cuanto hubo algo de distancia entre ellos y sus amigos— Van

a pensar que hemos discutido.

—Es que no me gusta la comida japonesa—.Él la miró—. Todo crudo y muchas verduras. Y espero que haya tenedores, porque me niego a comer con palillos.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto que hablo en serio.

—Compórtate como una adulta, ¿quieres? —Y la empujó hacia el interior del comedor sin delicadeza alguna—. Y tranquila, hay tenedores y cuchillos, los palillos son opcionales.

La rubia estuvo tentada de responder,

pero entonces Lester apareció de la nada y se cruzó en su camino, todo sonrisas.

—¡Liam! Mira que he estado saludando a todos y a ti no te he visto, no tengo perdón. Y Summer...

A esas alturas todo el bufete sabía que Lester la adoraba, y Liam puso los ojos en blanco, pensando qué pasaría si descubriera la verdad. ¿Le seguiría cayendo igual de bien si supiera que en realidad no era de buena familia? Seguro que no sería lo mismo. Aquella idea le produjo cierto malestar, pero no logró identificar el motivo con exactitud,

y la visión de Cody apareciendo frente a él lo distrajo.

—Me alegro de que hayáis venido — comentó el australiano, sin dejar de sonreír.

Summer pensó que ojalá no decidiera ponerse a charlar con ella como si fueran los mejores amigos del mundo; esperaba que no fuera tan tonto, pero nunca había que subestimar la estupidez de los hombres. Por suerte, si Cody pensaba hacerlo no tuvo más remedio que olvidarlo, pues Sarah apareció junto a él al momento, en calidad de guardiana

fiel.

—Hola —saludó, con una sonrisa que pretendía ser simpática aunque resultaba un poco siniestra—. Os sentaréis cerca de nosotros, ¿verdad? Papá —agarró a Lester del brazo—, ¿dónde los has colocado?

Liam alzó una ceja, sospechando que algo no iba bien. Sarah nunca era amable, ni siquiera de manera falsa, así que no comprendía a qué venía aquello. No pudo decir nada, porque ya les estaban asignando sus asientos, pero su ex novia se salió con la suya y

terminaron cerca, demasiado para su gusto.

Perfecto, no iba a tener tiempo de distraerse con temas que no debía teniendo delante al australianito de las narices y a su maldita ex, que ese día llevaba el moño más tirante que hubiera visto en su vida. Normal que siempre estuviera de mal humor.

Mientras les servían las bebidas, Lester empezó a hablar de trabajo; algo que no interesaba pero que nadie se atrevió a cortar, y terminó por dirigirse a Summer, la única que aparentaba atender a su

charla.

—¿Qué te parece que vaya a ser socio?

—preguntó, señalando a Liam.

—Mmmm... —Summer dejó de beber y se encogió de hombros—. Es lo que él quiere.

—¿Y ya llevas bien que te deje tanto rato sola? —intervino Sarah, sin abandonar su tono encantador—. Porque no sé tú, pero yo lo llevaba fatal.

Liam giró sus ojos hacia ella, estupefacto por lo que acababa de escuchar, a la vez que Cody hacía lo mismo. Fue a decir algo, pero entonces

escuchó a Summer.

—Lo llevamos de maravilla. Tantas parejas se pasan el día juntas aborreciéndose... —la rubia le devolvió la sonrisa con igual dulzura—. Yo prefiero momentos de calidad, ya me entiendes.

—Ah, sí, claro... —murmuró Sarah, y por su cara parecía que se hubiera tragado un pulpo vivo.

Apareció otro camarero japonés como por arte de magia, cargado con bandejas y platos, y empezó a repartir comida.

—Buena respuesta —le susurró Liam.

—Gracias —contestó ella en igual tono, y miró a su plato y al camarero alternativamente—. Perdona, ¿qué es esto?

—Ensalada de espinacas, cebollas rojas dulces, zarzamora y... —el camarero siseó también, por si acaso.

—¿Y no puede traerme otra cosa? — Miró a Liam, dispuesta a volver a la carga si era necesario.

Este detuvo el brazo del camarero, que ya iba directo a retirar el plato.

—No, déjelo—. Y lo empujó hacia Summer con discreción sin alzar la voz

—. Vas a parecer una cría haciendo esto.
Inténtalo.

—¡No! —Summer siseó con más énfasis

—. ¡No lo quiero!

—Señor —el camarero se puso a su altura y bajó de nuevo la voz—, hay más entrantes, puedo traerle otra cosa, quizá ostras... —Lo vio negar con énfasis mientras la rubia afirmaba—. Entonces, ¿qué quiere que haga?

—Odio las espinacas.

—¿No puedes hacer el esfuerzo? —

Como el camarero continuaba allí, Liam lo miró molesto—. ¡Ya puede irse!

—No, no se vaya, o al menos no sin esto
—Summer le tendió el plato, mientras miraba irritada como su supuesto novio hacía fuerza para que lo dejara en su sitio—. Oye, abogado, reconozco que tanto susurro me está poniendo a tono, pero no pienso comérmelo.

—¿Pasa algo? —les interrumpió la voz de Sarah.

Ambos alzaron la vista, poniendo cara de culpabilidad.

—Sí —replicó ella—. Odio las verduras. Aunque tengo entendido que a ti te encantan, ¿no?

—Por supuesto, son una fuente de vitaminas y ayudan al cuerpo a mantenerse en forma.

—Es genial—. Summer agarró su plato y lo empujó hacia ella con una sonrisa encantadora—. Nunca había conocido a una adoradora de las espinacas, pero te las cedo de buena gana. Yo soy más de carne, ya sabes —le guiñó un ojo, mientras escuchaba una risita que provenía de Cody sin ninguna duda.

Sarah se volvió hacia su novio, rápida como el rayo, y le lanzó tal mirada que él cortó su sonrisa en seco. Luego miró

el plato echando chispas, pero lo acercó hacia ella.

—Señor —el camarero apareció de nuevo junto a Liam, sobresaltándole—, ¿puedo traer ya otro plato a la señorita o espero a...?

—¡No queremos ostras! ¡Vete!

—Sí, señor.

—No hace falta que te pongas así, el pobre chico solo quiere ayudar — Summer reanudó sus murmullos.

—Vas a dejarme en ridículo, lo veo venir.

—La culpa es tuya por empeñarte en

traerme a comer cosas crudas.

—Está claro que para apreciar la comida japonesa hay que tener algo de cultura gastronómica.

Summer lo fulminó con la mirada, planteándose si ponerle el lado izquierdo de la cara a juego con el derecho, pero sabía que no podía hacer nada semejante en la mesa, así que se tragó su malestar. Estaba claro que Liam era como era, aunque a veces tuviera lapsus casi humanos siempre sería un capullo idiota, y ella más idiota aún por haberse planteado... lo que fuera.

Al alzar la mirada se encontró con que Cody le sonreía, y aquello la relajó un poco. No así Sarah, quien no parecía estar disfrutando mucho de tener que comer tantas espinacas mientras el resto ya disponía de sus rollitos de atún y demás exquisiteces japonesas con nombres tan complejos como calamares fritos con pimientos rojos y amarillos, aliñados con salsa de cilantro y mango. Summer se dedicó a pasear la comida por el plato de manera disimulada, con el camarero nipón como cómplice, y lo único que accedió a comer fue el postre,

y eso porque llevaba una bola de helado.

—Espero que luego me lleves a una pizzería —gruñó, una vez empezaron a tomar nota de los cafés y las copas.

—Entre Elke y tú me vais a arruinar —refunfuñó Liam.

—Me voy al lavabo, a retocarme el maquillaje.

Se incorporó, dejándole con la palabra en la boca. El chico fue a decir algo, pero en aquel momento apareció el camarero-susurros para tomar nota del café y no tuvo otro remedio que

prestarle atención.

El lavabo estaba en la planta de abajo, y Summer decidió bajar por las escaleras para así alargar el tiempo. Estaba deseando marcharse, toda aquella panda le ponía de los nervios... Por no hablar de Liam, que ese día estaba especialmente antipático. De las tres personas que le caían bien allí, dos estaban sentados en la otra punta de la mesa, y al tercero lo tenía prohibido.

Entró en el baño malhumorada, mientras buscaba en aquel mini bolso el brillo de labios. Se sentía muy cerca de mandar a

Liam a la porra y dejar de representar el papel de novia, porque a veces parecía que a él se le olvidaba que le estaba haciendo un favor... se puso brillo en los labios, se retocó el pelo, se lavó las manos, buscó su perfume, volvió a sacar el brillo de labios y justo entonces, oyó unos tacones cuyo repicar había aprendido a reconocer al momento. Miró hacia la puerta justo para ver a Sarah entrar; la morena se aseguró de que no hubiera nadie fuera esperando, y se acercó a ella frunciendo los labios.

—¿Te aburre la comida?

—No, qué va. Solo quería asegurarme de que mi pelo y mi maquillaje estaban perfectos—. Le dedicó una sonrisa que más bien fue una mueca, al tiempo que hacía el ademán de ponerse en marcha.

—Tranquila, no hay prisa. Ahora están hablando de negocios y bebiendo copas

—. Sarah se colocó junto a ella y se miró en el espejo con ojos críticos—. ¿Qué opinas de mi vestido?

—No sé. Está bien.

—¿De verdad te gusta?

—Pues, siendo sincera, no demasiado. Todo ese *look* tan serio y siniestro te

echa años encima.

Se arrepintió en cuanto lo hubo dicho, pues Sarah se dio la vuelta con cara de cabreo. Summer decidió que era el momento perfecto para escapar, pero entonces la chica la sujetó por el brazo.

—Bueno, ya que nos estamos sincerando, deja que te pregunte... ¿lo tuyo con Liam es serio?

—¿Qué?

—No sé. Por más que te miro, no logro entender qué ve en ti—. Se aproximó un poco hacia ella—. Me refiero a quitando lo más evidente, que es tu belleza.

Porque tu clase ni siquiera es discutible, o sea, que no la tienes. A lo mejor los demás no se han fijado, pero al fin y al cabo son hombres y ellos no se dan cuenta de esas cosas. No tengo muy claro quién eres y cómo has conseguido llegar hasta aquí, pero una cosa sí sé, y es que no estás a la altura de Liam.

Summer retrocedió dos pasos para alejarse de su proximidad.

—Supongo que eres la chica recambio —añadió la morena.

—Y yo supongo que tu relación debe de ser muy aburrida, ya que te interesa más

la nuestra.

—Mi padre le tiene cariño a Liam, y como vamos a estar muchos años juntos tenemos que llevarnos bien. Yo solo me preocupo de que tenga la compañía adecuada.

—Y esa eres tú.

—No quiero sonar presuntuosa —Sarah mostró una sonrisa fría—, pero creo que debes tener claro que solo tengo que chasquear los dedos para que vuelva conmigo.

Hizo el gesto junto a su cara. De buena gana Summer la hubiera abofeteado,

pero seguro que tenía razón. Aquello no la cabreaba, solo la entristecía... y también venía bien para aclarar sus ideas. Sarah la contempló unos segundos, por un lado decepcionada por no haber logrado que se pusiera furiosa, pero satisfecha al tiempo por la expresión que estaba viendo en la cara de la rubia. Se miró otra vez en el espejo, recolocando un pelo imaginario. —Es más, quizá incluso lo haga —añadió.

Y salió con una sonrisa que le recordó a Summer a *Cruella de Vil* en sus mejores

momentos. Se miró en el espejo y movió la cabeza, aquello no podía seguir así. Lo que había empezado como un inocente favor, se estaba convirtiendo en algo mucho más profundo y no tenía pinta de acabar nada bien. Así que hablaría con Liam para ver cómo terminaban esa falsa relación de una vez; él ya tenía lo que quería, ¿no? Había dejado a Sarah con dos palmos de narices y podía recuperarla cuando quisiera, le iban a hacer socio... Maldita sea, se dio cuenta de que tendría que dejar el bufete, y eso que el trabajo

le gustaba. Por no hablar del piso, no quería encontrárselo en la escalera ni en el ascensor... A ver cómo convencía a Elke para mudarse, porque la alemana estaba encantada de vivir en aquel apartamento. Estaba tan concentrada en sus pensamientos que no se dio cuenta de que la puerta se abría de nuevo.

—¿Piensas quedarte aquí todo el día o qué?

Summer se sobresaltó al oír la voz de Liam, y se giró malhumorada.

—¿Y tú no sabes que este es el baño de chicas?

Liam fue a replicar, pero algo en su expresión le detuvo. Había visto salir a Sarah con una de sus maléficas sonrisas, y como Summer no volvía, no pudo evitar preocuparse pensando qué le habría dicho. Pero en lugar de preguntárselo le había salido aquella frase que, se daba cuenta, había sonado de todo menos amable. Pero es que ya habían empezado mal la mañana y la cosa había ido a peor, parecía que eran incapaces de comportarse como personas civilizadas. Tanta tensión sexual no resuelta... o resuelta, no podía

ser buena. Porque no podía echarle la culpa a las ostras, que ni siquiera habían estado cerca de ninguna. Quizá lo mejor fuera dejarla sola, poner distancia el resto de la tarde y cuando se marcharan a casa, terminar con aquella farsa. Aunque claro, a ver cómo le decía que se fuera también de la oficina, ni que la chica lo tuviera fácil para encontrar un trabajo como aquel.

Se dio cuenta de que se había quedado a mitad de camino entre el pasillo y el baño, y cerró la puerta tras dar otro paso al interior.

—¿Vas a vigilarme por si no salgo? —
replicó Summer.

Liam no sabía por qué se había quedado en lugar de regresar al comedor, pero se metió las manos en los bolsillos y se acercó a ella.

—¿Estás bien? —preguntó.

Aquello sí que sorprendió a la chica. Si se paraba a pensarlo, debía de ser la primera vez que le preguntaba eso, así que lo miró con suspicacia. ¿A qué venía aquello? Porque no podía ser que se preocupara por ella, seguro que solo quería evitar que lo dejara en mal lugar

o algo así.

—Perfecta, gracias —su tono fue seco—. No voy a montar ningún follón, estate tranquilo.

—¿Seguro? He visto salir a Sarah, y... Summer, no sé qué te habrá dicho, pero no le hagas caso. Puede ser muy...

—¿Estúpida? ¿Insensible? ¿Cruel?

—Tampoco te pases, pero algo así. ¿Qué te ha dicho?

—Nada que no supiera ya.

Esquivó su mirada, pero Liam seguía acercándose. Summer se dio la vuelta para recoger sus cosas y así parecer

ocupada, lo cual no tuvo mucho efecto porque el bolso era minúsculo y solo tenía que guardar el perfume y el brillo de labios. Volvió a sacarlo todo y reordenarlo, pero de pronto Liam estaba a su lado y la detuvo poniendo una mano sobre las de ella.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

Summer se contuvo para no darle un bofetón o echarle los brazos al cuello. ¿Era tonto o qué? ¿Es que no veía que era culpa suya? ¿Y encima le hablaba con ese tono de preocupación, y mirándola como si...? Mierda, ¿por qué

lo estaba mirando ella también, no se suponía que iba ignorarle? ¿Y por qué demonios estaba tan cerca, el muy maldito?

—No estoy... no estoy nerviosa...

—... dijo ella tartamudeando.

—Ah, ¿que ahora haces numeritos cómicos? —Se soltó de su mano—. Subo enseguida, ¿vale?

—Perdona, de verdad —suspiró, pasándose una mano por el pelo—. ¿Crees que podríamos hablar como personas civilizadas, por una vez?

—Te recuerdo que estamos en el baño

de chicas.

—Summer...

Ella suspiró fastidiada, pero lo miró cruzándose de brazos. Que dijera lo que quisiera de una vez, a ver si podían regresar a la maldita comida y marcharse por fin. Liam le rozó la frente con un dedo, con media sonrisa.

—¿Sabes? Hasta cuando frunces el ceño estás guapa.

No había querido decir eso, pero era lo que de verdad pensaba. Vio que ella se quedaba callada, con una expresión de sorpresa en la cara, y se inclinó para

besarla. La cogió por la cintura esperando que en cualquier momento la chica lo apartara, pero en lugar de eso, Summer entreabrió los labios y le rodeó el cuello con los brazos.

Liam la estrechó contra sí, profundizando el beso y pensando que se estaba comportando como un imbécil. Si solo dejaran de discutir... Porque cuando la besaba y ella se amoldaba así a él, era una sensación extraña, como si sus cuerpos se reconocieran y supieran cómo debían juntarse, dónde tocarse.

—¿Liam?

En su mente nublada, la voz de Lars tardó en hacerse entender, hasta que Liam le oyó llamándole con más fuerza desde el pasillo. A regañadientes, separó sus labios de los de Summer, y la miró acariciándole una mejilla.

—Será mejor que vaya a ver qué quiere.
¿Hablamos luego?

Confusa por haber recibido el mejor beso de toda su vida, Summer solo pudo afirmar con la cabeza. Le observó salir tocándose los labios, aturdida. ¿A qué había venido eso? No había nadie delante para verles, así que no era parte

de la supuesta relación. Quizá... no quería hacerse ilusiones, pero, ¿y si él también estaba empezando a sentir algo? Se miró en el espejo para regañarse a sí misma, pero es que había sido algo tan intenso que por fuerza Liam tenía que haberlo notado. No podía ser que solo ella estuviera proyectando lo que sentía. Volvió a recomponer su maquillaje y salió más animada. Subió el primer tramo de escaleras, pero cuando llegó al segundo que llevaba al comedor, se quedó parada. Liam estaba de espaldas, con Sarah colgada de su brazo. Los dos

tenían la cabeza inclinada hacia el otro, como si estuvieran compartiendo algún secreto. Sarah se percató de su presencia, y le sonrió con malicia mientras se acercaba más a Liam y, sin que él se diera cuenta, chasqueaba los dedos en su espalda para que Summer lo viera.

Ella subió un escalón más, para al momento retroceder. Que se quedara con esa arpía y fuera feliz, no pensaba seguir jugando a aquella estúpida guerra y acabar escaldada. Se fue al ascensor y pulsó el botón, rezando porque llegara

rápido. Unos segundos después estaba dentro, con las puertas cerrándose, pero de pronto apareció una mano y las detuvo.

Su corazón dio un vuelco, pensando que quizá Liam la hubiera visto y quería evitar que se marchara. Pero quien entró en el ascensor fue Cody, y no pudo evitar mirarle con decepción.

—Bueno, no era la mirada que esperaba —comentó él, pulsando el botón de descenso.

—Pensaba que... bueno, es igual. ¿Qué haces aquí?

—No aguanto más esa pantomima, Sarah está encima de... —La miró—. Bueno, supongo que tú te vas por la misma razón.

—Algo así.

—Summer...

Se acercó a ella, y le cogió la cara entre las manos mirándola con intensidad. Ella estaba tan sorprendida que no se movió. Y oportunidad de hacerlo tuvo, desde luego, porque el chico se tomó su tiempo para acariciarle las mejillas con los pulgares mientras se iba inclinando hacia sus labios, despacio. Pero cuando

ya estaba a punto de besarla, Summer se echó hacia atrás y se apartó, dejándolo tan sorprendido como ella había estado segundos antes.

—¿Qué haces?

Las puertas del ascensor se abrieron, pero ninguno de los dos salió.

—Lo siento, pensaba que... —le dio al botón que mantenía las puertas abiertas

—. ¿No te gusto?

—Pero Cody, tienes novia, y yo estoy con... A ver, que tú y yo somos amigos, ¿no?

—Creo que me he enamorado de ti.

¿Qué? ¿¿¿¿¿Qué????

—No, no—.Sacudió la cabeza—. No puedes hablar en serio.

—Te digo que sí—.Volvió a darle al botón, ya que las puertas se deslizaban para cerrarse—. Escucha, con Sarah me equivoqué, pero tú...

—Lo que te pasa es que eres muy enamorado, tú mismo me lo dijiste. Nos llevamos bien, y ya está, no hay chispa, ¿no lo ves?

—Bueno, en eso tienes razón, quizá me enamoro mucho... pero eso no quiere decir que no sienta algo por ti.

—Es exactamente lo que quiere decir. Confundes amistad o atracción con amor —.Le dio un beso en la mejilla—. Lo siento, de verdad. Y deberías hablar con Sarah.

—Supongo que eso haré, pero... — Volvió a pulsar el botón—. Es que...

—Disculpen, señores—. Los dos miraron hacia la voz. La recepcionista les sonreía con falsa amabilidad—. ¿Les importaría bajar o subir? No podemos tener el ascensor ocupado. Gracias.

Se quedó esperando sin dejar de sonreír. Summer salió del ascensor, mientras

Cody se quedaba en el interior con gesto de resignación y por fin dejó que las puertas se cerraran.

Summer salió al exterior y cruzó la calle para asomarse al mirador, respirando hondo para tranquilizarse. Menudo lío, mira que no ver venir lo de Cody... ¿en qué había estado pensando? En Liam, se contestó al momento. Y en nada más, estaba claro. Sacó el móvil y llamó a un taxi, se iría a casa y de nuevo a atacar las existencias de helado. Menos mal que no engordaba ni un gramo, si no se pasaría el día metida en el gimnasio

para poder quemar todas aquellas calorías.

Por suerte, Elke nunca le fallaba y cuando llegó estaba sentada en el salón, con dos de sus amigos rusos, todos bebiendo vodka. Al verla entrar, ambos alzaron sus vasos de chupito hacia ella, hablándole en su idioma.

—¡Pronto vuelves! —Elke le hizo gestos para que se sentara junto a ella en el sofá—. ¿Todo bien? No tienes cara de contenta—. Pegó un manotazo a uno de sus amigos, que seguía intentando que Summer le prestara atención—. Cállate,

burro. Si quieres ligar aprende primero a hablar bien el idioma—. Agarró un vaso lleno de vodka y se lo pasó a su amiga—. Toma, bebe. Mejor esto que el helado, su efecto es más veloz.

Summer se lo tragó ante la cara estupefacta de la alemana.

—¿Quieres otro? —Al verla asentir, se volvió hacia sus dos amigos—. Yuri, Gustav, fuera. Luego os veo por ahí, ahora necesito quedarme a solas con Summer—. Y les arrojó sus cazadoras encima por si acaso no habían captado sus palabras.

Ellos se incorporaron, entre ruidosas protestas rusas, pero Elke los fue empujando hasta la puerta hasta que al fin esta se cerró. Después aterrizó de un salto de nuevo junto a Summer y rellenó los vasitos.

—Toma. ¿Cómo ha ido?

—Ha sido un comida surrealista.

Le contó todo lo que había sucedido sin omitir detalle, mientras Elke iba cambiando de cara según se enteraba de cosas nuevas. Frunció el ceño al escuchar la parte de Sarah, y aún más con la de Liam, pero lo que sí la dejó

fuera de juego fue oír lo de Cody.

—¿Que te atacó en el ascensor?

—No, no fue un ataque, fue...

—¿También es un empotrador? —

insistió, sin dejarle acabar la frase.

Summer negó despacio con la cabeza.

—¡Qué lástima! Lo parecía, pero con los hombres nunca se sabe... cuéntame que ha pasado.

—Yo iba a bajarme a la salida y en el último minuto ha entrado. Yo que sé, pensé que quería tomar el aire, pero de pronto ha empezado a soltar chorradas como que se había enamorado de mí.

—¡Oh, qué mono! —Elke sonrió, divertida.

—Sinceramente, este tiene pinta de enamorarse hasta de su panadera. En fin

—Summer meneó la cabeza, si es que aún seguía estupefacta, y cuanto más le explicaba a Elke, mas alucinante le parecía—, que, por algún extraño motivo, creyó que era una buena idea declararse, y entonces intentó besarme.

—¡Uh! ¿Y tú que hiciste?

—Pues... giré la cara en plan despistado.

—Vamos, que no te mola nada.

—Hombre, es un chico simpático, y obviamente guapo, de esos que gustan a todas.

Su amiga puso cara de estar haciendo cuentas mentales.

—Recapitulemos... tenemos a este chico australiano, simpático y obviamente guapo, de esos que gustan a todas, con el que te vas a esquiar, os lleváis bien, os divertís, pero intenta besarte y le quitas la cara. Y luego tenemos al capullo de arriba, que de simpático no tiene nada, con el que siempre te estás peleando, tensa y de

mal rollo... y a ese le dejas que te meta la lengua en la boca, y todo lo demás —.Hizo un gesto con las manos—.

Summer, tú... ¿qué puñetas estás haciendo?

—¿Yo? Si insinúas que le he dado pie a Cody para esto, te confundes. No he hecho nada.

Elke negó vigorosamente.

—Bueno, con tu cara tampoco necesitas mucho más. A mí porque me van los penes, que si no... pero cuéntame bien lo del intento de beso fallido, ¿cómo fue?

—Pues estaba en plan tierno, como si me estuviera revelando alguna verdad universal... me cogió la cara con delicadeza—. Le hizo una demostración en directo—. Y luego se ha acercado para besarme, pero es que no sé, entre lo despacio que iba y que había tanta falta de química me ha dado tiempo hasta a pensar en la lista de la compra — bromeó.

Elke empezó a reírse con tantas ganas que terminó por agarrarse el estómago. Cuando al fin se serenó, se frotó los ojos y volvió a rellenar de vodka los vasos

por tercera vez, pasándoselo a la rubia.

—No es un empotrador —se mostró de acuerdo.

—No lo es.

—¿Y qué pasa entonces con su novia, la del moño?

Summer se encogió de hombros.

—Creo que sabe que se equivocó. En realidad lo tiene claro casi desde el principio, pero no sé si piensa romper con ella o no, y la verdad es que me da igual.

—¿Crees que si la deja ella intentará volver con Liam?

—Y sin que la deje, Sarah me lo ha dejado claro como el agua.

—Y eso no te hace ninguna gracia — observó Elke, al ver su mueca.

—No mucha, pero no es por lo que estás pensando. Es que esa tía es una imbécil y no se merece para nada a Liam.

—Pero si él es igual, ¿no crees que se merecen el uno al otro?

—Liam no es ningún imbécil. Vale que es estirado, y sí, es una persona difícil, pero también es trabajador, hay que conocerlo para ver el lado... bueno. Me gusta su sentido del humor, cuando se lo

pone, claro—.Dios, sonaba a justificación.

—¿Tú estás segura de que no te has enamorado? —no la dejó responder—.

Porque rubita, eso sería una enorme estupidez en todos los sentidos. Además de cómo te ha tratado, ¿de qué forma encajarías tú en su mundo? ¿Lo has pensado?

—Bueno, estate tranquila, porque no tendré ese problema. No creo que esté interesado en mí.

Lo dijo con tanta convicción que Elke la miró extrañada.

—Pero, ¿no has dicho que te ha besado y que parecía sincero? Creo que debes considerarlo, a menos que fuera un beso de esos de abuela en la mejilla, claro —. La vio sonreír—. ¿Fue un beso de verdad? —Summer afirmó—. En el lavabo.

—Era un lavabo muy chulo, y estaba tan limpio que se podía comer en el suelo. Esa gente no es como tú, Elke, limpian todos los días... —Aquello le valió un codazo en el estómago—. ¡Ay!
Elke ignoró sus protestas.

—No entiendo por qué estás tan

convencida de que quiere volver con su ex novia. Ya has dicho mas veces que pasa de ella —comentó—. Y es imposible que tú no le gustes a nadie. Cualquier tío con ojos en la cara estaría de acuerdo conmigo.

—Eres un amor, pero dices eso porque somos amigas y me quieres.

—No, qué va. De hecho sí, somos amigas, pero tampoco las mejores—.

Summer arqueó una ceja—. O sea, que mi comentario no está empañado por el cariño.

—Pues... gracias, supongo.

—¿Crees que el australiano tendrá un hermano?

—De hecho sí, tiene uno. Solo que vive en Australia.

—Oh. Qué pena—. Elke puso cara melancólica—. Seguro que ese sí es un empotrador. Entonces, ¿te has largado sin decirle nada? —Volvió a menear la cabeza—. Pues mira el móvil a ver, seguro que está preocupado.

Summer sacó su móvil del diminuto bolso, pero en lugar de hacer lo que acababa de sugerirle Elke, lo apagó ante sus ojos. Dudaba mucho que Liam se

hubiera percatado de su ausencia, seguro que Sarah lo tenía bien entretenido.

Después empujó su vaso vacío hacia ella y Elke asintió despacio.

—Muy bien, rubita—. Sirvió más vodka —. Tú sabrás lo que haces...

Chocaron los vasitos, para a continuación bebérselos de un trago. De esa forma continuaron hasta que un rato después, acabaron quedándose dormidas de cualquier forma en el sofá.

Y no oyeron el sonido del timbre y los golpes de Liam en la puerta, mientras llamaba a Summer.



16

Liam llegó a su casa cansado y enfadado, después de pasar el día entero en el juzgado. Se había pasado por la oficina al terminar, pero Summer ya se había marchado. Llevaba dos días intentando hablar con ella, pero parecía misión imposible. En su casa no estaba, incluso Elke estaba desaparecida, y en el trabajo no coincidían. Y por si fuera poco, su móvil le salía siempre apagado o fuera de cobertura. No entendía nada, parecía que se la hubiera tragado la

tierra después de la maldita comida. No había vuelto después de que la besara en el lavabo, lo cual le tenía confundido. Necesitaba hablar con ella para aclarar las cosas, porque aquel beso había sido de lo más revelador, al menos para él. Pero si la chica seguía esquivándole (porque estaba seguro de que era eso lo que estaba haciendo), entonces era porque no sentía lo mismo y quería terminar con todo aquello. O que era algo más que «solo» amiga del australiano... Lo cual le mosqueaba un montón.

El sonido del timbre interrumpió sus pensamientos, y fue a abrir casi esperando que fuera ella. En cambio, se encontró con su hermana, que sonreía con una caja entre las manos.

—Feliz cumpleaños, Liam—dijo.

Él frunció el ceño. ¿Era su cumpleaños? Ni se había dado cuenta. Y cuando ya pensaba que su día no podía ir peor, entonces vio a Jesse tras ella, con varias bolsas de comida. Desde la reconciliación, había conseguido ignorar al bombero cuando habían coincidido en los partidos, pero estaba visto que de

aquella no se escapaba.

—No me apetece celebrar mi cumpleaños —replicó, mirando al chico.

—Ya, bueno, es que he invitado a más gente y no puedo cancelar.

—¿Gente? ¿Qué gente? Natasha...

Ella ya estaba entrando en el piso empujándole ligeramente, así que tuvo que apartarse para dejarla pasar. Jesse la seguía con cara de disculpa, que Liam ignoró siguiendo a su hermana a la cocina.

Natasha guardó la caja en la nevera,

mientras Jesse dejaba las bolsas sobre la encimera.

—Id a ver el partido —comentó ella, como si no se diera cuenta de la tensión entre ambos—. Iré preparando la cena, los demás vendrán en una hora o así.

Liam la miró como si estuviera loca, mientras Jesse carraspeaba.

—¿No necesitas ayuda? —se ofreció el bombero.

—No, no, prefiero sola, gracias—. Le besó en la mejilla y le empujó hacia Liam—. Id y tomaos un par de cervezas. Sacó dos botellas de la nevera y le dio

una a cada uno, mientras les empujaba hacia el salón. Los dos chicos no tuvieron más remedio que marcharse y dejarla sola, con una sonrisa de satisfacción que no llegaron a ver.

Liam cogió el mando de la televisión y la encendió, para después dejarse caer en el sofá suspirando. Jesse escogió un sillón algo alejado, y se puso a mirar la pantalla como si fuera lo más interesante del mundo, aunque aún estaban con los anuncios y el partido no había comenzado. Seguros de coche, galletas de desayuno, azúcar que no era azúcar...

vaya, ¿una web de citas para personas de más de cincuenta años? Qué cosas, ni siquiera sabía que existían. Ropa deportiva, comida rápida... ¿otra web de citas? ¿Solo para cristianos? Pues sí que estaba el tema especializado. Cereales de desayuno, bebidas energéticas... ¿Pero cuántos anuncios echaban? Nunca se le habían hecho tan largos, como no empezara pronto el partido le iba a dar algo.

—¿Con cuántas tías has estado? — preguntó Liam, de pronto.

Jesse se atragantó con la cerveza; tosió

para aclararse la garganta, sin saber qué contestar. Liam le miraba con el ceño fruncido, lo cual no le animaba a hablar, estaba seguro de que cualquier cosa que dijera iba a ser utilizada en su contra.

—Yo... —empezó— esto, bueno, no he llevado la cuenta, supongo que... ¿unas cuantas?

—¿Eso qué es? —Bebió un trago de su botella—. ¿Diez, quince? ¿Treinta?

—No sé, ¿muchas?

—Muchas es un término relativo.

Jesse se pasó la mano por la cara, mirando hacia la cocina, pero no se le

ocurrió ninguna excusa para escaparse de aquella conversación. Por suerte la imagen de la pantalla cambió, y vio que estaban emitiendo desde el estadio.

—Anda, mira, ya empieza el partido...

—¡Es que no las entiendo!

Jesse se sobresaltó ante su tono, pero al mirarle se tranquilizó. Por su expresión de confusión, dedujo que el tema no iba contra él. Por si acaso, se arriesgó a preguntar.

—Solo por aclararme... —dijo—. ¿Me estás preguntando si entiendo a las mujeres porque he estado con muchas?

—¿No es eso lo que he hecho?

Jesse no le discutió, pero si hacía las preguntas así en el juzgado, no veía muy claro cómo conseguía ganar algún juicio.

—Si te soy sincero, no eres tú solo — contestó—. Yo tampoco las entiendo —. Miró de reojo a la cocina, por si Natasha se asomaba, y bajó la voz—. Creo que ni siquiera se entienden ellas mismas.

Liam afirmó con la cabeza, como si el chico acabara de confirmarle una verdad universal.

—¿Y cómo lo haces? —preguntó.

—La mayor parte del tiempo, finjo que las entiendo. Pero no siempre funciona, ya te aviso que decir que sí a todo no vale. Al menos con tu hermana.

—Ya. ¿Te ha contado todo el tema de Summer?

—Sí, me ha puesto al día. ¿Entiendo entonces que esta conversación es por ella?

—Y por Sarah, y por todas en general.

—Creí que lo de Sarah estaba terminado.

—Y así es. Pero no me deja en paz, la

veo más ahora que cuando salíamos. Y se me pega como una lapa, no sé qué demonios quiere, si ya tiene a su australiano.

—¿Quizá darle celos a Summer?

—Supongo. Pero es que Summer no debería tener celos. Por un lado, no estamos saliendo realmente, y por otro, Sarah me da igual. Es más, cuando lo pienso, ni yo entiendo cómo pude estar con ella.

—Ya. ¿Y eso lo sabe la chica? Quiero decir, ¿se lo has dicho? Porque Natasha me contó que después de acostaros

habéis quedado en plan... ¿amigos?

—No hemos hablado mucho, la verdad. Siempre estamos discutiendo, y el otro día tuvimos una comida, y acabé besándola en el baño.

Jesse iba a beber, pero se quedó con la botella a medio camino. Ni en sueños se imaginaba a Liam, tan trajeado él, besando a nadie en un baño. Bueno, tampoco es que quisiera imaginárselo de ninguna manera, así que bebió y sacudió la cabeza.

—El tema es que ahí me di cuenta de que Summer... En fin, me gusta bastante

—continuó el abogado—. Y que quizá nos podría ir bien si salimos, no sé. Pero es que llevo días sin verla, se fue del restaurante y no he conseguido hablar con ella. Hasta tiene apagado su móvil.

—Ah, pues por eso no te preocupes.

—¿Por qué? ¿Sabes tú algo que yo no sepa?

De nuevo Jesse miró hacia la cocina, por si Natasha los oía. Una cosa era tener una conversación civilizada con su hermano, lo cual le estaba dando esperanzas de que también le hubiera

perdonado, y otra meterse en un lío con ella por él.

—Vendrá luego —terminó.

—¿Qué? ¿Cómo que vendrá luego? ¿Por qué? ¿Cómo lo sabes?

—A ver, Natasha me dijo que la había invitado, y parece que vendrá con su compañera de piso.

—¿Con Elke? —Movi6 la cabeza—. Madre mía, tendré que guardar las cosas de valor.

El timbre de la puerta son6 en aquel momento, y los dos pegaron un bote en el sof6. Liam le mir6 como pidiéndole

ayuda, pero Jesse se encogió de hombros.

—Es tu piso —se limitó a decir.

—Ya, gracias, ya lo sé.

Volvieron a llamar, y Natasha se asomó desde la cocina.

—¿No pensáis abrir? —preguntó.

—¡Ya voy!

Liam se levantó refunfuñando y fue hasta la puerta. Cogió aire y abrió, para encontrarse con Lars y Aidan.

—¡Felicidades! —exclamaron a la vez.

—Sí, ya, gracias y todo eso—.Asomó la cabeza y miró a ambos lados del pasillo

—. Venga, pasad.

Y regresó al sofá sin esperar a ver si le seguían. Ellos se miraron y entraron, saludando a Jesse al llegar al salón.

—¿Ya vamos perdiendo de uno? —
refunfuñó Aidan, mirando la televisión
—. Siempre igual.

Jesse y Liam giraron la cabeza hacia el aparato, sorprendidos.

—Menudo desastre —continuó Lars—.
¿Cómo ha sido?

—Ah, pues... una jugada complicada —
contestó Liam—. ¿Unas cervezas?

Los dos afirmaron, y él se levantó para

ir a la cocina, donde Natasha lo miró expectante.

—Eran Lars y Aidan —explicó Liam, sacando un par de cervezas de la nevera—. Y tranquila, tu bombero y yo no nos hemos matado.

—Menos mal —respiró aliviada—. Liam, en serio que si le das una oportunidad...

—Relájate—. Se acercó y le revolvió el pelo—. No me cae mal el chaval, parece que estamos de acuerdo en algunas cosas.

Y se marchó, dejando a su hermana

intrigada sobre a qué podría referirse, porque no se le ocurría nada que pudieran tener en común.

Un rato después, Natasha se asomó para decirles que fueran poniendo la mesa, y los cuatro chicos aprovecharon que había descanso para obedecer.

—Poned dos cubiertos más —pidió ella.

—¿Quién más viene? —preguntó Lars.

—Ah, pues... —miró a Liam, que levantó una ceja, y justo entonces sonó el timbre—. Mira, si ya están aquí.

Vio que Liam no se movía, sino que miraba hacia la puerta con aprensión, y

miró a Jesse, que apartó la vista como si la cosa no fuera con él, por lo que inmediatamente dedujo que su novio le había contado quiénes estarían al otro lado.

Fue a abrir con una sonrisa, que desapareció al ver que no había nadie al otro lado de la puerta. Se asomó al descansillo y vio cómo Elke sacaba a tirones a Summer del ascensor. La alemana le hizo gestos para que la ayudara, así que Natasha salió sin entender nada.

—¿Pero qué pasa? —preguntó, pasando

la mirada de la una a la otra.

—Nada, que esta cambia de idea como el viento —contestó Elke—. Que si no quiere bajar, que si sí, que si esto, que si lo otro... desde lo del beso anda que no parece ella.

—¿Beso? ¿Qué beso?

—¿No lo sabes? —Bajó la voz y habló rápidamente—. En la comida, esta se fue al baño, Sarah le tocó las narices, luego fue tu hermano y la besó, ella salió disparada, lo ha estado esquivando.

—Muy buen resumen, gracias —masculló la rubia.

—¿Pasa algo?

Las tres se giraron hacia la voz. Aidan y Lars las miraban desde la puerta con curiosidad. Al ver a Elke, el segundo ensanchó su sonrisa y salió extendiendo la mano.

—Bueno, bueno, bueno, creo que no nos conocemos —dijo—. Soy Lars.

Ella le estrechó la mano con una sonrisa.

—Hola, soy Elke y tengo ojos, puedes levantar la vista, gracias.

Lars apartó la mirada de su escote, enrojeciendo un poco, y regresó al interior del apartamento. Elke se miró

críticamente.

—Mira que hoy voy tapada, si es que...

—Bueno, tapada lo que se dice tapada... —empezó Summer.

—Tú cállate y no cambies de tema. Venga para adentro, me da que esta cena va a ser superdivertida.

Se frotó las manos con expectación. Summer suspiró, mientras Natasha le acariciaba un brazo para darle ánimos.

—Ya verás que todo va a ir bien.

La rubia no estaba muy convencida, pero acabó siguiendo a las otras dos al interior del apartamento. Al verlas

entrar, Liam le pasó a Jesse las copas que tenía en la mano para que las colocara en la mesa y se aproximó un par de pasos.

—Hola —saludó.

Summer se dio cuenta de que se había hecho el silencio en la habitación y todos los miraban, así que se cruzó de brazos en un gesto inconsciente de protección.

—Hola. Feliz cumpleaños.

Lo mismo podía haberle estado hablando del tiempo, por el énfasis que puso en la frase.

—Gracias. ¿Os queréis sentar?

—Elke, mira, aquí entre Aidan y yo vas a estar muy bien —dijo Lars, apartando la silla para la chica.

Esta puso los ojos en blanco, pero fue hasta el lugar indicado y se sentó tocando los cubiertos.

—Vaya, casi esperaba que fueran de plata y todo —comentó.

—Sí, y los vasos de cristal de Bohemia, no te digo —replicó Liam—. Mi sueldo no da para tanto.

—Anda, ayúdame con la comida —intervino Natasha—. Los demás, podéis

iros sentando.

Le cogió del brazo y se lo llevó a la cocina. Liam fue a coger el bol de ensalada, pero Natasha le agarró de los brazos para agitarle.

—¡Pero cómo no me lo has contado! —
siseó.

—¿El qué?

—¡Que la besaste el otro día!

—Ah, eso. He estado muy liado, y...
además ella se fue y me dejó tirado, así
que me imagino que no le sentó bien.

—Sarah tuvo algo que ver, estoy segura.

—¿Sarah? Bueno, sí, quizá, estuvo

hablando con ella, pero... ¿y cómo sabes tú todo esto?

—Me lo ha contado Elke.

—¿Cuándo? Si no ha tenido tiempo de...

—Sí, me ha hecho un resumen. Mira, vamos a cenar y pasar un buen rato, y luego más te vale hablar con ella y arreglar esto, porque Summer es una chica increíble y no puedes dejarla escapar.

—Pero si yo...

—No tengo nada más que decir.

Cogió el bol y salió con él en las manos, mientras Liam parpadeaba asimilando la

conversación. Preparó el cesto del pan y lo llevó al comedor, pensando en cómo hablar con Summer, y cuando llegó miró a su hermana con odio disimulado, ya que el único sitio que le habían dejado libre era junto a la rubia. Se sentó evitando tocarla, y ella también separó un poco más su silla para alejarse. Pero al hacerlo empujó a Natasha, que se mantuvo firme en su sitio y Summer no tuvo más remedio que quedarse donde estaba.

Todos se quedaron callados, hasta que Natasha se levantó con una copa en la

mano.

—Por mi hermano, que cumplas muchos más y que consigas lo que quieres.

Miró significativamente a Summer, que estaba pensando en si habría alguna manera de escapar de allí sin que nadie se diera cuenta, y no la había escuchado. Elke pegó una patada por debajo de la mesa, pero en lugar de darle a ella le dio a Liam, que miró confuso a su alrededor preguntándose quién le había pegado y, sobre todo, por qué.

—Uy, qué buena pinta tiene todo —dijo Elke, levantando su copa y la chocó con

Natasha y después con Liam—. Hala, feliz cumpleaños, picapleitos.

Y sin más dilación se lanzó a por los entremeses de crema de queso. Natasha se sentó, pensando cómo iniciar alguna conversación para aligerar el ambiente. Por fortuna, de fondo se oyó como el equipo contrario de nuevo marcaba; aquello originó varios comentarios en la mesa, y en pocos minutos estaban todos charlando animadamente. Cierto era que Liam miraba al lado contrario que Summer y ambos evitaban hablarse entre sí, pero al menos todo el mundo estaba

entretenido y pasando un buen rato.

Para cuando llegó el postre y Liam se encontró con la tarta llena de velas delante, ya no estaba de tan mal humor y las sopló. Sin muchas ganas, pero al menos consiguió apagarlas todas. Él mismo se encargó de repartirla entre todos, y cuando le entregó su plato a Summer, tardó unos segundos más de lo necesario en soltarlo.

—Gracias —murmuró ella, tirando del plato con insistencia.

—De nada. Oye... —Comprobó que nadie les estaba haciendo caso en aquel

momento, y se inclinó hacia ella—.

¿Crees que luego podríamos hablar?

—No sé, yo...

—¿Ya son las diez? —exclamó Elke—.

¡Me tengo que ir a trabajar!

—¿Te llevo a algún sitio? —se ofreció

Lars—. ¿A qué hora es tu turno?

—Empiezo a las nueve—. Todos la miraron—. Bah, tampoco llego tan tarde, no pasa nada.

—Te llevo entonces.

—Te recuerdo que me has traído tú — intervino Aidan—. Así que me tienes que llevar también.

—Si no hay más remedio...

Jesse carraspeó, incorporándose.

—¿Podrías esperar cinco minutos? — preguntó—. Tengo algo que decir y... quiero que estéis todos.

—Por mí no hay problema —contestó Elke, recorriéndole con la vista—. A mí me puedes decir lo que quieras, que no te diría que no—. Miró a Natasha—. Bueno, tú ya me entiendes.

Natasha hizo un gesto para quitarle importancia, pero dejó de prestarle atención al ver que Jesse se acercaba a ella. Cuando estuvo a su lado, se inclinó

para cogerle una mano y que se levantara. Natasha se dejó hacer sin entender nada, ¿qué pensaba hacer? ¿Pedirle disculpas delante de todos o algo así, por si aún tenía dudas? Pero de pronto él apoyó una rodilla en el suelo, y se llevó la mano a la boca, asombrada. No podía ser, tenía que estar imaginándose cosas.

—Natasha, sé que no llevamos mucho tiempo, y que empezamos mal. Por mi culpa, está claro, pero yo... —Le apretó los dedos—. No digo que sea mañana, ni dentro de un mes, pero quiero

casarme contigo. Quiero que estemos juntos, siempre—. Se llevó la otra mano al bolsillo trasero del pantalón, y sacó un anillo—. ¿Qué me dices?

—Joder, menudo pedrusco —oyeron que susurraba Elke—. Perdón, no quería romper este momento tan bonito. Ya me callo.

Natasha se echó a reír, mientras afirmaba con la cabeza. Jesse le deslizó el anillo en el dedo y se incorporó para abrazarla y besarla.

Lars hizo un gesto de derrota.

—Bueno, pues una menos —murmuró,

con todo desalentado—. Tanto tiempo desperdiciado...

Aidan le pegó un codazo, mientras Liam se acercaba a la pareja. Jesse le miró sin saber muy bien qué esperar, pero el abogado no tenía aspecto de querer matarlo. Natasha parecía compartir su preocupación, porque le abrazó por la cintura como para mostrarle su apoyo.

—Liam... —empezó.

—Tranquilos, no voy a decir nada

—. Miró al chico—. Mientras hagas feliz a mi hermana, no tienes nada de qué preocuparte.

Extendió la mano, y Jesse se la estrechó aliviado.

—Eso pienso hacer —contestó.

—Sí, más te vale cuidarla —intervino Lars—. Aunque ya sabes, Natasha, siempre estaré esperándote—. Miró a Elke—. Bueno, preciosa, ¿dónde te llevamos?

—¿Así piensas ligarme? ¿Echándole los tejos a otra delante de mí? —MoviÓ la cabeza, y cogió a Aidan del brazo, sorprendiéndole—. Menos mal que no soy celosa. ¿Nos vamos, majete?

—Sí, claro. ¿Lars?

El aludido refunfuñó por lo bajo, pero se fue a por su chaqueta y los tres se marcharon. Viéndose sola, Summer murmuró una felicitación a la pareja recién comprometida, seguida de una rápida despedida, y salió por la puerta antes de que Liam pudiera impedirlo.

Él suspiró fastidiado.

—Supongo que ahora vosotros dos me abandonaréis también para ir a celebrarlo y tendré que recoger todo esto yo solo —resopló, recorriendo la mesa con la vista.

Natasha enrojeció, mientras Jesse la

soltaba sonriendo.

—Tranquilo, ya te ayudamos.

Tampoco era plan de mosquearle ahora que parecía que se lo había ganado, así que empezó a recoger la mesa; como Natasha había ido a la cocina para empezar a fregar, se aproximó al anfitrión, que de nuevo volvía a tener cara de pocos amigos.

—No pienses tanto las cosas — comentó, tirando del mantel y vio que Liam le miraba—. Se ve que eres de esos. Y además abogado, demasiado analítico. Hay algo que te frena, ¿sabes

qué es?

Claro que lo sabía, y era lo mismo que se le había pasado por la cabeza durante la comida, mientras veía a Lester saludar encantado a Summer. Era evidente que las cosas serían diferentes si supieran quién era ella de verdad. Y a él le pasaba un poco lo mismo, ¿podía plantearse siquiera una relación con alguien tan diferente a todos los niveles? Que se sintiera atraído por ella no hacía desaparecer esa otra duda. No podía decir aquello en voz alta, porque Jesse pensaría que era un cretino... y llevaba

razón.

—Yo que tú me pensarías bien lo que quiero —volvió a decir el chico—. Porque, ¿sabes? Cuanto más tiempo dejas pasar, más cuesta que te perdonen... y hablo por experiencia propia —Jesse sonrió, cogiendo el mantel—. Voy a sacudir esto por la ventana.

Liam estaba tan sorprendido por sus palabras que no le detuvo, pese a que en su piso jamás se sacudía nada por las ventanas.

Summer cerró la puerta de su apartamento y se apoyó en ella, con un suspiro de alivio. Casi no se lo creía, había esquivado una conversación incómoda con Liam y Elke se había ido a trabajar, lo cual significaba que tenía el piso entero y vacío, algo que no sucedía desde hacía tiempos inmemoriales. Podría darse una ducha y luego meterse en la cama sin tener que responder a uno de los exhaustivos interrogatorios de su amiga; con esa idea en mente se metió en el baño. El agua caliente relajó un poco su cuerpo, que

llevaba demasiado tiempo tenso, pero no logró que dejara de dar vueltas a la cabeza. Hubo unos minutos de distracción cuando le tocó desenredar su pelo, ya que aquel dolor solía eclipsar cualquier otra molestia, pero en cuanto enchufó el secador volvió al punto de partida. Ni siquiera sabía por qué pensaba en el tema, si total, el día de la comida había tirado la toalla. Abandonado el partido. Huido del ring... bueno, ya valía de buscar metáforas. Sabía bien lo que tenía que hacer, y era dejar el trabajo. Total,

estaba lleno de abogados que iban de importantes, de informáticos que solo sabían atiborrarse de porquerías de la máquina, de secretarios que pasaban más tiempo comprando cafés pijos que haciendo su trabajo, de jefes que se tiraban años decidiendo qué socios hacían... pero le gustaba. Todavía tenía que llamar a Lars cada vez que quería poner en marcha la máquina destructora de la humanidad, pero dejando de lado ese pequeño detalle, el resto funcionaba. Se consoló pensando que al menos se iría con algo de experiencia, y dejó el

secador. Acababa de ponerse unos vaqueros y una camiseta cuando su móvil empezó a sonar; lo cogió, viendo que la llamada era de Cody.

—¿Cody? —contestó.

—Perdona por llamar a estas horas, sé que es un poco tarde.

—Solo son las diez y media, no importa.

¿Va todo bien?

—No —respondió él—. ¿Puedo ir a verte? Necesito hablar, y te prometo que esto no tiene ningún fin romántico, solo me vendría bien una amiga, ya sabes.

—Claro, ¿dónde estás?

Oyó el timbre de la puerta y pegó un bote; cuando abrió la puerta se encontró a Cody al otro lado, con expresión compungida. Summer se hizo a un lado para dejarle entrar, cosa que el joven hizo mirando alrededor.

—¿No está Elke?

—No, milagrosamente ha ido a trabajar

—La rubia cerró—. ¿Qué pasa? Tienes mala cara. Siéntate que voy a por café.

Cody obedeció, yendo al sofá. Encendió la televisión para distraerse hasta que Summer regresó con dos tazas, una de las cuales tendió hacia él.

—¿Es de cápsulas?

—No, es un café plebeyo, de cafetera normal.

—Perdón, no quería decir eso... uff, parece que últimamente expresarme no es lo mío—. Dio un sorbo y lo depositó sobre la mesita del salón—. He tenido una bronca tremenda con Sarah y no sabía a quién acudir, la verdad es que aquí no tengo amigos. Tampoco es que haya podido hacer muchos.

—¿Qué ha pasado?

No es que le interesara, ni mucho menos le importaba, pero le daba lástima Cody.

Claro que no había podido hacer amigos, con Sarah vigilándolo como un halcón... De manera que le tocaba desempeñar el papel de amiga—consuelo, pero lo prefería a otra declaración de amor.

—Hemos empezado a discutir por una tontería, pero ha ido subiendo y bueno, han salido otras cosas. Lo típico en las peleas de pareja, ya sabes, como no discutes nunca el día que lo haces aprovechar.

Summer hizo una mueca, tratando de mostrar empatía, pero eso de «como no

discutes nunca» no sabía ni lo que era, de forma que se quedó aguardando que él continuara.

—Yo solo le he dicho que aquí me sentía anulado, como si solo fuera un adorno que lleva al lado. Que no me gusta que tire mi ropa y me compre otra, o que trate de decidir con qué personas puedo estar... quiero ser yo mismo, no quien Sarah decida que debo ser, y se supone que si le gusté en su momento sería por mi personalidad.

—Ya... —*ingenuo*.

—Entonces se ha puesto a decirme de

todo. Que si yo era un pelele que solo servía para pasear músculos y tablas de surf, que nunca tendría un trabajo de verdad, y que ya podía aprender de Liam, que tenía muy claro lo que quería y no le importaba trabajar para conseguirlo. Ahí me he cabreado bastante.

Summer mantuvo su cara de póquer, sin saber qué decir. Desde luego, Sarah sabía escoger bien las palabras para hacer daño, y Cody debía tener la paciencia de un santo, porque cualquier otro en su situación la hubiera mandado

a la mierda sin contemplaciones.

—Le he preguntado si eso es lo que le pasa, que quiere volver con su ex novio

—.La miró, con cara de disculpa—. Perdonas, ya sé que esto te sentará mal, pero...

—No, no, tú sigue. No te preocupes.

Que se desahogara.

—Me ha dicho que se lo estaba planteando, y que iba a hacer una lista con mis pros y mis contras, pero que seguro que con menos de media página le llegaba porque tengo pocos pros — Cody meneaba la cabeza según hablaba,

y después miró a Summer—. ¿Sabes? No imaginaba que pudiera llegar a hablarme de esa forma, para hacer daño. Summer le frotó el brazo, sintiendo pena por él. En el fondo era un chico ingenuo y un poco tontorrón, no se merecía aquel trato por parte de Sarah, pero también era cierto que se había dejado engañar. Pues vaya par estaban hechos.

—Entonces, ¿ha roto contigo? —quiso saber, más que nada por estar preparada.

—No. Me ha dicho que me diera un paseo para pensar en el tema, y que volviera cuando hubiera entrado en

razón.

—Vaya pelotas tiene la tía... —
masculló la rubia, y puso su mano sobre
la de él—. ¿Y qué vas a hacer?

—No sé. Llevo un par de horas dando
vueltas por ahí. Siempre que estoy
cabreado me da por las hamburguesas,
pero ya me he comido dos y nada—. La
miró—. Por eso te he llamado, pensé
que quizá podrías aportarme algo de
claridad.

—¿Yo? —Summer controló el impulso
de soltar una risita—. ¿Tengo pinta de
poder dar consejos sentimentales? Si ni

siquiera...

Se calló, dejando el resto de la frase en el aire, pero Cody reaccionó deprisa apretando su mano.

—¿Vosotros también tenéis problemas?

—preguntó, esperanzado.

—Es difícil de explicar —Summer decidió echar balones fuera, ni de broma pensaba contarle a Cody su historia—.

Bueno, todo es difícil con Liam, pero...

Notó que el chico otra vez la miraba como el día de la comida; debía creer que si ella también llevaba mal su relación, ambos podrían consolarse

mutuamente. Madre mía, aquel australiano se estaba descubriendo como alguien muy persistente, seguro que si lo aplicaba a encontrar trabajo...

—¿Estás segura de que no sientes nada por mí? —lo oyó preguntar—. ¿Seguro, seguro?

—Cody, es que yo...

—Ya sé que lo del ascensor fue una torpeza, no sé en qué estaba pensando. Nunca me acerco así a las chicas, suelo ser un poco más sutil, pero es que estaba convencido de que había algo entre nosotros... me refiero a no solo por mi

parte.

Y otra vez puso aquella cara que debía ser su gesto de seductor. Summer no se lo podía creer: hacía unos segundos había aparecido en su puerta hecho polvo por una bronca con su novia y de pronto, volvían a lo mismo.

—Cody —le habló con firmeza—: Si no eres feliz con Sarah deberías plantearte romper con ella.

—Ya, ya, en eso estoy de acuerdo. Pero...

—Yo estaré como amiga siempre que me necesites —dijo, vocalizando bien la

palabra «amiga».

—Y yo te lo agradezco, aunque...

El ruido de la puerta interrumpió su frase. Summer agradeció eso, pero se levantó al momento pensando quién podía ser; su duda se solucionó tres segundos después al ver entrar a Elke echando humo por las orejas.

—¡Hola! —gruñó, y vio a Cody—.
Hola, Cody.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Summer.

—Vivo aquí. ¿Y tú, qué haces? —le preguntó al australiano, de forma poco

amable.

—Pero, ¿no tenías turno en...? —intentó preguntar Summer.

—¡Me han despedido! —Elke le lanzó una mirada acusadora—. ¿Te lo puedes creer? ¡Seguro que me has pasado la maldición de los despidos! Porque a mí nunca me echaban y a ti sí, y ahora de repente se ha dado la vuelta a la tortilla.

—Sí, claro, seguro que es culpa de la maldición y no tiene nada que ver con que hayas llegado una hora tarde.

—No solo me despiden, sino que encima debo aguantar sarcasmos de mi

compañera de piso—.Elke se cruzó de brazos, volviendo a mirar a Cody—. ¿Qué hace aquí? No quiero meterme donde no me llaman, pero como se entere uno que yo me sé puede haber una hecatombe.

Summer la miró irritada.

—Pues esta vez trata de no decírselo y todos felices. Además, Cody ha venido porque necesitaba consuelo... ha discutido con Sarah y por lo visto le ha dicho cosas bastante desagradables.

—Bah. Lo que deberías hacer sería mandarla a tomar por culo —dijo Elke,

agarrando su bolso—. Me voy a la cama, a ver si se me pasa el mal humor con un poco de onanismo.

Y abandonó el salón, dejando a Cody con cara de alucinado.

—¿Acaba de decir...?

—No le hagas caso, Elke es así.

Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Lo que te he dicho antes era en serio, ¿no tengo ninguna posibilidad? —la estudió, solo para comprobar como la rubia negaba despacio. Se notaba que no quería parecer brusca, pero también que lo hacía con determinación—. Está bien,

ya lo pillo. Entonces será mejor que me vaya, ¿no? Gracias por escucharme.

Y se encaminó hasta la puerta con paso derrotado, mientras Summer le seguía, pensando en cómo suavizar la situación. No quería que el chico se fuera así tampoco, y ya estaba en la entrada con la puerta abierta, así que se aproximó con intención de decirle que podía llamarla si necesitaba charlar, pero entonces vio que él se quedaba parado. Llegó a su altura y entonces entendió por qué: Liam estaba al otro lado de la puerta.

Durante unos segundos se quedó quieta y

pensando *No me lo puedo creer*. Incluso pensó en pellizcarse por si estaba soñando o teniendo alucinaciones. Pero, ¿por qué siempre la pillaba? ¡No era justo!

Observó como la cara de él cambiaba de sorprendida a furiosa. Cody debió percibir que estaba en mitad de un fuego cruzado, porque se escabulló murmurando una disculpa y corrió escaleras abajo sin plantearse siquiera utilizar el ascensor.

—O sea, que conmigo no quieres hablar ni medio minuto, pero con él sí —soltó

Liam.

—Liam...

—«Esto no es lo que parece» —acabó él con ironía—. No sé, resulta curioso que siempre acabe apareciendo este elemento por el medio, a lo mejor es que en realidad deberíais estar juntos.

—No digas chorradas. Cody necesitaba hablar con alguien, y...

—Venga, hombre, no me vas a convencer de que ese tío sabe articular frases completas. Solo sirve para hacer caídas de ojos y sacar pectorales, aunque es eso lo que os gusta, ¿no?

—Mira, es muy tarde y...

—Ah, para mí es muy tarde pero para el paleta australiano no.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —
Elke se materializó junto a la puerta con el teléfono en la mano—. ¡Es Zeke! Dice que si no os importa, no son horas para estar discutiendo en el vestíbulo. Que al final le van a acabar llamando la atención los vecinos.

Liam hizo un ruidito desagradable para no soltar cualquier cosa peor.

—Dile que no se preocupe —repuso Summer—. Ahora terminamos.

—¿Todo bien? —Elke lanzó una mirada de francotirador al chico—. ¿Quieres que vaya a por mi bate?

—No, de verdad—. Summer la empujó con delicadeza, y salió al vestíbulo, entornando un poco la puerta para tener cierta intimidad—. Liam, ¿no podemos hablar de esto mañana? Cuando no estés tan furioso, ya sabes que cuando te pones así...

—¿Esto es culpa mía? —dijo él, levantando la voz. Empezó a contar con los dedos—. Te largas de la comida sin avisarme, ni un puñetero mensaje para

saber que te habías ido a casa, no sé. No me abres la puerta, no me coges el móvil, me esquivas en el trabajo... ¿sigo? Te juro que no entiendo nada, porque los besos me los devuelves, ¡todos!

Summer saltó al momento al escucharle.

—¡Pero si eres tú el que no sabe lo que quiere! —Y trató de meterse en el piso, empujando la puerta.

—Ah, no, ¡no vas a escaquearte otra vez! —Liam agarró el pomo para evitar que ella se colara dentro—. Al menos ten el valor de ser sincera de una vez

por todas, ¡si te gusta ese atontado dilo!

—¿Quién? ¿Cody?

Hubiera podido reírse, de no ser por el cabreo que tenía encima y su cabeza, que solo le enviaba mensajes del tipo «pégale en la boca».

—¡Yo podría decirte lo mismo!

—¡No sé de qué hablas! —trató de defenderse Liam.

—¿No? Vaya, es raro que no lo hayas notado, todos hemos visto el nuevo apéndice que te ha salido.

—¿Hablas de Sarah?

—Sí, claro que hablo de ella, y oye, que

genial, por fin tienes lo que querías, ¿no? Está a punto de dejar a Cody, que por ese motivo estaba aquí sentado en mi sofá, porque al pobre imbécil le han anulado de tal forma que no tiene nadie más con quien hablar.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? — protestó Liam, de nuevo alzando la voz.

—¡No hace falta que sigamos con esta representación! Tú ya tienes lo que querías, tu estúpida novia está a dos pasos de regresar corriendo a tus brazos, ¿no tienes que seguir fingiendo, si ni siquiera te caigo bien!

—Ahora eres tú la que dice tonterías, y te lo advierto, ¡nada de bofetadas! Ya me dejaste la cara marcada la otra vez y...

La puerta se abrió desde el interior, y Summer se hizo a un lado a tiempo de ver a Elke salir como un huracán, portando algo en la mano, algo que agitó hacia delante y que por el siseo que emitía debía ser el...

—¡No! —exclamó, a toda prisa, pegándole un manotazo.

Sin embargo, llegó tarde. La morena había logrado lanzar una vaporización

de su spray de pimienta anti-violadores: ambas se alejaron al instante, y aunque la cantidad no había sido mucha, le dio de lleno a Liam, por otro lado a quien iba destinado. Él retrocedió, soltando un juramento tras otro, pero ya era demasiado tarde.

—¿Estás loca? —exclamó Summer—. ¡Elke, por Dios!

—Lo siento—. La alemana se alejó, con los ojos muy abiertos—. ¡Es que con tanto grito me he asustado y pensaba que te iba a pegar!

—¿Yo? —protestó Liam, quien a pesar

del escozor y de no ver nada sacó fuerzas para protestar—. ¡Aquí la única psicópata que hay eres tú! Mucho que si *American psycho* y me has dejado ciego, ¡chiflada!

Elke lo miró horrorizada.

—No irás a denunciarme, picapleitos, ¡que yo no quería dejarte ciego! —Y dicho aquello entró en el piso como una exhalación.

—Estate quieto —Summer fue hasta él para que dejara de dar vueltas sin rumbo —. No te muevas. Cogeré mi cazadora y te llevo al hospital, ¿vale? Pero quédate

ahí, no sea que te caigas por las escaleras y tengamos disgusto doble.

Liam asintió, tratando de resistir la tentación de frotarse la cara y los ojos. Nunca le habían rociado con aquello, pero tenía el suficiente sentido común para saber que no era una buena idea restregarse aquel producto químico... y cómo escocía, joder. No es que hubiera perdido la visión, veía, pero el picor y el dolor eran demasiado fuertes para ignorarlos y concentrarse en ver. La madre que parió a la alemana y sus neuras, no le parecía disparatado

denunciarla en absoluto y...

Las oyó discutir dentro del piso hasta que las voces se fueron acercando hacia donde se encontraba.

—Lo llevo al hospital —escuchó decir a Summer.

Gracias, Dios mío. Alguien con sentido común.

—¡Espera! Mira, sé lo que hay que hacer, tú solo tráele a la cocina y verás.

Liam notó que le cogían del brazo, pero tenía demasiada fuerza para ser Summer.

Debía ser Elke, de forma que trató de librarse de ella sacudiéndose, aunque en

el forcejeo se dio cuenta de que había conseguido arrastrarle dentro.

—¿Qué demonios estás haciendo? —
volvió a escuchar la voz de Summer,
preocupada.

Maldición, aquello no pintaba bien...

—Tú confía en mí, ¡lo he leído por
internet!

—¿Por internet? —se atrevió a
preguntar Liam, y segundos después notó
que le tiraban algo en la cara,
empapándole desde la cabeza a los pies,
incluido su carísimo traje de Calvin
Klein. Se quedó quieto, conteniendo las

ganas de asesinarla, algo que no podía hacer. Porque no veía bien, claro.

—Madre mía —repetía Summer con voz angustiada.

—¿Qué coño me has echado encima?

—Leche —se apresuró a explicar Elke, con tono tranquilizador—. Verás, se usa para contrarrestar el producto químico... se supone que aliviará la sensación de ardor.

Liam abrió la boca para decir algo, tratando de ignorar el hecho de que estaba en la cocina de su vecina, medio ciego y empapado en leche, cuando notó

que, en efecto, el escozor disminuía despacio. Cogió aire, intentando no perder los nervios y estrangular a Elke, y carraspeó.

—Muy bien. Ahora que ya me has jodido el traje y la dignidad, además de la visión, ¿hay algo más que se pueda hacer o llamo directamente a una ambulancia?

—Espera un segundo —oyó a Elke trotar hacia otra habitación.

—Dios mío —volvió a escuchar a Summer—. Liam, lo siento mucho...

—Ya, ya. Esperemos que los daños no

sean permanentes —eso lo dijo por pura crueldad, sabía que no sería grave aunque doliera como mil demonios.

Summer se calló, y poco después escuchó otra vez el trote de la alemana regresando a la cocina. La oyó trajinar, abrir y cerrar grifos y armarios, y después carraspear.

—Vale. Esto es para la cara... es una mezcla de detergente y agua para lavar la zona afectada. Dice que unas siete u ocho veces serán suficientes. Y para los ojos solución salina, unas cuantas veces, y en una media hora se supone que ya se

habrá pasado todo. No tenemos solución salina en casa, ¿y tú?

—No tengo la menor idea —gruñó Liam, y notó que ella le colocaba la botella con la mezcla entre los brazos—. ¿Y esta porquería se supone que tengo que tirármela en la cara, como has hecho tú con la leche?

—Sí, verás que no te cuesta nada, tú solo la agitas y...

—¡Pero si no ve nada! —protestó al fin Summer y le arrebató la botella—. Trae, yo me encargo. Vamos a tu piso a ver si tienes la solución salina —miró a Elke

acusadora—. Y si no tiene, te vestirás e irás a por ella a la farmacia de guardia, ¡aunque sea la que nos pilla tan lejos!

—Jo, Summer...

—¡Esto ha sido culpa tuya, así que no protestes!

—Sí, ahora que lo dices no he oído ninguna disculpa —comentó él.

—Lo siento, picapleitos —la voz de Elke sonó resentida—. Me he dejado llevar por la emoción.

Summer tiró de su brazo para hacerle ir hasta el ascensor, porque en aquel estado subir por las escaleras podía

convertirse en una agonía insoportable. Liam volvía a notar el escozor, un poco menos fuerte, pero ahí seguía.

—¿Vas a dejar que me duche al menos?

—preguntó, una vez el ascensor se paró y salieron.

—Déjame que primero te ponga lo de esa botella en la cara, anda. Luego te duchas rápido mientras miro tu botiquín a ver si tienes lo que necesitamos para los ojos... ¿sigues sin ver nada?

—Tranquila, que no me voy a quedar ciego— respondió Liam, sin mucha amabilidad.

Le tendió las llaves, ya que no veía nada y era incapaz de acertar con la cerradura. Summer abrió la puerta y lo guio al interior de su domicilio, sin tenérselo en cuenta. Entendía que estuviera enfadado, malhumorado, cabreado y cualquier otro sinónimo de furioso, solo esperaba que se le fuera pasando según los síntomas remitieran. Eso, y que no le diera por denunciar a Elke, que tampoco le parecía tan disparatado viniendo de él.

Lo acompañó hasta el baño de su dormitorio y lo dejó sentado sobre la

taza, mientras miraba en un armarito.

—De haber algo estará en el común, en este ya te digo que fijo que no. Natasha utilizaba el otro cuando vivía aquí.

Hizo un gesto vago hacia el pasillo. Summer le tendió la botella y una toalla para que se fuera dando la mezcla supuestamente mágica. Le dejó solo y probó con la primera puerta que vio, pero era la habitación de invitados. Supuso que había sido la de Natasha, porque estaba decorada en tonos pastel y tenía cierto aire femenino. Abrió la de al lado, y encontró el baño. En una de

las paredes de azulejo había un armario blanco con una cruz roja, así que se fue directa a él. Mientras lo abría, pensó que no sería mala idea tener algo así en su apartamento, ahora que se paraba a pensarlo ni siquiera sabía si tenían una mísera tirita... y vivir con Elke no era lo que se podía llamar una experiencia exenta de riesgos.

Rebuscó entre los botes hasta encontrar una caja con varios tubitos de plástico, marcados como «Solución salina». La cogió y le dio un par de vueltas, preguntándose si aquello caducaría o si

daría igual, pero no encontró nada que le diera pistas y decidió que, al fin y al cabo, era mejor que nada. Cogió una caja de gasas hipoalergénicas y regresó al salón.

Liam continuaba en la misma postura en la que lo había dejado, con los ojos cerrados. Tenía toda la zona enrojecida, sobre todo las mejillas, y murmuraba para sí mismo. Dedujo que estaría acordándose de toda la familia de Elke y, con toda probabilidad, de la de ella también.

—Sí que tienes —anunció, intentando

animarle.

—Como no se me pase me llevas a urgencias, mañana tengo un juicio y no puedo faltar.

—Seguro que con esto...

—Summer, Pittsburgh es la ciudad con más hospitales por kilómetro cuadrado del país, así que no creo que sea mucho esfuerzo llevarme a uno después de casi dejarme ciego, y...

Se calló al notar que ella se sentaba a su lado, supuso que en el borde de la bañera. A su pesar, todos sus sentidos se pusieron alerta, más al haber perdido

uno de ellos.

—Pon la cabeza hacia atrás, voy a echarte esto.

Liam apartó la toalla con la que, a ciegas, había estado intentando limpiar su rostro, y la dejó caer al suelo junto con la botella. Intentó abrir los ojos, pero le escocían demasiado y se quedó con ellos cerrados. Lo cual fue peor, porque la oyó trastear con algo y de pronto, la tenía prácticamente encima, rozándole la cara con suavidad.

—No te muevas —dijo ella.

Liam se quedó inmóvil, casi aguantando

la respiración. Se tensó de manera inconsciente al notar cómo Summer se inclinaba sobre él y algo le rozaba el brazo. Su imaginación se disparó al momento. Con toda probabilidad era su mano o algo así, pero su cuerpo pensaba otra cosa porque al momento empezó a molestarle el pantalón y tuvo que poner las manos encima para que ella no notara lo que estaba ocurriendo.

Con mucho cuidado, Summer le elevó un párpado y le aplicó un poco de solución, para después hacer lo mismo con el otro. Limpió el exceso con una de las

gasas, y repitió la operación. Liam parpadeó, y consiguió abrir un poco los ojos. Aún veía borroso, pero ya era algo.

—¿Mejor? —preguntó ella, esperanzada.

—Un poco. Creo que ahora me daré esa ducha.

—Pero debería darte esto otra vez...

—Después—. Parpadeó, aclarándose un poco más la vista, y se incorporó—. Estoy lleno de leche, spray, esa mezcla de vete tú a saber qué... ¿Te importa?

—Te espero fuera.

Le pasó la botella con la mezcla para que volviera a darse en la cara, y dejó el resto sobre el lavabo. Mientras esperaba se metió en la cocina y preparó una manzanilla; pensó que si servía para las ojeras quizá también en aquel caso le vendría bien... y así también se distraía. Porque estaba tentada de volver a salir corriendo, pero no podía hacerlo, no fuera que Liam necesitara su ayuda por no poder ver y acabara tropezando con algo. Una vez tuvo la taza preparada, se quedó sin saber qué hacer con ella. ¿Se pondría caliente, templada o fría? Y

solo había puesto una bolsita... ¿y si eran necesarias dos, para que hiciera efecto? Jamás en su vida había bebido aquel mejunje.

—¿Summer? —oyó que Liam la llamaba.

—¡Voy!

Dejó la manzanilla y regresó al baño. Liam estaba sentado de nuevo en la taza, esta vez con una toalla alrededor de la cintura. Tenía el pelo húmedo, y la cabeza también hacia atrás, con los ojos cerrados con fuerza, pero al menos su cara ya no estaba roja, solo se le notaba

un ligero rubor.

—Creo que se me ha metido champú y lo he empeorado —dijo él, suspirando.

—Al menos de eso no puedes echarle la culpa a Elke.

—Mira, ni se te ocurra bromear porque estoy a esto de ponerle una denuncia.

—No lo ha hecho con mala intención

—.Cogió un par de botes y volvió a colocarse a su lado—. De verdad, no la denuncies, ya tiene bastantes problemas económicos como para que encima le caiga un juicio.

—No me da ninguna pena.

—Acaban de despedirla.

—Déjame adivinar, ¿por llegar tarde, quizá?

Summer apretó los labios, en el tema de Elke se quedaba sin argumentos válidos. Así que volvió a concentrarse en los ojos de Liam y continuó aplicándole la solución con cuidado. Él tampoco añadió nada más, y poco a poco, sin darse cuenta, ambos se fueron relajando. Unos minutos después, Liam abrió los ojos con cuidado, y por fin pudo mantener los párpados levantados sin dolor. Enfocó el rostro de Summer, que

estaba a pocos centímetros del suyo, mirándole con preocupación.

—¿Te duelen mucho? —preguntó ella—.

¿Cómo tienes la vista?

—Perfecta —murmuró.

Y levantó una mano para cogerla de la nuca y acercarla hacia él, besándola con delicadeza. Summer le correspondió unos segundos, pero después se apartó un poco y se quedaron con las frentes apoyadas, sin mirarse.

—Liam, yo... —empezó.

—Lo siento —dijo él, a la vez.

Se apartó para mirarle a los ojos, que si

ya de por sí eran intensos, en aquel momento tenían un azul hipnótico. Bajó la vista, haciendo círculos con el dedo índice en su pecho. No podía evitar ilusionarse, pero también tenía sus reservas.

—¿Qué? —preguntó, por si había oído mal.

—Siento haberme puesto así. Aunque admite que vuestra reacción también ha sido un poco exagerada y...

Y ya estaba fastidiándola otra vez, pensó Summer. ¿Es que ese hombre no podía ni siquiera articular una disculpa decente?

Estaba claro que necesitaban hablar, pero decidió que podían hacerlo más tarde. No quería que siguieran discutiendo, y si le contestaba estaba claro que acabarían igual. Y ahora tenía otras cosas en mente... como por ejemplo, quitarle esa toalla. Así que se colocó sobre él, con las piernas a los lados, y se sentó en su regazo para soltársela. Liam la cogió por las caderas, acercándola hacia sí para besarle el cuello.

—Cállate—.le ordenó.

Liam pensaba seguir con su argumento

de por qué ella debería pedir perdón también, pero vista la situación, lo dejó pasar. Quería una disculpa, y sabía que tenían que hablar como personas normales. Pero una cosa era ser práctico y otra tonto, ya tendrían tiempo de hablar después.

Metió las manos por la camiseta de Summer y se la sacó por la cabeza, bajando la suya para pasar la lengua por los bordes del sujetador mientras se lo desataba con una mano. Lo hizo deslizar despacio por los hombros, y lo tiró al suelo. Le acarició los pechos con las

manos, para después inclinarse y jugar con los pezones.

Summer gimió acariciándole el pelo, mientras Liam, sin dejar lo que estaba haciendo, deslizaba las manos hasta su cintura y la apartaba un poco para soltar el pantalón. La rubia se incorporó para terminar de desnudarse en unos segundos, y volvió a sentarse sobre él, apoyando las manos en sus hombros. Liam la sujetó por la cintura para bajarla poco a poco e introducirse en su interior. Summer suspiró al sentirle dentro, y lo besó mientras comenzaba a

moveirse sobre él.

El chico la abrazó con fuerza, jugando con la lengua en su boca y siguiendo sus movimientos, mientras notaba que comenzaba a perder el control. Así que se obligó a concentrarse en ella, quería que durara más que la vez anterior; le mordisqueó el labio inferior, para después seguir con los labios y dientes en su cuello. Como respuesta, obtuvo un par de tirones en el pelo acercándole más, así que eso le instó a continuar por el otro lado y bajar de nuevo a su pecho. Summer aceleró sus movimientos,

jadeando, y poco después le abrazó con fuerza mientras su cuerpo se sacudía.

Se quedó quieta unos segundos, recuperando el aliento, y notó cómo Liam hundía la cabeza en su pecho y se tensaba unos segundos.

Permanecieron en silencio, abrazados; Liam escuchaba su corazón, que latía desaforado, mientras que ella le acariciaba el pelo abrazándole por el cuello. Parecía que los dos temían decir algo y estropear el momento, porque estuvieron así varios minutos hasta que el sonido de un móvil les sobresaltó.

—Es el mío —dijo Liam, frunciendo el ceño—. No sé quién demonios puede ser a estas horas—. Summer comenzó a apartarse, pero él la retuvo y la miró—. Déjalo, no importa.

Ella le pasó un dedo por las mejillas, aún un poco ruborizadas.

—¿Qué tal estás? ¿Te duele?

—Bueno, ahora mismo tu maniobra de distracción ha funcionado —bromeó—. Así que no, no me duele. Me pica un poco, pero supongo que podemos decir que mi vista está salvada. Tranquila, no denunciaré a Elke.

—Gracias, le diré que te debe una.

—¿Qué te parece si continuamos esta conversación en un lugar un poco más cómodo?

Summer sonrió, afirmando con la cabeza. Se levantaron y Liam la cogió de la mano para llevarla hasta su cama, que por supuesto estaba perfectamente hecha.

Él apartó las sábanas y se tumbó, haciéndole un gesto para que se acercara. Summer titubeó unos segundos, por un lado temía seguir con aquello y por otro estaba deseándolo, y,

sobre todo, hablar de una vez, pero no tenía todas consigo de que el tema fuera a acabar bien. Sin embargo, al final se acercó y se tumbó a su lado; sus preocupaciones resultaron injustificadas, pues al momento Liam la enganchó por la cintura para acomodarla junto a su cuerpo y besarla de nuevo, esta vez de forma suave. Summer le rodeó el cuello con los brazos, derritiéndose por la manera tierna en que la estaba acariciando, como si después de un encuentro tan apasionado ahora quisiera tomarse todo el tiempo

del mundo.

Y de hecho, así era como pensaba Liam: quería recorrer su cuerpo con los labios, con las manos, aprenderse cada curva y descubrir sus puntos más sensibles. Summer se estremecía cada vez que encontraba uno, gimiendo, hasta que empezó a impacientarse y querer más de él. Pero Liam no tenía intención de detenerse, y hasta que no logró hacer que estallara en una burbuja de placer, no se quedó satisfecho.

Se tumbó sobre ella, apoyándose en los codos de nuevo con una sonrisa,

contemplando su rostro ruborizado.

—Debo de tener la vista recuperada del todo, porque me encanta lo que veo.

—Pues por una vez... —Le acarició el pelo, para después bajar las manos por su espalda—. Me gusta hablar contigo.

—Entonces mejor seguir, ¿no?

La penetró despacio, observando sus reacciones, y Summer lo atrajo hacia sí para que la besara mientras lo abrazaba con sus piernas y se movía al unísono con él. Liam intentó ir despacio, necesitaba sentirla así, cerca de él, unidos, pero no lo logró por mucho

tiempo: la joven se movía de una manera que le hacía perder el control... pronto notó que su cuerpo le pedía liberarse y se dejó llevar con ella.

Se quedaron abrazados, ambos agotados por la intensidad del encuentro, y poco después cayeron en brazos de un sueño muy merecido.

Los despertó el timbre de un teléfono. Él entreabrió los ojos, somnoliento, y lo buscó con la mirada; el móvil estaba sobre una cómoda, vibrando y a punto de caer por el borde. Liam se levantó

para cogerlo con intención de apagarlo de una maldita vez, pero al ver la pantalla se quedó mirándola.

—¿Qué pasa? —preguntó Summer, que también se había despertado.

—Es Sarah.

Le colgó, pero al hacerlo vio que también había varios mensajes, todos de ella y pidiéndole que la llamara con urgencia. Dudó entre apagarlo y contestar con otro mensaje para que no lo molestara, pero entonces volvió a sonar. Se giró hacia Summer, que miraba expectante.

—Parece urgente —dijo—. Solo será un minuto, te lo prometo.

No vio como ella se tensaba, ya que se giró para salir de la habitación. Pulsó el botón de contestar y se lo llevó a la oreja, decidido a poner las cosas claras para que le dejara en paz. Pero antes de que pudiera decir nada, la oyó sollozar al otro lado y no pudo evitar preocuparse.

—¿Sarah?

—Oh, Liam, por fin, necesito que vengas

—.Lloró con más fuerza—. Ha pasado algo terrible.

—¿Qué? ¿Es tu padre?

—¿Mi padre? No, no, es Cody — sollozó—. ¡Me ha dejado!

Liam se frotó la frente, armándose de paciencia.

—Escucha, Sarah, si Cody y tú habéis discutido, yo no...

—No es una discusión, ¡se ha marchado!

—Volvió a llorar—. Y yo... yo no sé qué hacer, estoy desesperada. No puedo ni respirar, creo que me va a dar un ataque de pánico, o algo, y... y... estoy sola, yo... por favor, ¿puedes venir? — suplicó—. Por favor, Liam, necesito a

alguien conmigo, esto es demasiado para mí. Creo que tengo alguna pastilla pero tengo miedo de tomarme demasiadas, y...

—Sarah, tranquilízate.

—¿Tú sabes cuántos valiums hacen falta? Ya me he tomado un par, y no me hacen nada, no puedo estar así, ¡no puedo respirar!

—Escucha, no te muevas de ahí y no tomes nada, ¿de acuerdo? Llego en diez minutos.

—¡Gracias, gracias!

Liam colgó preocupado, y regresó al

interior de la habitación. Empezó a vestirse con gestos rápidos.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Qué pasa?

Summer se cubrió con las sábanas, se sentó y se abrazó las rodillas.

—Es Sarah, está mal—. Movi6 la cabeza—. Parece que ha discutido con Cody, ser6 mejor que vaya y la tranquilice—. Termin6 de vestirse—. No tardar6 mucho.

Cogi6 sus llaves y se march6, sin ver la cara de total y absoluta decepci6n de Summer. Al final, Sarah hab6a ganado:

un chasquido de dedos en forma de llamada, y Liam había ido corriendo a ella.

Liam condujo lo más rápido que pudo maldiciendo en su interior. Parecía que los astros se alinearan siempre para que Summer y él no pudieran tener tranquilidad. En fin, esperaba poder calmar a Sarah para volver pronto., quizás se había marchado de forma precipitada sin dar apenas explicaciones... Aparcó en el primer sitio libre que encontró, y el portero del

edificio de Sarah le saludó con amabilidad, sin parecer sorprendido por aquellas horas intempestivas.

—Buenas noches, señor Warren. Hacía mucho que no le veía, ¿viene a ver a la señorita Prescott?

—Sí, me está esperando.

—La avisaré de que ha llegado.

Cogió el teléfono interno mientras Liam se dirigía al ascensor. Cuando llegó a su ático de lujo, ella estaba esperándole en la puerta. Tenía un pañuelo en la mano y el pelo algo revuelto, y aunque Liam no solía fijarse en esos detalles, le llamó la

atención que saliera a recibirle con un camisón negro semitransparente. Frunció el ceño al momento, aunque le dio el beneficio de la duda y pensó que quizá estaba así por Cody. Aunque al mirarla a la cara, vio que su maquillaje era perfecto y no había rastro de lágrima alguna en su rostro.

—Me he arreglado un poco mientras venías —explicó ella—. No quería que me vieras así.

Ahogó un sollozo escondiendo la cara en el pañuelo, y entró el apartamento. Liam la siguió mirando a su alrededor,

pero ni siquiera había señales de pelea: nada roto ni fuera de su sitio, ni las pastillas de las que había estado hablando...

Sarah se sentó en un impecable sofá blanco de cuero, y dio unas palmaditas junto a ella. Ya más mosqueado, Liam se sentó, pero en otro sofá.

—Parece que te encuentras mejor — comentó.

—Sí, saber que venías me ha ayudado mucho. Sabía que podía contar contigo, Liam—. Se inclinó y le puso una mano en la rodilla—. Después de todo lo que

compartimos juntos...

—Ya—. Le cogió la mano y se la apartó

—. Mira, si estás bien me voy a marchar.

—¿Tan rápido? —Hizo un mohín—. Si aún no te he contado lo que ha pasado...

—Se llevó el pañuelo a los ojos, perfectamente secos—. Cody se ha ido.

—Sí, eso me has dicho. Mira, siento mucho que hayáis discutido, pero... —

Se levantó—. Tengo que irme.

Ella lo imitó, cruzándose de brazos.

—¿Qué pasa, te está esperando la rubita esa?

—La rubita esa se llama Summer y es mi novia—. Al decirlo, se sorprendió de que no le sonara falso ni forzado—. Y sí, me está esperando. Tómate una tila y mañana ya hablamos en la oficina, ¿vale? Tengo juicio, me paso por tu despacho después.

—Bueno, está bien.

Le acompañó hasta la puerta con gesto triste, pero en cuanto la cerró tras él, su rostro cambió. ¿Juicio? Perfecto, tenía entonces tiempo de sobra.

Liam regresó a su piso con la sensación de haber hecho un viaje a lo tonto; no

tenía muy claro qué había esperado conseguir Sarah con aquello, pero cuando entró en su habitación se encontró con que por lo menos la noche ya se la había fastidiado: Summer se había marchado.



—¿Summer? ¿Puedes venir un segundo?
Y trae todas las carpetas del caso
Madder.

La voz de Sarah había sonado bastante inflexible, así que Summer se incorporó; cogió la llave del archivo y se marchó, dispuesta a obedecer para no darle más motivos para que la odiara. Abrió el cajón de la *M* y empezó a pasar carpetas y carpetas, sin encontrar el que le habían pedido. Repitió aquella operación dos

veces, y lo hubiera hecho una tercera de no ser porque volvió a escuchar la voz de Sarah.

—Summer, estamos esperando esos expedientes, ¿van a ser para hoy?

—Un segundo —respondió—. No los encuentro.

Oyó el taconeo de la chica de forma clara, y al momento la vio apoyada en la entrada.

—¿Cómo que no? Mira bien, tienen que estar ahí.

—Ya, pues no están —se giró, intentando controlar su tono.

—Esta habitación es responsabilidad tuya. Tienes la llave, aquí solo entras tú, bien sea para archivar, o bien sea para destruir documentación. Encuentra esos archivos y traelos ya a la sala de reunión, estamos esperándolos.

Se marchó igual que había venido, taconeando. Summer se giró, mirando los cajones. Quizás los había guardado en otra letra... le parecía sumamente raro, pero bueno, a veces estaba despistada y tampoco pondría la mano en el fuego. Joder, iba a tener que revisar en todos por si acaso... lo hizo,

siguiendo el orden de los cajones, pero no encontró lo que buscaba, y su búsqueda era de manera insistente. Lo miró y vio que era Sarah, metiéndole prisa. Estaba claro que estaba cabreada, no sabía si Cody había roto con ella al final, ni si Liam había decidido volver a su lado, pero estaba claro que buen humor no tenía.

Mierda, pensó. Tenía las manos vacías y ninguna explicación de dónde estaba el puñetero expediente Madden. Sarah le iba a echar la bronca sin piedad, pero no le quedaba más remedio que ir, de modo

que cerró el archivo con llave y se encaminó a la sala de reuniones, donde estaba ella, Lester, Lars y varias personas trabajando.

—¿Y los expedientes?

—No los encuentro —replicó.

—Pero, ¿cómo que no los encuentras?

¡Tienen que estar allí!

—Ya lo sé, pero no están. Quizá alguien los ha cogido para consultarlos y ha olvidado dejarlos en su sitio.

—¿Así que ahora echas la culpa a otra persona de algo que has hecho mal tú?

—Calma, calma —Lester hizo un gesto

tranquilizador con las manos—. Lo mismo tiene razón... ¿alguien ha cogido esos expedientes para trabajar en ello sin avisar a Summer? —Todos los presentes negaron—. ¿Seguro?

Sarah dio un golpe con la mano encima de la mesa.

—Ya está bien de ser tan permisivo, papá. Está muy claro lo que ha pasado aquí—. Miró a Summer—. La semana pasada tocó destrucción de documentos viejos, seguro que los ha triturado todos. ¿No ves que siempre está distraída?

Summer abrió la boca para protestar,

pero entonces vio que por debajo del enfado de Sarah, había otra expresión y era de satisfacción. De alguna forma le había hecho la cama y no se había dado cuenta, aunque no dudaba que algo tenía que ver. La muy hija de puta necesitaba el camino libre del todo, y se la estaba sacando de encima, ni más ni menos.

—No los he destruido —fue lo único que dijo—. Los guardé en su cajón, y ahí deberían estar. No sé cómo han desaparecido de su sitio.

—La semana pasada estabas en la máquina trituradora de papel, porque yo

misma te vi —dijo Sarah—. Y ahora esos expedientes no aparecen. Para mí está muy claro, vamos. ¿Papá?

Summer cruzó una mirada con Lars, y él a su vez miró a Sarah, alzando una ceja.

—Pues... —empezó Lester, incómodo.

—Ahora no te pongas en ese plan, que hemos despedido a gente por mucho menos que esto... ¡a ver qué hacemos ahora sin esos expedientes! —Sarah se cruzó de brazos—. Está bien, si no lo haces tú lo haré yo, no hay problema. Para algo soy la siguiente en el mando —.Y se volvió hacia la rubia, ignorando

a propósito las caras sorprendidas de los demás—. Sin ánimo de ofender, aquí se hace un trabajo serio, y necesitamos algo más que una chica mona. Y como tú parece que no eres capaz de distinguir qué papeles debes guardar y cuáles destruir, no tiene sentido que continúes trabajando... puedes irte ya.

Lars la miró anonadado, y abrió la boca para decir algo, pero Sarah lo detuvo con un gesto.

—No es más que una recepcionista, y mediocre además. Yo misma buscaré otra.

Lester miraba la escena sin saber si intervenir; se lo seguía viendo incómodo, pero llevar la contraria a su hija delante de todo el mundo no parecía la mejor opción, así que se mantuvo callado.

—Muy bien —repuso Summer, y salió de la habitación sin mirarla, no quería darle el gusto de comprobar que la había herido.

Por suerte no tenía mucho que llevarse... cogió la caja vacía de cupcakes que le había regalado Natasha cuando consiguió el trabajo, y metió

dentro su taza, su libreta, la agenda, el calendario... todo con gestos veloces, notaba que estaba a punto de llorar y no pensaba dejar que la viera nadie. No era más que otro trabajo que se iba al garete, pero le molestaba haberlo perdido por culpa de las artimañas de una bruja, porque tenía claro que la desaparición del expediente era cosa de ella.

Cuanto más lo pensaba, más se cabreaba; agarró la caja entre sus brazos y se marchó al ascensor. Una vez dentro respiró aliviada, al menos ya podía

largarse de ahí y dejar toda aquella farsa... tampoco era la primera vez que la despedían de un lugar donde estaba a gusto, tenía que intentar que no le afectara tanto y listo. Mejor, de ese modo podría alejarse de forma definitiva de Liam, porque seguro que estaba a punto de volver a los brazos de su ex, lo de la noche anterior se lo había dejado claro.

Al llegar a la planta baja, las puertas se abrieron y al otro lado del ascensor se encontró a Natasha. Esta la miró, sorprendida, y más aún cuando

descubrió la caja que llevaba apretada contra el pecho y unos ojos que evidenciaban que le faltaba muy poco para echarse a llorar.

—¿Qué pasa? ¿A dónde vas?

—Me han despedido.

—¿Qué dices? Pero, ¿por qué, qué ha pasado?

—Se han perdido unos documentos importantes, el caso Madden. Al parecer es culpa mía porque Sarah asegura que me vio en la máquina esa que hace trizas los papeles que no sirven, pero no es verdad.

—¿No los pusiste allí?

Summer negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé cómo funciona.

Pregúntale a Lars... pero da igual, esa loca solo estaba buscando una excusa para echarme.

—Pero, ¿y dónde está Liam?

—Tenía un juicio—. Summer pasó junto a ella, abandonando el ascensor—. Me voy a casa.

—Espera—. La cogió por el brazo—. Si quieres subimos juntas y yo misma intento hablar con Sarah, o Lester. Seguro que hay algo que se puede hacer

para...

La rubia negó con la cabeza.

—No importa, prefiero marcharme —
repuso—. Estoy harta de tanta tontería.

Adiós, Natasha.

—Pero, ¿ha pasado algo con Liam, o
solo es por lo de hoy?

—Preguntásele a él—.Y le dio la
espalda.

Natasha se quedó mirando como salía a
la calle, y frunció el ceño. Seguro que
aquello era cosa de Sarah para
deshacerse de Summer, no tenía la más
mínima duda; entró en el ascensor antes

de que este se cerrara, y pulsó el botón para subir hasta el bufete.

Una vez arriba entró, cruzándose con Aidan; iba hablando por el auricular que llevaba en la oreja y se detuvo al verla.

—Hola —saludó—. Esto otra vez vuelve a ser un caos, tengo que responder al teléfono, ¿has venido a buscar a Liam? No creo que tarde en volver del juzgado. Espéralo aquí.

Natasha afirmó a todo, y esperó a que el chico siguiera su camino. Después se acercó con discreción hasta la sala de reunión, y allí pudo ver a Sarah, Lester,

y el resto de miembros debatiendo algo, todos sentados. Miró alrededor y abandonó la entrada para acercarse despacio al despacho de Sarah; un segundo después estaba dentro, de modo que cerró la puerta con cuidado.

Miró por encima de la mesa, pero habría que ser muy tonta para dejar algo importante ahí, a la vista de todos. Fue hasta los armarios, y los encontró cerrados con llave.

Mierda, pensó Natasha, y en ese momento su móvil empezó a zumbiar, de manera que descolgó.

—¿Liam? —siseó, al ver su nombre en la pantalla.

—Yo mismo. Estaba en el juzgado, acabo de ver tu llamada perdida, ¿dónde estás?

—En tu trabajo, ¿vienes de camino?

—Sí, enseguida estoy ahí. ¿Por qué siseas?

—Estoy metida en el despacho de Sarah. Ha habido no sé que problema con unos expedientes y ha despedido a Summer.

—¿Cómo?

—Sí... pero tengo una corazonada, así que ven pronto.

—¿Dónde está Summer?

—No lo sé, se ha marchado. Te dejo, quiero comprobar una cosa antes de que me pillen —colgó y se giró hacia la cerradura.

Abrió su bolso y rebuscó en su cartera hasta que encontró la tarjeta de crédito. Recordaba a la perfección lo que le había enseñado Jesse la segunda vez que acudió a la pastelería, así que la deslizó con rapidez: la primera vez no sucedió nada, pero la segunda la puerta se abrió con un chasquido. Satisfecha, Natasha devolvió la tarjeta a su bolso y abrió el

armario. Y allí, delante de sus narices, estaban las tres carpetas del caso Madden, la inútil de Sarah ni siquiera se había tomado la molestia de ocultarlas bien, qué hija de puta... salió de su despacho, cerrando con el mismo cuidado que al entrar, y regresó hasta la entrada. Justo en ese momento, la puerta de la sala de reuniones se abrió y salió Lars con cara de agobio; al ver a Natasha se acercó a ella.

—Pufff, qué mañana tan densa —suspiró, y miró sus brazos cargados con las carpetas—. ¿Y eso?

—Los expedientes Madden.

—¿Dónde estaban y por qué los tienes tú? —En aquel momento apareció Liam—. Hombre, colega. Si me trajeras un café sería el hombre más feliz del mundo.

—Pues lo siento —repuso él, sin aliento, acercándose a su hermana—. ¿Quieres explicarme qué puñetas pasa? —¿Estás bien? Tienes la cara un poco roja.

Liam se la tocó por instinto. Por la mañana había vuelto a darse el mejunje de Elke y solución salina, pero seguía

teniendo las mejillas como si hubiera estado tomando el sol.

—Es largo de contar, Elke me lanzó spray de pimienta... —Los dos le miraron sin dar crédito a lo que decía—. Pero no importa. Cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Yo solo sé lo que me ha contado Summer, que justo la encontré cuando salía. Dijo que la habían despedido por perder unos expedientes muy importantes.

—Eso es —comentó Lars—. Yo no me lo he tragado, pero...

—¿Y no has dicho nada? —Natasha lo fulminó con la mirada.

—Qué querías que dijera, la propia Sarah juró que la vio con sus propios ojos en la trituradora. Que ya que estamos, Summer no sabe ni ponerla en marcha, pero hubiera sido su palabra contra la de ella.

Liam los observaba a los dos, como el espectador de un partido de tenis.

—Pero vamos a ver, ¿se habían perdido o no? —quiso saber.

—Sí, se habían perdido en el armario del despacho de Sarah —respondió

Natasha, y los dos abrieron los ojos como platos—. ¡Menuda guarra!

—¿Cómo sabías que estaban ahí?

—¿Y cómo has abierto su armario?

—¡Lo he supuesto! Sarah no juega limpio. En cuanto a abrirlo, me sé un par de trucos para ello —presumió, y le dio las carpetas a su hermano—. Ahí tienes, que no suden más pensando que las han perdido. Te espero aquí—. Y le guiñó un ojo.

Liam las cogió con el ceño fruncido.

—Esto no me lo pierdo —dijo Lars, yendo tras él de regreso a la sala de

reuniones.

Sarah estaba hablando cuando entraron los dos chicos, y se calló de golpe.

—Liam, ¿estás bien? —preguntó Lester—. Tienes la cara un poco roja.

La frase del día, pensó Liam.

—Una alergia, no es nada —aclaró.

—¿Cómo fue el juicio? —preguntó Lester.

—Ganamos —se limitó a contestar él, y depositó las carpetas sobre la mesa mirándolos—. Creo que se había perdido esto, ¿no?

Lester era quién estaba más próximo, y

miró por encima.

—Ah, el expediente Madden, ¿lo tenías tú?

—No.

—¿De dónde lo has sacado?— preguntó Sarah, acercándose para comprobar que, en efecto, eran esos expedientes.

Le miró con los ojos echando chispas.

—¿Por qué no lo explicas tú y así me ahorras el trabajo de ponerte en ridículo?

Ella se bloqueó al oírlo, Liam nunca le había hablado de aquella manera y menos en público, además de que sus

palabras implicaban que la había pillado.

—¿Qué sucede aquí? —Lester parecía no entender nada, pero entonces vio la cara enrojecida y culpable de su hija, y sumó dos y dos rápidamente—. ¿Los tenías tú guardados y lo de antes ha sido una escenita de celos o algo parecido? —Se frotó la frente, como si odiara perder el tiempo de aquella forma—. Mira que pensaba que eras más adulta, ¿eh?

—Yo... —Sarah no sabía qué decir, no había manera de excusar lo sucedido.

—No pasa nada—.Lester se incorporó —. Puedes llamar tu misma a la chica que has despedido y disculparte. Ofrécele su puesto de nuevo, y asegúrate de que le das los suficientes incentivos para que acepte.

—¿Qué? Pero papá...

—Nada, nada. Tú eres la segunda al mando, tienes que aprender a hacer este tipo de cosas también —Pasó junto a Liam y le dio un golpecito en el brazo —. Enhorabuena, otro juicio ganado. Eres mi mejor abogado.

Y, dicho aquello, salió de la sala camino

a su despacho.

—Venga, volved a vuestros despachos

—gruñó Sarah—. ¿Qué estáis

esperando, una medalla? ¡Movéos! —

Rodeó la mesa mientras todos tomaban

ejemplo del dueño y se marchaban

lentamente, y fue hasta él—. Liam...

—Eres un poco patética, ¿sabes?

—Mira, yo...

—No sé en que estás pensando. Anoche

fui a verte porque pensé que realmente

estabas con un ataque de ansiedad o

histeria, porque eres hija de Lester y

compañera de trabajo, y tú me vienes

con esto.

—A ver, ¿y qué importa? Solo he allanado el camino, Liam... me he deshecho de ella, nada más. Pensé que sería más sencillo para todos y así no tendrías que pasar por el mal rato de romper esa relación.

Liam la escuchaba, estupefacto. Y él creyendo que todo había quedado claro la noche anterior.

—Yo no quería deshacerme de ella — replicó, y nada más verbalizarlo se dio cuenta de que era la verdad.

—No seas estúpido. No te conviene...

se nota que no está a tu altura, y es una maleducada. Si quisieras perdonarme, podríamos volver al punto de partida, a después del verano.

Puso cara arrepentida, entrando en su «modo dulce», ese que siempre le había dado tan buen resultado. Pensaba que Liam podía olvidar su pequeño desliz, tampoco le parecía que tuviera tanta importancia... muchas parejas rompían y luego volvían a salir, ¿no? Pero observó que él le devolvía una mirada fría.

—No volvería ni loco contigo.

—¡No sabes lo que dices! ¡Yo te dejé!
¡Si te lo pido tienes que decir que sí! —
protestó cabreada.

—Pues te estoy diciendo que no —Liam
se dio la vuelta para abandonar la sala
de reuniones.

—¡Si te largas y me dejas plantada,
nunca serás socio del bufete! Me
encargaré de convencer a mi padre, y
sabes que puedo ser muy persuasiva.

—Bueno... quizá sea lo mejor.

Lo último que escuchó antes de salir fue
un grito de rabia y el ruido de algo
cayendo al suelo y haciéndose añicos.

No se había quitado la chaqueta, así que decidió que lo mejor era irse cuanto antes, para ver si encontraba a Summer; de repente, le urgía hablar con ella. Ya iba directo a la salida cuando oyó la voz de Lester.

—Liam—. Él se detuvo—. ¿Tienes un minuto?

—Pues... sí. Sí, claro—. Liam se tragó sus ganas de decirle que no, no tenía un minuto, y regresó sobre sus pasos.

—Pasa, por favor —pidió Lester, abriendo la puerta de su despacho para cederle la entrada.

Joder, aquello tenía pinta de ir para largo... soltando una maldición tras otra para sí, pasó y fue a sentarse en una silla. Lester cerró tras él y ocupó su mesa, con una sonrisa.

—Deja que me disculpe por el comportamiento de Sarah —suspiró, frotándose la frente—. Es culpa mía, lo sé. La he mimado tanto desde que su madre murió, que se me ha ido un poco de las manos. Espero que no le guardes rencor, y tranquilo, pediremos disculpas a Summer. Podrá volver al trabajo, hasta le subiré el sueldo si ella quiere.

Liam se encogió de hombros.

—Por favor, no quiero que pienses que tengo algo en contra de tu novia. Todo lo contrario, me parece una chica encantadora—. Lo miró fijamente—. Es por eso que me estaba preguntando si tendrás algún problema en el futuro, si te hago socio.

Él se quedó observando a Lester, pensando si le habría entendido bien.

—¿Qué?

—Has trabajado muy duro estos años, y soy consciente. Aunque no te lo creas, que fueras el novio de mi hija nunca ha

sido el principal motivo de querer tenerte aquí—.Lester revolvió en su cajón con cara despistada hasta que encontró una carpeta—. Ah, aquí está, soy un maldito desastre... ya está todo preparado.

Se la pasó por encima de la mesa, y Liam la abrió: sí, era su contrato. Por lo que tanto había trabajado, todos aquellos años de sacrificio y jornadas interminables, resumidos en una simple carpeta con cinco folios grapados. Debería estar sintiendo alegría, pero en su lugar, ver aquello solo le produjo

aprensión. Acababa de tener una imagen de su futuro, y en ella se veía encerrado en su despacho desde la mañana hasta la noche. Llevaba haciendo eso desde que había terminado la carrera y, oh vaya, en ese momento fue como si aquel despacho se estrechara ante sus ojos.

Lester sonrió, alargándole un bolígrafo.

—Solo tienes que firmar, Liam.

Bienvenido a Lester y asociados.

Elke estaba estirada en el sofá, cambiando canales con el mando a distancia, cuando el ruido de la puerta la

sobresaltó. Lanzó el mando por el aire, asustada, y se incorporó, justo para ver a su amiga pasar como una exhalación; ya de por sí le extrañó que Summer no le dijera ni siquiera hola al entrar, así que prácticamente se tiró al suelo, se puso las zapatillas y fue tras ella a pesar de que la puerta de la habitación cerrada era una prueba irrefutable de que no deseaba charla.

—¿Summer? —Pegó un par de golpes antes de abrir y se asomó—. ¿Qué pasa?

—Nada, estoy bien.

Elke abrió del todo y entró, apoyándose

en el marco y mirándola. Mierda, estaba llorando. Se aproximó despacio, tratando de obviar el hecho de que la rubia había sacado su maleta de debajo de la cama y estaba arrojando en el interior la ropa como quien lanzaba pelotas en la feria, sin orden ni control.

—Cuéntame —pidió.

—No me apetece hablar.

—¡Summer! —La sujetó de las muñecas—. Deja de meter tus cosas ahí como si pensaras marcharte a algún lado. Cuéntame que ha pasado.

—Nada, que me han despedido. Otra

vez. A este paso voy a batir un record.

—¿Eso es todo? Venga, cariño, encontrarás otro empleo, seguro. No puedes rendirte.

—Sí que puedo.

—Tú no estás llorando porque te hayan despedido —Elke la miró a los ojos y empezó a resoplar—. ¡Ha sido el abogado! ¿Verdad? Dime que ha hecho ese capullo, ¡ahora mismo!

Su amiga comenzó a negar con la cabeza, tratando de evitar tener que dar explicaciones, pero Elke la conocía demasiado bien y sabía que no

conseguiría engañarla. Cogió aire y le explicó lo sucedido el día anterior, después de que le rociara con el spray de pimienta, hasta esa misma mañana.

—¿Que se levantó para ir a ver a la maldita Sarah de las narices? —Elke no daba crédito—. Y por eso volviste aquí de madrugada, claro, ya me pareció que era una hora rara—. Summer asintió—. ¡La madre que lo parió! ¿Ha vuelto con ella?

—No sé, pero no pienso quedarme a averiguarlo. Llevabas razón desde el principio, tú tenías muy claro que no iba

a fijarse en mí en serio. He sido...
¿cómo era? El recambio.

—Yo lo mato, ¿eh? —Elke empezó a pasearse como un león enjaulado—. Dime que puedo pegarle una patada en las pelotas.

—Puedes.

—¡Gracias! Porque pienso hacerlo, te lo prometo. Y después te sentirás mejor, podrás volver a hacer tu vida tan tranquila, e ignorar a ese gilipollas —.Trató de sacar la ropa de la maleta, pero la rubia se lo impidió—. Pero, ¿qué...?

—Necesito un respiro.

La morena negó con la cabeza, incapaz de decir nada.

—¿De qué hablas? No lo dices en serio.

—Mira, ya sé que esto es una faena para ti y que te dejo tirada en mitad de una mala racha... tranquila, te pagaré mi parte de aquiler durante un par de meses.

Elke se sentó junto a la maleta, mirándola.

—No tiene que ver con el dinero, aunque quedarme sin compañera de piso es una putada muy grande —explicó—.

Es que odio verte llorar. Eres mi mejor amiga, Summer, y no quiero que te vayas. ¡Te echaría mucho de menos!

—Puedes buscar otra, verás como pronto...

—No quiero otra. Quiero que le echés un par de ovarios, y pases de ese tío, o que le pegues un par de leches, lo que mejor te haga sentir. Y después sigas con tu vida.

—Mira, Elke... ya son varios palos, uno detrás de otro. Tengo que reflexionar, y para eso necesito un respiro.

—¿Y dónde irás?

Summer abrió el cajón de su mesilla, y revolvió entre sus cosas hasta encontrar un trozo de papel. Luego se lo tendió a su amiga, que se mordía el labio sin encontrar las palabras adecuadas que decir... nunca había practicado mucho el sentimentalismo, una pena porque en aquel momento le hubiera venido bien para hacer sentir mejor a Summer.

—No puedo hacerte cambiar de opinión, ¿no? —aventuró, cogiendo la tarjeta para guardársela, mientras ella negaba—. Bueno, está bien, lo entiendo. Si decides volver te estaré esperando,

pero tómate tu tiempo. Y olvida al picapleitos, no se merece a alguien como tú.

—Ya, ya... —por su expresión, se veía que aquello no consolaba a Summer.

Elke la observó cerrar la maleta y ponerse la cazadora, y se levantó.

—¿Con quién comeré ahora helado? —murmuró con tristeza.

—Tranquila—. La rubia la abrazó—. El helado le gusta a todo el mundo, antes de que te des cuenta tendrás otra compañera guay. No será tan guay como yo, pero seguro que te sirve.

La chica la estrujó con fuerza, haciendo caso omiso de sus protestas, y luego se apartó.

—Llámame, ¿vale?

—Lo haré —respondió Summer, y frunció los labios—. Oye, sobre lo de la patada en las pelotas... —Elke la miró, esperanzada—. No lo decía en serio.

—Eres demasiado blanda.

—Siempre me lo dices—. Summer cogió la maleta—. Te mandaré el cheque esta semana. Cuídate.

Y salió del cuarto, dejando a la joven de brazos cruzados. Perdió diez minutos

despidiéndose de Zeke mientras esperaba un taxi, y el vigilante la miró con cara triste cuando se hubo marchado... para una vecina simpática que tenían, y abandonaba el edificio.

Liam llegó a toda prisa a su edificio y entró, mirando a Zeke.

—Hola, Zeke —saludó.

—Hola, señor Warren—.respondió este, aún impactado porque se hubiera dignado a hablarle como a un ser humano—. ¿Cómo se encuentra? Veo que aún tiene la cara un poco roja.

—¿Cómo?

—Ah, es que por casualidad vi ayer por las cámaras cómo la señorita Heim le rociaba con un *spray*, y que la señorita Grey le tenía que acompañar a casa. En fin, me alegro de que esté mejor.

—Ya—.dudó unos segundos sobre si explicarle la definición de «discreción», pero tenía cosas más importantes—. Hablando de Summer, ¿la has visto entrar?

—Ajá. Pero...

Él no esperó, yendo directo al ascensor, así que Zeke se ahorró explicarle que sí

que había visto entrar a la rubia, pero también salir. Supuso que no tardaría en averiguarlo por su cuenta, solo esperaba que luego no le pusiera mala cara.

Cuando llegó a la puerta, Liam estaba casi sin aire; iba a tener que plantearse empezar a hacer ejercicio o algo por el estilo... tocó en la puerta varias veces hasta que al fin esta se abrió, y apareció Elke. Al verle frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí? —exclamó—.

¿Acaso no recuerdas mis palabras?

—¿Está aquí?

—¡Te dije que si le hacías algún daño,

te cortarían las pelotas, y eso incluye a todo tu grupo de amigos pijos!

—A ver, un poco de calma —dijo, usando el tono que utilizaba con la gente que por norma general gritaba mucho. Además, no se fiaba de que no le saliera de nuevo con el *spray* maldito—. Te prometo que esta vez yo no he tenido nada que ver.

Bueno, eso era una mentirijilla. No tenía nada que ver en su despido, pero sí en lo demás.

—¡Me da igual! Ha venido a casa llorando, ha metido cuatro cosas en su

bolsa y se ha marchado sin querer decirme a dónde. ¿Entiendes lo grave que es que me haya quedado sin compañera?

—Pero, ¿a dónde ha podido ir? —La miró, interrogante.

—¡No lo sé! Tienes mucha suerte de que no tenga mi bate en este momento, ¡capullo! Pero sigo teniendo un grupo de amigos rusos que podrían pegarte una paliza que te dejaría en cama un mes, así que será mejor que te largues y no vuelvas a asomar tu arrogante cara por aquí, ¡o sacaré de nuevo mi *spray*, que

ya conoces sus efectos!

—Joder, Elke, yo...

—¡Desaparece de mi vista!

Y le cerró la puerta en la cara. Liam se planteó insistir, pero la alemana parecía muy cabreada y no quiso tentar a la suerte, de manera que se encaminó hacia su piso mientras cogía su móvil para llamar a Summer. No le sorprendió en exceso encontrar que la joven lo tenía apagado, así que llamó a su hermana.

—¿Qué ha pasado? —fue el saludo de Natasha cuando respondió.

—No encuentro a Summer. No está aquí

y Elke no tiene la menor intención de ayudarme.

—Pero, ¿y si empiezas por el principio? ¿Qué ha pasado con Sarah y los expedientes? ¿Por qué estaba Summer cabreada contigo?

Liam se detuvo frente a su puerta, y se frotó la barbilla; sabía que su hermana tendría algo que decir sobre lo sucedido la noche anterior y prefería evitárselo, pero ella no se lo permitiría.

—Nada, estuvimos juntos otra vez.

—¿Nada? ¿Así lo defines?

—Bueno, vale, significó algo, pero

tampoco hubo tiempo para concretarlo porque Sarah me telefonó con un ataque de ansiedad. Cody acababa de romper con ella y estaba histérica, llorando y diciendo algo de tomar valium... así que fui a verla para asegurarme de que no hacía ninguna idiotez.

—Espera, espera. ¿Te largaste a ver a tu ex?

Él puso cara de irritación, ¿es que todas le iban a decir lo mismo? Vale, ya se percataba de que no había sido la idea más brillante del mundo, pero tampoco era para tanto...

—Estaba llorando histérica. Pensé que podía necesitar un médico.

—¿Y se lo explicaste a Summer? Bah, da igual, aunque lo hicieras suena igual de espantoso.

—Se lo expliqué y le dije que me esperara, que volvería, pero cuando lo hice ya se había marchado.

—Normal, si es que eres imbécil. Ninguna chica en su sano juicio se hubiera quedado esperando si el tío con el que se acaba de acostar sale corriendo a ver qué le pica a su ex novia.

—Dicho en voz alta suena mucho peor de lo que fue —intentó defenderse él.

—¡Venga ya, Liam! Tú y yo sabemos que Sarah no tenía ningún ataque de ansiedad, que seguramente era otra de sus tretas para hacerte ir a su casa y engatusarte a ver si volvías con ella.

El chico frunció el ceño, y pasó a frotarse la frente. Si hasta Natasha podía adivinar aquello, es que había sido un ingenuo por pensar que podía necesitar ayuda médica. Su hermana aguardaba al otro lado de la línea; al final hizo un ruido de exasperación.

—No tienes ni idea de qué hacer, ¿verdad?

—Ya sabes que expresarme no es lo mío.

—No, ni expresarte, ni la amabilidad, ni la perspicacia a veces...

—Ya vale, ¿no? Eres mi hermana, se supone que tienes que apoyarme.

—Pues lo único que se me ocurre es que intentes hablar con Elke otra vez— sugirió Natasha— Porque aunque te haya dicho que no sabe nada, seguro que no es verdad. Solo la estará protegiendo.

Liam alzó la ceja.

—¿De mí? ¡A quién hay que proteger es al mundo de esa loca...! Te recuerdo que ayer casi me deja ciego con un *spray* de pimienta.

—Ese es otro tema que tampoco me has terminado de explicar bien. ¿Cuándo fue, antes o después de dejar tirada a Summer para ir a ver a esa sinvergüenza?

—¡Antes! —Se pasó la mano por la cara, intentando reconducir la conversación—. Summer y yo discutíamos, y ella salió como una

posea con esa arma infernal y me lo enchufó en la cara. Después Summer me acompañó a casa y... bueno, el resto ya lo sabes. Y ahora Elke es la única que puede ayudarme y no quiere.

—Liam, eres mi hermano y te quiero —
Natasha repitió aquella frase una vez más—. Pero esta vez, Elke no es la mala de la película.

Y le colgó sin más miramientos.



—¿Otra vez tú? ¿Se puede saber qué puñetas quieres? —Elke balanceó el bate delante de su cara, por si acaso le quedaban dudas de que se atrevía a usarlo—. ¡Te dije que no volvieras por aquí a preguntar nada! ¿No te quedó claro?

Liam había dejado pasar unos días, pensando que en algún momento la rubia contestaría a alguna de sus llamadas. Pero empezaba a desesperarse, y aunque

temía a la alemana porque sabía de primera mano cómo las gastaba, eso no lo disuadió de volver a intentar sonsacarle la información que necesitaba.

—Perdona, pero entre las amenazas de cortarme las pelotas o de machacarme con el bate cabe la posibilidad de que me despistara.

—¡No te hagas el gracioso!

—¿El gracioso? ¿En serio crees que esto me divierte? —gruñó él, exasperado—. Mira, sé muy bien que cometí un error, pero me gustaría tener la oportunidad de

arreglarlo. ¡Deja de jugar a la hermana mayor protectora y échame una mano, joder!

—¿Y por qué tendría yo que ayudarte, para que le compliques más la vida a Summer? Pues no. Déjala tranquila, que desde que te volviste visible no has hecho otra cosa que crearle quebraderos de cabeza—. Elke agarró la puerta con la firme intención de cerrarla, pero Liam la detuvo con un gesto. No había mal que por bien no viniera, había cogido una práctica increíble en evitar que le dieran con la puerta en plena cara desde que

alternaba con sus vecinas—. ¡No me provoques, picapleitos! ¡Tengo más fuerza de lo que parece!

—No lo dudo.

—¡No pienso ayudarte!

—Elke, aún estoy a tiempo de denunciarte por atacarme con ese *spray*.

Lo sabes, ¿verdad?

—¿Así esperas conseguir mi ayuda? ¿Con amenazas? ¿Y a quién crees que hará caso un juez, a una chica inocente y dulce o a un psicópata trajeado?

Liam no veía la chica inocente y dulce por ninguna parte, pero notó que el

camino del chantaje no servía, así que probó con otro, uno que tenía mejor pinta de servir con aquella loca.

—Si lo haces me encargaré de que el super ese que tanto te gusta te traiga todo lo que quieras.

Elke abrió la boca, sin quitar la cara de cabreo, pero dejó de intentar cerrar la puerta para mirarle.

—¿Todo lo que quiera? —Liam afirmó —. ¿Caprichos poco saludables incluidos?

—Sí.

—¿Patatas de las buenas también? —Él

volvió a asentir—. ¿Y vodka para mis amigos rusos?

—Por Dios, Elke, todo. ¿Durante un mes?

—¿Y si son tres? —aventuró ella, con expresión esperanzada.

—No tientes a la suerte.

—Dos y trato hecho—. La morena le extendió la mano, que Liam estrechó a regañadientes—. Espera aquí.

Lo dejó esperando mientras se metía en su cuarto un par de minutos, para volver con un papel entre las manos.

—Me dejó esta dirección para el correo

—explicó entregándoselo—. Había pensado pasarme algún día, pero está en la zona buena de la ciudad y no me pilla de camino nunca, así que...

—Gracias—. Liam se la guardó.

—Lo mismo digo. Aunque mejor no le cuentes a Summer que he traficado con su dirección a cambio de víveres para un par de meses —Elke hizo una mueca—. En fin, tampoco creo que le extrañe mucho. Te preparo una lista de cosas para la primera entrega y te la dejo en el buzón, ¿vale? —Y se metió en su piso con una sonrisa, al menos había

conseguido tener pagado el alquiler y la compra durante un par de meses.

Liam pensó que acabaría arrepintiéndose de aquel trato, ya veía que barato no le iba a salir, pero no protestó, solo esperaba que valiera la pena. Le hizo un gesto de despedida y se marchó directamente al garaje, no pensaba perder ni un minuto más.

Dejó su coche aparcado a un par de manzanas de la calle indicada por Elke. Ya cuando había metido la dirección en el navegador y había visto la zona se

había extrañado, pero no le dio más vueltas; si Elke lo mandaba allí sería por algo. Estaba en un sitio residencial, donde vivía gente de mucho dinero, y la única explicación que se le ocurría era que Summer estuviera trabajando en alguna mansión o casa de millonarios, así que memorizó el número de la calle y se puso a buscar. Un rato después, encontró lo que buscaba: una casa inmensa de tres pisos, un jardín precioso y unas vallas que cerraban la posibilidad de entrar sin pasar por algún circuito de video o seguridad.

Por suerte, Summer estaba fuera acompañada de un hombre alto de pelo casi blanco. Él permanecía sentado y ella cerca de él, al parecer mirando o señalando alguna parte del jardín. Se quedó confuso, mirándola... ¿y si no quería escucharle? O peor aún, ¿y si ni siquiera le dejaba intentar explicarse? Ahora que tenía claros sus sentimientos, le inquietaba no ser capaz de transmitirse los, bien sabía que no era su especialidad, o incluso admitía que se le daba fatal.

Se aproximó hasta la entrada y la llamó,

haciendo gestos. Summer miró en su dirección y se quedó inmóvil, luego se giró hacia el hombre y habló con él unos segundos; el señor afirmó, y debió de pulsar algo porque la verja empezó a correr hacia la derecha. Se acercó con paso vacilante hasta llegar a una distancia prudencial, no quería meter la pata.

—Hola —dijo al fin, mirando a la rubia—. ¿Podemos hablar?

—¿Cómo me has encontrado? —quiso saber ella—. Por favor, no digas «me lo ha dicho Elke»—. Al ver su expresión

supo que había acertado, y meneó la cabeza suspirando—. Tenía que haberlo imaginado, es incapaz de estarse callada.

—No es culpa suya, la presioné hasta que me lo contó por aburrimiento —explicó Liam, y miró alrededor—. ¿Ahora trabajas aquí? No quiero tampoco causarte problemas—. Y miró al hombre, que continuaba sentado observándolos con curiosidad—. Perdón por entretenerla... serán unos minutos, no la despida.

—Se intentará —repuso él, con una

sonrisa divertida.

Summer le lanzó una mirada avinagrada, pero se acercó hasta Liam lo suficiente para quedar alejados. Una vez a salvo de oídos ajenos, la chica se cruzó de brazos esperando.

—Bueno, ¿qué quieres ahora? —su tono no fue muy amable—. ¿Más favores? Pensaba que tu querida Sarah al fin había vuelto a tus brazos y estarías feliz de la vida.

—Pero, ¿qué dices?

—¿No intentó que volvierais juntos?

—Sí, lo intentó. Cody acababa de

romper con ella, y después de echarle del bufete, empezó a hablarme de recuperar la relación.

—Pues muy bien. Era lo que querías, espero que lo disfrutaras.

—A ver, no te voy a negar que me produjo cierta satisfacción verla humillarse de esa forma. Creo que ni siquiera ella es consciente de lo patética que resulta a veces... bueno, aunque con lo tuyo se superó. ¿No te llamó?

—Me llamaron del bufete, pero no respondí. No quiero saber nada de ese lugar.

—Natasha se metió en su despacho y forzó su armario, los expedientes estaban dentro, así que la dejamos en ridículo. Lester quería que volvieras, se suponía que Sarah debía llamar y pedirte disculpas, es una lástima que no cogieras.

—Como si me importara algo ese trabajo. O sus falsas disculpas, puede quedarse con ellas.

Liam cogió aire, ella ni siquiera le miraba, y estaba de brazos cruzados en actitud defensiva. No sabía cómo derribar ese muro, ya fortalecido por sus

continuas meteduras de pata.

—Escucha... lo siento.

—¿El qué sientes exactamente?

¿Dejarme tirada después de acostarte conmigo? ¿Tratarme como si fuera un insecto solo por no ser de tu misma clase? ¿Chantajearme con una denuncia para obtener lo que querías?

—Mira, si vamos a ponernos así, aquí el mayor perjudicado he sido yo—. Empezó a enumerar con los dedos, en ese gesto tan característico suyo—. Me golpeas el coche, me partes la cara, casi me dejas ciego...

—¡Eso fue Elke!

—Dios, Summer, ¡me estás volviendo loco!

—¿Yo? ¿Pero qué te he hecho yo? ¿Irme de una comida?

—Y quedar con el maldito australiano, lo sabes. Es que no entiendo que tú y yo no podamos tener una conversación civilizada, que huyas de mí y ni me cojas el teléfono, y luego me lo encuentre a él en tu piso.

Ella agachó la cabeza, poniéndose en su lugar durante unos momentos. Claro, visto así no sonaba muy bien... pero

tampoco es que él se hubiera portado de la mejor forma posible.

—Pero es que Sarah me dijo que...

—Maldita Sarah y sus estupideces, ¿cuándo dejarás de hacerle caso? No pienso volver con ella, para mí es solo una compañera de trabajo. Y la hija del jefe, pero ya está. Que se quede con su surfista, te prefiero mil veces a ti.

No había pensado decir eso, pero en fin, ya estaba dicho. Aunque no pareció surtir mucho efecto, porque Summer le dio un manotazo en el hombro.

—¡Eres imbécil!

—¿Cómo? Acabo de decirte que...

—¡Me da igual lo que acabes de decirme! Lo que cuenta son los hechos, y los hechos son que en cuanto ella chasqueó los dedos, tú fuiste corriendo detrás. ¡Tal y como me dijo que ocurriría el día de la comida!

Liam palideció. Ahora lo entendía todo: que Summer se hubiera marchado, que Sarah le montara el numerito de la dama en apuros... y como un imbécil, había caído de cabeza. Alargó la mano hacia ella, pero la joven le esquivó.

—Lo siento —repitió—. De verdad, lo

siento. No sé cómo... No puedo volver atrás y cambiarlo. Si pudiera lo haría, pero te juro que Sarah está fuera de mi vida para siempre. No la veré nunca más —.Summer hizo un ruido escéptico—. Vale, me la podría encontrar en la calle, pero daría igual: no siento nada en absoluto por ella, salvo una ligera manía.

—¿Qué quieres decir con «en la calle»?
¿Qué pasa con el bufete?

—Lo he dejado, me ofrecieron ser socio, pero no firmé. Estoy buscando un despacho más pequeño, con menos

estrés.

Por la cara que ella puso le pareció que estaba hablando en chino o algo así, porque parecía estupefacta. Se movió, incómodo.

—No sé por qué me miras así, tampoco es tan raro... me irá bien, recuerda que soy un tiburón.

—¿Y tu plan?

—¿Qué pl...? Ah—. Pareció un poco avergonzado—. Ya, «el» plan. Bueno, los planes están para cambiarlos, ¿no?

—Pero...

—Summer—. Volvió a alargar el brazo,

y esta vez ella no se apartó. Le cogió la mano, acercándose—. Escucha, sé que hemos empezado mal, que hemos discutido mucho, pero si me dieras una oportunidad... No soy tan capullo como he podido parecer, en serio. Es solo que estaba amargado y ni siquiera lo sabía.

—¿Y qué pasará si en el nuevo bufete tienes que presumir de novia? ¿No te avergonzaré, o piensas apuntarme a clases de pijerío?

—Te quiero así—. Summer abrió los ojos incrédula, pero él se había puesto muy serio—. Siento mi comportamiento,

solo necesito tiempo para demostrártelo, no me importa si tienes dinero o no, o si no aprecias la gastronomía japonesa —.Se acercó aún más—. Summer, ¿qué tengo que hacer para que creas que me he enamorado de ti?

La joven le miraba sin poder creer lo que estaba oyendo. Liam empezó a temer que le diera otro bofetón o algo parecido, pero de pronto ella empezó a sonreír, cada vez más, hasta que le echó los brazos al cuello.

—Yo también—.Lo besó—. Y sí, eres un poco insoportable a veces, pero creo

que podemos trabajar en ello.

Liam la abrazó para darle uno de esos besos que la dejaban sin aliento, hasta que oyeron un carraspeo a su lado. La soltó mirando al hombre con gesto de disculpa, esperaba no haber metido a Summer en un problema por presentarse así.

—Perdón —dijo—. No la entretengo más.

—No pasa nada —contestó él—. Solo quería saber si querías tomar algo. Summer, ¿no nos vas a presentar? Porque si me dices que un desconocido

ha entrado en mi jardín para pegarle un morreo a mi hija, suelto los perros...

—Todo va bien, papá —contestó Summer, echándose a reír.

Enrojeció al ver que Liam la miraba sin comprender nada.

—¿Papá? —consiguió decir él.

—¿No le has contado nada de ti? —preguntó el hombre, retrocediendo un par de pasos, mientras veía a su hija negar—. Ay, que manías tienes, hija —.Se aproximó a estrechar la mano de Liam—. Soy el señor Grey, su padre, o sea, el hombre al que tienes que caerle

bien.

Liam miró a uno y a otro, sin moverse del sitio, y Summer sacudió la cabeza hacia su padre.

—Este es Liam —informó.

—¿Quieres decir que este es el chico por el cuál volviste a casa llorando? —

Liam palideció al oír aquello, pero el señor Grey no parecía enfadado en absoluto, y le estrechó la mano, vigoroso—. Bueno. Llevábamos tiempo queriendo que Summer regresara sin éxito, es muy cabezota.

—Ya... —La rubia le pegó un codazo

—. Quiero decir, yo... —Liam no entendía nada, y debía de reflejarse en su cara, porque los dos se echaron a reír

—. No entiendo nada.

Y escudriñó con la mirada otra vez la casa, el jardín, y el dinal que implicaba todo aquello. No comprendía por qué Summer había compartido piso o malvivido en trabajos cutres sin tener necesidad de ello.

—Hice una apuesta con mi padre —replicó ella, al ver su expresión.

—¿Que qué?

—En su veinte cumpleaños nos fuimos a

celebrarlo a la República Dominicana —repuso el señor Grey, divertido—. Y en una de las excursiones, por error nos sacaron de la zona de lujo y nos llevaron a la que nadie quiere ver. Y mi hija, que es muy sensible, quedó horrorizada y empezó a echarme en cara que no colaborara con más donativos y cosas así—.La rodeó con los hombros en un gesto afectuoso—. Así que le dije: Querida, tienes toda la razón. Pero por otro lado, eso sería mucho más honesto si tú también estuvieras dispuesta a sacrificar tu vida de lujos.

—Y yo acepté el reto —siguió Summer—. Acordamos que por cada año que pasara fuera buscándome la vida, él donaría todo el dinero que se ahorrara conmigo. Y era mucho, créeme.

—Y así lleva ocho años. Lo cierto es que pensé que se rendiría antes—. El señor Grey hizo una mueca—. Pero con las mujeres de esta familia hay dos cosas que nunca debes subestimar: el genio y las apuestas.

—De lo del genio doy fe —murmuró Liam, sin saber qué decir.

Con razón Summer nunca le contaba

nada sobre ella. Aquella información le hacía sentir fatal, ¿él dándole clases de protocolo a una millonaria? Por Dios. En ese momento estaba a la altura del betún, o muy cerca de él.

—¿Y si entráis a tomar un café y así conozco un poco mejor a este chico que besa a mi hija en el jardín? —ofreció el hombre.

—Si digo que no, ¿soltará a los perros?

—intentó bromear Liam.

—Tranquilo, papá, es una broma —dijo Summer, al ver la cara de su padre—. Es que Liam no tiene mucha práctica en

eso...

—Avisaré a Maeve para que lo vaya preparando —sonrió el señor Grey, alejándose.

—Perdona que no te lo contara — Summer se aproximó al chico en cuanto estuvieron solos—. La gente no es sincera cuando sabe quién eres de verdad. Además, me cuesta rendirme, así que realmente soy una pobretona. Aunque no me ha ido mal—. Le miró a los ojos—. Esto no cambia nada, ¿verdad?

—Así que que todo este tiempo me has

estado mintiendo.

—No mintiendo... Digamos mejor, ¿ocultando parte de la verdad? Liam, da igual, en serio. Soy la misma persona, aunque tenga un par de millones en el banco y...

—¿Qué?

—Bueno, quizá sean algo más de un par. Pero no me hacen falta, y... Te quiero. Si yo te perdono haber sido un capullo, ¿no puedes tú perdonarme por una pequeña mentirijilla?

Liam no pensaba que fuera tan pequeña, pero ella le miraba de una forma que no

podía resistirse. La besó, resignado a que su vida se hubiera convertido en un cúmulo de sorpresas en lugar de una lista de planificación. Y se dio cuenta de que ese hecho le hacía feliz, porque a pesar de todas sus diferencias, ella era perfecta para él.

EPÍLOGO

Cody guiñó el ojo a la azafata que le entregó su tarjeta de embarque, recogió su mochila del suelo y se dirigió hacia el control de seguridad. Sin Sarah ya no tenía excusa para seguir en el país; Pittsburgh le había gustado y pretendía volver, pero le apetecía ver a su familia y, para qué engañarse, coger unas cuantas olas.

Sacó su móvil para llamar a su casa, justo en el momento en que este sonaba.

Sonrió al ver la pantalla y comprobar que era el número de su hermano.

—¿Ryan? Qué casualidad, iba a llamarte ahora.

—¿Y eso?

—Nada, lo de Sarah no ha salido bien. Así que estoy en el aeropuerto, vuelvo a casa.

—Siento lo de Sarah.

—No importa, ¿para qué me ibas a llamar tú?

—Para que vinieras cuanto antes.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—El abuelo... Cody, está mal, lo han

ingresado esta mañana. No creen que pase de un par de días, y...

—¿Qué? ¡Pero si estaba perfectamente!

—Ha sido un ictus, y ya sabes que es el segundo, así que... Envíame los datos de tu vuelo y voy a buscarte.

—Vale. Te veo en unas horas.

Colgó, apretando el móvil entre los dedos. Solo esperaba llegar a tiempo.

¿Te gustaría conocer al hermano de Cody? ¿Y si Elke acaba metiéndose en más problemas? ¿Quieres saber cómo continúa la relación de Liam y Summer? ¡Entonces no puedes perderte «Maldito corazón»!

Nota de las autoras: Liam no sufrió daño alguno durante la escritura de esta novela. No nos hacemos responsables por daños futuros que le puedan sobrevenir.

AGRADECIMIENTOS

Idoia: Otro libro más... y otro que no habría podido hacer posible sin el apoyo incondicional de mi familia, sobre todo de mi pobre marido, que a veces me pregunto cómo me aguanta cuando me pongo ahí a darle a la tecla como una loca y ni me entero de cuando me habla. En el mismo pack está, por

supuesto, mi pezqueñín... que cada vez lo es menos, pero sin cuyos dibujos animados de fondo, no sé yo si podría escribir igual.

Mi madre y mi hermana, que a este paso se van a quedar sin sitio en las baldas, jajajaja.

No puedo dejar sin nombrar a un gran grupo sin cuyo café casi diario, escribir o “hablar de mi libro” no sería lo mismo: mis chicos del café, de esa gran mesa de las hostias, mis bombarderis: os quiero un montón.

Eva: solo puedo decir que esto va viento en popa, y de esa lista que tenemos, estoy segura de que seguirán saliendo grandes cosas, ¡a cada cual mejor!

Y por último, mis pittsburghianos: os tengo muy, pero que muy lejos (demasiado), pero gracias por mostrarme vuestro hogar, por acogerme con los brazos abiertos, por ese partido de *hockey* de los Penguins... “Maldita Sarah” se situó en Pittsburgh por vosotros, pero cuando estuve allí, supe que no me había equivocado: me

enamoré de vuestra ciudad. I love you, I miss you.

Eva: A Diego, mi gran apoyo, nada sería posible sin tu ayuda, tu comprensión, y tus sinceros, (pero valiosos) consejos. Te quiero. A mi madre, por escucharme siempre, y comprender a veces las frustraciones que esto conlleva, gracias por entenderme, y también te quiero

Mi padre, mis hermanas, Agur, que me leen y apoyan, que siempre están ahí. Lectoras fieles como Nahika, Minerva,

Sita, Ana Silva, Maiki, Yolanda, Aranzazu, Alicia Barrios, Val, Lizzie, Rocío Gamero, Álvaro Ganuza, que os tengo mucho cariño y lo sabéis, gracias.

^^

A esas amigas que me escuchan, me ayudan, me aguantan, sois mis mejores y peores críticas, sois el hombro en el que necesito apoyarme a veces... Ainara B, Salomé, Toñi, “mi Margot”);), mi ángel de la guarda Susana Perez, mi querida “protectora” Sol Taylor, y por supuesto, a Verónica, que en poco tiempo te has convertido en alguien importante.

Gracias por tu amistad, por creer en mí,
y por tu ayuda □ . Sois personas que
quiero en mi vida.

A Ediciones Coral por confiar en
nosotras para formar parte de su familia,
estoy muy feliz por ello. Idoia: siempre
hacia adelante, porque si puedes
soñarlo, puedes hacerlo ;-)

Biografías



Eva M.

Soler, nacida en 1976 en Cruces, ávida lectora desde muy niña, empezó a escribir

también muy joven, aunque siempre como hobby. Su estilo se mueve entre el terror, la intriga y el Young Adult. Su saga "Los mejores años" ya cuenta con los dos primeros volúmenes a la venta, de la mano de la editorial Alfil y próximamente será editada en papel bajo el sello de Ediciones Coral New Adult.



Idoia Amo,
nacida en 1976 en Santurce,
con quince años se mudó a
Sopuerta, donde se ha
establecido de firma definitiva
con su marido y su hijo tras
pasar varios períodos en el
extranjero. Durante toda su

vida ha escrito relatos, pero siempre de forma personal y para su círculo más cercano. En solitario tiene publicada una novela romántica titulada “Acordes de una melodía desenfrenada” (Amazon).



Ambas autoras se conocieron a los catorce años, volviéndose amigas y lectoras de sus propios escritos, pero no ha sido hasta hace unos meses

cuando decidieron que sus estilos podían complementarse bien, lo cual ha dado como resultado su primer libro conjunto, “Anxious”, un relato apocalíptico con gran aceptación por parte de los lectores.

Tras él llegó "Amor Escarchado", una comedia romántica de temática totalmente opuesta.